



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA

**LA CONSTRUCCIÓN DE LOS SIGNIFICADOS DE SER HOMBRE EN VARONES USUARIOS DE
SUSTANCIAS PSICOACTIVAS**

TESIS

**QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
DOCTOR EN PSICOLOGÍA**

PRESENTA:

MARCO ANTONIO TOQUERO HERNÁNDEZ

TUTORA PRINCIPAL: DRA. MARÍA ALEJANDRA SALGUERO VELÁZQUEZ

FES IZTACALA, UNAM

TUTORA ADJUNTA: DRA. PATRICIA TRUJANO RUÍZ

FES IZTACALA, UNAM

TUTORA EXTERNA: DRA. MARTHA PATRICIA ROMERO MENDOZA

PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA

JURADO: DR. JUAN GUILLERMO FIGUEROA PEREA

PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA

JURADO: DR. GUILLERMO NÚÑEZ NORIEGA

PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA

MÉXICO, D.F., DICIEMBRE 2014



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Deseo agradecer infinitamente a los varones que participaron en este estudio, quienes me brindaron su tiempo y la oportunidad de entrar en su vida, concediéndome la posibilidad de reconocerme en sus relatos; con especial cariño para Javier, esperando que su muerte no quede en el olvido.

A la Dra. María Alejandra Salguero Velázquez, directora principal de este proyecto, por las tantas conversaciones y reflexiones compartidas, quién con firmeza y sensibilidad logró conducirme y acompañarme en la realización de este trabajo.

A la Dra. Patricia Trujano Ruíz, por sus oportunas y valiosas precisiones para consolidar la calidad teórica y de estilo del documento.

A la Dra. Martha Patricia Romero Mendoza, por compartir conmigo diversas conversaciones, recuperando las voces de las mujeres presentes en los relatos, dándome la oportunidad de cuestionar mis propios discursos dominantes de género.

Al Dr. Juan Guillermo Figueroa Perea, por las clases, seminarios y conferencias compartidas, por sus valiosas reflexiones y aportaciones, pero sobre todo, por su cálida compañía durante todo el trayecto.

Al Dr. Guillermo Núñez Noriega; por su tiempo, disponibilidad e inestimables sugerencias teóricas.

Agradecimientos

*Quiero agradecer con especial cariño a **Carol Arroyo Ruano**, mi amada compañera, quien estuvo presente desde el inicio de este trabajo, con su escucha en los momentos más difíciles, por su paciencia ante las pláticas postergadas, los lugares no visitados, pero fundamentalmente por enriquecer mi vida en estos años.*

***A mi Madre**, por enseñarme el valor de la disciplina, el respeto y amor a la figura femenina.*

***A mi padre**, por enseñarme con el ejemplo, la posibilidad de ser un hombre diferente.*

*A mis amigos del doctorado **Carlos López, Alejandro Sánchez, Javier Jaime, Alina Jiso, Mónica Martínez, Laura González, Xóchitl Serrato**, con quienes compartí grandes conversaciones; a mis compañeras **María Rubianes y Magdalena Hernández** quienes siempre tuvieron una palabra de aliento, y a todas aquellas personas que me acompañaron a lo largo de este proceso.*

***Al Director** de la Clínica Residencial para el Tratamiento de las Adicciones, que me brindó las facilidades para desarrollar las entrevistas.*

***Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt)**, por la extensión de la Beca que me permitió realizar estos estudios.*

*“EL PAPEL QUE NOS HA TOCADO [A LOS HOMBRES] TAMPOCO
ES TAN BONITO. ESE ‘PODER’ INHERENTE AL PATRIARCADO
CONLLEVA UN LADO OSCURO QUE CUESTA APRECIAR A
SIMPLE VISTA, PERO CUANDO SE LOGRA VER ES INEVITABLE
DESEAR UN CAMBIO”*

Rubén García Sánchez

(El País de España, 13 de agosto de 2013)

Resumen

El estudio del uso de sustancias psicoactivas (SPA), desde la teoría del Construccinismo Social, implica comprender cómo se articulan los conceptos y las prácticas. El objetivo del presente trabajo fue conocer el proceso de construcción de los significados de ser hombre, en cuatro usuarios de SPA. Se empleó una metodología cualitativa privilegiando un enfoque metodológico de tipo comprensivo e interpretativo. A través de la entrevista a profundidad se realizó un análisis narrativo en seis ejes: I) Consumo de SPA en el ámbito familiar; II) Vida emocional; III) Contexto de pares; IV) Sexualidad; V) Vida laboral y VI) Percepción del cuerpo. Cabe mencionar, que no todas las historias incluyeron los seis ejes, esto dependió de la información proporcionada por cada uno de los participantes.

Se analizaron las similitudes en los procesos de aprendizaje y construcción de los significados de ser hombre y consumir sustancias psicoactivas. Algunos de los resultados muestran que el uso de SPA en la familia y el entorno es una práctica que se “naturaliza” en la vida cotidiana; en la vida emocional, es un medio para evitar el sentimiento de vulnerabilidad como hombres; en la relación con los pares es un recurso para obtener reconocimiento; y con la figura femenina representa un medio de control. Desde una perspectiva de género, el uso de SPA significa ser hombre, asumir el control y poder.

Asimismo, se analizaron las diferencias en cuanto a la forma de asumir o resistir los discursos dominantes de las masculinidades, considerando que este proceso no es del todo consciente y voluntario, sino por el contrario, implica múltiples contradicciones.

En las conclusiones, se describen brevemente los hallazgos más relevantes de la investigación, como la aportación del análisis basado en los diferentes contextos, entender el uso de sustancias psicoactivas como una forma de ocupar posiciones en el sistema sexo-género. Asimismo, se describen algunas sugerencias de aplicación del conocimiento.

Palabras clave: masculinidades, significados, sustancias psicoactivas, poder

Abstract

The study of substance abuse (SA) through Social Constructionism Theory, requires an understanding how concepts and practice articulate. The objective of research was to investigate the meanings of being a man, through four SA case studies. A qualitative methodology was used; through in-depth interviews a narrative analysis was conducted in six axes: I) SPA consumption in the family; II) Emotional Life; III) Context pairs; IV) Sexuality; V) Working life and VI) Perception of the body. It is noteworthy that not all stories included the six axes, this depended on the information provided by each of the participants.

Similarities are discussed in the learning processes of the construction of the meanings of manhood and substance abuse. Some of the results show that the substance abuse in the family environment is a practice that is "naturalized" in everyday life; in the emotional life, it means to avoid the feeling of vulnerability as men; in the relationship with peers is a resource for recognition; and with the female figure represents a control. From a gender perspective, substance abuse for being a man, is take control and power.

Also, differences in the way of assuming or resist hegemonic discourses of masculinities are analyzed, whereas this process is not entirely conscious and voluntary, but rather involves multiple contradictions.

In the conclusions, briefly describes the most relevant research findings, as the contribution of the different contexts based on analysis, understanding the substance abuse as a way to occupy positions in the sex-gender system. Also, some suggestions of knowledge application are described.

Key Words: masculinities, meanings, substance abuse, power

ÍNDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I Género y masculinidad (es)	
1.1 Antecedentes.....	14
1.2 Estudios de género de los hombres.....	15
1.2.1 Perspectiva de género.....	16
1.2.2 Subjetividad y relaciones de poder.....	18
1.3 La (s) masculinidad (es)	20
1.4 La (s) masculinidad (es) como proceso; discursos y prácticas de construcción...	22
1.4.1 La familia.....	22
1.4.2 La relación con los pares.....	23
1.4.3 La expresión de emociones.....	24
1.4.4 El ejercicio de la sexualidad.....	24
1.4.5 La relación con el cuerpo.....	25
1.4.6 El desempeño laboral.....	26
CAPÍTULO II El significado social del uso de sustancias psicoactivas	
2.1 Discursos dominantes en el consumo de sustancias psicoactivas.....	27
2.1.1 Discurso Jurídico-Represivo.....	27
2.1.2 Discurso Médico-Sanitarista.....	29
2.1.2.1 Alcohol.....	30
2.1.2.2 Marihuana.....	30
2.1.2.3 Cocaína.....	31
2.1.2.4 Metanfetamina.....	32
2.1.2.5 Dietilamida del ácido lisérgico (LSD).....	32
2.2 Estereotipos sobre el uso de sustancias psicoactivas.....	33
2.3 El uso social de sustancias psicoactivas.....	35
2.3.1 Los significados asociados al consumo de sustancias psicoactivas.....	37
2.3.2 Trayectoria de aprendizaje en el uso de sustancias psicoactivas.....	40

	Pág.
2.4 La construcción social del problema de las drogas.....	42
CAPÍTULO III Masculinidad (es) y consumo de sustancias psicoactivas	
3.1 La perspectiva de género y el uso de sustancias psicoactivas.....	43
3.2 Estudios sobre la (s) masculinidad (es) y el uso de sustancias psicoactivas.....	44
CAPÍTULO IV Metodología	
4.1 Construcción del objeto de estudio.....	57
4.2 Estrategia metodológica.....	60
4.2.1 Tipo de estudio	61
4.2.2 Objetivo General.....	61
4.2.3 Objetivos específicos.....	62
4.2.4 Acercamiento al campo de estudio.....	62
4.2.4.1 Criterios de selección de los participantes.....	62
4.2.4.2 Escenario de las entrevistas.....	63
4.2.5 Consideraciones éticas.....	64
4.2.6 Técnica de recolección de información.....	66
4.2.6.1 Entrevista a profundidad.....	66
4.2.6.2 Elaboración de guía temática.....	67
4.2.6.3 Construcción del dato con los participantes.....	68
4.2.7 Análisis de la información.....	70
CAPÍTULO V Resultados	
5.1 Trayectoria de Daniel.....	74
5.2 Trayectoria de Javier.....	112
5.3 Trayectoria de Jaso.....	132
5.4 Trayectoria de Saúl.....	155
CAPÍTULO VI Elementos en la construcción de los significados de ser hombre en la trayectoria de consumo	
6.1 Similitudes en las trayectorias de consumo de sustancias psicoactivas.....	176
6.1.1 Entorno familiar.....	176
6.1.1.1 La “naturalización” del consumo de SPA en la familia y el medio social.....	176

	Pág.
6.1.1.2 El uso de drogas como un estilo de vinculación con la figura paterna.....	178
6.1.1.3 Diferencias de poder en la familia como facilitadoras del consumo de SPA.....	179
6.1.1.4 El empoderamiento de los varones a través del consumo de SPA en el ámbito familiar.....	180
6.1.2 La vida emocional de los varones.....	182
6.1.2.1 Eludiendo la vulnerabilidad.....	182
6.1.2.2 El uso de SPA, una estrategia de “olvido”.....	183
6.1.2.3 El proceso de negociación que hacen los varones consigo mismos	184
6.1.3 La sexualidad de los varones entrevistados.....	186
6.1.3.1 Abuso sexual, heterosexualidad y consumo de drogas.....	186
6.1.3.2 El uso de drogas como una estrategia de seducción.....	188
6.1.3.3 Las drogas y sus efectos afrodisiacos.....	188
6.1.3.4 El desempeño sexual una fantasía de “control”.....	190
6.1.4 Las relaciones con los pares.....	190
6.1.4.1 El uso de drogas, un vínculo afectivo con sus pares.....	191
6.1.4.2 El contexto de pares: el espacio de competencia.....	192
6.1.4.3 Redefiniendo la identidad.....	193
6.1.5 El ámbito laboral en la trayectoria de consumo de drogas.....	194
6.1.5.1 La proyección laboral desde el hogar.....	195
6.1.5.2 Emancipación económica e incremento en el consumo.....	196
6.1.5.3 El dinero como un estímulo para el consumo de SPA.....	196
6.1.5.4 El uso de drogas, empleo y globalización.....	198
6.1.6 El cuerpo de los varones en la trayectoria de consumo.....	199
6.1.6.1 La invisibilidad del cuerpo en la práctica de consumo.....	199
6.1.6.2 El descubrimiento del cuerpo a través del uso de SPA.....	200
6.1.6.3 El impacto del consumo en el cuerpo.....	201

	Pág.
6.1.6.4 Resignificación del consumo de drogas con relación al cuerpo...	201
6.2 Resistencias y contradicciones de los discursos dominantes de las masculinidades....	202
6.2.1 Experiencia de Daniel.....	203
6.2.2 Experiencia de Javier.....	206
6.2.3 Experiencia de Jaso.....	211
6.2.4 Experiencia de Saúl.....	215
6.3 Reflexiones sobre las experiencias de campo.....	218
6.3.1 Pobreza y consumo de drogas.....	218
6.3.2 Influencia de género del investigador en la experiencia de conversación.....	220
6.3.2.1 El encuentro con Daniel.....	221
6.3.2.2 El encuentro con Javier.....	222
6.3.2.3 El encuentro con Jaso.....	224
6.3.2.4 El encuentro con Saúl.....	225
6.3.3 Reconociendo mi subjetividad.....	227
Capítulo VII Conclusiones.....	232
REFERENCIAS.....	241
ANEXO I.....	265

INTRODUCCIÓN

El objetivo de esta investigación fue conocer el proceso de construcción de los significados de ser hombre en varones usuarios de sustancias psicoactivas. En los últimos años se ha venido mostrando un incremento del consumo en la población en general.

De acuerdo a los resultados de la Sexta Encuesta Nacional de Adicciones realizada por la Secretaría de Salud (SS, 2011), la diferencia en el consumo de sustancias psicoactivas entre hombres y mujeres se ha mantenido constante respecto a mediciones anteriores (SS, 1998, 2002, 2008 y 2011), siendo los varones quienes han presentado mayor consumo y desarrollo de dependencia, con una prevalencia actual de 1.3 % en comparación con las mujeres de 0.2 %. Asimismo, se observa que la edad de inicio en el consumo de drogas para las mujeres es de 20 años; en tanto que los hombres inician casi dos años antes, a los 18 años, resultados que se han mantenido estables desde el 2008 (SS, 2011)

Figueroa (2007b), señala que a partir de la adolescencia, en la población de los varones, emergen como principal causa de muerte los accidentes, los homicidios, la cirrosis hepática, el virus de inmunodeficiencia adquirida y los suicidios, y en muchas de estas situaciones el consumo de sustancias psicoactivas estuvo presente.

Autores como Figueroa (2007b) y Meneses (2006), concuerdan que en las diferencias de consumo entre hombres y mujeres, se encuentran implicados los procesos de aprendizaje social respecto a la construcción de la identidad de género.

Algunos investigadores como Brandes (2002), Capraro (2000) y De Keijzer (1997), han propuesto que el consumo de sustancias psicoactivas, forma parte de las conductas de riesgo aceptadas y normalizadas en los modelos de socialización de género en los varones.

En este sentido, los estudios de masculinidad como los del uso de sustancias psicoactivas, han tenido un gran desarrollo en los últimos años, siendo abordados desde diferentes disciplinas. Por lo que en esta introducción, se hará un breve recuento sobre el panorama actual y los debates contemporáneos en estos temas de estudio.

Estudios sobre la (s) masculinidad (es)

Los estudios sobre los hombres en los últimos años, se han dado desde diferentes aproximaciones teóricas, sin embargo, estos no han estado exentos a diversas imprecisiones de tipo teórico y metodológico, continuando aún ciertos debates al respecto; por ejemplo, la utilización del término machismo sin la elaboración teórica

pertinente; la definición del término “masculinidad” y la tendencia a reducir el concepto al estudio de los hombres; y la polémica sobre utilizar los conceptos de “masculinidad” Vs. “masculinidades”.

Respecto al término machismo, Gutmann (1994), refiere que este se ha utilizado como algo evidente, como un concepto transparente que todo mundo conoce y cuya definición se comparte. Sin embargo, su significado se ha transformado en el tiempo y en los diferentes contextos. Agrega que los machos mexicanos muchas veces han sido presentados como el arquetipo y al mismo tiempo como la antítesis de la nación mexicana. Algunos autores destacan la violencia y la búsqueda del riesgo, otros la responsabilidad y el compromiso económico con la familia.

Gutmann advierte, que el riesgo de utilizar categorías que reflejen diferencias estáticas entre las personas, es que son más limitantes que esclarecedoras. Puesto que las identidades, roles y relaciones de género no permanecen congelados ni para los individuos ni para los grupos sociales. Constantemente hay competencia y confusión acerca del significado de la identidad cultural masculina, la cual, puede tener diversos significados para las personas.

A este respecto y con relación al segundo debate, Amuchástegui (2001a), citando a Clatterbaugh (1998), afirma que el secreto mejor guardado en la literatura especializada sobre los estudios de masculinidad en el habla inglesa, es que en realidad se tiene una idea muy vaga de lo que se está hablando. Para ese autor el uso del término masculinidad es errático y diverso, lo cual refleja imprecisión y confusión, teniendo un impacto en la investigación científica y la producción teórica. Advierte cuidar la utilización de los conceptos de masculinidad o masculinidades como conceptos centrales del campo.

Amuchástegui refiere, que las definiciones existentes en la literatura se encuentran llenas de problemas epistemológicos y metodológicos. Cita las dos definiciones más recurrentes en el campo; 1) la masculinidad está constituida por las conductas y actitudes que diferencian a los hombres de las mujeres; y 2) la masculinidad está constituida por estereotipos y normas acerca de lo que los hombres son y/o deben ser.

Para la autora la primera definición está basada en un criterio estadístico y conductual que presenta dos problemas: a) ignora la importancia de la construcción de significados sociales del género pues se basa exclusivamente en conductas, y b) confunde sexo con género al unir en la misma definición la masculinidad y a los hombres.

Por otro lado, de acuerdo a la segunda definición, la investigación ha mostrado una y otra vez no sólo que los estereotipos y las normas de género son inconsistentes en sí mismas, sino que las prácticas de las personas rara vez se ajustan a ellas, de modo que si se pretende investigar bajo esa concepción, se corre el riesgo de negar las diferencias y las inconsistencias de la experiencia de ser hombre.

De acuerdo al tercer punto, sobre la utilización de los conceptos de “masculinidad” Vs. “masculinidades”, Amuchástegui y Szasz (2007), mencionan que la aportación de Connell (2003), sobre la existencia de masculinidades hegemónicas se ha convertido en un concepto útil para entender una jerarquía de masculinidades que vaya más allá de las relaciones entre hombres y mujeres, sin embargo, también se ha prestado a la clasificación de masculinidades como si se tratara de entidades discretas y fijas, en lugar de procesos sociales complejos y fluidos.

En este sentido Careaga y Cruz (2006), mencionan que hablar de “masculinidades” en lugar de “masculinidad” posibilita una mayor visibilidad sobre las diversas formas en que se configuran el ser y hacer masculino, es decir, las múltiples formas en que los hombres viven su masculinidad, sin embargo, reconocen que el cambio del singular al plural no resuelve el problema de fondo, ya que lo que interesa para estos autores, no es revelar la pluralidad de formas de ser de los hombres, sino de la lógica que mantiene, produce y reproduce dichas asimetrías de poder entre hombres y mujeres, es decir, de las llamadas masculinidades dominantes. Cabe mencionar, que en este estudio se utilizará el término masculinidades – en plural –, sin perder de vista, la complejidad teórica que el concepto implica.

De igual forma, ante los dilemas citados anteriormente, Amuchástegui (2001a) propone trabajar sobre el concepto de género haciendo referencia a los hombres, o a lo masculino como construcción cultural, opina que una salida es insistir en el género como una categoría relacional.

Amuchástegui y Szasz (2007) agregan, que trabajar sobre el concepto de género, es pensar que la masculinidad no es sinónimo de hombres, sino de proceso social, estructura, cultura y subjetividad. No se trata de la expresión espontánea de los cuerpos masculinos, sino de cómo tales cuerpos encarnan prácticas de género presentes en el tejido social. Añaden que aunque la masculinidad como construcción social implique el ejercicio de poder, ello no significa que todo hombre individual, por sólo serlo, sea poderoso y tenga el poder.

Para los objetivos de esta investigación, se retomó la propuesta de Amuchástegui (2001a) sobre utilizar el término “construcción social de la masculinidad” para designar una serie de discursos y prácticas sociales que pretenden definir el término masculino, y ante los cuales, algunos varones manifiestan una serie de resistencias. Se resalta la experiencia y la construcción de significados de los hombres frente a los discursos dominantes de las masculinidades.

Cabe señalar que en esta tesis se va a interpretar como parte de los atributos de los discursos dominantes de las masculinidades, el uso del poder, la autoridad, la violencia, la subordinación de la mujer y otros varones, la relación instrumental con el cuerpo, el distanciamiento y negación de las emociones, la búsqueda del éxito profesional y laboral, el ejercicio de la sexualidad en términos de conquista y rendimiento, entre otros, reconociendo que dichos atributos, son situados histórica y culturalmente con posibilidad de cambio.

Asimismo, considerando la imposibilidad de elaborar una serie de criterios universales, de acuerdo a las características variables de la masculinidad, se tomará distancia del concepto de masculinidad hegemónica como un modelo único y acabado, ya que, dependiendo del contexto, se enfatizan atributos particulares (Rodríguez, 2006).

Otra discusión presente en los estudios de las masculinidades, es sobre el uso de los términos “hombre” y “varón” de forma indistinta. Figueroa (2004), refiere que el primero tiende a confundirse con humanidad y en algunos casos con la población masculina, excluyendo a las mujeres; sin embargo, el segundo tampoco resuelve el conflicto, pues no existe su contraparte en femenino, y termina por invisibilizar a las mujeres. El autor hace énfasis en evidenciar las exclusiones, pues considera que lo que no se nombra no existe, por lo que hay que estar constantemente reinventado los términos con los cuales ordenamos y clasificamos la realidad. Para este trabajo se utilizará la palabra varón y hombre de forma indistinta, con el fin de hacer un documento más ágil en su lectura, pero advirtiendo al lector, sobre la trampa que pueden encerrar dichos términos.

Sustancias psicoactivas

El consumo de drogas ha sido una actividad que ha acompañado al hombre a través de su historia, lo cual, ha sido documentado en la mayoría de las culturas, el uso estaba destinado a prácticas sociales como la medicina, la religión y las actividades ceremoniales (Escohotado, 1996).

Sin embargo, el problema de las drogodependencias solo ha alcanzado una extraordinaria relevancia, por su difusión, consecuencias sociales y sanitarias en las últimas décadas (Martín & Lorenzo, 2009). Ante lo cual, han surgido diferentes modelos interpretativos y de intervención, siendo dos los que han tenido mayor relevancia; el Modelo Jurídico-Represivo y el Médico-Sanitarista (Vega, 1992).

El Modelo Jurídico-Represivo, contempla el uso de drogas desde sus implicaciones legales y delictivas. Este modelo asume que las sustancias que no están catalogadas como legales son fuente de graves daños físicos, psíquicos y sociales, y por tanto deben quedar fuera del alcance de las personas. Pretende proteger al individuo y la sociedad de los males derivados de las drogas no institucionalizadas (Pons, 2008).

No obstante, una de las principales críticas a este modelo, es que en países desarrollados, ciertamente un elevado número de personas son adictas a sustancias ilícitas, pero un número mayor, lo son a drogas lícitas: tabaco y alcohol, lo cual, representa los mayores problemas sanitarios (Martín & Lorenzo, 2009). Situación que también se reproduce en México, por ejemplo, en los datos obtenidos en la VI Encuesta Nacional de Adicciones (SS, 2011), del año 2008 al 2011, se dio un incremento significativo en el consumo de alcohol entre los adolescentes, pasando del 31.7 % a 42.9 %; asimismo, se presentó un aumento en la tasa de dependencia a alcohol, pasando del 2.7 % en 2008 a 4.7 % en 2011.

Por otro lado, el Modelo Médico-Sanitarista, considera la dependencia a las drogas como una enfermedad caracterizada por una pérdida del control del individuo sobre el consumo. Esto implica, que la dependencia a las drogas es considerada un fenómeno vinculado exclusivamente a procesos internos del propio sujeto, por tanto, el objetivo será conocer la interacción entre la biología humana y las características farmacológicas de las sustancias, para intervenir en el proceso (Pons, 2008).

Asimismo, este modelo también enfrenta diferentes críticas, por ejemplo, la dificultad para delimitar los conceptos de uso, abuso y dependencia. Particularmente el concepto de abuso es muy controvertido, debido a que los diferentes usos se modifican de acuerdo a los marcos culturales específicos.

Por otro lado, el término droga, ha sido utilizado en la farmacología clásica para designar un medicamento en estado bruto, tal como aparece en la naturaleza. Actualmente, desde el modelo médico, se aplica a *“aquellas sustancias psicoactivas con acción reforzadora positiva capaces de generar dependencia psicológica y física, que ocasionan en muchos casos, un grave deterioro psicoorgánico y de conducta social”* (Martín & Lorenzo, 2009, p.

3). Sin embargo, bajo esta definición diversas sustancias como la cafeína, la teína e incluso el tabaco, no podrían considerarse drogas. Así en los últimos años, diversos autores han reemplazado el término droga por el de sustancia psicoactiva, justificando dicha sustitución por el hecho de que muchos productos con capacidad de producir un trastorno por abuso o dependencia se dan de forma natural (Cannabis) o que no son fabricados para el consumo humano (solventes).

En esta investigación se asumirá una postura similar a la Bellizzi y Moscona (2011), quienes proponen que en lugar de trabajar con definiciones legales o médicas, es importante centrar la atención en aquellas que derivan de las interacciones en las que esas sustancias se constituyen como drogas; es decir las prácticas que los usuarios desarrollan en la marginalidad del sistema legal o social para adquirirlas, consumirlas y sobre todo justificar su consumo. Por tanto, lo relevante será, destacar cuál es el significado que le otorgan los consumidores a su propia acción, entendiendo que dicho significado solo puede constituirse relacionamente.

De acuerdo a esta propuesta, se abordará el fenómeno de consumo de sustancias psicoactivas desde una perspectiva del construccionismo social, lo cual implica alejarse de los prejuicios y estereotipos dominantes sobre el tema, es comprender cómo se articulan los conceptos y prácticas relacionadas con este fenómeno desde un contexto histórico, que incluya una serie de condicionamientos, procesos materiales, simbólicos, económicos, culturales, políticos, sociales y familiares (Romaní, 1993).

Planteamiento metodológico

En esta investigación se retomó como marco conceptual, para el estudio de los significados de ser hombre y el consumo de sustancias psicoactivas, a la teoría del Construccionismo Social, que tiene sus orígenes en el trabajo de los sociólogos Berger y Luckmann (1968); quienes proponen que existe una relación dialéctica entre las perspectivas individuales y los procesos sociales, así como, la construcción social del conocimiento, que posibilita múltiples interpretaciones de la realidad. Asimismo, se retoman aportaciones de otros autores, que por sus trabajos pueden ser enmarcados dentro de este paradigma teórico, como Michel Foucault (1977), Clifford Geertz (1994), Edward Bruner (1986) y Kenneth Gergen (1985), cada uno de los cuales ofrece su propia interpretación.

Berger y Luckmann (1968), reconocen la influencia de las estructuras sociales, pero a su vez la participación de la persona en la construcción de los significados, siendo a través del

lenguaje que se construyen enormes redes de representación simbólica. Para ellos el lenguaje es el sistema de signos más importante de la sociedad humana. Puesto que, es capaz de transformarse en depósito objetivo de vastas acumulaciones de significado y experiencia, que puede preservarse a través del tiempo y transmitirse a las generaciones futuras.

Por tanto, el lenguaje permite que la realidad de la vida cotidiana, se presente ya objetivada, es decir, constituida por un orden de objetos que han sido designados como tales, antes de que las personas aparezcan en escena. Así, el lenguaje usado en la vida cotidiana es fundamental en la construcción de la realidad, ya que proporciona las objetivaciones indispensables, disponiendo del orden en el cual éstas adquieren sentido. De esta manera el lenguaje marca las coordenadas de la vida en la sociedad y llena esa vida de objetos significativos.

Asimismo, el lenguaje constituye campos semánticos o zonas de significado lingüísticamente circunscritos, que posibilitan la objetivación, retención y acumulación de la experiencia biográfica e histórica. Así la interacción con los otros en la vida cotidiana resultará afectada constantemente por la participación común en ese acopio social de conocimiento que está a nuestro alcance. Por tanto, la realidad de la vida cotidiana se presenta como un mundo intersubjetivo que se comparte con otros, puesto que, no se puede existir sin interactuar y comunicarse continuamente. Hay una correspondencia continua entre los significados de las personas, se comparte un sentido común de la realidad.

Así, los significados que se atribuyen a las cosas, los acontecimientos, a la gente, y a nosotros mismos, son el resultado del lenguaje que se usa, del diálogo social, el intercambio y la interacción que se construye socialmente (Gergen, 1985). El significado no surge del interior de la mente, sino a través de la relación personal. Cada persona está inmersa en una variedad de relaciones – previas, presentes y futuras – y los múltiples contextos de esas relaciones, influyen en los significados desarrollados. Los significados no son fijos ni permanentes sino que son continuamente influidos, construidos y reconstruidos en el curso del tiempo (Gergen & Gergen, 2011).

El lenguaje construye entonces enormes edificios de representación simbólica que parecen dominar la realidad de la vida cotidiana como gigantescas presencias de otro mundo. La religión, la filosofía, el arte y la ciencia son los de mayor importancia histórica entre los sistemas simbólicos de esta clase. El lenguaje es capaz no solo de construir

símbolos sumamente abstraídos de la experiencia, sino también de recuperar estos símbolos y presentarlos como elementos objetivamente reales en la vida cotidiana.

Este último planteamiento, se podría equiparar a la propuesta de Foucault (1977), sobre el ejercicio del poder como constituidor de la subjetividad humana. El autor menciona que existe una serie de dispositivos discursivos y materiales que participan en la construcción del sujeto. Para este autor, los discursos son una serie de significados que grupos de personas comparten, en campos de estudio, profesiones, países o culturas; y dichos discursos a su vez forman sistemáticamente los objetos de que hablan. El autor considera que existen una serie de discursos dominantes que construyen normas en torno a las cuales se incita a las personas a moldear sus vidas. Forjan a las personas como cuerpos dóciles y las hacen participar en actividades que apoyan la proliferación de conocimientos globales y unitarios.

Para Berger y Luckmann (1968), el lenguaje – que a su vez constituye los discursos – se presenta como una facticidad externa al sujeto y su efecto sobre él es coercitivo; el lenguaje obliga a adaptarse a sus pautas. No obstante, agregan que la conciencia siempre es intencional, siempre apunta o se dirige a objetos, por tanto, puede moverse en diferentes esferas de realidad. Es decir, se tiene conciencia de que el mundo consiste en realidades múltiples.

A este respecto Foucault (1981), plantea que en el momento que se da una relación de poder, existe la posibilidad de resistencia, siempre es posible modificar su dominio en condiciones determinadas y según una estrategia precisa. Así, las personas en la interacción con los discursos dominantes podrán siempre ejecutar algún acto de resistencia, es decir, elegir entre una multiplicidad de lecturas de la realidad.

De igual forma, la propuesta de Foucault (1988), tuvo cierta influencia en la ideas de Bruner (1986) en el campo de la antropología, quien propone que existe una serie de narrativas dominantes – que son construcciones sociales – que se transforman en los principales dispositivos interpretativos para organizar y comunicar la experiencia. Refiere que si la vida es un marco temporal y la conexión entre el pasado, presente y futuro, un significado en común, entonces las historias son esas unidades de significado que proveen dicha conexión.

Agrega que las personas a fin de expresar su experiencia construyen una serie de narrativas particulares, que expresan mediante el lenguaje, y representan elementos centrales y poderosos, que a través de esa actividad el flujo de la experiencia se organiza y

se comparte con otros. Sin embargo, dichas narrativas individuales se hallan vinculadas con las narrativas dominantes de su cultura, pues estas últimas organizan la experiencia y le dan sentido, pero siempre hay experiencias vividas que el relato dominante no puede abarcar. Bruner (1986) plantea al respecto que existe el riesgo que aquello que no encaja con los discursos dominantes, se deja de lado, así una gama de experiencias vividas queda sin relatar, nunca es contado o expresado.

Por tanto, se puede definir a la narración, como una unidad de significado que brinda un marco para la experiencia. Entramos en las historias; otros nos hacen entrar en ciertas historias; y vivimos nuestra vida a través de esas historias (Epston, White & Murray, 1996).

White y Epston (1993), refieren que no se puede tener un conocimiento directo del mundo y todo lo que las personas saben de la vida lo saben a través de la experiencia y para dar sentido a esta experiencia, debe de relatarse pues es el hecho de relatar lo que determina el significado. Al lograr una narración coherente, las personas adquieren un sentido de continuidad y significado en sus vidas, así como un marco que les ayuda a ordenar la cotidianidad e interpretar las experiencias futuras.

Berger y Luckmann (1968), señalan que las personas objetivan su propio ser por medio del lenguaje, a medida que las personas hablan sus propios significados subjetivos se hacen accesibles objetiva y continuamente, se vuelven más reales para sí. Por lo que cabe decir que el lenguaje hace más real la subjetividad, no solo para el interlocutor, sino también para el que habla. Los autores refieren que la capacidad que tiene el lenguaje de cristalizar y estabilizar para uno mismo la propia subjetividad, aún a pesar de que se separa de la situación cara a cara, es una de sus características más importantes y está muy bien captada en la frase: los hombres necesitan hablar de sí mismos hasta que llegan a conocerse a sí mismos.

Agregan que en cualquier momento puede actualizarse todo un mundo a través del lenguaje. Aun hablando consigo mismo en el pensamiento solitario, en cualquier momento se puede presentar un mundo entero por medio de la objetivación lingüística.

Así, hasta aquí se ha hecho una reseña sobre algunos conceptos relevantes de la perspectiva de la construcción social, como el papel del lenguaje en la construcción social de la realidad, las redes de significado como producto de las interacciones humanas, las relaciones de poder y resistencia en la constitución de la subjetividad de las personas, así como, el lugar de los discursos o narrativas dominantes como marcos interpretativos de la experiencia. Con el análisis de dichos conceptos, se pretende establecer el entramado

teórico, a través de cual se intentará comprender la construcción de los significados de ser hombre en varones usuarios de sustancias psicoactivas.

Se empleó una metodología de corte cualitativo, apoyado en un acercamiento fenomenológico, que Sandín (2003) define, como una corriente de pensamiento propio de la investigación interpretativa que aporta como base del conocimiento la experiencia subjetiva inmediata de los hechos tal como se percibe. Se buscó conocer y comprender el objeto de estudio a través del discurso de los entrevistados. Para ello, se utilizó la técnica de entrevista a profundidad, que proporciona la experiencia personal, la ideología y la subjetividad (Connell, 2003), así como, los significados de la persona que está contando la historia de su vida (Ramos, 2001).

Cabe señalar, que en algunas áreas de la psicología continúa imperando la búsqueda de la objetividad, validez y generalización de los datos, por lo que, el giro paradigmático de este estudio, sustentado en la lógica de la entrevista a profundidad y las trayectorias de vida, contribuye a la aceptación de los paradigmas interpretativos como un modo alternativo de conocimiento de la realidad en este campo, así como, aportar al movimiento reflexivo contemporáneo, en el cual existe cada vez mayor intercambio y pérdida de las fronteras entre las disciplinas (Robles, 2000).

Se invitó a participar a cuatro varones, de entre 25 y 33 años de edad. Se estableció el contacto a través de una clínica, ubicada en la Cd. de México, dedicada al tratamiento de las adicciones, en la cual, estuvieron en tratamiento residencial por un periodo de tres meses. Se realizaron de cuatro a siete entrevistas con cada uno de ellos, con una duración de 90 minutos en promedio.

De acuerdo a los principios éticos en la investigación, se llevó a cabo el proceso de negociación y consentimiento informado. En el primer encuentro se les explicó el objetivo del estudio, solicitando su participación en forma voluntaria. Se les pidió autorización para audiogravar y transcribir las entrevistas, garantizando la confidencialidad y el uso de la información sólo con fines de investigación y divulgación académica. En este sentido, se cambió su nombre verdadero, por uno ficticio, así como los datos que pudieran identificarlos.

El análisis narrativo de los datos, integró la categorización, organización y estructuración de las narraciones (González, 1998). Para esto, se realizó un índice temático de cada una de las entrevistas, posteriormente se organizó la información en orden cronológico. Así los ejes de análisis que definen las historias son seis: I) Consumo de SPA en el ámbito familiar;

II) Vida emocional; III) Contexto de pares; IV) Sexualidad; V) Vida laboral; y VI) Percepción del cuerpo.

El capitulado

La investigación está constituida por siete capítulos. El capítulo I, *Género y Masculinidad (es)*, aborda los estudios que se han desarrollado acerca de los hombres, la influencia y los conceptos teóricos que se retoman de la perspectiva de género, la constitución de la subjetividad y los discursos de poder desde la propuesta de Michel Foucault (1977), así como, los discursos y prácticas en la construcción de las masculinidades.

En el capítulo II, *El significado social del uso de sustancias psicoactivas*, se habla sobre los discursos dominantes – discurso Jurídico-represivo y médico-sanitarista –, que han contribuido en la construcción de los significados asociados al uso problemático de las drogas, y los estereotipos surgidos al respecto, de igual forma, se profundiza sobre el uso social y los significados asociados al consumo.

En el capítulo III, *Masculinidad (es) y consumo de sustancias psicoactivas*, se retoma la relevancia de incluir la perspectiva de género en los estudios de consumo de drogas, asimismo, se hace una revisión de la literatura más reciente con relación a los estudios de masculinidad y el consumo de sustancias psicoactivas.

En el IV capítulo, *Estrategia metodológica*, se plantea la construcción del objeto de estudio, resaltando la relevancia de conocer los significados que se construyen en relación a los discursos de ser hombre, que se entretajan con diversos discursos dominantes relacionados al consumo de drogas.

En el V capítulo, *Resultados*, se presenta la trayectoria de vida de Daniel, Javier, Jaso y Saúl. Los ejes de análisis que enmarcaron las historias fueron: I) Consumo de SPA en el ámbito familiar; II) Vida emocional; III) Contexto de pares; IV) Sexualidad; V) Vida laboral y VI) Percepción del cuerpo. Cabe mencionar, que no todas las historias incluyeron los seis ejes, esto dependió de la información proporcionada por cada uno de los participantes. Cada historia fue analizada y contrastada con la literatura actual, respecto a la construcción de la masculinidad y los significados asociados al consumo de sustancias psicoactivas.

Asimismo, con la intención de dar mayor solidez metodológica a la presentación de los datos, se incluyeron fragmentos de las narraciones de los participantes, acompañados de

un código entre paréntesis, que indica la cita en que aparecen en las transcripciones, dicho código está conformado por dos letras del seudónimo, número de entrevista y número de página.

En el capítulo VI, *Elementos en la construcción de los significados de ser hombre en la trayectoria de consumo*, contiene tres apartados. El primero, sintetiza las similitudes en los procesos de aprendizaje y construcción de los significados de ser hombre y consumir sustancias psicoactivas. Algunos de los resultados más relevantes, señalan que en la familia y entorno, el uso de SPA se “naturaliza”, es decir, se presenta como una serie de prácticas comunes y hasta predecibles en los comportamientos aceptados en los discursos dominantes de las masculinidades. Respecto a la vida emocional, el consumo de drogas, es un medio que les permite evitar el sentimiento de vulnerabilidad ante situaciones de crisis. Con relación a los pares, se adquiere reconocimiento y prestigio social. En el área sexual, se observó que al inicio del consumo lo asocian a un mejor desempeño sexual, sin embargo, con el tiempo y el desarrollo del consumo problemático, su rendimiento pasa a segundo plano. Así, de acuerdo al análisis desde la perspectiva de género, se pudo apreciar que el uso de sustancias psicoactivas es un recurso a través de cual los varones buscan controlar y asumir el poder.

En el segundo apartado, se analizan las diferencias en cuanto a la forma de asumir o resistir los discursos de las masculinidades, considerando que este proceso no es del todo consciente y voluntario, sino por el contrario, implica múltiples contradicciones. Los varones pueden apegarse en un contexto a los discursos dominantes de la masculinidad, pero en otro alejarse, donde el uso de sustancias psicoactivas adquiere significados particulares.

En un tercer apartado, se hace un análisis de aquellas condiciones sociales que estuvieron presentes, como la carencia de recursos económicos, falta de oportunidades escolares y laborales, exclusión social, alto consumo de alcohol y otras sustancias psicoactivas en su entorno, entre otras. Sin embargo, cabe señalar que en este estudio no se considerará una relación de causalidad lineal entre pobreza y uso de drogas, sino por el contrario, se entenderá la reciprocidad entre pobreza y consumo de drogas como un contexto de producción de negociaciones, realidades, experiencias, intercambios, prácticas y subjetividades, es decir, de nuevas economías (Epele, 2010).

Asimismo, en este apartado se incluye una reflexión personal del diálogo que se estableció con los entrevistados, en el cual, se analizó la influencia de género del investigador en los

espacios de conversación, se especuló acerca de aquellos temas que quizá los participantes pudieron haberse callado. De igual forma, se reflexionó sobre las transferencias y resonancias emocionales en el investigador, con el fin de identificarlas y ponerlas al servicio de la investigación, puesto que, nombrar los sentimientos y emociones generadas en el espacio de conversación, también es una forma de dar voz a la vida afectiva de los varones entrevistados.

En el Capítulo VII, *Conclusiones*, se describen brevemente los hallazgos más relevantes de la investigación, como la aportación del análisis basado en los diferentes contextos, lo cual permite entender la construcción de los significados de ser varón y consumir sustancias psicoactivas como un proceso. Entender el uso de sustancias psicoactivas como un recurso de poder, es decir, como una forma de ocupar posiciones en un sistema sexo-género. Asimismo, se describen algunas sugerencias de aplicación del conocimiento y se analizan algunas limitaciones de la investigación.

CAPÍTULO I

GÉNERO Y MASCULINIDAD (ES)

1.1 Antecedentes

Los estudios sobre masculinidades en los últimos años se han multiplicado y responden a una diversidad de intereses y aproximaciones teóricas, de acuerdo a Minello (2002), países como Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá y Australia han sido pioneros en esta producción. No obstante, en los años noventa se empiezan a desarrollar en Latinoamérica las primeras investigaciones en este sentido.

Minello menciona, que colocar la masculinidad como objeto de estudio no es algo sencillo, ya que concurren diferentes posiciones sobre lo que se entiende por masculinidad, existiendo diversos modelos explicativos al respecto. Asimismo, menciona que algunos autores señalan la baja calidad teórica de la bibliografía existente.

Clatterbaugh (1990, citado en Olavarría & Valdés, 1997) distingue seis perspectivas principales en los estudios sobre masculinidad:

- a) La perspectiva conservadora, que considera natural que los hombres sean los proveedores y protectores de las mujeres y que sean social y políticamente dominantes, puesto que ello corresponde a una manifestación de la naturaleza masculina y a su rol civilizador.
- b) La perspectiva profeminista, influenciada por la producción académica feminista, subraya que la masculinidad ha sido creada a través del privilegio de los hombres y la correspondiente opresión de las mujeres, dañando a los propios varones más allá de las recompensas que les da el sistema.
- c) La perspectiva de los *Men's Rights*, que postula que los roles masculinos tradicionales son altamente dañinos, que los hombres son víctimas de ellos y cuestiona al feminismo de no haber creado para los hombres las mismas opciones con sus acciones.
- d) El Movimiento Mitopoético, que propone que la masculinidad deriva de patrones inconscientes profundos, los que se revelan a través de leyendas, mitos y rituales, que requieren ser actualizados por los varones.

- e) La perspectiva socialista, que señala que la masculinidad se basa en la diferencia de clases sociales, es decir, el capitalismo patriarcal define masculinidades asociadas a los tipos de trabajo.
- f) La perspectiva de grupos específicos, enfatiza la existencia de una diversidad de experiencias que abarcan no sólo a los hombres blancos, sino también a negros y grupos étnicos, heterosexuales y homosexuales.

Badinter (1993) estima que el desarrollo de los estudios sobre masculinidad ha tenido un carácter reactivo, responde a los reiterados y periódicos planteamientos feministas.

Este trabajo se centrará en las propuestas que convergen con el movimiento profeminista, que es en donde se han observado los avances con mayor consistencia teórica.

1.2 Estudios de género de los hombres

El uso de la perspectiva teórica del género mostró que la opresión de las mujeres no está en el hecho biológico, sino que el hecho mismo es el objeto significante, es la base sobre la que se construye un sistema de significados; el lugar de la mujer en la vida social humana no es producto de las cosas que hace, sino del significado que adquieren sus actividades a través de la interacción social concreta, el género puede entonces adquirir una diversidad de significados, deja de ser universal y rehúye a la tentación esencialista del fundamento binario biológico del sexo (Ramírez, 2005).

Viveros (2008), menciona que las teorías feministas han tenido una importancia muy grande para el surgimiento y desarrollo de los estudios sobre masculinidad, aunque no siempre el foco de su atención han sido los hombres o las prácticas masculinas. De acuerdo a Ramírez (2005), los estudios de género tienen entre sus principales propósitos evidenciar la desigualdad vivida por las mujeres, y los estudios de masculinidad enfrentan el desafío de visibilizar a los varones. Núñez (2007b), alerta sobre la necesidad de reflexionar acerca de las premisas de objetividad y racionalidad de la ciencia moderna, y si sus métodos de investigación pueden dar cuenta de los varones como sujetos genéricos, ya que ha sido evidenciado por las feministas la coincidencia entre dichas premisas y las definiciones de lo “masculino” y el ser “hombre”.

En este sentido, la propuesta teórica del construccionismo social resulta una aproximación pertinente para el desarrollo de los estudios de la (s) masculinidad (es), al considerar la realidad como una construcción social e histórica, coloca al sujeto como un ser construido

social e históricamente, así como, los conceptos que utiliza para definir la realidad social, sin olvidar que el sujeto que quiere conocer, es un sujeto socialmente situado, con deseos e intereses e inmerso en las tramas de poder que constituyen la misma realidad social.

Para los fines de esta investigación, se incorpora a su vez la categoría de género, considerando que no es posible comprender los estudios de la (s) masculinidad (es), si no se conocen los aportes y desarrollos teóricos feministas, afines a la teoría de la construcción social.

Para Núñez (2007b), realizar estudios de los hombres desde una perspectiva de género, implica reflexionar acerca de las premisas epistemológicas, teóricas, metodológicas y técnicas, que sustentan la aproximación a la realidad, en tanto, que son acciones y elecciones inscritas en coordenadas simbólicas de género.

1.2.1 Perspectiva de Género

Lamas (1986), menciona que en los años setenta el feminismo académico anglosajón impulsó el uso de la perspectiva de género con la pretensión de diferenciar de la biología, las construcciones sociales y culturales sobre lo masculino y lo femenino. Agrega, que el sexo biológico no es lo mismo que la identidad asignada o adquirida, considerando que si en diferentes culturas cambia lo que se supone femenino o masculino, dicha asignación es una construcción social.

Rubin (1986), es una de las primeras antropólogas que intenta comprender y explicar la construcción del género a través del contexto social y cultural, para lo cual, introduce el concepto de “sistema sexo-género”, al cual define como:

El conjunto de arreglos por los cuales una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas (p. 3).

De acuerdo a esta autora, el sistema sexo-género es la sede de la opresión de las mujeres y las minorías sexuales. Por ende, la subordinación de las mujeres, es producto de las relaciones que organizan y producen la sexualidad y el género.

De Barbieri (1993), considera que los sistemas sexo-género son el objeto de estudio más amplio para comprender y explicar el par “*subordinación femenina-dominación masculina*”. Por su parte Scott (1996), realiza un avance importante en el concepto de

género – como categoría analítica – cuando resalta los aspectos relacionales en las definiciones de feminidad y masculinidad; hombres y mujeres tienen que ser definidos en términos el uno del otro, dado que no se puede conseguir su comprensión mediante estudios separados. Esta autora, propone una definición de género, conformada por dos proposiciones:

El género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos, y el género es una forma primaria de las relaciones significantes de poder (p. 289).

A su vez, en la primera proposición hace alusión a cuatro elementos:

- a) Los símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones múltiples y que en ocasiones pueden ser contradictorias. Lo cual implica, la búsqueda de las representaciones simbólicas que se evocan, cómo y en que contextos.
- b) Los conceptos normativos que manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos. Esos conceptos se expresan en doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas; que afirman categóricamente y unívocamente el significado de varón y mujer, masculino y femenino.
- c) Incluir nociones políticas y referencias a las instituciones y organizaciones sociales. Se necesita una visión más amplia que incluya no sólo a la familia sino también, el mercado de trabajo, la educación y la política
- d) La identidad subjetiva, replantea la concepción de la identidad subjetiva propuesta como universal. Considerar la construcción de las identidades en función de las actividades, organizaciones sociales y representaciones culturales históricamente específicas.

De acuerdo a Scott, la primera parte de su definición de género, consta de estos cuatro elementos y ninguno de ellos opera sin los demás. Sin embargo, considera que la teorización de su propuesta, se desarrolla en la segunda proposición, la cual se refiere a una forma primaria de relaciones significantes de poder, es decir, el género es el campo primario dentro del cual o por medio del cual, se articula el poder. Retoma la noción de poder propuesta por Foucault (1988), como constelaciones dispersas de relaciones desiguales, constituidas discursivamente como campos de fuerzas sociales.

Así uno de los aportes de Scott, es que privilegia la concepción del género, como una categoría analítica y relacional, colocando las bases conceptuales para poder entender la interacción entre hombres y mujeres, inmersos en relaciones de poder en un contexto histórico y social.

Por tanto, el uso de la perspectiva de género, mostró que la opresión de las mujeres no está en el hecho biológico, sino que el hecho mismo es el objeto significativo, es la base sobre la que se construye un sistema de significados; el lugar de la mujer en la vida social humana no es producto de las cosas que hace, sino del significado que adquieren sus actividades a través de la interacción social concreta; el género puede entonces adquirir una diversidad de significados, deja de ser universal y rehúye a la tentación esencialista del fundamento binario biológico del sexo (Lamas, 1986).

1.2.2 Subjetividad y relaciones de poder

Para Lagarde (1994), la organización genérica es en sí misma una estructura de poderes, jerarquías y valores. Ser hombre o ser mujer es ser especialista de género, y eso propicia el dominio. Por el sólo hecho de ser hombre o mujer, ocupan posiciones sociales y políticas.

De acuerdo a Foucault (1988), el poder se ejerce sobre la vida cotidiana, clasifica a los individuos en categorías, los designa por su propia individualidad, los ata a su propia identidad, les impone una ley de verdad que deben de reconocer y que los otros deben de reconocer en ellos. Es una forma de poder que transforma a los individuos en sujetos.

La conceptualización sobre el poder que hace Foucault (1988), aporta dos elementos centrales para el análisis de la construcción de la subjetividad. Argumenta, que el poder transforma a los individuos en sujetos en dos sentidos: 1) sometido a otro a través del control y la dependencia, y 2) sujeto atado a su propia identidad por la conciencia o el conocimiento de sí mismo, es decir a su subjetividad. Ambos significados sugieren una forma de poder que subyuga y somete.

Con relación al primer punto, el autor propone que en lugar de analizar el poder desde el punto de vista de su racionalidad interna, es necesario analizar las relaciones de poder, en las que un mismo sujeto juega de diversas maneras:

Lo que define una relación de poder es que es un modo de acción que no actúa de manera directa e inmediata sobre los otros, sino que actúa

sobre sus acciones: una acción sobre la acción, sobre acciones eventuales o actuales, presentes o futuras. [...] una relación de poder se articula sobre dos elementos, ambos indispensables para ser justamente una relación de poder: que “el otro” (aquel sobre el cual se ejerce) sea totalmente reconocido y que se le mantenga hasta el final como un sujeto de acción y que se abra, frente a la relación de poder, todo un campo de respuestas acciones, efectos y posibles invenciones. (Foucault, 1988, p.15).

Por tanto, el ejercicio de poder más que una confrontación entre adversarios, consiste en conducir conductas y en arreglar las probabilidades de los otros, sin embargo, agrega otro elemento central:

Desde el momento mismo que se da una relación de poder, existe una posibilidad de resistencia. Nunca nos vemos pillados por el poder: siempre es posible modificar su dominio en condiciones determinadas y según una estrategia precisa. (Foucault, 1981, p. 171).

Por ende, el poder tiene que ser analizado como algo que circula, que se mueve, que fluye entre los individuos, por lo que, están siempre en situación de sufrir o ejercitar el poder, insertos en una organización reticular. Así, las relaciones de poder, siempre están en función de contextos particulares; no están centralizadas, sino que se encuentran dispersas e inestables; similar a las relaciones de género, de ahí su utilidad para su conceptualización. Por ejemplo, en las relaciones de género una mujer puede estar en una posición subordinada con relación a su pareja varón y en una posición de poder en relación con los hijos, las nueras u otras mujeres. El varón puede ocupar una posición de poder con relación a su mujer, pero una relación de subordinación con su propio padre. Así, en las redes de relaciones de poder un mismo sujeto juega de diversas formas, puede funcionar como sujeto de poder y como sujeto resistente según la relación a que se refiera.

Para Foucault, el poder y la resistencia son parte del proceso a través del cual las subjetividades son construidas, la forma en que los hombres y las mujeres se construyen a sí mismos en sujetos. Y es por medio de los discursos de verdad que sirven como marco para la construcción de significados a través de toda la red social (Foucault 1977).

Foucault, (1988) considera que el origen de estos discursos está en el poder derivado de la teología pastoral, sin embargo, con el tiempo se transformaron y encontraron apoyo en múltiples instituciones, desarrollándose una táctica individualizadora, característica de una serie de poderes como el de la familia, la medicina, la psiquiatría y la educación, que definen modelos de “ser” y “estar” en el mundo.

Sin embargo, Foucault (1977) advierte que se debe concebir el discurso como una serie de segmentos discontinuos cuya función táctica no es uniforme ni estable. Señala que no se refiere a imaginar un universo del discurso dividido entre el discurso dominante y el dominado, sino como una multiplicidad de elementos discursivos que pueden actuar con estrategias diferentes.

Los discursos no están sometidos al poder o levantados contra él. Existe un juego complejo e inestable donde el discurso puede, a la vez, ser instrumento y efecto de poder, pero también obstáculo, tope, punto de resistencia y de partida para una estrategia opuesta. El discurso transporta y produce poder: lo refuerza, pero también lo mina, lo expone, lo torna frágil y permite detenerlo. Por tanto, por más que los sujetos son constituidos por los discursos dominantes, estos tienen también la posibilidad de maniobrar dentro de dicho dominio discursivo y de tomar una posición, ante él.

Así, la identidad de género es un proceso en el cual el individuo produce activamente un significado relativo a sí mismo (Alcoff, 1988).

1.3 La (s) masculinidad (es)

Para Ramírez y Uribe (2008), el objetivo de los estudios de masculinidad ha sido hacer evidente los juegos de poder que pasan inadvertidos para hombres y mujeres; juegos que conllevan mecanismos de poder y control, que reproducen modelos de masculinidad basados en la violencia, en la agresividad y en comportamientos de riesgo que muchas veces amenazan la salud e integridad personal.

Kimmel (1998), propone entender la masculinidad como un conjunto de significados que los hombres construyen a través de las relaciones consigo mismos, con los otros y con el mundo; dichos significados son social e históricamente construidos, por tanto, son siempre cambiantes, varían de una cultura a otra, y aún dentro de una misma cultura se transforman en el tiempo, en interacción con otras variables – como la clase, etnia, religión etc. –, incluso se modifican en el transcurso de la vida de los mismos hombres. Agrega, que las masculinidades se construyen simultáneamente en dos campos

interconectados de relaciones de poder; las relaciones de los hombres con las mujeres – intergénero – y las relaciones de los hombres con otros hombres – intragénero –.

Salguero (2008), refiere al respecto que la masculinidad, desde la perspectiva de género, debiera entenderse de modo relacional, ya que sólo existe en contraste con otras maneras de interacción social y cultural; por tanto, la masculinidad surge en un sistema de relaciones jerárquicas de género, histórico, social y culturalmente determinado. Asimismo, considerar que la masculinidad se construye en un sistema de relaciones jerárquicas, permite eliminar su imagen homogénea y pensar que aun dentro de los grupos de varones existe una categorización. En este sentido, Kaufman (1995), refiere que no existe una sola masculinidad, existen formas dominantes y subordinadas de ésta. Cada subgrupo, con base en la raza, la clase, la orientación sexual, etc., define el ser hombre de acuerdo con las posibilidades económicas y sociales del grupo en cuestión. Cada imagen dominante lleva una relación con las posibilidades reales en la vida de los hombres y las herramientas que tienen a su disposición para el ejercicio de alguna forma de poder.

No obstante, esto no quiere decir, que no existan ciertas características comunes en los diferentes discursos dominantes de la masculinidad, por ejemplo, Marqués (1997) refiere, que en las sociedades patriarcales, el discurso de ser varón implica ser importante; lo cual se presenta en un doble sentido: por una parte ser varón es ser importante porque las mujeres no lo son; en otro aspecto ser varón es ser muy importante porque comunica con lo importante, ya que todo lo importante es definido como masculino.

Para Salguero (2008), los discursos dominantes de las masculinidades, no son siempre seguidos por todos, es probable que nos encontremos con disidencias y variaciones en función del grupo sociocultural de pertenencia, edad, actividades y prácticas en las que participan los varones. Los individuos están expuestos a una multiplicidad de discursos que se entrecruzan y llegan a generar fracturas y cambios.

Para los objetivos de esta investigación, se retomará la propuesta de Amuchástegui (2001a), sobre utilizar el término “*construcción social de la masculinidad*” para designar una serie de discursos y prácticas sociales que pretenden definir el término masculino del género dentro de configuraciones histórico particulares, diferenciándolo de las propias experiencias de los hombres, quienes no están reducidos a someterse a tal construcción y que manifiestan innumerables formas de resistencia. Propone que si lo que interesa es la relación entre la construcción social de la masculinidad en contextos específicos (estereotipos, normas e ideales u otros) y la experiencia de los sujetos frente a ella, el

análisis de la construcción de significados por parte de las personas es una aproximación pertinente.

Salguero (2008) refiere que es a través de las diferentes prácticas en las que participamos donde asumimos alguna posición de género. Señala que la práctica social no es homogénea, cada persona está inmersa dentro de una variedad de contextos socioculturales tales como país o región de origen, etnia, religión, familia, etc., de manera que los sujetos participan durante intervalos de tiempo cortos o largos, ya sea de manera regular o solo en alguna ocasión – o por diferentes razones –, en un conjunto diverso de contextos sociales. Agrega que la práctica social genera modos de pensar, sentir, vivir, delimitados y restringidos por la cultura, más que por las condiciones actuales de las personas. Así las identidades masculinas son recreadas a diario a través de la actuación cotidiana, no son algo fijo y acabado, sino que se van modificando en la práctica y en el curso de la historia particular, se van reajustando a lo largo de las diferentes etapas de la vida y en los contextos donde se sitúe cada varón. Es por esto que se vuelve necesario analizar los diferentes momentos, contextos y prácticas de los varones.

1.4 La (s) masculinidad (es) como proceso; discursos y prácticas de construcción

Ramírez (2005), menciona que el género y la masculinidad se materializan en espacios sociales como la calle, el trabajo, la escuela, el templo, el parque, el cine, el restaurante, etc. También se manifiestan en los discursos y creencias. Adoptan matices según las condiciones entre pares, con mujeres, con familiares, frente a quien representa la autoridad. Asumen formas de legitimidad en función de las variantes. Esto torna la aprensión de la masculinidad como huidiza, en constante movimiento.

Para los fines de investigación se retomarán seis ejes que enmarcan una serie de discursos y prácticas en la construcción de los significados de la masculinidad en los varones: a) la familia, b) la relación con los pares, c) el ejercicio de la sexualidad, d) la expresión de emociones, e) el desempeño laboral y f) la relación con el cuerpo.

1.4.1 La familia

La familia es el espacio donde el ser humano adquiere las habilidades de socialización indispensables para la interacción humana. La familia como grupo primario está en función de contextos más amplios; como la comunidad, el estado, el país o continente, y estos a su vez están insertos en sistemas más extensos, por tanto, las características y

condiciones de las familias dependerán de los sectores a los que pertenecen (Toquero, 2007).

Asimismo, es en la familia donde se observan los primeros modelos de género y la interacción entre hombres y mujeres. Schmukler (2001) plantea que la familia es uno de los centros de poder donde se recrea la cultura, un polo social donde se recrean significados a través de las relaciones de poder entre los géneros y generaciones.

La familia ejerce influencias ideológicas y políticas por dos vías básicas: a) sentar las bases de las subjetividades masculinas y femeninas a través de las relaciones primarias, que se establecen con las figuras femeninas y masculinas de autoridad dentro del grupo familiar (generalmente el padre y la madre), y b) a través de proponer modelos de género, que hasta ahora, la socialización tendía a reproducir los modelos tradicionales de feminidad y masculinidad, donde los varones tenían una mayor jerarquía y la posibilidad de acceder a mayores recursos.

Por su parte Olavarría (2006), menciona que la posición que se asigna al varón en su núcleo familiar le confiere recursos de poder, a través de promover mayor autonomía personal; apropiación de su superioridad corporal; fomentar la estructuración de relaciones con las otras u otros basadas en la subordinación, desvalorización y convirtiéndolos en dependientes de ellos.

1.4.2 La relación con los pares

Para Marqués (1997), un importante agente socializador del varón es el grupo de pares o iguales. El grupo de amigos interviene crucialmente en el periodo de la adolescencia, precisamente porque su credibilidad es mayor que la de la familia y la escuela. El grupo de pares, le suministra una información aparentemente no jerárquica sobre cómo comportarse como un hombre. No obstante, que el grupo este formado por otros adolescentes, igualmente inseguros respecto del grado en que han alcanzado la condición de varones/adultos, favorece que sus prácticas y discursos se centren en lo más espectacular, aparentemente rudo y exagerado del comportamiento masculino.

Para Kimmel (1997), la masculinidad como legitimación homosocial está llena de peligros, con riesgos de fracaso y con una competencia intensa e implacable. Los hombres están siempre bajo el cuidadoso y persistente escrutinio de otros hombres, necesitan la aprobación de los propios hombres, se prueban, ejecutan actos heroicos, toman riesgos enormes, todo porque quieren que otros hombres admitan su virilidad. La homofobia es el

miedo a que otros hombres los desenmascaren, los revelen a sí mismos y al mundo, que no alcanzan los estándares para ser verdaderos hombres. Su miedo, es el miedo a la humillación; tienen vergüenza de estar asustados.

1.4.3 La expresión de emociones

Seidler (2000), afirma que la filosofía de la ilustración está basada en la razón, niega el valor a lo que está asociado a la naturaleza, y como materia dejó de reconocerse en ella una fuente de significados y valores. Esta separación entre razón y naturaleza funcionó para apartar al hombre de sus emociones y sentimientos, que constituyen una amenaza a su identidad de hombre, y por consiguiente, para alejarlo de su vida emocional. Aprende a desdeñar las emociones y los sentimientos como signos de debilidad, que por lo tanto, ponen en una situación comprometida el sentido de la identidad masculina.

Por lo tanto, en una cultura racionalista, los hombres tienen que aprender a controlar sus emociones y los sentimientos, pues no se les reconoce más que como interferencias para una vida de razón. Se incorpora una idea de autocontrol como si éste implicara dominar y silenciar la vida emocional. Como varones, a medida que aprenden a enorgullecerse de ser independientes y autosuficientes suelen rechazar a quienes están más cerca de ellos; es como si no tuvieran necesidades emocionales propias, porque las necesidades son un signo de debilidad y parecen revelar cierta falta de autocontrol. Esta autosuficiencia puede dificultar las relaciones porque crea sus propias formas de desigualdad: con frecuencia las mujeres se quedan con la idea de que sólo ellas tienen necesidades y exigencias emocionales. Por tanto, para Seidler (1997) es importante reconocer y escuchar las emociones que pueden convertirse en una extensión de la masculinidad.

1.4.4 El ejercicio de la sexualidad

Seidler (1995), refiere que los varones insertos en el modelo de masculinidad dominante crecen con la idea de la sexualidad en términos de conquista y rendimiento, como una manera de probar su masculinidad frente a los pares, y no en relación con sus deseos y emociones, de esta manera, los varones se sienten acosados por el temor a la intimidad y al rechazo, tienden a separar la sexualidad del contacto y las emociones.

Horowitz y Kaufman (1989), afirman que en el modelo de masculinidad dominante la polisexualidad se reduce a la heterosexualidad como norma y a la sexualidad genital. Para ser hombre se requiere de dominar la sexualidad, las mujeres y la pasividad, así la superioridad masculina se construye en parte a través del control de la sexualidad.

Seidler (1995), plantea que dentro de las relaciones sexuales puede ser mucho más seguro para los varones “coger por coger” porque esto es mucho menos amenazante para cierta idea de la identidad masculina. Esto puede ser una forma de encubrir la vulnerabilidad, en lugar de compartirla, debido a que la sexualidad tiene que ver con la vulnerabilidad y el contacto.

Nolasco (1989, citado en Salguero, 2007), afirma que para los varones su desempeño sexual es una preocupación constante; un hombre debe tener infinidad de relaciones sexuales en reducidos intervalos de tiempo, llegando al orgasmo en todas ellas, de manera tal que aun en las relaciones sexuales se encuentran incluidas nociones de productividad y eficiencia. El tamaño de los genitales, así como la idea de mantener constantemente la potencia sexual centrada en la erección, se convierten en una preocupación.

1.4.5 La relación con el cuerpo

Seidler (2000), indica que los hombres aprenden a tratar el cuerpo como algo aparte, como algo que necesita ser entrenado. Muchas veces exigen más de sí mismos porque intentan ponerse a prueba frente a los límites del cuerpo, y esto constituye una forma de afirmar la masculinidad.

De Keijzer (2006), refiere que los hombres ven a su cuerpo como instrumento, lo cual no solo es típico de sectores subalternos, donde el trabajo y la fuerza corporal son centrales para la sobrevivencia, sino en clases medias, donde puede ser un medio a través de cual conquistar logros y reconocimiento – los fisiculturistas y practicantes de deportes extremos, etc. – . Por lo que, la salud y el autocuidado no forman parte de la identidad masculina.

Asimismo se ha observado en algunos estudios antropológicos sobre la construcción masculina de los cuerpos, cómo los varones presumen de sus cicatrices, pero no de las que se hacen accidentalmente, sino de las que supuestamente se originan por sobrevivir a situaciones riesgosas (Fagundes, 1995).

Figuroa (2007b), señala que diferentes datos parecieran mostrar que el varón acaba siendo un extraño para y con respecto a su propio cuerpo, en la búsqueda de cumplir una identidad socialmente construida.

1.4.6 El desempeño laboral

De acuerdo a Salguero (2007), en el proceso de construcción de las identidades masculinas uno de los discursos con prácticas y referentes simbólicos que marcan gran parte de la trayectoria de vida es el trabajo, enfatizando el éxito profesional y laboral que como hombres deben alcanzar. Es el mundo laboral un espacio en el cual ellos tienen un lugar, son reconocidos socialmente como hombres, obtienen seguridad y autonomía.

Capella (2007), refiere que los hombres han hecho sinónimo de su identidad el ser trabajador / proveedor, es decir, encuentran como elementos centrales para dar respuesta a la pregunta ¿quién soy yo? los componentes que otorga la actividad laboral. Valdés y Olavarría (1998), plantean que el trabajo es el medio a través del cual los varones consiguen la aceptación, el reconocimiento social a su capacidad de producir, de generar los recursos materiales que garanticen la existencia de su familia otorgándoles seguridad y autonomía.

CAPITULO II

EL SIGNIFICADO SOCIAL DEL USO DE SUSTANCIAS PSICOACTIVAS

2.1 Discursos dominantes en el consumo de sustancias psicoactivas

Romaní (1997) menciona que existe una gran cantidad de indicios tanto de tipo histórico como etnográfico, que permite afirmar que las distintas sociedades humanas han conocido y utilizado desde sus inicios, distintos productos para alterar su estado de ánimo, estimularse, sedarse, sentirse bien, y son los mismos que nuestra sociedad actual ha unificado bajo el concepto de drogas o sustancias psicoactivas.

Por su parte, Escohotado (1996) señala que el uso de sustancias capaces de alterar la percepción, la conducta, el ánimo y la conciencia, ha sido una actividad humana que ha acompañado al hombre a lo largo de toda su evolución. Han sido utilizadas en rituales religiosos o para generar algún tipo específico de estímulo, no obstante, la tendencia a consumir en forma compulsiva parece ser un fenómeno del mundo urbano contemporáneo, construyéndose como un problema para las diferentes culturas, adquiriendo la connotación peyorativa de hoy en día. Romaní (2010), menciona al respecto, que la existencia de la drogodependencia como fenómeno social, es característico de las sociedades urbano-industriales.

A lo largo de la historia, han surgido diversos modelos de percepción y gestión a través de los cuales se ha construido el llamado problema de la droga, cada uno de ellos designa un esquema sintético y abstracto que ordena en una construcción rigurosa los elementos de la realidad, asimismo enmarca una estrategia de intervención, coherente con los planteamientos del mismo (Vega, 1992). Para los fines de esta investigación se analizarán el Modelo Jurídico-Represivo y Médico-Sanitarista, puesto que han adquirido mayor representación social, posicionándose como discursos dominantes en la atención al consumo de sustancias psicoactivas.

2.1.1 Discurso Jurídico-Represivo.

Desde este discurso, todo lo relacionado con la droga se trata bajo la mirada de un delito y la criminalización de sus consumidores, generando en ocasiones la estigmatización de los usuarios. Estados Unidos (EU) ha tenido el liderazgo y la iniciativa para organizar una serie de convenciones, acuerdos, convenios, protocolos y acuerdos internacionales, para regular la producción, el tráfico y el consumo de sustancias psicoactivas. De acuerdo a Del Olmo (1989), ésta responde a una serie de intereses morales, económicos y políticos,

reflejados en evidentes contradicciones y discrepancias, tanto a nivel nacional como internacional. La influencia en América Latina para controlar la producción y el tráfico de drogas, ha sido evidente en los últimos cien años.

Zamudio (2006), plantea que en México, las drogas ilícitas tienen relativamente poco de serlo, las primeras políticas orientadas a controlar algunas drogas se dieron en el siglo XX con la secularización de las prácticas culturales y la organización urbana de la vida social. El primer convenio que se firmó data de 1912, durante la guerra de revolución; en ese año, Francisco I. Madero firmó la Convención de la Haya, comprometiéndose a aceptar recomendaciones que prohíben el comercio de opiáceos y a colaborar en el combate del tráfico de dichas sustancias; sin embargo, estos acuerdos nunca se cumplieron debido al breve periodo de gobierno de este presidente. No obstante, este acuerdo sólo fue firmado por Madero como una estrategia política para legitimar su gobierno en el ámbito internacional.

Con la misma intención, el 15 de marzo de 1920, Álvaro Obregón emitió un documento a través del Diario Oficial denominado *“Disposiciones sobre el comercio de productos que pueden ser utilizados para fomentar vicios que degeneren la raza, y sobre el cultivo de plantas que pueden ser empleadas con el mismo fin”*, poco tiempo después, en julio de 1923, el mismo presidente lanzó un decreto que prohibía la importación de opio, cocaína y heroína, así como sus sales y derivados, especificando como delito de contrabando el comercio de dichas sustancias.

Astorga (2012), refiere que en 1926 con la prohibición del consumo y venta de marihuana, los comerciantes se convierten en traficantes y los consumidores en criminales, ya que anteriormente estas sustancias se conseguían libremente en los Mercados de la Merced, San Juan y Loreto en la Ciudad de México. La mayoría de los fumadores de marihuana eran adultos del sexo masculino, de clase baja, quienes empiezan a ser calificados como belicosos, valentones y provocadores de escándalos. El consumo de esta sustancia también se empieza a asociar de manera permanente con la vagancia, el robo, la embriaguez y la agresión.

Posteriormente en los años 80, se realizan una serie de reformas en el tema de Salud, de las cuales derivan el Consejo Nacional Contra Las Adicciones (CONADIC) – organismo que coordina los esfuerzos sanitarios contra los daños provocados por las drogas ilícitas – y La Ley General de Salud, en la cual, queda estipulada la prohibición de la siembra, cultivo, elaboración, posesión o comercio respecto del opio, morfina, heroína, marihuana y

cocaína. Esta normatividad aún es vigente en el país, sin embargo, comenta Zamudio (2006), que en el momento de la legislación estas sustancias apenas empezaban a ser utilizadas en México.

No obstante, a pesar de su prohibición, el uso de las diferentes sustancias psicoactivas ha continuado, Berruecos (2007) señala que en los años sesenta aparece el LSD una sustancia psicodélica, las anfetaminas y los barbitúricos se vuelven populares, los primeros casos de consumo de crack en la Ciudad de México se empiezan a registrar en los años ochenta.

Diversos autores como Del Olmo (1989), Escohotado (1996), Vega (1992), entre otros, coinciden, en considerar que el Modelo Jurídico, a pesar de contar con mayores recursos y legitimación social, sus resultados han sido poco satisfactorios, y por el contrario se ha prestado para generar una serie de estereotipos y estigmas respecto a las personas que utilizan sustancias psicoactivas.

Agrega Zamudio (2006), que al colocar a los usuarios de sustancias psicoactivas, como actores de la criminalidad, se les considera como causantes de problemas de seguridad pública, basado en el discurso de que bajo el influjo de la droga pierden la capacidad de elección y realizan actividades ilícitas para mantener el consumo, asimismo el entorno en el que se desenvuelven facilitan las relaciones con delincuentes – quienes les venden las drogas –. Sin embargo, afirma que existen muchas personas que utilizan sustancias psicoactivas y se encuentran plenamente integrados al sistema social, donde el consumo forma parte de un estilo de vida que demanda la modernidad.

2.1.2 Discurso Médico-Sanitarista.

El modelo médico-sanitarista entiende el problema de uso de sustancias psicoactivas como un tema de Salud Pública. Analiza el consumo en función de una triada constituida por Agente, Huésped y Ambiente. Donde el Agente, es la droga con sus propiedades bioquímicas e inherentemente adictivas; el Huésped, el individuo con todas sus características biológicas y psicológicas y el Medio Social, el entorno socio-cultural.

En 1982 la Organización Mundial de la Salud definió a la dependencia como un *“síndrome caracterizado por un esquema de comportamiento en el que se establece una gran prioridad para el uso de una o varias sustancias psicoactivas determinadas, frente a otros comportamientos considerados habitualmente como más importantes”* (Martin & Lorenzo, 2009). De acuerdo a esta noción, la dependencia da lugar a una pérdida total de la libertad, pues la persona se encuentra supeditada y controlada por la sustancia.

Desde este modelo, la prioridad es aumentar el conocimiento sobre las propiedades psicoactivas de las diferentes sustancias y el proceso bioquímico de la adicción, con el fin de desarrollar diferentes procedimientos de base médico-farmacológica encaminadas a la prevención y tratamiento del consumo adictivo. A continuación se exponen algunas características de las sustancias utilizadas por los participantes de esta investigación.

2.1.2.1 Alcohol

El alcohol etílico es un depresor del Sistema Nervioso Central (SNC), después de su consumo se desencadena una sensación de bienestar. Una vez absorbido, atraviesa el hígado y se detecta a los pocos minutos en la circulación sistémica, alcanzando su máximo en unos 30 minutos (Laredo & Lizasoain, 2009).

Efectos: En una primera etapa se produce un cuadro de pseudo-excitación, con sensación de euforia y optimismo; hay un efecto ansiolítico y de sensación de relajación; aumento del tiempo de respuesta, alteraciones de la visión, desinhibición e incremento de la sociabilidad, alegría, disminución de la coordinación locomotora, labilidad emocional, excitación psicomotriz y en consumos excesivos depresión del organismo y coma (Laredo & Lizasoain, 2009).

El consumo de alcohol ha sido históricamente asociado con la elevación del deseo sexual en hombres y mujeres. De acuerdo con Campillo y Romero (1994), la conducta sexual se eleva porque el etanol afecta, principalmente la porción rostral del cerebro, el mediador de las facultades de auto-control y de autocrítica. Por tanto, después de la ingesta de alcohol en una situación social, la actividad sexual en cualquier género puede parecer menos amenazante.

2.1.2.2 Mariguana

También llamada Cannabis Sativa, su principal sustancia activa es el Delta-9 Tetrahidrocannabinol (THC). Las vías más utilizadas en su consumo son la ingestión e inhalación, siendo esta última la de mayor difusión en nuestro medio, y con la cual, se consiguen los efectos esperados rápidamente. Tras inhalar el humo de un cigarrillo, los efectos subjetivos son inmediatos, alcanzando un máximo entre los 20 y 30 minutos, pudiendo durar de 2 a 3 horas (Fernández, Lorenzo & Leza, 2009).

Efectos Psicológicos: Los efectos conductuales dependen de muchas variables – tipo de consumidor, ambiente de consumo, expectativas, etc. –, por ejemplo, se ha observado

que en general son relajantes si el sujeto inhala solo y euforizantes si se fuma en grupo. Asimismo, se altera la percepción del espacio-tiempo, la música y los colores; se presenta labilidad emocional, alegría, locuacidad, megalomanía, desorientación, despersonalización y en ocasiones paranoia (Fernández et al. 2009).

Efectos Físicos: se ha detectado que las personas tienen un incremento del apetito, falta de coordinación motora, enrojecimiento ocular, aumento y/o disminución de la frecuencia cardiaca, boca seca, sed y aumento del interés sexual (Fernández et al. 2009).

2.1.2.3 Cocaína

La cocaína, es obtenida de la hoja de coca, y es una sustancia estimulante del Sistema Nervioso Central. Existen diferentes formas de administración, de lo cual depende significativamente la potencialidad de su efecto, la toxicidad y el grado de neuroadaptación en el organismo (Lizasoain & Moro, 2009).

Clorhidrato de Cocaína: Es la sal de la cocaína formada con ácido clorhídrico, se presenta en forma de cristales escamosos blancos, puede administrarse por dos vías, la primera, intranasal o esnifada, que debido a la intensa vascularización de la mucosa de la nasofaringe, la absorción y la manifestación de sus efectos es rápida – entre uno y dos minutos –, con una duración aproximada de 30 a 60 min. Por la segunda vía, parenteral o intravenosa, los efectos son potentes e inmediatos – 30 segundos aproximadamente –, pero de breve duración – de 10 a 20 minutos – (Lizasoain & Moro, 2009).

Cocaína Base: También conocida como crack, se obtiene mezclando amoníaco, bicarbonato sódico y clorhidrato de cocaína, que se calientan para formar una pasta sólida adquiriendo un aspecto de porcelana. El popular nombre de crack, procede del ruido de crepitación que producen los cristales cuando se calcan para inhalarse. En esta forma de administración, el humo se difunde rápidamente de pulmones a cerebro; sus efectos son inmediatos – 5 segundos –, muy intensos (se dice que 10 veces superiores a la cocaína endovenosa o esnifada) y muy fugaces – 4 minutos – (Lizasoain & Moro, 2009).

Efectos: La cocaína mejora el estado de ánimo, produce un aumento de la energía, mayor rendimiento y fuerza muscular, deseo de hablar, y en ocasiones un inusual vigor sexual. Asimismo, puede generar reducción de la fatiga, apetito y sueño. Cuando se utilizan dosis altas, se puede presentar un incremento en la temperatura corporal, convulsiones, ansiedad intensa, agitación extrema, miedo, temblor, sudoración y enojo; en casos extremos, delirios, alucinaciones y muerte por infarto (Lizasoain & Moro, 2009).

2.1.2.4 Metanfetamina

La metanfetamina es un derivado anfetamínico (d-N-metilanfetamina); estimulante del sistema nervioso central, se presenta en forma de polvo blanco y cristalino. Comúnmente se le conoce con los nombres *speed, chalk, meth, tacha*, entre otros. La administración puede ser por diferentes vías: 1) Intravenosa, genera una inmediata sensación de euforia o flash descrito como muy placentero y a la vez muy breve; 2) inhalación, produce efectos al cabo de 3 a 5 minutos; 3) Fumada – *ice, cristal y glass* –, llega al cerebro con extraordinaria rapidez, ocasionando sensaciones de euforia e intensa energía. 4) Ingerida, los efectos empiezan a producirse entre los 15 y 20 minutos (Lizasoain, Lorenzo & Laredo, 2009).

Efectos: La metanfetamina mejora la percepción de sí mismo, incremento de la capacidad de atención, produce euforia, insomnio, reducción del apetito, disminución de la sensación de fatiga, sensación de invulnerabilidad, conducta repetitiva e hiperactividad; y en ocasiones, convulsiones, cuadros alucinatorios y estados paranoides (Lizasoain, Lorenzo et al. 2009).

2.1.2.5 Dietilamida del ácido lisérgico (LSD)

Es una sustancia que su ingesta tiene efectos delirantes y alucinatorios, aunque se absorbe bien por cualquier vía, la habitual es la oral. Por su alta potencialidad solo se necesitan dosis muy bajas – entre 50 y 200 microgramos – para producir los síntomas asociados. Su vida media es de 1.7 horas, a pesar de ello, sus efectos aparecen al cabo de 30 a 90 minutos y alcanza su máximo nivel de 3 a 5 horas posterior a la ingesta, pudiendo durar de 8 a 12 horas y hasta varios días (Lizasoain, Moro & Martín, 2009).

Efectos Psíquicos: Normalmente, el LSD se consume en grupo, pero las expectativas del sujeto determinan en gran medida las características de los efectos. Generalmente el primer consumo se realiza acompañado de un consumidor experimentado. Comúnmente se presentan alteraciones en la organización del pensamiento y en la sensopercepción – ilusiones visuales, alucinaciones sensoriales y auditivas –, hiperacusia, alteración de percepción de movimientos, menor sensibilidad dolorosa, mayor sensibilidad térmica, pérdida de orientación y enlentecimiento temporal, mayor capacidad de sugestión, labilidad emocional, disminución de la memoria reciente y disminución de la capacidad de concentración. Las reacciones disfóricas agudas – “malos viajes” –, son difíciles de predecir y son más frecuentes en sujetos con poca experiencia y en un entorno inadecuado – bajo presión o estrés – (Lizasoain, Moro et al. 2009).

Pese a los avances que se han efectuado en este campo, el modelo médico-sanitarista también ha recibido diversas críticas. Vega (1992) refiere que dentro de este enfoque, al usuario de drogas se le percibe como una persona enferma que necesita un tratamiento, por tanto, se buscará abordar el problema desde él sujeto, sin embargo, la analogía con la enfermedad oscurece la naturaleza del consumo problemático, ya que éste no existe fuera de un contexto social.

Así con el auge del prohibicionismo y la medicalización se desarrollaron una serie de estereotipos acerca de las personas consumidoras de sustancias psicoactivas.

2.2 Estereotipos sobre el uso de sustancias psicoactivas

Foucault (1968), considera que los discursos sociales forman sistemáticamente los objetos de los cuales se habla, las personas colectivamente elaboran una serie de creencias, mitos y tabúes con relación a ellos. Así como discursos dominantes, definen una serie de significados que se van instalando en el imaginario social.

A este respecto, Mainetti (2006), menciona que el discurso médico “medicaliza” la vida a través del lenguaje, e influye en la manera en que se organiza la experiencia y se construye el mundo. Expone que la ciencia médica es un lenguaje técnico cuya influencia se extiende a otras disciplinas, por ejemplo, las palabras “síndrome”, “diagnóstico” y “pronóstico”, surgen en el campo de la medicina y fueron adoptadas en otras áreas de conocimiento. Lo mismo sucede en la vida cotidiana, los términos “somatización”, “depresión”, “estrés”, “psicoanalización”; son palabras que ahora forman parte del lenguaje social. Así, la praxis médica traduce en sus propios términos la experiencia de la vida y construye un código de comunicación social que invade el lenguaje corriente. Por tanto, la medicalización del lenguaje no es una mera herramienta lingüística prestada por la medicina, sino una particular organización del mundo, la creación de un objeto propio o una forma particular de construcción social de la realidad.

De acuerdo a Touzé, Vila, Pawlowicz y Rossi (2006), las representaciones sociales del “problema droga” no corresponden necesariamente con las cualidades del fenómeno en sí. Pero en los fenómenos sociales, es tan importante lo que la gente cree que pasa, como lo que en “realidad” pasa. Para la gran mayoría de la población, incluidos los propios usuarios de drogas, el problema se define y las respuestas se diseñan a partir de una serie de estereotipos; Touzé et al., identifica cuatro.

El primero hace referencia al propio concepto de droga, en el cual, se otorga mayor relevancia a algunas sustancias que son clasificadas como ilegales – cocaína, cannabis y opiáceos – a diferencia de otras que se consideran menos importantes – alcohol, tabaco, psicofármacos –. Esta distinción no tiene fundamento desde el punto de vista del daño social, de la nocividad o de la dependencia que puedan generar. No obstante, para la representación social de la droga, las sustancias ilegales son siempre un producto “mortalmente dañino”, lo que justifica la prohibición de su uso. Así, al englobar en un solo concepto a todas las sustancias psicoactivas, se deja de contemplar los significados particulares, que adquiere cada sustancia, en las prácticas de su consumo.

Un segundo estereotipo, hace referencia a la identificación de la droga como una enfermedad, lo cual, ofrece una explicación más tranquilizadora a la sociedad; las causas se atribuyen a un agente patógeno externo, por tanto, los esfuerzos deberán centrarse en identificarlo, aislarlo y destruirlo. No obstante, algunos autores como Fisher (2008) y Zamudio (2006) refieren que, señalar a los usuarios como enfermos los estigmatiza, ya que para el modelo médico un “adicto” siempre será un “adicto”, puesto que, siempre estará presente la posibilidad de una recaída. No obstante, autores como Carballo et al. (2007) argumentan que ciertas personas, después de haber presentado consumo problemático de alcohol, cocaína, marihuana o alucinógenos, interrumpieron su uso sin ningún tipo de tratamiento, logrando mantener la abstinencia, lo cual genera escepticismo en considerar a la adicción como una enfermedad crónica.

En un tercer estereotipo, se identifica al uso de sustancias psicoactivas con la expresión de una actitud individual o colectiva, de oposición a la sociedad, es decir de rechazo a las normas sociales, lo cual, se asocia principalmente a los jóvenes. No obstante, el uso de estas sustancias está vinculado, tanto a poblaciones excluidas del sistema productivo, donde se constituye en una estrategia de supervivencia, como a sectores sociales vinculados con poder y prestigio social. Calafat et al. (2001), refieren al respecto que el uso de clorhidrato de cocaína ha sido asociado comúnmente, por los jóvenes, a la búsqueda de placer, diversión, para relacionarse sexualmente, como parte de un ritual entre amigos, para mantenerse despierto y tener mayor resistencia durante la fiesta. Sin embargo, se ha expandido a ámbitos donde es importante ser creativo, mostrar soltura y desenvolvimiento social, por lo cual, ha sido adoptada por colectivos muy integrados y con prestigio que le crean una etiqueta de droga asociada al poder.

Un cuarto estereotipo, está relacionado a la homogenización de los patrones de consumo en el imaginario social, donde no se hacen diferencias en cuanto a la dosis, la frecuencia y

las circunstancias de uso. Generalmente el usuario es visualizado como un “adicto”, alguien “peligroso”, con una “personalidad autodestructiva”, actitud despreocupada respecto de su salud y con escasos vínculos sociales e institucionales. Sin embargo, como señala Ghiardo (2003), el error en el que caen los paradigmas dominantes es ignorar o no comprender que el uso de drogas es opción de un sujeto que decide. Por ejemplo el uso de sustancias psicoactivas es común en poblaciones que podrían considerarse “bien adaptadas”, Martínez-Lanz, Medina-Mora y Rivera, (2005), encontraron uso frecuente de analgésicos narcóticos, tranquilizantes, sedantes, anfetaminas, cocaína y mariguana, en médicos residentes de un hospital de la Cd. de México que están sometidos a un alto nivel de estrés laboral y para quienes, el consumo de sustancias psicoactivas adquiere significaciones particulares.

Así, los estereotipos referentes al consumo de sustancias psicoactivas, que permean tanto el imaginario colectivo, como a las disciplinas que intervienen en su atención, dificultan visualizar los significados específicos, que los sujetos construyen con relación a ellas.

2.3 El uso social de sustancias psicoactivas

Abordar el consumo de sustancias psicoactivas desde la teoría del construccionismo social, implica comprenderlo como una trama compleja de representaciones y prácticas, en un contexto histórico, donde se articulan procesos sociales, económicos, políticos, ideológicos y culturales (Touzé et al. 2006). Es abandonar los modelos monolíticos que conciben al consumo de drogas como una conducta que hay que prohibir o una enfermedad que hay que curar, para privilegiar la diversidad de aproximaciones determinadas por la multiplicidad cultural.

El consumo de diferentes sustancias psicoactivas ha existido en todos los tiempos y en la mayoría de las sociedades, sustentada por distintas motivaciones, rituales, mágicas, religiosas, recreativas, para afinar los sentidos, adquirir fuerza y resistencia, adormecer las facultades o transportarse a otra realidad. Convirtiéndose en plantas mágicas, sagradas, dignas de respeto y reverencia, pues eran sin duda puentes entre los hombres y los grandes poderes sobrehumanos (Folgar, 2002). Asimismo, las prácticas de consumo no son estáticas, las relaciones que los usuarios establecen con las diferentes sustancias, las representaciones, los significados atribuidos a las mismas, los patrones de consumo se han venido modificando con el tiempo, ajustándose a los nuevos marcos culturales.

Los estudios antropológicos y etnográficos del uso de drogas en distintas sociedades, han permitido comprender, como éstas han sido integradas en los sistemas socioculturales, los

cuales, determinan quien puede consumir, qué tipo de sustancia, en qué ocasiones y de qué manera, mostrando las expectativas y significados asociados a su uso (Romaní, 1997). Así, toda práctica de consumo se va a enmarcar en un sistema ideológico cultural, que remite a ciertas representaciones sociales.

Por ejemplo, Pulido (2002), refiere que la hoja de coca en Colombia, tiene diversos significados entre ciertos grupos indígenas, cuando los jóvenes han tenido su primera eyaculación nocturna se les entrega el *pororo*, una sustancia hecha a base de hojas de coca que significa el ritual de paso de niño a adulto, lo que incluye un doble significado de cambio: el acceso a las drogas y el acceso a la sexualidad. Otra forma de uso, es la utilización del *basuco* – pasta base de cocaína – el cual, está asociado a un contexto de marginalidad social, afectiva y carencia de oportunidades en las ciudades. Y por último, el empleo de clorhidrato de cocaína entre los “yupis” – jóvenes de clase alta –, que está asociado a criterios de posicionamiento y ascenso social, con sus efectos estimulantes se percibe beneficios en las capacidades de habla y pensamiento, con lo cual se distingue una mejora en el rendimiento.

Para Escohotado (1995), el uso de las drogas depende de lo que química y biológicamente ofrecen, pero también de lo que representan para minorías y mayorías; las pautas de administración dependerán enormemente de lo que se piensa sobre ellas en cada tiempo y en cada lugar. Por tanto, los valores sustentados por cada sociedad influirán en las ideas que se formen sobre las drogas, las motivaciones de uso y las expectativas asociadas a ello.

A este respecto, Szasz (2001) señala que en las sociedades urbanas, las personas desean las drogas por las mismas razones que desean otros bienes; para mitigar los dolores, disminuir malestares, acrecentar la resistencia, modificar el estado de ánimo o simplemente sentirse mejor, de la misma manera que se pueden desear otros bienes para hacer la vida más productiva y agradable. A este respecto, el Ministerio de Educación de la Nación (MEN, 2009) de la República Argentina, refiere que habría que entender el consumo de drogas en el seno de las sociedades actuales, donde el consumo de bienes y servicios es la base del sustento económico y fuente de crecimiento de las economías. Por tanto, se estimulan las prácticas de consumo indiscriminado, de bienes no necesarios, que responden más a la necesidad de “ser” y “pertenecer”, tener para “ser”. Así, el consumo de sustancias psicoactivas se puede considerar como un recurso para ser y pertenecer.

En este sentido Fatela (2004), refiere que el uso de drogas puede interpretarse como un intento de resolver las tensiones y paradojas que demanda la vida moderna. Se constituye en un acto de elección voluntaria, aunque no solo de una droga, sino de un modo de vida en torno a la búsqueda de una sustancia. Más que un producto químico, el usuario consume productos insertos en el imaginario colectivo.

Resumiendo lo expuesto, en esta investigación se adoptará una posición similar a la de Nateras A. y Nateras, (1994), quien considera que al referirse al uso social de las drogas se alude al hecho de que un sujeto al consumir alguna sustancia, edifica procesos sociales, y en este proceso se da un acto comunicativo que implica la apropiación y decodificación de signos y significados. Y es precisamente a través de las redes y del vínculo con los otros sujetos, como se constituye lo social y las intersubjetividades. Así, el uso social de las drogas se construye socialmente a través de las diversas prácticas y los usos de sus actores.

En este sentido, se puede asentar que el uso social de las drogas es una práctica social donde se construyen identidades, es decir, los sujetos – no solamente los que dependen física y emocionalmente de la droga – realizan ritos, patrones de adscripción, comportamientos reiterados e incluso una similar representación del mundo que los ubica como pertenecientes a. Esto conlleva una fuerte adscripción grupal, que las más de las veces, rebasa el simple uso de drogas.

Por tanto, cuando se consume una droga se tiene una serie de expectativas culturales sobre los efectos de las drogas y lo que se consigue siendo drogadicto, la adquisición de una determinada identidad, la identificación con ciertos pares, con situaciones vividas, con rituales específicos, y un uso peculiar del tiempo y el espacio, configurando realmente un estilo de vida.

2.3.1 Los significados asociados al consumo de sustancias psicoactivas

Tsukame (2002), afirma que el significado que tiene el consumo de drogas para las personas, es el elemento fundamental en la legitimación de su uso, y este es rastreable en los discursos *de* y *sobre* la droga.

De acuerdo a Ibáñez (citado en Tsukame, 2002), un discurso articula decires (semánticos) y haceres (pragmáticos) a los que da sentido. Agrega que todo comportamiento de un ser humano, y no solo cuando habla es significativo. Y en el caso particular de las drogas son

significativos no solo lo que se dice sobre la droga (por los usuarios o no usuarios), sino también lo que se hace: el drogarse y el trato a los que se drogan.

Por tanto, Tsukame propone que los significados asociados al consumo de sustancias psicoactivas, se pueden identificar en dos planos; por una lado, el discurso *sobre* la droga, que hace referencia al discurso oficial – de las autoridades y medios de comunicación –, y al propio discurso de los usuarios. Y por otro, cuando se hace alusión al discurso *de* las drogas se incluye los efectos de la droga misma, los aspectos no verbales de la acción de consumir, es decir, los rituales de consumo. Así, en la construcción del significado en el uso de drogas, no solo es relevante lo que se dice, sino también lo que se hace, especialmente en las prácticas de consumo.

Ghiardo (2003), refiere que cuando los jóvenes hablan *sobre* las drogas reproducen las representaciones del discurso oficial de las instituciones y los medios de comunicación, donde se construye una representación de las personas que usan drogas como sujetos débiles, sin voluntad, incapaces de controlar las presiones del medio, sin una visión clara de la vida y carentes de proyectos futuros. De acuerdo a este autor, los sujetos que así hablan son los que no han tenido este tipo de experiencia, lo hacen desde fuera, desde una práctica que es ajena hecha por otros. Habla de un sector de la población que rige sus ideas según los términos impuestos por un discurso oficial.

En cambio, en el discurso *de* la droga, se habla desde la experiencia, el sujeto habla desde dentro, y es desde este lugar, que se tiene mayor aproximación al significado que construyen los jóvenes en la práctica de consumo. Ghiardo señala algunos significados asociados.

Adquisición de autonomía: vivir la juventud se traduce en inquietud por descubrir la vida y vivir experiencias, hacer las cosas que hacen los grandes demuestra autonomía. Por lo que, sentirse independiente es importante, pero lo es más aún, que los demás lo perciban y lo reconozcan. En este sentido, mostrar que se usan drogas, habla de un sujeto que decide qué hacer con su cuerpo sin rendir cuentas, ni dar explicaciones por sus actos. Consumir porque se quiere, legitima la opción, y solo en ese caso se habla de un sujeto autónomo. Así, al igual que en otros tiempos o en otras sociedades, el inicio en experiencias con drogas sigue teniendo un sentido ritual-iniciático, marca el paso a otro mundo, uno propio de los jóvenes, por eso que el uso de drogas entre los jóvenes represente la distancia que separa el mundo de lo juvenil y de lo adulto.

La posibilidad de transgredir la norma. Con el discurso jurídico-represivo, se actualiza la paradoja de la prohibición, usar drogas se vuelve un imán para la transgresión, adquiere un sentido que acerca a la rebeldía. Para los jóvenes pasar por alto la norma es atractivo, porque al quebrantarla se adquiere identidad; ser subversivo, atrevido y temerario, es mostrar cualidades que señalan la autonomía de un sujeto que va contra lo establecido y desafía el orden.

El que sabe de drogas sabe de la vida. Para los jóvenes probar una droga es adquirir un conocimiento valorado entre ellos, es obtener un saber de las “cosas del mundo” y de los misterios que encierran las sustancias. Experimentando se descubre viviendo en cuerpo y mente esos mundos que estaban prohibidos, es el camino más directo para saber qué son las drogas, qué hacen sentir, cuáles son los estados mentales que provocan, cuáles son esos mundos a los que llevan, esos llenos de mitos que unos pintan de negro y otros de todos colores. Es un saber que se acumula en el ir probando, se aprende la forma de conseguirlas, los efectos que provoca cada una, su olor y calidad, por tanto, el que sabe de drogas tiene un saber privilegiado – “el de la vida” –; y es en este donde se encuentra el sentido de la escalada en el consumo. Se va descubriendo que no todas las drogas son iguales y que no todas hacen sentir bien.

Proyección de una imagen sensual. Al consumir una sustancia se reproducen gestos que se ha visto hacer a otros y que se muestran para ser vistos e interpretados. El acto de fumar, tomar, aspirar e inhalar, cobran un sentido que va más allá del acto mismo; se vuelve gesto que figura una subjetividad que se expresa. En esta forma, el uso de una droga entra como componente que acompaña una estética corporal, una imagen que se proyecta y que potencia la representación de una identidad, como el tatuaje o el arete, el gesto de la droga es una imagen sensual del sujeto que lo hace, que sirve para llamar la atención de los otros, de las otras, signo de sensualidad que es dirigido al que se busca seducir.

Conocer los límites. El uso de drogas también representa la posibilidad de saber cuáles son los extremos de la experiencia. La vivencia del exceso tiene el sentido de jugar y tensar los límites de la resistencia del cuerpo ante una sustancia – o a una mezcla de ellas –, saber hasta dónde se puede llegar, cuanta de droga se resiste. Así, el consumo excesivo habla del que tiene experiencia, la identidad del que es duro y tiene aguante. Y por el contrario, llegar al extremo y sucumbir a su paso, habla del sujeto en sentido negativo, el que es débil y aún le falta conocer.

Identidad grupal. Entre los iguales se construye la otra hermandad, la de los amigos que crecen juntos, y que a través de las vivencias construyen una memoria colectiva, que se vuelve realidad, los identifica como grupo y les crea una identidad. Este espacio se convierte en todo un mundo, donde los códigos y los significados de las prácticas son otros; lo que fuera de él puede ser negativo, dentro deja de serlo. Usar drogas para los jóvenes tiene el sentido de compartir y participar en espacios de intimidad, alienta la conversación y genera vínculos, tal como los adultos pueden acompañar la conversación con una copa de vino.

Así, los significados asociados a cada sustancia dependerán de lo que se construye socialmente de ellas, pero también, de aquello que le asignen los propios usuarios en su historia de consumo. Al probar una droga se conoce sobre ella, pero como todo aprendizaje, no es inmediato, se adquiere con la práctica y pasa por la repetición. Aprender a fumar, beber, inhalar y aspirar, es un saber del que lleva tiempo en esta práctica y por tanto, ha acumulado experiencia.

Becker (2009), propone que los significados se desarrollan en la medida que el sujeto tiene mayor experiencia con la sustancia, generalmente la primera experiencia es ambigua e incierta, sin embargo, con el tiempo se transforma en un patrón bien definido. Así, los significados que se van construyendo en relación a las sustancias, forman parte de una trayectoria de consumo.

2.3.2 Trayectoria de aprendizaje en el uso de sustancias psicoactivas

Becker (2009), describe una serie etapas que los usuarios siguen en el proceso de convertirse en consumidores habituales de marihuana. Si bien, el autor precisa que se refiere exclusivamente al consumo de marihuana, esta descripción se puede hacer extensiva a otras sustancias psicoactivas. A continuación se revisarán brevemente.

Aprender de la técnica: la primera vez que se fuma marihuana no se logran los efectos esperados, generalmente son necesarios varios intentos para inducir ese estado. El primer paso, es el aprendizaje de la técnica para consumir correctamente, y obtener los efectos deseados, y por consiguiente, formar una percepción favorable de la sustancia. Habitualmente este aprendizaje es el resultado de la participación del individuo en grupos que consumen marihuana. En ellos, el individuo aprende el modo correcto de fumar la droga, lo que puede ocurrir por enseñanza directa, observación e imitación.

Aprender a percibir los efectos: en ocasiones no es suficiente con que los síntomas de la sustancia estén presentes *“estar volado se compone de dos elementos: de la presencia de los síntomas causados por el consumo de marihuana, y de la identificación de esos síntomas y de su conexión con la droga por parte del consumidor”* (Becker, 2009, p. 66). Los síntomas, por sí solos, no desencadenan automáticamente la experiencia subjetiva de estar “volado”, esto generalmente se complementa en el intercambio de referencias, con los compañeros de consumo. Gracias a ese intercambio de conceptos, el principiante logra situar esos síntomas en el panorama de sus propias sensaciones y reconocer que experimenta las cosas de manera diferente cuando consume marihuana. A medida que incrementa su experiencia, se adquiere una percepción más aguda de los efectos de la droga, desarrollando un conjunto estable de categorías destinadas a experimentar los efectos y cuya existencia permite al consumidor reconocer, y por tanto sentirlos con facilidad. A medida que incorporan este conjunto de categorías, los consumidores se convierten en conocedores expertos.

Aprender a disfrutar de los efectos; un paso más para que el consumidor que ya ha iniciado a volarse siga consumiendo: debe aprender a disfrutar de los efectos que acaba de aprender a reconocer. Las sensaciones producidas por la marihuana no son ni automática ni necesariamente placenteras. El gusto por este tipo de experiencia se adquiere socialmente. Para convertirse en un consumidor de marihuana, deberá decidir que es una experiencia agradable. Una vez que se ha desarrollado el gusto por algo, lo que en su momento resultaba atemorizante y desagradable, se convierte en algo placentero, deseado y buscado. El disfrute llega por la valoración favorable de la experiencia que uno aprende de los otros.

Ghiardo (2003), refiere que el primer “vuelo” o “viaje” está rodeado de relatos e imágenes dichos por quienes lo han vivido, esto hace que el consumidor principiante sepa de ellas, convirtiéndose la primera experiencia en algo que se busca o se espera. Esto permite comprender, por ejemplo, que se use una droga como el tabaco, para mitigar la angustia o la tensión nerviosa, atribuyéndole cualidades relajantes, cuando en realidad es un estimulante del sistema nervioso central (Cruz, 2007).

Algunos autores (Fernández et al, 2009), proponen que los efectos de las diferentes sustancias psicoactivas dependen de variables como el consumidor, ambiente de consumo y expectativas, ya que han observado que los efectos del consumir marihuana, varían según el contexto, siendo en general relajantes si el sujeto inhala solo y euforizantes si se fuma en grupo.

2.4 La construcción social del problema de las drogas

Ir recorriendo la trayectoria de consumo implica pasar por diferentes etapas, en las que va variando la cantidad de droga usada o incluso el significado que se le da a su uso. De una primera etapa – que generalmente coincide con la adolescencia –, en la cual, se busca experimentar y llegar al exceso, con el incremento en la edad, se pasa a una relación donde se aprende a manejar las dosis adecuadas y la sustancia propicia para ciertos momentos. Sin embargo, no todos logran este nivel de interacción habiendo quienes desarrollan consumos problemáticos.

No obstante, existen diversas perspectivas desde las cuales se intenta definir los usos inapropiados de las drogas. Desde el punto de vista médico, el consumo de sustancias que producen intoxicación y adicción es un consumo problemático; el consumo de sustancias definidas como ilegales, es desde el punto de vista del sistema legal también problemático. Folgar (2002), señala que cada una de estas perspectivas por separado no permite abordar en toda su complejidad la cuestión. La construcción del consumo de drogas como problema está profundamente ligada al intercambio de significados culturales y sociales. No se vincula exclusivamente con la naturaleza de las sustancias en cuestión – sus efectos, su potencial adictivo, su nivel de toxicidad – o con la respuesta personal de los individuos a las sustancias, sino que refiere además a las formas de consumo, en el marco de las representaciones y valores que con relación a las mismas propone cada sistema cultural.

Folgar expone, que resulta bastante operativa la definición que entiende por usos problemáticos a aquellos tipos de uso que, tanto desde el punto de vista médico-toxicológico como desde el punto de vista sociocultural, son capaces de provocar daños en al menos una de las siguientes cuatro áreas vitales: 1) el área de las relaciones sociales primarias – familia, pareja, amigos –, 2) el área de las relaciones secundarias – trabajo, estudio –, 3) el área de la salud física y psíquica y 4) el área de las relaciones jurídicas, concluyendo que lo que define a las drogas como problema es una relación particular con las sustancias en cierto mundo de significado, que opera como marco cultural de referencia.

CAPÍTULO III

MASCULINIDAD (ES) Y CONSUMO DE SUSTANCIAS PSICOACTIVAS

3.1 La perspectiva de género y el uso de sustancias psicoactivas

Los estudios feministas que se han realizado en el campo del uso de drogas (Romo, 2004; Zamora, Sirvent & Palacios 2005), han denunciado que las mujeres han sido relativamente invisibilizadas en los programas de prevención e intervención, manteniendo una visión androcéntrica en el tema. Meneses (2006), menciona que los programas atienden a más varones que a mujeres, por tanto se han diseñado en función del paciente mayoritario, los varones, con la suposición de que los sexos tienen las mismas necesidades y presentan los mismos problemas.

Al respecto, Medina-Mora (2002) afirma que pese a las diferencias que existen entre los géneros en cuanto a las prácticas de consumo y atención, la mayor parte de los programas de tratamiento en el consumo de alcohol, a nivel internacional, están basados en las necesidades de los hombres.

No obstante Núñez (2007b), señala retomar del feminismo su capacidad para mostrar la complicidad entre las reglas epistemológicas dominantes y el poder patriarcal, que impiden que las realidades de las mujeres puedan ser conocidas, y al mismo tiempo, alertar sobre las complicidades de las definiciones dominantes de hombría y del conocimiento, que pueden dar por hecho que los hombres siempre están incluidos. Pues, a pesar de que se hayan realizado la mayoría de los estudios con población de hombres, esto no garantiza que el análisis se haya hecho desde la perspectiva de género. Ya que son varios los aspectos que se podrían plantear de forma diferencial, respecto a los diferentes significados que el consumo de drogas tiene para cada sexo.

En México, Romero (1995) es una de las primeras autoras que alerta sobre la necesidad de conceptualizar el género en el estudio de las adicciones. Señala que existen diferencias significativas en las trayectorias de consumo entre hombres y mujeres. Por ejemplo, las mujeres consumen drogas médicas fuera de prescripción, como los narcóticos y los estimulantes. Una explicación a esta preferencia es que las normas culturales prevalecientes restringen a las mujeres del consumo de sustancias, excepto por razones médicas, la norma cultural es que la mujer consuma drogas en forma secreta. A esto, se suma la predilección de algunos psiquiatras de prescribir en forma excesiva tranquilizantes a las mujeres, en lugar de intentar otro tipo de tratamiento, lo que se denomina

tranquilidad recetada. Por otro lado, se ha observado que la constante presión sobre el cuerpo femenino, por cubrir los estándares de belleza, las lleva a consumir anfetaminas en forma indiscriminada, y una vez experimentados los efectos se continúa con su uso.

Por el contrario, los hombres generalmente hacen uso de sustancias ilegales, iniciando el consumo por curiosidad o por presión del grupo. Las situaciones de abuso comúnmente van acompañadas de rituales sociales que permiten la cercanía entre los varones. Generalmente tienden a negar el uso problemático, reconocerlo es admitir que no se tiene el control, lo que es identificado como una debilidad, característica no masculina.

Así, a pesar de que existe una vasta literatura sobre el consumo de sustancias psicoactivas, donde el varón es el principal objeto de estudio, es poca la sustentada desde una perspectiva de género, por lo que, a continuación se revisarán algunas investigaciones en este sentido.

3.2 Estudios sobre la (s) masculinidad (es) y el uso de sustancias psicoactivas

Los estudios sobre masculinidad y el uso de drogas han tenido mayor producción con relación al consumo de alcohol y en menor medida a otras sustancias. Las aproximaciones han sido desde diversas disciplinas como la antropología, sociología y psicología, aportando diversos elementos en el análisis. A continuación se realiza un recuento de algunas investigaciones relacionadas al tema, con el fin de establecer el contexto en el cual surge la presente investigación.

Uno de los primeros estudios fue realizado por Quintero y Estrada (1998), en una comunidad de México en el Estado de Sonora, en el límite con los Estados Unidos, examinaron la interrelación entre el machismo, el uso de drogas y la manifestación de conductas violentas en un grupo de jóvenes adictos a la heroína.

Para ellos, el machismo entre los usuarios de heroína existe como parte de un modelo cultural de la masculinidad en la calle, que integra una serie de ideologías y conductas, que incluyen una variedad de valores y orientaciones sociales relacionadas al uso de drogas, la manifestación de violencia y estrategias de supervivencia. Los modelos culturales son compartidos, son ideas que la gente tiene acerca de su mundo y los lugares en que ellos aprenden y actúan en un contexto de interacción social.

Los modelos culturales proveen un importante esquema de dirección para la participación en el mundo, ellos sirven como un componente integral de las motivaciones humanas,

interacciones sociales, de la configuración de objetivos y definiciones de sucesos incluso de cómo se encausan los aspectos de la experiencia y la memoria.

Por tanto, el machismo más que usar un término o mostrar ciertas conductas, es un modelo cultural que provee esquemas a individuos y grupos sociales para motivar una actitud hacia la vida. En los usuarios de heroína, el machismo está vinculado a un número de áreas importantes que incluye el uso de drogas, el estatus social, la identidad, las conductas de autocuidado y la supervivencia en las calles.

Los autores mencionan que la relación entre el uso de drogas y el machismo son variadas. Los usuarios de heroína de esta comunidad de Sonora, tienen diversas razones por las cuales pueden iniciarse en el consumo de esta sustancia, incluyendo sentimientos de curiosidad y depresión, pero a menudo, las ideas culturales del machismo están implicadas. Para los hombres jóvenes el uso de la droga es un medio para actuar los valores de ser macho: tomar riesgos, excesos y superar a los otros. El usuario de heroína, inicia el uso con en el afán de demostrar valor social, dureza y que puede controlar el consumo donde el hombre débil ha fracasado.

El exceso y la búsqueda de superar al otro, son la base del deseo para progresar rápidamente a través de un incremento constante en el consumo de heroína, lo cual influye no solamente en el inicio del consumo de drogas, sino también en el abuso y desarrollo de la adicción.

Consumir drogas, para estos jóvenes de Sonora, es parte de una carrera en constante ascenso, donde a través de la competencia, se motiva a los usuarios a usar sustancias con mayor capacidad adictiva. La escalada, eventualmente va dirigida a la experimentación con heroína. Para muchos, el llegar a usar la inyección, es una señal tangible de que han logrado el valor social de llegar a ser un verdadero adicto a las drogas.

Asimismo, participar en el mundo de las drogas, facilita la incorporación en su producción y distribución, teniendo acceso al dinero, prestigio y poder en las calles, convirtiéndose en un medio válido para ganar estatus entre su grupo de compañeros. Los dealers – vendedores de drogas – son considerados más masculinos.

Los autores concluyen que para explicar la manifestación del machismo a través de las drogas, en esta localidad del Estado de Sonora, es importante salirse de explicaciones reduccionistas, que sólo hacen descripciones de los rasgos y conductas asociadas al machismo. Proponen tomar en cuenta una cantidad de elementos estructurales como: la

institucionalización, las condiciones de explotación económica, el racismo, la violencia, la pobreza y la privación.

En otra investigación, Capraro (2000), propone un modelo para explicar el consumo de alcohol en jóvenes de una universidad en Nueva York, utilizando la propuesta de Kimmel (1997) sobre la experiencia contradictoria del poder entre los hombres. Plantea la crítica de tres aspectos del rol de género masculino, que pueden ser posibles conexiones entre los hombres y el consumo de alcohol: a) el conflicto y estrés del rol de género, b) el miedo y la vergüenza, y c) la depresión.

El conflicto y estrés del rol de género, puede venir de la conformidad o inconformidad del rol masculino. Los hombres pueden sentirse poco competentes para lograr el éxito y poder que su rol de género les demanda, siendo el uso de alcohol una alternativa para compensar la tensión física o psicológica.

El miedo y la vergüenza, de acuerdo a Kimmel (1997), son centrales en la construcción de la identidad masculina de los hombres, debido a que estos tienen miedo a que los desenmascaren y revelen al mundo que no alcanzan los estándares de ser verdaderos hombres. Así, ante el miedo y la vergüenza, el alcohol es una de las formas significativas para manejar estas emociones, alcoholizarse es una solución masculina mal adaptada a la presión de una vergüenza no resuelta. El alcohol es usado como un desinhibidor por algunos hombres para mitigar el miedo, la vulnerabilidad y exponerse a estados donde generalmente se sienten avergonzados. Suaviza la crítica, facilita las conexiones interpersonales y las confidencias personales.

Capraro (2000), propone que la depresión está significativamente relacionada a cuatro aspectos del conflicto del rol de género: a) éxito, poder y competencia, b) restricción emocional, c) restricción de conductas afectivas entre hombres y d) conflictos entre el trabajo y las relaciones familiares. Por lo que, posiblemente la masculinidad tradicional coloca a los hombres en una situación de riesgo para desarrollar depresión.

Sin embargo los varones, en ocasiones, tienden a enmascarar la depresión, expresando sus emociones en formas indirectas, a través de la disociación de sentimientos y conductas autodestructivas. Por tanto, abusar del alcohol o llegar a la embriaguez, pueden ser maneras en que algunos hombres pueden actuar o manifestar su depresión.

Capraro concluye, que beber en exceso y desarrollar problemas con el consumo de alcohol, puede estar relacionado al poder de los hombres en una profunda paradoja, que

se manifiesta por dos vías. La primera, la forma simple, aparentemente no complicada y conforme a la masculinidad tradicional, tomar sencillamente porque se supone que los hombres toman; y la segunda, más compleja, los hombres perciben inadecuación como hombres, desde su propio punto de vista o de la sociedad, mantienen un sentimiento de fallar al ideal cultural de ser varonil, entonces toman porque hay un conflicto con el rol de género.

En otro estudio Rich y Grey (2005), reportan que en Estados Unidos las lesiones violentas son la mayor causa de discapacidad y muerte entre hombres jóvenes de raza negra de entre 15 y 24 años de edad. Para explicar esta incidencia, los autores retoman el concepto de "Código de la calle", que definen como una serie de reglas informales, que gobiernan la conducta pública y particularmente la violencia. Mencionan que este código emerge del contexto de hostilidad al interior de las ciudades y de la falta de credibilidad en los sistemas formales de justicia, contribuyendo a la violencia y agresión entre hombres jóvenes negros en las ciudades.

En este contexto, una agresión es una falta de respeto que obliga a los hombres a responder con mayor violencia, de lo contrario se corre el riesgo de ser calificado como un hombre débil o "*sucker*", lo cual los torna aun más vulnerables a ser re-victimizados. Por tanto, las represalias pueden ser intentos para recuperar la autoestima y el estatus de poder.

De acuerdo a estas condiciones, el uso de drogas toma significados particulares, el 67 % de sus participantes reportó que fumaban marihuana con regular frecuencia. Unos la usaban únicamente como lubricante social cuando se reunían con sus amigos; otros tuvieron un incremento por los síntomas de estrés postraumático después de haber sido victimizados; el uso de esta sustancia les permitía disminuir las pesadillas y les ayudaba a dormir.

Los autores concluyen que sus hallazgos son congruentes con los datos obtenidos en otros estudios, donde reportan una alta relación entre el uso de marihuana y los síntomas de estrés postraumático.

Por su parte, Peralta (2007) y Peralta y Cruz (2006), en sus investigaciones con población universitaria en los Estados Unidos, encontraron que el consumo de alcohol es usado para excusar conductas violentas y de abuso, lo que a su vez, es una forma de construir la masculinidad. Apoyados en el concepto de masculinidades hegemónicas y subordinadas de Connell (2003), proponen que las conductas de consumo de alcohol y de violencia pueden ser entendidas en un contexto que presiona a los hombres jóvenes para

conformar una masculinidad basada en un modelo dominante caracterizado por ser un hombre blanco, heterosexual, viril, duro, fuerte, confiado, respetado y poseer una posición de poder. Sin embargo, para los hombres que cursan estudios universitarios, los recursos para lograr este rol ideal pueden ser limitados, por tanto, compensan a través de conductas violentas y abuso de alcohol.

En este sentido, describen que los jóvenes entrevistados, creían que era “natural” la relación entre consumo de alcohol y violencia, una condición innata, de orígenes biológicos y por tanto inmutables, donde el papel del alcohol era solo facilitar su expresión. Sin embargo, este argumento no se sostiene ante la evidencia que aportan las mujeres entrevistadas, quienes a pesar de haber consumido alcohol no manifestaban este tipo de violencia, por lo que, inevitablemente el proceso de la socialización de género está implicado.

Para los estudiantes de esta universidad, el alcohol era utilizado a menudo para justificar comportamientos violentos y sexualmente agresivos, convirtiéndose en un comportamiento normalizado, que reproduce y refuerza las definiciones dominantes de masculinidad. En suma, los autores concluyen que la violencia relacionada con el alcohol es parte de la identidad de género masculino y los comportamientos correspondientes ayudan a establecer y mantener dichas identidades.

Por otro lado, Stanistreet (2005) de la Universidad de Liverpool, en el Reino Unido, llevó a cabo una investigación donde el objetivo fue explorar las biografías de once hombres jóvenes que murieron por el consumo de opiáceos, a través de las narraciones de sus amigos y familiares trató de comprender las razones de su muerte. El autor retoma la propuesta de Connell (2003), quien propone que las masculinidades se construyen en cada contexto social por diversas estructuras, dando como resultado una multiplicidad de formas de masculinidad. Plantea centrarse en las relaciones de género que se establecen entre los hombres, analizar las prácticas y relaciones que construyen los principales patrones de masculinidad en el orden de género occidental actual, para lo cual menciona cuatro conceptos útiles: hegemonía, subordinación, complicidad y marginación.

La hegemonía, se refiere a la dinámica cultural por la cual un grupo – en este caso los hombres – exige y sostiene una posición de liderazgo en la vida social. La subordinación, a la posición de los hombres que se les niega el acceso a la posición hegemónica. La complicidad, a la forma en que la mayoría de los hombres ganan de la masculinidad hegemónica, beneficiándose del dividendo patriarcal; y por último, la marginación, hace

alusión a las relaciones entre las masculinidades de los grupos dominantes y subordinados, por ejemplo, ciertos grupos de hombres como los homosexuales y las minorías étnicas, pueden experimentar subordinación, marginación y estigmatización.

Connell (2003), ha descrito la masculinidad contraria de los hombres jóvenes marginados, como *la masculinidad que protesta*, que es una respuesta a la impotencia, un reclamo a la posición del poder estructurada con base en el género, una exageración de las convenciones masculinas, como golpear y manejar de forma imprudente. Se trata de una práctica colectiva, no de algo que está dentro de una persona. Generalmente la interacción en un contexto de pobreza y violencia, promueve que el niño que crece, aprenda a mostrar una fachada tensa, extraña, reclamando un poder en donde es evidente que no hay recursos reales para obtenerlo. Estos patrones se pueden identificar en la conducta de pandillas callejeras de clase obrera y especialmente de minorías étnicas en Estados Unidos. Stanistreet (2005), agrupó en cuatro temas principales los resultados de su investigación: La necesidad de asumir riesgos, la expresión emocional, el desempleo y la identificación con los pares, las cuales se describen a continuación.

La necesidad de asumir riesgos. Para el autor, los hombres de su estudio construyeron un camino común en asumir riesgos y manifestar conductas autodestructivas. Desde niños la inconformidad y la rebelión contra las figuras de autoridad – profesores y padres – eran características habituales. Iniciando su carrera en ser atendidos por especialistas – psicólogos, pedagogos, etc. –, sólo algunos lograron concluir sus estudios, lo cual los marginó en términos de las posibilidades de conseguir un empleo.

La rebelión contra la autoridad, incluyendo los profesores y los padres, es una característica común que Stanistreet describe como la masculinidad opositora, que es extrínseca y representa rupturas significativas con la masculinidad hegemónica. Así, ante la marginación y la falta de recursos necesarios para construir la masculinidad de acuerdo al modelo dominante, los varones buscaron otro tipo de opciones, el consumo excesivo de drogas, la manifestación de violencia, el robo y la negligencia en el propio cuidado de su salud, fueron algunas de las conductas de riesgo afines al modelo tradicional, por medio de las cuales buscaron validar su propia masculinidad.

El ingreso a prisión por cometer conductas delictivas fue una constante en todos los participantes, solo uno nunca fue encarcelado. La experiencia de haber ingresado en la cárcel, formó parte de su aprendizaje sobre las diferentes jerarquías entre las masculinidades, confirmando la marginación de la masculinidad que protesta.

El autor resalta, que para ellos existía la necesidad de creer que el uso de drogas no implicaba ningún daño, necesidad que se hacía más grande cuando alguien cercano había muerto a consecuencia de ello. Ante esto, la forma más eficaz de hacer frente a esta contradicción, era incrementar el riesgo a través de mayor consumo y demostrar que se podía sobrevivir. Los familiares de los hombres fallecidos, consideran que su muerte no fue intencional, sino tuvo un carácter accidental debido a una inadecuada valoración del riesgo.

Aspecto emocional. El autor encontró que, cuanto más vulnerable se sentían, más necesitaban probar su masculinidad, por lo que evitaban expresar todo aquello que se percibía como vulnerabilidad, incluyendo el dolor y el miedo. Para ellos pedir ayuda, – incluso para el consumo problemático de drogas – implicaba devaluarse más, puesto que ya eran subordinados por su pobreza y carencia de educación.

Asimismo, para estos hombres la poca gratificación que implicaba el competir con los hombres de mayor jerarquía, ante la falta de recursos el consumo de sustancias psicoactivas se presentaba como una opción de satisfacción inmediata.

El desempleo. Ante la posibilidad de obtener un empleo remunerado, nunca se sintieron competentes o calificados para insertarse en un mercado laboral, ya sobresaturado, acumulando una sensación de fracaso y desventaja que inició desde que ingresaron a la escuela. El desempleo, restringe el acceso a una imagen de acuerdo al modelo dominante de masculinidad basado en la responsabilidad económica dentro de una relación heterosexual. Por lo que, para los jóvenes, parecía razonable buscar las vías alternativas para obtener el éxito. La venta de droga, parecía proporcionar un ingreso para solventar los gastos de una familia y el costo de la adicción, además del estatus en términos de riesgo y aventura. No obstante, este beneficio solo pudieron mantenerlo en las primeras etapas de consumo, debido a que mayor ingreso económico, incrementaba el consumo de drogas, lo cual llegó a ser autodestructivo.

Identificación con los pares. La presión social fue una de las principales barreras para que pudieran cambiar su estilo de vida fuera del uso de drogas. En este sentido, los hombres tienen mayor probabilidad de iniciar y continuar el consumo de alcohol y drogas ilegales para lograr la aceptación de los pares.

De acuerdo a la masculinidad de protesta, el uso de drogas proporciona un medio perfecto para crear solidaridad entre un grupo marginado de hombres jóvenes. Este tipo de vida ofrece un nivel de confianza y seguridad, que diluye algunas de las incertidumbres

e inseguridades de ser un varón en los márgenes de la sociedad civil. Así, a través del consumo de drogas, pueden afirmar su independencia, una cualidad admirada en el modelo de masculinidad hegemónica.

Stanistreet (2005), concluye que el concepto de exclusión social es congruente con la noción de Connell sobre la marginalización, donde la exclusión social, hace referencia a cómo los individuos son excluidos y marginados de varios aspectos de la vida social y de la comunidad. Y cuanto más marginado, más necesario se vuelve reafirmar continuamente el estatus masculino. En el caso de los hombres de este estudio, la búsqueda de reafirmación contribuyó a su fallecimiento.

En otro estudio, De Visser y Smith (2006) realizaron una investigación a través de un análisis fenomenológico interpretativo, con el objetivo de conocer la experiencia de un hombre joven en relación a las estructuras sociales y discursos de la masculinidad, y su influencia en el cuidado de la salud.

Los autores partieron de la idea de que los hombres jóvenes tienden a ser más propensos a beber en exceso y a hacer uso de drogas ilícitas, no obstante, destacan que no todos los jóvenes participan en este tipo de conductas. Por lo que, se interesaron en conocer cuáles son los factores que pueden promover prácticas más saludables. Para ellos, el género es un factor determinante en los comportamientos relacionados a la salud. Para explicar su posicionamiento teórico retoman tres aspectos, que consideran están involucrados:

La relación entre los diferentes discursos de las masculinidades. La investigación ha revelado que en lugar de una masculinidad, existen diferentes formas de ser masculino. No obstante, la mayoría de los hombres aspiran a la masculinidad hegemónica, caracterizada por la dureza física y emocional, así como, la búsqueda por destacar en el ámbito deportivo, consumo de alcohol y actividad sexual, dejando de lado, las conductas de autocuidado y preocupación por la salud. El discurso hegemónico, tiende a plantear divisiones binarias, de modo que aquello que no sea de la forma hegemónica, es no masculino. Si los hombres rechazan el modelo dominante, por otro modelo que incluya mayor cuidado por su salud, puede tener implicaciones en la definición que hacen de su identidad masculina. De modo, que los diferentes discursos siempre se encuentran interactuando entre sí.

El proceso de la construcción activa de las identidades masculinas. De acuerdo a la teoría de posicionamiento (Davis & Harré, 1998; citados en De Visser & Smith, 2006), los individuos crean activamente sus identidades, mediante el posicionamiento de sí mismos,

con relación a los diferentes discursos dominantes y subordinados del contexto cultural. Tal posicionamiento facilita o exige determinadas pautas de comportamiento. Connell (2003), sugiere que las identidades masculinas se forman conscientemente, a través de la práctica que se refleja en el cuerpo, es decir, las ideas que se tienen de la masculinidad determina ciertos comportamientos, y a su vez, dichos comportamientos determinan las concepciones de la masculinidad, dentro de una serie de expectativas sociales de ser verdaderos hombres. La conciencia de los discursos sociales de la masculinidad, permite a los hombres alinearse con ellos y vigilar en consecuencia, su comportamiento. Por tanto, los hombres que rechazan los aspectos de la masculinidad hegemónica, pueden temer a ser catalogados como poco masculinos.

Los significados de las masculinidades. Es importante comprender la individualidad de las experiencias de los hombres en relación con las estructuras sociales y discursos de la masculinidad. Conocer cuáles son los procesos que intervienen cuando los hombres rechazan la hegemonía de la masculinidad y dan cabida a prácticas consideradas poco masculinas, como el cuidado de la salud.

Los autores, definen cuatro temas como resultado de su análisis:

Percibirse distinto a los demás: El participante se describió a sí mismo como diferente en función de cuatro variables socio demográficas: etnia, cultura, religión y clase. Al descender de madre de nacionalidad británica – de religión cristiana – y padre hindú, adquiriría una identidad británico-hindú, lo cual, asociado a pertenecer a la clase alta, le permitía jugar con las diferentes etiquetas y apropiarse de las diferentes identidades impuestas. Desde la niñez había sido consciente de ser diferente de los demás. Lo cual, encontró liberador, deleitándose con la agencia que tenía de forjar una identidad única. Donde podía incluir comportamientos relacionados al cuidado de la salud, a diferencia de otros hombres de su edad.

Comportamiento relacionado a la salud. El participante describió su consumo de alcohol, como más sensato y maduro que el de los demás. No obstante, se mostró como una persona que en el pasado había bebido en exceso, lo cual, le daba un estatus de ser un bebedor experimentado, que conoce sus límites. No consumir ninguna sustancia en la actualidad, era el resultado de una elección personal basada en la experiencia, cualidades valoradas en el modelo de masculinidad hegemónica.

La competencia como crédito. El año anterior a la entrevista, había sido capitán del equipo de hockey de su universidad, teniendo un desempeño exitoso, no obstante, había

decidido interrumpir su participación debido a los constantes viajes y el excesivo consumo de alcohol entre sus compañeros, práctica con la cual no estaba de acuerdo. Reconociendo que fue capaz de utilizar su posición como capitán del equipo, así como, el estatus de ser uno de los mejores jugadores, para desviar cualquier presión para que consumiera alcohol en exceso. Esto parece indicar que los hombres pueden rechazar algunos aspectos de la masculinidad hegemónica, por otro dominio del mismo modelo. El participante pudo evitar conductas no saludables, a través de resaltar su competencia en un dominio deportivo, lo cual, contrastaba con sus compañeros de equipo, quienes tenían menores habilidades deportivas, por tanto, estaban más expuestos a la presión de beber, ya que al participar en el consumo excesivo de alcohol, podrían obtener reconocimiento.

Elección Vs. Falta de capacidad. Cuando relató su experiencia en el consumo de diferentes sustancias psicoactivas, se presentó a sí mismo, como una persona experimentada, que había decidido disminuir su consumo por una decisión personal y no por una falta de capacidad. Buscaba mostrar que él era tan experimentado como los demás hombres, que había bebido en exceso y utilizado diversas drogas ilícitas, sin embargo, a diferencia de otros jóvenes, ahora había decidido limitar su consumo.

Los autores concluyen, que el participante de su investigación, a pesar de distanciarse de ciertos aspectos de la masculinidad hegemónica como el consumo de sustancias psicoactivas, siempre hizo hincapié en su capacidad de agencia y su competencia; que su decisión de no usar drogas no se debía a una falta de capacidad, sino a una decisión. El rechazo de ciertos elementos nocivos de la masculinidad hegemónica puede estar acompañada por reforzamiento de otros elementos del mismo modelo: la individualidad y la racionalidad, dos características tradicionalmente masculinas.

Los autores sugieren, que las competencias de los varones, pueden ser reforzadas y utilizadas para fomentar la renuncia a ciertos comportamientos masculinos poco saludables. Sin embargo, advierten que este enfoque refuerza, en lugar de cuestionar, la generización de los comportamientos masculinos.

Por su parte, Mullen, Watson, Swift y Black (2007), realizaron un estudio en Escocia, que los llevó a suponer que las características del modelo de masculinidad hegemónica se han visto amenazadas por el riesgo de la economía global post-industrial. Opinan que el impacto en las transiciones y las identidades de los hombres jóvenes ha sido complejo. La transición a separarse de los hogares y el matrimonio se están retrasando; los hombres jóvenes ahora viven en la casa de sus padres más tiempo. Las oportunidades de trabajo

están disminuyendo y muchos hombres jóvenes están cursando educación adicional más alta. Con estos cambios en el trabajo, la educación y los destinos de residencia, los hombres jóvenes están construyendo una identidad masculina postmoderna.

Mullen et al. (2007), agregan que en nuestros días, han surgido nuevos estilos de recreación, se han desarrollado identidades que se han centrado en la moda, la música, el baile, la cultura de las drogas y tal vez se han desarrollado nuevos patrones de consumo del alcohol. En los resultados de su estudio, en una población de varones de nivel socioeconómico medio, reportaron que la experiencia de la masculinidad y el consumo excesivo de alcohol es menos masculinizado y más condicional, es decir, está bajo una influencia menor de la masculinidad hegemónica y demuestra más flexibilidad en la posibilidad de roles, con mayor diversidad de masculinidades, retomando el concepto de masculinidades diversas propuesto por Connell (2003).

Reconocen que los hombres jóvenes no pueden ser tratados como un sólo grupo homogéneo. Los participantes de su investigación habían experimentado una gama de acontecimientos significativos en su vida: la adolescencia, la definición de la identidad sexual, ingresar o egresar de la universidad, comenzar a trabajar, separarse del hogar, la paternidad, el desempleo, la muerte parental, de un miembro de la familia o amigo cercano, y habían tratado todos éstos sucesos en formas diferentes.

Los autores señalan que la mayoría de los participantes prefieren la experiencia de consumo en grupos mixtos – hombres y mujeres – lo cual está en contraste con la experiencia que vivieron sus padres o abuelos. Se está atestiguando un movimiento diferente al papel masculino hegemónico convencional hacia una interpretación más plural.

No obstante, ciertos comportamientos fueron vistos con mayor aceptación para los varones cuando estaban intoxicados: el caer bebido, orinar en la calle y el vandalismo. Sin embargo, tener peleas espectaculares solía ser de menor importancia. Conforme incrementó la edad de los entrevistados, opinaron que beber dejó de ser un fin en sí mismo, convirtiéndose en un medio para disfrutar, conocer gente o comenzar una relación. Eran conscientes de la violencia, abordándolo como un asunto que intentaron evitar.

Los autores concluyen que cada vez más, existe una diversidad de lugares de consumo, generalmente mixtos, donde las bebidas alcohólicas se vuelven instrumentos en la realización de nuevas expresiones de la identidad de los jóvenes. Hay un debilitamiento

de la masculinidad hegemónica, los jóvenes buscan tener compañía, bailar, conocer gente, tomar sin tener problemas y sin nada que ver con un consumo agresivo. En este contexto se está generando un desarrollo de las masculinidades múltiples, con su respectiva influencia en los estilos de consumo.

La revisión de la literatura sobre los significados de ser hombre y el consumo de drogas, propone una forma de conceptualizar la relación entre el consumo de sustancias psicoactivas y la construcción de las masculinidades. Los diversos abordajes teórico-metodológicos, permiten percibir diferentes ángulos de este complejo proceso. No obstante, a pesar de sus diferencias, se pueden esbozar algunas consideraciones.

La primera, es que la mayoría de los estudios revisados concuerdan en que el consumo de sustancias psicoactivas, forma parte de las conductas aceptadas y valoradas en los discursos dominantes de las masculinidades. Por ejemplo, Mullen et al. (2007) mencionan, que el uso de alcohol y la permisividad para beber hasta la intoxicación se arraigan profundamente en las expectativas del comportamiento masculino. Para algunos varones, beber y no excederse, cuestiona su identidad masculina.

Segunda, los discursos de las masculinidades caracterizados por mostrar dureza, agresividad, inexpresividad emocional y conductas de riesgo, pueden ser difíciles de cumplir, ante lo cual, el consumo de drogas podría funcionar como un recurso para asumirlos. Así, en un estado de intoxicación, pueden atreverse a realizar conductas de riesgo, que en sobriedad no harían. Justificar acciones como la violencia, responsabilizando a las sustancias. Evadir las emociones dolorosas que asocian a la vulnerabilidad, o argumentar su expresión pública como el resultado de un estado alterado de conciencia. Por tanto, el uso de sustancias puede convertirse en un medio para lograr un fin.

En tercer lugar, muy relacionada a la anterior, se concibe el uso de drogas como una forma de resistir o cuestionar ciertos atributos de los discursos dominantes de las masculinidades. El uso de drogas es una forma particular de asumir el poder – correr riesgos y transgredir la norma –, sin recurrir a los medios legitimados, como tener un trabajo bien remunerado, éxito en el deporte, o mostrar una hipersexualidad.

Cuarta, los diferentes rituales de consumo de drogas – la competencia o solidaridad con los pares, reafirmar la resistencia del cuerpo ante el consumo, disminuir la sensación de vulnerabilidad –, se colocan en el imaginario social, como una serie de opciones a través

de las cuales se pueden reproducir los discursos dominantes sobre las masculinidades, convirtiéndose en un estilo de vida, en una forma de práctica social.

En este marco la presente investigación pretendió aportar una visión contextual, situada históricamente, que permitiera conocer la forma en que algunos hombres van construyendo los significados de ser varón con relación a los discursos dominantes de las masculinidades y el consumo de sustancias psicoactivas, como un proceso recursivo en constante transformación.

CAPÍTULO IV

METODOLOGÍA

4.1 Construcción del objeto de estudio

Desde una perspectiva del construccionismo social, aproximarse al problema de las drogas, es cuestionar los prejuicios y estereotipos dominantes sobre el tema, es comprender cómo se articulan los conceptos y las prácticas relacionadas con este fenómeno desde un contexto histórico, incluyendo una serie de condicionamientos, procesos materiales, simbólicos, económicos, culturales, políticos, sociales y familiares (Romani, 1993).

Caracterizar el objeto de estudio desde esta perspectiva, implica asumir una comprensión en dos niveles que interactúan recursivamente entre sí: los procesos de significación y las acciones locales, que se encuentran insertos dentro de un contexto simbólico y social más amplio, que incluye a las disciplinas y a los discursos dominantes, mismos que a su vez proporcionan patrones, conocimientos de referencia y pautas para la acción local (Alfaro & Monsalve, 2004).

Como lo plantean Nateras A. y Nateras (1994), hacer uso de una droga es edificar procesos sociales, actos comunicativos y significativos que implican la apropiación y decodificación de signos y significados entre las diversas prácticas de sus actores.

Es importante aproximarse al fenómeno de las drogas y resaltar los significados en contextos particulares, que de acuerdo a las estadísticas, es la población de varones, la que presenta mayores riesgos de desarrollar consumos problemáticos. En este sentido, el objetivo de esta investigación, fue conocer el proceso de construcción de los significados de ser hombre en varones usuarios de sustancias psicoactivas.

Hablar del concepto de masculinidad es hacer referencia a una serie de discursos y prácticas sociales que definen el término masculino dentro de configuraciones particulares, que hacen referencia a comportamientos esperados en los hombres (Amuchástegui, 2001a).

De Keijzer (1997) menciona que en el caso de México, existen discursos dominantes, en los cuales se presenta al varón como esencialmente controlador y que sirven para discriminar y subordinar a la mujer y a otros hombres que no se adaptan a ellos. Considera que en dichos discursos existen claras ventajas para el varón, sin embargo algunas de

ellas, con el tiempo se van transformando en un costo sobre su salud y la de otros, pone como ejemplo: una mayor independencia, la agresividad, la competencia y la incorporación de conductas violentas y temerarias en aspectos tan diversos como la relación con vehículos, adicciones y la sexualidad.

Trujano y Limón (2005), afirman que los estereotipos masculinos representan un lastre para muchos hombres, dado que el entramado cultural exige pagar altos costos, pues la agresividad y la competitividad, características consideradas como masculinas, están llevando a muchos varones a involucrarse en situaciones de riesgo.

De acuerdo a Figueroa (2007b), algunos estudios sobre causas de morbilidad y muerte de los varones de diferentes grupos sociales y contextos nacionales, sostienen que a partir de la adolescencia, emergen como principal causa de muerte los accidentes, los homicidios, la cirrosis hepática, el virus de inmunodeficiencia adquirida y los suicidios. Lo cual, se puede corroborar para el caso de México en las estadísticas del Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (INEGI, 2010). Las causas de muerte en los varones, a nivel nacional, se presentan de la siguiente forma:

- a) La primera causa de muerte entre los varones de 15 a 24 años fueron los accidentes de tráfico en vehículo automotor. Y para los varones de 25 a 44 años las agresiones.
- b) La segunda causa de muerte para el rango de 15 a 24 años fueron las agresiones. Y para los de 25 a 44 años los accidentes de tráfico en vehículo automotor.
- c) La tercera causa para el grupo de 15 a 24 años fueron las lesiones autoinfligidas; para los de 25 a 34 años fue, la enfermedad ocasionada por el virus de inmunodeficiencia humana; y para los de 35 a 44 años fue enfermedad del hígado asociado al consumo de alcohol.

Los registros para las mujeres tuvieron comportamientos diferentes:

- a) La primera causa de muerte, para las edades de 15 a 24 años, fueron los accidentes de tráfico de vehículo automotor, y para el rango de edad de 25 a 44 años fueron los tumores malignos – de la mama y cuello del útero –.
- b) La segunda causa para el rango de edad de 15 a 24 años fueron las agresiones; y de 25 a 34 años fueron los accidentes de tráfico de vehículo automotor, y para el rango de 35 a 44 la diabetes mellitus.

- c) La tercera causa para el rango de edad de 15 a 24 años, tumores malignos – leucemias –; para el rango de 25 a 34 años, fueron las agresiones y para el rango de 35 a 44 años, enfermedades del corazón.

Estos datos diferenciales muestran que tanto hombres como mujeres presentan problemáticas muy particulares que se modifican de acuerdo al periodo de vida, y que tienen una fuerte incidencia sobre su salud. Figueroa (2007b), afirma que las diferencias no se explican por diferencias fisiológicas, sino por procesos de aprendizaje social, diferenciados sobre la forma de construir sus respectivas identidades de género.

Los modelos de masculinidad como discursos sociales históricamente situados tienden a transformarse, en este sentido, Figueroa menciona que hay una crisis de los modelos hegemónicos de las masculinidades y cierto malestar en muchos hombres sobre las cosas que están cambiando, pero precisamente como los varones son construidos como el modelo o punto de referencia en muchas organizaciones sociales, se habla de un malestar, pero no se cuestiona como posibilidad que los que están mal, son los propios varones.

Autores como De Keijzer (1997) y Menéndez y Di Pardo (1998), concuerdan en que el consumo de sustancias psicoactivas tiene una alta prevalencia en los varones, y forma parte de las conductas de riesgo aceptadas y normalizadas en los discursos hegemónicos de las masculinidades en México.

De acuerdo a los datos obtenidos en la VI Encuesta Nacional de Adicciones en México (SS, 2011), la prevalencia a nivel nacional de consumo de cualquier droga alguna vez en la vida en la población rural y urbana de 12 a 65 años, creció significativamente entre el año 2002 y 2011 al pasar de 5 % a 7.8 %, sobre todo en la región sur y centro del país. Estas sustancias afectan más a los hombres que a las mujeres, con una proporción de cinco a uno. El principal problema, es el consumo de bebidas alcohólicas en grandes cantidades por ocasión, seguido por la dependencia que pasó del 5 % en el año 2008 a 6.2 % en el 2011, lo cual se relaciona con daños a la salud y mortalidad general, sobre todo por accidentes, cirrosis hepática y violencia intrafamiliar.

Además las tasas detectadas en el consumo de marihuana crecieron del 2008 al 2011 de 1.7 % a 1.9 % en mujeres, y de 8.1 % a 11.5% en hombres; el consumo de cocaína en población general de 12 a 65 años, pasó de 2.4 % en 2008 a 3.3 % en 2011. En síntesis, en los últimos 10 años se ha incrementado la cantidad de adictos en general, y de adictos a drogas químicas en particular (SS, 2011).

Al analizar los datos a través de una perspectiva de género, se puede observar una mayor prevalencia en el consumo en la población de hombres, sin anular la posibilidad de que el consumo en las mujeres esté siendo subestimado social y metodológicamente como advierte Meneses (2006). Es notorio que para hombres y mujeres el consumo de sustancias psicoactivas adquiere significados particulares y plantea trayectorias distintas, es decir, narrativas diferentes que van a enmarcar el inicio, mantenimiento y recuperación del consumo de sustancias psicoactivas.

Para abordar el tema de las drogas se requiere aproximarse a diversos discursos: el médico y el jurídico que se encuentran imbricados, y que se relacionan con toda una serie de funciones relacionadas con el establecimiento de normas y medidas de control de carácter dominante a nivel profesional (Menéndez, 1990).

4.2 Estrategia metodológica

Núñez (2007b), menciona que los estudios feministas y de los varones desde una perspectiva de género, han evidenciado la coincidencia entre los valores y las definiciones de objetividad, objetivación y racionalidad de la ciencia y las definiciones dominantes de lo masculino y el ser hombre. Asimismo, menciona que la investigación histórica, ha permitido reconocer la asociación entre un modelo de ser hombre y un modelo de hacer ciencia.

En este sentido, Seidler (2000), refiere que el feminismo vino a mostrar una dimensión fundamental de las relaciones de poder inscritas en los planteamientos teóricos, mostró que el sujeto de conocimiento había sido siempre un sujeto masculino.

Núñez (2007b), propone reflexionar sobre los supuestos epistémicos, las operaciones teóricas, los métodos de investigación y las técnicas que utilizamos para dar cuenta de los hombres como sujetos genéricos.

Para este fin, la investigación cualitativa resulta ser una opción apropiada, dado que su campo de investigación es inherentemente político y se perfila a través de múltiples posiciones éticas. Asimismo, incluye una amplia sensibilidad interpretativa, posmoderna, feminista y crítica (Denzin & Lincoln, 2011).

Denzin y Lincoln (2011) y Taylor y Bogdan (1996), coinciden en que la investigación cualitativa no está ligada con una determinada teoría, parte de diferentes paradigmas, como el marxismo, la teoría crítica, la fenomenología, el constructivismo, la teoría

feminista, el estructuralismo y la teoría fundamentada, entre otros. Los cuales están comprometidos con una perspectiva y comprensión interpretativa de la experiencia humana. Dentro de estos paradigmas de investigación es ineludible la interdependencia entre observador y observado, como también la relación entre observación y transformación. Los hallazgos son creados por el proceso de investigación, dependiendo del contexto y de la subjetividad de los participantes.

De acuerdo a Creswell (1998), la investigación cualitativa es un proceso de investigación comprensivo que explora problemas sociales o humanos, en un escenario natural, donde el investigador hace descripciones de manera compleja y holística, reportando detalladamente la información recabada.

Autores como Sherman y Webb (1988; citados en Sandín, 2003), coinciden en que la investigación cualitativa, implica una preocupación directa por la experiencia tal y como es vivida, sentida o experimentada.

Para Sandín (2003), una de sus características es su atención al contexto; la experiencia humana se perfila y tiene lugar en contextos particulares, de manera que los acontecimientos y fenómenos no pueden ser comprendidos adecuadamente si son separados de aquellos. Por tanto, la experiencia de las personas se aborda de manera global u holísticamente.

En este sentido, en esta investigación se privilegió una aproximación fenomenológica al objeto de estudio (Husserl, 2000), se buscó recuperar la experiencia de las personas entrevistadas, su mundo y experiencia vivida.

4.2.1 Tipo de Estudio

Se llevó a cabo un estudio fenomenológico, de tipo comprensivo e interpretativo, con la finalidad de conocer y comprender el objeto de estudio a través de la narrativa de los entrevistados (Denzin & Lincoln, 2011; Sandín, 2003).

4.2.2 Objetivo general

⇒ Conocer el proceso de construcción de los significados de ser hombre en varones usuarios de Sustancias Psicoactivas (SPA).

4.2.3 Objetivos específicos

- ⇒ Analizar la construcción de los significados sobre ser hombre, en la trayectoria de consumo de sustancias psicoactivas.
- ⇒ Describir la narrativa que construyen los varones usuarios de sustancias psicoactivas.
- ⇒ Identificar cómo interactúan los varones con los discursos dominantes de ser hombre y ser usuario de drogas.

4.2.4 Acercamiento al campo de estudio

Para llevar a cabo la investigación, se eligió una clínica dedicada al tratamiento profesional de las adicciones, ubicada en el Distrito Federal. Se optó por este lugar, debido a que las personas que acuden a solicitar el servicio, generalmente presentan trayectorias de consumo de varios años, a través de los cuales han adquirido múltiples experiencias, que los coloca como una población privilegiada en el conocimiento sobre el uso de sustancias psicoactivas. A través de su trayectoria de vida, han incorporado una serie de conocimientos relacionados a las sustancias: saber dónde adquirirlas, modos de preparación, formas de consumo, combinaciones, así como, los métodos para contrarrestar los efectos desagradables. Por lo que se les puede ubicar en una posición de expertos en el tema de investigación.

Para tener acceso a la población, se acudió con el director de la clínica, a quien se le pidió autorización para llevar a cabo los procesos de negociación y solicitar la participación voluntaria, respetando los principios éticos en la investigación.

4.2.4.1 Criterios de selección de los participantes

La población que acude a solicitar el servicio, en su mayoría son hombres, la sustancia de mayor consumo es el crack, seguido por mariguana, inhalables, alcohol, opioides y alucinógenos. La edad mínima de ingreso son 16 años, aunque el grueso de la población se concentra en el rango de 25 a 35 años de edad.

Se invitó a participar a cuatro varones, para lo cual, se contó con una informante clave – Médica de la institución –, quién hizo el contacto con los participantes. Los criterios que se consideraron para su selección consistieron en: compromiso con su tratamiento, habilidad de diálogo y reflexividad, así como, aceptar participar en forma voluntaria en las entrevistas de investigación.

Asimismo, se buscó que contaran como mínimo con seis semanas de permanencia en el tratamiento, con el fin de que el periodo de desintoxicación a la sustancia hubiera pasado, teniendo mayor estabilidad y adaptación.

4.2.4.2 Escenario de las entrevistas

Descripción física del inmueble: La clínica, puede ser dividida en cinco áreas; 1) Área administrativa y de actividades terapéuticas; 2) Área de desintoxicación; 3) Dormitorios: un área para varones con 20 camas y un área para mujeres con 5 camas, cada dormitorio cuenta con baños y regaderas; 4) Comedor; 5) Auditorio; y 6) Cancha de fútbol rápido.

Descripción del modelo de tratamiento: La modalidad de tratamiento residencial, atiende a pacientes que cumplen los criterios médicos de síndrome de dependencia y abstinencia, por el uso de una o varias sustancias psicoactivas. Este servicio lo lleva a cabo un equipo formado por psiquiatras, médicos, psicólogos clínicos, trabajadores sociales y enfermeros. El tiempo de estancia es de doce semanas.

Criterios de admisión: Existen ciertos requisitos para que las personas tengan acceso al tratamiento:

- ⇒ Ser mayor de 16 años
- ⇒ Ingresar por propia decisión
- ⇒ Contar con redes sociales: familia o tutores institucionales, que asuman la responsabilidad económica, de servicios especializados de salud y de acompañamiento durante el tratamiento.

Criterios de exclusión: Asimismo, existen condiciones que impiden el ingreso, al considerar que no se beneficiarían del modelo de intervención:

- ⇒ Discapacidad intelectual
- ⇒ Problemas auditivos o de lenguaje severos
- ⇒ Ideas de suicidio o intento suicida reciente
- ⇒ Psicosis grave o aguda

Dinámica de las actividades de la clínica; los pacientes inician a las siete de la mañana con el aseo personal y arreglo del espacio individual – cama y áreas comunes-. A las nueve se sirve el desayuno. Posteriormente inician sus actividades terapéuticas y lúdico-recreativas. Durante el día hombres y mujeres comparten los espacios y las actividades, por la noche se dividen en sus respectivos dormitorios. La dinámica cotidiana favorece que se

establezcan relaciones de amistad, solidaridad, de pareja, o por el contrario, de rechazo e interacción violenta. Las actividades terminan a las nueve de la noche.

4.2.5 Consideraciones éticas

De acuerdo a González (2002), la epistemología cualitativa se apoya en principios que tienen importantes consecuencias metodológicas y éticas en la investigación. Él define tres aspectos relevantes 1) el conocimiento es una producción constructiva e interpretativa, es el sentido que se da a expresiones del sujeto estudiado; 2) el proceso de producción de conocimiento es interactivo, las relaciones entre el investigador y el investigado, son condiciones necesarias para el desarrollo de las investigaciones en las ciencias humanas; y 3) el conocimiento científico desde la investigación cualitativa, no se legitima por la cantidad de sujetos estudiados, sino por la cualidad de su expresión. Ante este planteamiento, la investigación científica y el uso del conocimiento producido demandan conductas éticas en el investigador.

Figueroa (2005), refiere que toda investigación plantea dilemas éticos, desde la misma diferencia de poder entre el investigador e investigado, pues el segundo difícilmente podrá cuestionar y negociar con quien investiga, así como, la discrepancia de cosmovisiones y valoraciones morales. Este tipo de desfases, de expectativas y de los roles diferenciales pueden generar una multiplicidad de dilemas. El mismo autor, propone que la investigación social tiene que ser una reflexión ordenada, sistemática, pero sobre todo crítica en la generación de conocimientos. Plantea que una alternativa para lograr este objetivo, es el diálogo constante con posiciones no afines, que permita tomar distancia de la propia investigación.

Mondragón-Barrios (2007), refiere que se pueden retomar tres principios éticos, no como universales, sino como puntos de encuentro para el diálogo entre las diferentes vertientes morales, los cuales son: 1) la beneficencia, considerar en los protocolos el respeto por las decisiones de las personas y asegurar el bienestar por encima de cualquier riesgo en la investigación; 2) la autonomía, respeto a la capacidad de cada sujeto de tomar las decisiones importantes para su propia vida, según sus valores y deseos, libres de coacción, manipulación o interferencias; y 3) la justicia, evita la discriminación de los sujetos para ser beneficiados de cualquier intervención. Para esta autora la forma de poner en práctica estos principios es por medio del consentimiento informado, la determinación de los riesgos y beneficios.

El consentimiento informado que se desarrolló en este trabajo, estuvo basado en la propuesta de Mondragón-Barrios (2009), quien lo define como un proceso, en el cual, existe la manifestación expresa de una persona cuya capacidad física, mental o moral le permite tomar la decisión de participar en una investigación, conociendo los riesgos, beneficios, consecuencias o problemas que se puedan presentar durante el desarrollo de la misma.

Así en el proceso de consentimiento informado se incluyeron los siguientes elementos, que fueron abordados en el primer encuentro con los participantes:

- ⇒ Se les explicó el objetivo del estudio, solicitando su participación en forma voluntaria.
- ⇒ Se les proporcionó el consentimiento informado por escrito, en el cual, se les comentaron los objetivos de la investigación y las características de su participación.
- ⇒ Se solicitó su autorización para audio grabar las entrevistas, manifestando que posteriormente serían transcritas, manteniendo la confidencialidad de la información, la cual, sólo sería utilizada para propósitos de investigación y divulgación académica.
- ⇒ Antes de iniciar la primera grabación, se les pidió que cambiaran su nombre verdadero por un seudónimo, así como los datos que pudieran identificarlos.
- ⇒ Se planteó la posibilidad de interrumpir la entrevista, si en algún momento lo consideraban necesario, así como la libertad permanente de elegir si deseaban continuar o interrumpir su participación en la investigación.
- ⇒ Se ofreció a los participantes, si lo consideraban necesario, un espacio al final de las entrevistas, en caso de que los temas abordados les hubieran generado algún sentimiento o pensamiento de incomodidad.
- ⇒ Se deslindó a la clínica de cualquier responsabilidad ante la investigación. Se precisó que su participación no implicaba la exención de pago alguno por los servicios recibidos de ésta; asimismo, se les comunicó que si resolvían interrumpir su participación, no se negaría ningún servicio, los cuales continuarían sin alteración.
- ⇒ Se comentó que en caso de una recaída, esta no afectaría su continuidad en la investigación, sólo era necesario que no se presentaran bajo los efectos de alguna sustancia psicoactiva.

⇒ Se les entregó el consentimiento informado, el cual incluía los datos para localizar al entrevistador ante una eventualidad relacionada a los temas tratados durante las entrevistas (Ver anexo 1).

4.2.6 Técnica de recolección de información

4.2.6.1 Entrevista a profundidad

La entrevista a profundidad tiene como elemento medular el análisis de la narración que la persona realiza sobre sus experiencias vitales (Mallimaci & Giménez, 2006). Estas proporcionan información muy valiosa sobre la experiencia personal, la ideología y la subjetividad (Connell, 2003).

Para conocer los significados de ser hombre y el consumo de sustancias psicoactivas, la entrevista a profundidad resultó ser un instrumento muy eficaz, permitió identificar en la trayectoria de consumo de los diferentes participantes, cómo asumían, negociaban o rechazaban los discursos dominantes de las masculinidades, así como el lugar que el uso de drogas jugaba en este proceso. Hernández-Rosete (2008), menciona que las trayectorias de vida ayudan a comprender la responsabilidad del actor frente a los procesos estructurales que le oprimen.

En general existe mayor número de investigaciones respecto a la construcción de los significados de las masculinidades y el consumo de alcohol, por lo que es importante conocer si será el mismo proceso cuando se trata de drogas con otros efectos en el organismo humano – depresoras o estimulantes –, y un acercamiento a través de la entrevista a profundidad permite dar seguimiento a los significados particulares que se van construyendo con cada una de las sustancias utilizadas.

Por otro lado Ramírez (2005) y Salguero (2008), coinciden en que las masculinidades o identidades masculinas se construyen en diversos escenarios, la escuela, la familia, el trabajo, instituciones de salud, de asistencia, etc. Es decir las vidas son vividas al interior de redes sociales desde que la socialización temprana empieza. Por tanto, el análisis de la trayectoria de vida permite dar cuenta de las múltiples redes de relación que día a día construyen las personas de acuerdo a sus diferentes necesidades.

Mallimaci y Giménez, (2006), señalan que la vida de las personas no se construye aisladamente, y cuando se logra bifurcar los ambientes en los que se ha desarrollado, con

las etapas cronológicas y el contexto más amplio de los hechos históricos y sociales, se genera un aporte fundamental desde una perspectiva holística.

Bourdieu (1986), advierte que en el proceso de elaboración de una trayectoria de vida se debe evitar suponer que existe un único hilo conductor que atraviesa la vida del sujeto desde sus orígenes, a lo que llama la trampa de la “ilusión ideográfica”, rechazando las representaciones simplistas y unilaterales por complejas y múltiples.

Así, en la construcción de las trayectorias de vida, se puede admitir que es posible hacer y rehacer diversas trayectorias para la misma persona. Lo cual produce diversas historias – individuales y familiares –, donde las relaciones laborales, familiares, simbólicas, religiosas, políticas, educativas, de género deben ser tenidas en cuenta para comprenderlas y analizarlas. Considerar que no estamos ante sujetos pasivos, sino ante personas que toman decisiones – más o menos condicionadas – que afectan sus vidas.

Finalmente, cuando se analiza la narración de los participantes, no se valora su certeza o su valor real, sino lo que representa para ellos. Ramos (2001), comenta al respecto que lo que proporciona la experiencia de vida, no es tanto un arsenal de recuerdos cuanto un arsenal de significaciones y con ese arsenal de significaciones juega el que está contando la historia de su vida.

4.2.6.2 Elaboración de guía temática

En la primera reunión, se les solicitó que contaran su vida desde la infancia hasta la actualidad, el eje temático fue la trayectoria de consumo de sustancias psicoactivas. Para este primer encuentro sólo se contó con una serie de cuatro preguntas flexibles, las cuales se describen a continuación:

1. Si te pidiera que me cuentes tu vida y lo que ha significado el consumo de drogas ¿dónde iniciarías?
2. ¿Cuáles han sido los eventos más significativos en tu vida asociados al consumo de drogas?
3. ¿Cuáles han sido los efectos del consumo de drogas en tu vida?
4. ¿Qué ha significado para ti ser varón y usar drogas?

Las preguntas fueron diseñadas para centrar el diálogo respecto a los eventos más importantes relacionados al consumo, así como los efectos de esta práctica en su vida.

Cabe mencionar, que sólo se utilizó la primera pregunta, ya que a partir de esa primera intervención, se fue acotando de acuerdo a la narración de cada participante, pues uno de los propósitos era disminuir al mínimo las interrupciones por parte del investigador.

El objetivo de la primera entrevista fue identificar los momentos más significativos de su historia – epifanías (Denzin, 1989; citado en Mallimaci & Giménez, 2006) –. Posteriormente con la información recabada, se elaboró una lista de posibles temas a desarrollar, considerando los contextos: familia, pares, emociones, sexualidad, trabajo y cuerpo; que de acuerdo a algunos autores (Ramírez, 2005; Salguero, 2008) son en estos, donde se construyen y negocian algunos de los significados más relevantes que dan sentido al ser hombre. No obstante, dichos contextos no se abordaron en forma rigurosa, por el contrario, se permitió que el participante diera énfasis a cada uno de ellos de acuerdo a su propia historia.

4.2.6.3 Construcción del dato con los participantes

Vasilachis (2006), refiere que la construcción del dato surge del ejercicio de un diálogo entre dos personas, así como de las condiciones que enmarcan el encuentro. Por lo que, metodológicamente es importante conocer las características que acompañaron las conversaciones con los participantes, pues de éstas dependió aquello que se dijo o se silenció durante las entrevistas.

En este sentido cabe acotar, que en la primera reunión con cada uno de ellos me presenté por mi nombre, mencioné que era psicólogo de profesión y que cursaba estudios de doctorado en el mismo campo, y mi intención era investigar el proceso de construcción de los significados de ser hombre en varones usuarios de drogas. De igual forma, aclaré que no era trabajador de la clínica y que sólo había solicitado autorización para realizar las entrevistas.

Tal vez, haber mencionado que era psicólogo, influyó para que generalmente la primera entrevista transcurriera en un clima de mayor formalidad, sin embargo, conforme fueron transcurriendo las conversaciones y los diálogos incluían experiencias con mayor intimidad, las distancias se fueron acortando.

Durante los primeros minutos de cada encuentro, les preguntaba cómo se habían sentido después de la entrevista previa, con el fin de identificar algún tema que podría generar incomodidad. Esta breve conversación servía para crear un clima de confianza e incorporar el tema de la ocasión. De igual forma, al final, después de detener la grabación,

se daban unos minutos para conocer sus pensamientos y sentimientos respecto a lo relatado.

Cada conversación se iniciaba con una pregunta abierta, vinculada a alguno de los contextos descritos, tomando en cuenta las epifanías identificadas en la primera entrevista, solo se hacía ciertas precisiones de acuerdo a los objetivos de la investigación. Mallimaci y Giménez (2006), comentan que en la entrevista para la construcción de una trayectoria de vida, el rol del entrevistador consiste en abrir temas, incentivar y reflexiones. El éxito de una entrevista, se basa en gran parte en la relación entre el entrevistador y el entrevistado, donde el primero se apoya en un juego sutil entre la cercanía y la distancia. Quien entrevista debe de desarrollar ciertas cualidades relacionadas, básicamente, con la escucha y la comprensión.

Cabe señalar que el vínculo que construí con los entrevistados estuvo caracterizado por el respeto y aceptación de su narrativa, cuidado y mesura ante los recuerdos dolorosos, validación de sus sentimientos por contradictorios que fuesen, interés genuino por conocer y compartir su historia, características que considero, fueron fundamentales para que la distancia entre el “experto psicólogo” y el entrevistado, así como, el significado de estar dentro una clínica de rehabilitación se fueran diluyendo y prevaleciera el diálogo entre dos personas. Al final de las entrevistas, con cada uno de los participantes se había establecido una relación más afín a la camaradería.

En este sentido, el estilo de entrevistar en ésta investigación, inevitablemente estuvo influido por mi entrenamiento como terapeuta familiar, bajo los modelos socio-construccionistas (Anderson, 1997), donde el objetivo fue establecer un espacio de conversación, que facilitara al participante sumergirse en su historia con mínimas interrupciones.

La descripción de los entrevistados se reservará para el apartado de resultados, cada trayectoria cuenta con una introducción que aborda el tema en detalle. Aquí sólo se limitará a describir que para cada uno de ellos, contar su vida, fue una experiencia acompañada de varias resignificaciones. Durante su narración se mostraron reflexivos, como si estuvieran reconociendo un camino que habían transitado sin mirar, identificando múltiples emociones a través de su vida.

4.2.7 Análisis de la información

Desde hace un poco más de dos décadas, Geertz (1994) ya señalaba, que estaba creciendo una fuerte tendencia hacia una concepción de la vida social, como algo organizado en términos de símbolos, y cuyo significado se podía alcanzar, si se intentaba comprender y desarrollar los principios de las organizaciones. Estaba surgiendo la explicación interpretativa, la cual centra su atención en el significado que las personas tienen de sus instituciones, acciones, imágenes, expresiones, costumbres, etc.

Los investigadores sociales adoptaron la metáfora del texto, como analogía explicativa de su objeto de estudio. Geertz señala, que la clave en esta transición estuvo en el concepto de adscripción, es decir la fijación del significado. Pone como ejemplo, que una manifestación de comportamiento se produce en un momento, y cuando éste deja de producirse, el significado que se adscribe a dicho comportamiento, se prolonga en el tiempo, aunque la acción ya no esté presente. La adscripción del significado, es lo que resulta atractivo para los investigadores, quienes adoptan la analogía del texto para explicar los fenómenos sociales, concibiendo a la cultura como una red de significados, a través de los cuales damos sentido a nuestro entorno.

No se puede tener un conocimiento directo del mundo y todo lo que las personas saben de la vida lo saben a través de la experiencia y para dar sentido a esta experiencia, debe de relatarse pues es el hecho de relatar lo que determina el significado (White & Epston, 1993). Se define a la narración, como una unidad de significado que brinda un marco para la experiencia. Entramos en las historias; otros nos hacen entrar en ciertas historias; y vivimos nuestra vida a través de esas historias (Epston et al., 1996).

En este sentido, para obtener una narración coherente de sí mismo y del mundo que nos rodea, la experiencia de los acontecimientos debe de organizarse en secuencias temporales. Los sucesos del pasado, presente y los que se prevé ocurrirán en el futuro, tendrán que unirse en una secuencia lineal, para que la narración pueda desarrollarse. Una narración coherente permite a las personas adquirir un sentido de continuidad y significado en sus vidas, un marco que les ayuda a ordenar la cotidianidad e interpretar las experiencias futuras. Por tanto, los relatos son elementos fundamentales para interpretar la experiencia, la forma en que se perciba el presente, estará en función de cómo se narre el pasado y de las expectativas que se tengan del futuro (White & Epston, 1993).

De la misma forma, las historias que las personas construyen para dar sentido a sus vidas, están enmarcadas en una serie de discursos sociales dominantes (Bruner, 1986; Foucault,

1988), que son construidos socialmente y por tanto, modelan la vida de las personas. White y Epston (1993), agregan que la analogía del texto proporciona el contexto sociopolítico de la experiencia de las personas cuyas vidas están situadas en muchos textos, además que permite estudiar la acción y los efectos del poder sobre las vidas y las relaciones.

Al introducir el concepto de poder, los autores, no solo están considerando los aspectos represivos del mismo, sino también sus aspectos constitutivos de la subjetividad, de acuerdo a la propuesta de Foucault (1988).

Por tanto, los discursos dominantes de la masculinidades y el consumo de sustancias psicoactivas, sirven de marco para que los varones construyan narrativas particulares y den sentido a su experiencia de ser hombres, sin embargo, una gran parte de la experiencia vivida respecto a sus significados de ser hombre, pueden quedar sin relatar pues no encajan dentro de los discursos dominantes.

De acuerdo a este planteamiento, el análisis narrativo que se realizó en esta investigación, consistió en producir una trama o argumento, mediante un relato narrativo que tornará significativos los datos, buscando los elementos singulares que configuraban cada historia. De acuerdo a Bolívar (2002), el análisis narrativo requiere desarrollar una trama o argumento que permita unir temporalmente o temáticamente los elementos, dando una respuesta comprensiva de por qué sucedió algo. El objetivo último, en este caso, es revelar el carácter único de cada caso individual y proporcionar una comprensión de su particular complejidad e idiosincrasia.

Así, el análisis de las trayectorias de los participantes integró la organización, estructuración, procesamiento y escritura de las narraciones (González, 1998). Conforme se concluía cada entrevista, se hacía una escucha analítica del audio, se revisaba que se fueran cubriendo los temas propuestos en la guía temática.

Así los ejes de análisis que definen las historias son seis: I) Consumo de SPA en la familia y el entorno; II) Vida emocional; III) Contexto de pares; IV) Sexualidad; V) Vida laboral y VI) Relación con el cuerpo.

De cada entrevista se realizó la transcripción textual del audio y se comparó el texto con la grabación, con el fin de lograr una copia lo más parecida a la conversación original y conservar su complejidad.

Posteriormente, se fueron identificando en cada uno de los textos las narrativas que daban cuenta de los significados de ser hombre y el consumo de sustancias psicoactivas, de acuerdo a los ejes de análisis. Así, las narrativas identificadas se agruparon de acuerdo al eje de análisis, en orden cronológico, tomando en cuenta las epifanías o hechos significativos en la vida de las personas.

A continuación se realizó la escritura de cada una de las trayectorias, iniciando por el entorno familiar, esto se debió a que el área de familia, fue un tema recurrente y ampliamente abordado por todos los entrevistados, el cual sirvió de guía para plantear algunos de los temas más relevantes de su historia.

Se continuó con el ámbito, en el cual, cada uno de ellos había abordado en mayor profundidad; Javier y Jaso – dos de los participantes –, hicieron poca referencia al área laboral y percepción del cuerpo, por lo que no se incluyeron en su historia. Saúl dio mayor énfasis al ámbito familiar, emocional, laboral y sexual, dejando de lado el de pares y percepción del cuerpo. En este sentido, que tres de los participantes hicieran poca alusión a su cuerpo resultó muy ilustrativo, pues denota que tienen poco contacto con él, llegando a ser extraño para ellos mismos; tema que se desarrollará con mayor profundidad en el Capítulo VI.

La construcción de las trayectorias a partir de los seis ejes de análisis, posibilitó una perspectiva integral de la vida de los participantes. Cada historia quedó integrada a su vez, por diversas sub-historias, las cuales, con ciertas limitaciones podrían ser leídas en forma individual.

En este sentido, cabe mencionar que la separación de la vida de las personas no puede ser exacta, así, al estar escribiendo las trayectorias de vida había información que se sobreponía en los diferentes contextos, o información que era relevante pero no pertenecía a ninguno de los ejes de análisis. Como menciona Ramos (2001), la vida no sigue un proyecto, el relato de la vida sí. Precisamente, para salvar este inconveniente se incluyó al inicio de cada historia, una introducción de los sucesos más relevantes en la vida de las personas, que sirviera como eje integrador de las diferentes sub-historias que conforman la trayectoria de vida general.

La construcción de cada una de las trayectorias implicó un proceso recursivo, cada una de ellas antes de su presentación final, tuvo por lo menos dos versiones previas. Su construcción se fue produciendo en interacción con la bibliografía consultada y con las sugerencias de los integrantes del comité revisor, quienes hicieron valiosas aportaciones

que modificaron el resultado terminal. Cada revisión, implicaba un nivel mayor de refinamiento en la identificación de los significados investigados, dando mayor solidez y confiabilidad al análisis.

Es importante señalar, que en la redacción de las trayectorias de vida, se cambiaron los nombres verdaderos por ficticios, así como aquellos datos que pudieran identificarlos con el fin de conservar el anonimato de los participantes. Asimismo, las citas de sus narraciones, a lo largo del texto, van acompañadas de un código entre paréntesis que incluye dos letras del seudónimo, número de entrevista y número de página en que aparecen en las transcripciones.

LA TRAYECTORIA DE VIDA DE DANIEL

*“fumarme un churro para evadir todo
eso ¿no? para no enfrentarlo, para
complementar soy yo hombre, y ¡qué!*

‘Ya qué quieres que haga’”

Trayectoria de Daniel

Orígenes

El padre de Daniel y su madre son originarios del Estado de Oaxaca, ambos migran a finales de los años 60 a la Ciudad de México en busca de oportunidades de trabajo, se establecen en una colonia popular al oriente de la ciudad. La familia estaba conformada por el padre, la madre, un hermano mayor por dos años y dos hermanas menores por cuatro y siete años, su esposa y un hijo de 10 aproximadamente. Daniel es alto, de complexión delgada y atlética, posible resultado del esfuerzo que requiere desempeñarse en el área de la construcción. Su trato era amable, con un discurso abundante, generalmente llegaba de buen humor y con gran motivación a los encuentros de entrevista. Al narrar su historia mostraba gran sensibilidad y un espíritu reflexivo ante los recuerdos de sus vivencias.

Daniel define su infancia matizada por tres eventos; la pobreza, el excesivo consumo de alcohol de su padre y sus constantes manifestaciones de violencia. Durante su adolescencia asume un rol de cuidado y protección hacia su madre y hermanas. A los 17 años de edad, interrumpe sus estudios de bachillerato, para migrar por primera vez a Estados Unidos (EU) y mejorar sus condiciones económicas. Se establece por un periodo de cuatro años, durante este tiempo se presentan dos eventos importantes para él; el rompimiento con un tío, con el cual vivía en EU, y la terminación de la relación con Blanca – su novia –, seguido por un fuerte incremento en el consumo de sustancias psicoactivas. Regresa a los 21 años a México por un periodo de un año, no obstante, no logra estabilizarse económicamente y vuelve a migrar a EU.

Se establece en los Ángeles California, a los 24 años conoce a María con quien se embaraza, iniciando vida en pareja un año después. Durante los primeros años de vivir juntos se presentan fuertes conflictos decidiendo regresar a México acompañado de María y su hijo. Se vuelve a establecer en casa de sus padres cuando tenía 26 años, durante los siguientes 7 años, migró en una ocasión al Estado de Guadalajara y otra a los Cabos, Baja California Sur, con el fin de mejorar su relación de pareja y sus condiciones económicas, no obstante no logra estabilizarse. Asimismo, durante ese tiempo acude a un Grupo de Alcohólicos Anónimos a los 27 y 30 años aproximadamente, interrumpiendo el consumo por un periodo de un año en las dos ocasiones, no obstante, termina por retomar el uso de sustancias psicoactivas. A los 32 años ingresa a una clínica residencial, al oriente de la Cd. de México, logrando interrumpir el consumo.

Al momento de la entrevista Daniel tenía 33 años de edad, y un año y medio de abstinencia, contaba con mayor estabilidad laboral y mejor convivencia con María. En general, sus relaciones familiares eran más favorables. Describía que transitaba por un buen momento, con expectativas favorables para el futuro.

Construyendo los significados de ser varón asociados al consumo de sustancias psicoactivas desde el ámbito familiar

Sí, que vaya por las caguamas jórale! (DaE2P2)

Daniel describe que su padre consumía alcohol en forma habitual hasta llegar a la intoxicación, generalmente estaba asociado a constantes episodios de violencia, tanto hacia el interior de la familia – madre e hijos – como hacia el exterior – riñas con los vecinos –. Describe su medio social y cultural como un espacio marginado, con pobreza y prácticas que normalizaban el uso de alcohol *“en el ambiente que yo crecí se daba mucho como ese mal hábito de mandar a los niños por las cervezas [...] la pobreza en la que vivíamos, yo pienso que era algo que daba lugar a eso, que pasaran cosas así que nuestros padres no veían mal [...] mi papá estaba en ese círculo de amigos, como que le parecía bien ‘sí, que vaya por las caguamas jórale!’”* (DaE2P2). Desde pequeño convive con el consumo de alcohol como una actividad cotidiana que implica conductas distintas para los niños y las niñas; donde son ellos, los encargados de ir por las bebidas alcohólicas, prácticas que van vinculando el uso de sustancias como una actividad legitimada para los varones. Brandes (2002, citando a Eber, 1995), menciona que desde la antigüedad, los hombres siempre han tenido mayor libertad para beber que las mujeres, por lo que para una gran mayoría de los hombres pertenecientes a la clase trabajadora mexicana, la ingesta de alcohol y la embriaguez, están estrechamente relacionadas con la identidad masculina.

Durante su infancia y adolescencia intenta distanciarse del modelo que observaba en su padre *“yo recuerdo que de muy chiquillo siempre dije ‘nunca voy a ser como él’ o sea, nunca voy a tomar una cerveza, nunca voy a ser como mi papá, [...] fue algo que nadie me metió en la cabeza, yo mismo dije y mi madre me decía ‘¡cállate que es tu padre!’ ¿No?, ¡Pues sí, pero yo no quiero ser como él!”* (DaE2p19). Daniel se propone evitar reproducir el modelo que veía en su padre. La familia participa en la socialización y conformación de la identidad de género, y una de las vías es a través de proponer modelos de género (Schmukler, 2001). Para Daniel, su padre es uno de los primeros varones del cual observa el consumo de alcohol en exceso como una práctica cotidiana, asociado a episodios de

violencia. Prácticas que suelen estar vinculadas a los discursos dominantes de las masculinidades en algunas regiones de México. Una práctica cultural que legitima la manifestación de conductas violentas, temerarias y de abuso de alcohol en los varones, que lleva implícito la subordinación de la mujer y otros varones (De Keijzer, 1997 y 2006).

¡No pasa nada! (DaE1p1-2)

Cuando Daniel experimenta por primera vez con alcohol, a la edad de 15 años, estaba acompañado de su madre y de algunos varones mayores que él, *“estaban unos vecinos más grandes que yo [...] empezó ahí, [...] como de gracia ¿no? [...] como ¡No pasa nada! no dándole importancia, [...] a lo mejor también ella (mi madre) no le vio como algo así muy de malo” (DaE1p1-2)*. Brandes, (2002), menciona que el consumo de alcohol es una práctica común en los varones, por lo que para su madre pudo haber significado una conducta normal.

Daniel descubre que el consumo de – alcohol¹ – favorece la interacción con otros varones y que además le generaba estados placenteros. *“Fue algo que me gustó [...] pues me sentía así como muy, como muy desinhibido, como, como a la vez contento” (DaE1p1-2)*. De acuerdo a Laredo y Lizasoain (2009), la ingesta de alcohol provoca sensación de euforia, optimismo y aumento de la sociabilidad.

Por su parte, Núñez (2007a) plantea que el consumo de alcohol es en esencia un ritual de paso de iniciación masculina para algunos adolescentes, es un medio por el cual pueden socializar con otros varones. Gutmann (1996), agrega al respecto, que en la ciudad de México el consumo de alcohol es intrínseco a la amistad masculina.

Consumí marihuana con alcohol, estaba llore y llore (DaE1p4)

Asimismo, el uso de marihuana estuvo presente en su medio desde que era niño *“su ex esposo de mi tía, estuvo viviendo acá en la casa, yo veía que fumaba marihuana, lo veía bien contento, agarraba y se ponía a forjar enfrente de su familia, no le importaba, lo veía como algo muy natural” (DaE1p3)*. Su tío tenía marihuana en casa, lo que le brinda a Daniel la posibilidad de acceder a la sustancia, a los 17 años experimenta la combinación

¹ El consumo de alcohol en una primera etapa produce un cuadro de pseudoexcitación por supresión de las inhibiciones, con sensación de euforia y optimismo, aumento del tiempo de respuesta, aumento de la sociabilidad, falta de coordinación muscular, alteraciones de la visión, excitación psicomotriz, y en función de la dosis, depresión del sistema nervioso central y/o estado de coma (Laredo y Lizasoain, 2009).

de mariguana² con alcohol *“mi amigo ya me había dicho ‘tu tío tiene mota [mariguana] ahí’ y ya empezamos a tomar y en eso... ‘¿sabes qué? que se me antojó ¿Qué onda?... vamos a fumarle ¿no?’” (DaE1p4)*. Así a pesar de que Daniel había buscado distanciarse del modelo que su padre le mostraba, la influencia del tío y del amigo, contribuyen para que inicie el consumo de sustancias psicoactivas.

La combinación de ambas sustancias le generan nuevas sensaciones *“recuerdo que [...] cuando llegó mi mamá yo estaba llore y llore, y este, la abrazaba y le decía que la quería mucho y le empecé a sacar muchas cosas que yo tenía [...] todo era así llorar y desahogarme [...] mi mamá sí se dio cuenta ¿no? o sea, porque me dijo ‘¿Qué hiciste, qué fumaste? Tú no eres así aunque tomes, tú no eres así, algo te metiste’” (DaE1p4)*. La madre de Daniel identifica cambios en su comportamiento, expresiones de tristeza y llanto; algunos autores consideran que los efectos de la mariguana en el organismo humano, son difíciles de clasificar, dado que dependen de diferentes variables como las condiciones y expectativas de las personas y el contexto (Fernández et al., 2009; Leza & Lorenzo, 2000). Sin embargo se ha observado que existen semejanzas de acción entre la mariguana y el alcohol, como: euforia, relajación, aumento de energía y labilidad afectiva (Cruz, 2007; Lukas & Orozco, 2001). Los efectos de las sustancias tienden a combinarse o a sobreponerse los de una sobre otra, dependiendo de la cantidad consumida. En la experiencia de Daniel, la mezcla de cannabis y alcohol, facilitan la expresión de sus emociones dentro del contexto en que se encontraba.

Al respecto, Seidler (2000) menciona que el planteamiento kantiano de separar la razón, de la naturaleza, funciona para apartar al hombre de sus emociones y sentimientos, que constituyen una amenaza a su identidad de hombre. El varón aprende a desdeñar sus emociones y sentimientos como signo de debilidad. De acuerdo a este planteamiento, el efecto del consumo de sustancias psicoactivas le facilitó a Daniel, la expresión de sus emociones en forma pública y abierta hacia su madre, sucesos que no eran muy comunes al interior de la familia.

² Los efectos conductuales de la inhalación del humo del cannabis (mariguana) en personas son realmente complejos y dependen de muchas variables como: consumidor, ambiente de consumo, expectativas, etc. Incluso se ha observado que los efectos psicológicos varían según el ambiente, siendo en general, relajantes si el sujeto inhala solo y euforizantes, si se fuma en grupo (Fernández et al., 2009 y Leza & Lorenzo, 2000). Otros autores proponen que los efectos de la mariguana sobre el sistema nervioso central pueden provocar euforia, ansiedad o relajación; labilidad emocional, distorsión del tiempo y espacio, risa incontrolable y falta de coordinación motora (Cruz, 2007).

Núñez (2007a), agrega al respecto que el hombre tomado ‘se abre y muestra una interioridad que contrasta con el cuerpo cerrado de la vida cotidiana’. Para este autor, el cuerpo de los hombres, en la vida cotidiana está sometido a una vigilancia estricta en cuanto a su expresividad pública: en el modo de hablar, de dirigirse a los otros, de caminar, de expresar emociones, de conversar y de bailar. Por tanto el alcohol parece ayudar a configurar las posibilidades de expresión corporal, que se alejan de la dinámica cotidiana, regida por un carácter sobrio y huraño.

Daniel durante los siguientes meses continuó con el consumo de alcohol, generalmente en forma moderada y no se repite el consumo de marihuana. Las constantes carencias económicas en casa, lo llevan a decidir a abandonar sus estudios cuando cursaba el bachillerato, aventurándose a viajar con un primo mayor que estaba de paso hacia los Estados Unidos, hecho que marca cambios importantes en el consumo de sustancias psicoactivas. Su madre le pone como condición para dejarlo ir *“los clásicos juramentos para no tomar uno o dos años” (DaE5p4)*, él menciona que su consumo no era excesivo, sin embargo, *“ella tenía en mente el trauma de mi papá, que fuera a ser como él” (DaE5p4)*. Tal vez la preocupación de su madre cobraba fundamento en reconocer que los modelos de varón, cercanos a Daniel, incluían el consumo de alcohol como una costumbre cotidiana, y lejos de casa la probabilidad de incrementar el consumo era considerable.

Pu’s no tomo, pero pos voy a fumar (DaE5p5)

Cuando llega a EU, se establece en Los Ángeles California, consigue empleo e inicia el consumo de marihuana *“con uno de mis primos le dije que me consiguiera, y dije ‘pu’s no tomo pero, pos voy a fumar’” (DaE5p5)*. Daniel considera que uno de los factores que incide para volver a fumar marihuana, es la disponibilidad de sustancias psicoactivas que existe en ese país *“por ciertas circunstancias se me presentó así en el camino que uno de mis primos tenía, pus ahí si quieres andar [...] en el cotorreo pues tienes que fumar mota” (DaE5p5)*. Si bien es cierto, que Estados Unidos representa el mayor mercado mundial para las drogas ilícitas³ (Emmerich, 2003), Daniel toma la decisión de consumir cannabis, por los significados y efectos asociados a la expresión de emociones, en la primera vez que fuma.

³ Emmerich (2003), menciona que Estados Unidos es el mayor mercado mundial para las drogas ilícitas, en 1999, año en que David se encontraba en ese país, la Administración Antidrogas de Estados Unidos (DEA, por sus siglas en inglés), informó que 14.8 millones de estadounidenses (6.4 % de la población total) eran usuarios habituales de drogas.

Así retomar el consumo reafirma los significados asociados la primera vez *“el efecto que hizo en mí, o sea, me gustó, de que me ayudaba a desahogar todos mis sentimientos, me ponía a llorar como toda esa tristeza que yo traía cargando”* (DaE5p5). Sin embargo, en este nuevo contexto, los significados asociados al consumo de marihuana, se empiezan a diversificar, *“al otro día amanecía bien adolorido del estomago de tanto reírnos ¿no? nos veíamos en el espejo nos empezábamos a reír, decíamos muchas, muchas tarugadas pero así este, como que eran tonterías así muy inocentes”* (DaE5p6). Por un lado, le gusta expresar sus emociones cuando se encuentra bajo los efectos de marihuana, por otro, se convierte en un medio para socializar con otros varones.

Durante los cuatro años siguientes, radica dos años en el Estado de los Ángeles y dos en el Estado de Oregón; durante este periodo tiene un incremento en el consumo de alcohol, marihuana, y speed⁴, lo cual le genera diversos inconvenientes *“se empiezan a juntar así, dos o tres tipos de problemas y este... y pues decido mejor ‘ahí nos vemos ¿no?’”* (DaE6p7). *“Tomo el boleto [...] y me vengo para México nuevamente”* (DaE8p14). Las dificultades son desde legales, con la posibilidad de ir a la cárcel por manejar bajo el influjo de sustancias psicoactivas, hasta conflictos laborales por la misma causa.

Mi mamá siempre fue así como muy complaciente conmigo (DaE6p13)

De regreso en México, se instala en casa de sus padres, *“empecé a dejar el polvo (speed), pero era estar diario con marihuana y alcohol”* (DaE1p13). *“Yo lo tomé así como el escaparate, cuando yo empecé a probar el polvo [...] me empiezo a hacer muy adicto, para dejar esa droga empiezo a consumir marihuana, más marihuana”* (DaE7p13). Martín y Lorenzo (2009), mencionan que la suspensión repentina de alguna sustancia psicoactiva que ha generado dependencia en el organismo, puede ocasionar diversos síntomas de abstinencia⁵.

Uno de los motivos por el cual Daniel continúa con el consumo de marihuana en México, es disminuir los síntomas de abstinencia del consumo de speed, Ramos y Fernández

⁴ El speed es un potente estimulante compuesto por sulfato de anfetamina. Cuando ingresa al cuerpo las células producen dopamina en grandes cantidades, una sustancia involucrada con la sensación de placer y la motivación, activando una sensación sumamente agradable. Asimismo, se experimenta una sensación de calor y euforia muy placentera acompañado por aumento del estado de alerta y disminución del cansancio. Pueden existir alteraciones del sentido del tiempo (Royo-Isach, Magrané, Velilla & Ruiz, 2004).

⁵ Se le denomina síndrome de abstinencia al cuadro de signos y síntomas, físicos y psíquicos — de gravedad y perfil variable, de acuerdo a la sustancia —, que se presentan cuando se interrumpe de forma brusca la administración de una sustancia psicoactiva, y que cederían con la administración de la misma (Martín & Lorenzo, 2009).

(2009), señalan que los efectos del consumo de cannabis, influyen en la disminución de la intensidad del síndrome de abstinencia en drogas como el alcohol, la nicotina, la cocaína y la heroína.

Asimismo, es importante considerar que la venta y consumo de metanfetaminas en México, especialmente en la zona centro, ha mantenido bajo promedio,⁶ por lo que su adquisición era menos común.

Así, los cambios en el uso de las diferentes sustancias psicoactivas, se reorganiza de acuerdo a las nuevas necesidades y posibilidades, lo cual, influye la construcción de nuevos significados: la mariguana pasa, además de tener un uso recreativo a tener un uso paliativo.

Durante su estancia en México En una ocasión es sorprendido por su madre *“yo tomaba y me drogaba también ahí en la casa, hasta que una vez sí me cachó mi mamá, pero, no supo ni que decirme, yo le dije que no pasaba nada, que era normal, y como que mi mamá siempre fue así como muy complaciente conmigo, ella no volvió a tocar el tema... no había broncas en mi casa, como después”* (DaE6p13). El silencio de la madre de Daniel, se debe a que su sistema de organización familiar estaba establecido de forma tradicional, en donde la jerarquía superior está asociada intrínsecamente a los varones (Schmukler, 2001). Daniel hace uso de los recursos socialmente legitimados, que brindan mayor poder a los varones (Olavarría, 2006); las palabras de Daniel son suficientes para evitar cualquier cuestionamiento.

Su mamá [de mi novia] sabía que yo me drogaba (DaE7p3)

Con el paso del tiempo no logra estabilizarse laboralmente y regresa a EU, consigue dos empleos como lavaplatos, en diferentes restaurantes *“Pos así me la pasé un rato, fíjate que sí me ayudó [el tener dos empleos], porque pues sí tomaba, y sí me drogaba, [con mi primo] pero éramos responsables en nuestro trabajo”* (DaE6p13). El consumo de alcohol y mariguana se mantiene constante.

Un día que se encontraba bebiendo alcohol en una reunión, una de sus amigas accidenta una camioneta propiedad de su trabajo, incidente que induce el encuentro con María, su actual esposa, ya que ella y su madre son las únicas que acuden a auxiliario en ese

⁶ De acuerdo a la Encuesta Nacional de Adicciones (SS, 2002), época en que David regresa a México, la droga de mayor consumo en el país era la mariguana con 3.8 % de la población, en segundo lugar la cocaína con 1.23 %, en tercer lugar los inhalables con 0.45 %, en cuarto lugar los alucinógenos con 0.25 % y en quinto lugar los estimulantes derivados de las anfetaminas 0.08 %.

momento. María era migrante, originaria del Estado de Guadalajara, México, vivía con su madre y varios hermanos menores.

La dinámica familiar de María, se caracterizaba por falta de orden y organización, lo cual, es uno de los motivos que llevan a Daniel a vincularse con ella *“su mamá [...] siempre la dejaba ahí encargada de sus demás hermanos” (DaE7p2)*. *“Yo encajé ahí muy bien, porque yo me sentía como que, yo llegué y quise apoderarme de todo eso, hasta de los hijos ¿no? de la señora, o sea, de llegar y decir ‘no pus yo también tengo para comprarles’, me los llevaba a pasear, iba a los restaurantes y pedía algo ‘A ver ¿qué quieren comer?’ empecé a asumir mi responsabilidad, así digamos como paternal, [...] como desde una muy temprana edad” (DAE1p16)*. Daniel reproduce el rol de protector, que desempeñaba en su familia de origen. En este sentido, Cazés (1994) menciona que desempeñar el rol de cuidador y protector es relevante para los varones, puesto que, en una sociedad patriarcal el paradigma de lo masculino, se fundamenta en la propiedad de los hombres sobre las cosas del mundo y en especial sobre los sujetos del mundo: las mujeres y los hijos de las mujeres.

Asimismo, la familia de María, resultó ser un espacio que le permitía mantener el consumo de marihuana y alcohol, sin ser cuestionado *“yo me sentía como en casa, porque no me decía nada su mamá, tomaba, fumaba me salía así a fumar afuera, [...] su mamá sabía que yo me drogaba, que yo tomaba” (DaE7p3)*. De igual forma, comparte el consumo de alcohol con su suegra *“la señora me iba a recoger al trabajo, iba por mí en las noches, y nos poníamos a tomar, porque a ella también le gusta tomar, entonces pasábamos, comprábamos cervezas y hacíamos fiesta” (DaE7p3)*. Daniel ocupa el rol de proveedor en la familia y los privilegios asociados como el reconocimiento y la subordinación de las mujeres.

Con el tiempo surgió una relación de noviazgo entre Daniel y María, *“la relación se dio así como que... pues la verdad ni yo sé... [...] más bien [...] la que es mi esposa [...] siento yo, que se encaprichó así conmigo ¿no? [...] pos me agradó [...] porque en cierta forma no me cuestionaba ¿no? de por qué de mi adicción o todo este rollo, sino que al contrario, me ponía luego a fumar con ella. Platicábamos así de cosas que nos habían pasado. Como que se dio muy rápido la... conexión entre ella y yo, por ese lado, como que nos veíamos más como amigos, que como pareja” (DaE7p3)*. Daniel va creando los contextos, en donde las mujeres cercanas a él, aceptan el consumo de drogas. El uso de alcohol y marihuana, conserva el sentido lúdico y social, a través de ello, obtienen momentos de intimidad y cercanía emocional.

Sin embargo, el consumo diario empieza a tener consecuencias negativas en el área laboral, lo que a su vez repercute en la relación con la madre de María *“como que de repente se empieza a romper esta relación, porque este... psshh empiezo a faltar en mi trabajo y de los dos que tenía me quedo nada más con uno [...] y empieza a faltar más dinero”* (DaE7p3). Cuando Daniel deja de cumplir con su rol de proveedor hacia la familia, pierde los privilegios asignados, Calveiro (2003), menciona al respecto, que lo femenino y lo masculino se construyen uno en relación con lo otro, de manera inseparable. Agrega que la relación del hombre frente a la mujer no se puede entender como un vínculo de poder–no poder, sino como una serie de relaciones de uno frente al otro que generan concentraciones diferentes de poder.

Meses después se embarazan⁷, lo cual lleva a Daniel a tomar la decisión de vivir en pareja, *“cuando supe que mi esposa [...] estaba esperando un hijo [...] el concepto que yo he tenido de varón me obligó en cierta forma a responder por lo que yo había hecho digámoslo así [...] un concepto para mí, como muy duro, el ser varón es que si ya hiciste algo tienes que hacerte responsable de lo que, de lo que hiciste ¿no? en este caso pues había salido embarazada y pus yo tenía que hacerme cargo ¿no?”* (DaE3p4). Sin embargo, para Daniel representa un momento de confusión *“dio un giro muy rápido mi vida, yo estaba acostumbrado [...] a andar [...] ahí solo, [...] y de repente ya con una pareja embarazada y luego lo que es un hijo, como que, la verdad me desequilibra mucho”* (DaE7p4). De acuerdo a las premisas de Daniel, cumplir con el ideal de masculinidad, implica ser capaz de afrontar o responder ante la posibilidad de ser padre. De acuerdo a Marqués (1997), los discursos hegemónicos de ser varón implican pertenecer a un colectivo, que como mínimo debe de ser capaz de proteger, alimentar y orientar a una mujer y a los hijos que ésta le dé. Mandatos que él experimenta como difíciles de cumplir.

Durante los primeros meses, el embarazo se ve interrumpido de forma involuntaria por complicaciones médicas, asociadas al consumo de sustancias psicoactivas tanto de María como de Daniel *“al pasar esta experiencia, llega el momento en que digo ‘pos ya no hay compromiso como quien dice, cada quien ya mejor por su lado’”* (DaE7p4). Sin embargo, *“me empieza a decir ‘nada más me estabas usando’ [...] enton’s como que, empieza [...] en mí cierto tipo de remordimiento ¿no? y digo no pos si tiene razón esta chava, [...] y pos*

⁷ Se utilizará el término “embarazan”, haciendo alusión a la participación del varón en el proceso de fecundación y gestación. Reconociendo, de acuerdo con Figueroa (1998), que no existe el término con este uso en la lengua española, es decir, no existe un término que nombre el estado del varón cuando se encuentra en proceso de ser padre, sin embargo, el mismo autor resalta la relevancia de nombrar la participación de los varones en dicho proceso.

total que seguimos con la relación” (DaE7p4). Seidler (1995) menciona al respecto, que dentro de los modelos de masculinidad dominante, los varones aprenden a dar por supuesta su superioridad y que a menudo absorben la noción de que las mujeres los necesitan de una manera que ellos no necesitan a las mujeres. Consideran que de ellos se espera que aporten un tipo de solución. De acuerdo al ideal de masculinidad, Daniel se siente comprometido a responder a las demandas de María.

Sin embargo, en la búsqueda de responder a las exigencias de los discursos dominantes de las masculinidades, Daniel suprime sus propias emociones, negando sus propias necesidades, como no reconocer, que aun no quería vivir en pareja. Seidler (1995) a este respecto, señala que a cierto nivel, los varones no aprenden a responsabilizarse por sus propias vidas emocionales. Para él, el hecho de haber iniciado vida en pareja sin estar convencido, influirá en la construcción de una relación con periodos de conflicto y sentimientos ambivalentes de cariño y enojo, donde, el consumo de drogas se irá instalando y cobrando significados particulares.

Poco tiempo después, se vuelven a embarazar, María a partir de ese momento abandona el consumo de sustancias psicoactivas, asimismo, deja el trabajo remunerado, lo cual favorece, que gran parte del tiempo lo pase en casa de su madre. Para Daniel este comportamiento resulta molesto, de acuerdo a los modelos de género que él había aprendido, esperaba que María tuviera una actitud abnegada y de entrega a su familia, cumpliendo con las actividades domésticas. Sin embargo, al no cumplirse esta situación genera conflictos, que asociados al consumo de sustancias psicoactivas, hacen las discusiones más frecuentes.

Drogarme porque no me gustaba estar con mi pareja (DaE4p26)

Cuando nace su hijo y ante el incremento de los conflictos de pareja, decide regresar por segunda ocasión a México, acompañado de su esposa e hijo. No obstante, las dificultades continúan *“pos llegamos aquí a la casa de mis papás, estamos viviendo en un cuartito con mi niño, pero pos yo sigo tomando y me sigo drogando, cada que tomaba hacía escándalos en mi casa, peleaba muy seguido con ella” (DaE7p7).* Las constantes discusiones lo llevan a buscar cambiar de residencia para disminuir los conflictos.

Emigra al Estado de Guadalajara *“durante ese tiempo nuestra relación ha sido muy... muy dañina, ora sí que de estire y afloja, con problemas, [...] una relación enfermiza porque ninguno de los dos quiere poner de su parte para, para buscar una solución, en este caso pos yo no quiero dejar de tomar, ni quiero dejar de drogarme y, por lo mismo, pos ella*

tampoco quiere buscar ayuda ¿no? [...] regresamos acá a la Cd. de México y sigue con lo mismo ¿no?” (DaE7p10). Al poco tiempo, en otro intento por mejorar las condiciones vuelven a emigrar a Los Cabos en Baja California Sur, *“llegamos allá y empezamos a trabajar, pero siguen los problemas, empezamos a tener trabajo los dos, [...] empiezan los celos porque ella se arreglaba para ir a trabajar y luego casi no la veía, entonces yo me ponía muy celoso, empieza a hacerse de amistades que tampoco me agradan mucho [...] son chavas, madres solteras, entonces como que andan en el cotorreo, empezamos a tener conflictos muy fuertes” (DaE7p10).* Rodríguez (2006), menciona que existen diferencias contrastantes en las relaciones de género entre México y Estados Unidos, agrega que las mujeres que han migrado tienen mayores ambiciones, y en cierto sentido, tienen mayor control sobre sus vidas, además del conocimiento para recurrir a instancias gubernamentales en caso de necesitar ayuda.

Era frecuente que María y Daniel entraran en conflicto, ante las diferentes expectativas, en el desempeño del rol de género que cada uno tenía. María buscaba mayor autonomía e independencia y él mayor control en la relación. Asimismo, cuando ella empieza a demandar mayor compromiso para mejorar las condiciones económicas, y a cuestionar el consumo de sustancias psicoactivas en él, los conflictos se hacen más recurrentes y con mayor intensidad.

Daniel estaba enojado, porque ella no asumía la responsabilidad de las actividades domésticas y afectivas de la familia, confrontándose con la decisión de haberse comprometido a vivir en pareja *“ese coraje [...] que yo sentía hacia María ¿no? de que quizás yo [...] sentía como que había sido un intruso en mi camino, o sea, que yo quería esa libertad todavía, y ella había llegado a truncarla, tenía mucho resentimiento hacia ella ¿no? o sea ‘por qué te atravesaste en mi camino, si yo, como estaba, estaba bien’” (DaE4p28).* “[Drogarme] se me hizo una costumbre y un gancho ¿no? [...] porque no me gustaba estar con mi pareja y drogarme de hecho hasta para tener relaciones, para disfrutarla yo según más, porque no era la mujer con la que realmente a mi me hubiera gustado estar por el resto de mi vida” (DaE4p26). Al inicio de la relación, fumar juntos marihuana representaba momentos de intimidad y complicidad, no obstante, con el paso del tiempo, para Daniel se convierte en un medio para expresar enojo y desacuerdo con la relación. Éste no asume la responsabilidad de su vida, prefiriendo culpar a María por sus decisiones e insatisfacciones. Seidler (1995), refiere que en el proceso de socialización de los varones no logran asumir la responsabilidad de sus emociones y esperan que sus parejas femeninas realicen su trabajo emocional.

Es para complementar soy hombre, lo hice, 'ya que quieres que haga' (DaE4p27)

Después de su estancia en Los Cabos, Baja California Sur, regresan a la Ciudad de México a casa de sus padres, las dificultades continúan e inician los episodios de violencia. El consumo de sustancias psicoactivas y el uso de la violencia empiezan a cobrar nuevos significados *“parece que no, pero como que, principalmente empiezas como adquirir más respeto o sea, [...] más bien como miedo por parte de tu familia ¿no? principalmente de tus seres cercanos yo lo veo en mi familia, pues nadie me decía nada, [...] porque pues yo los mandaba al carajo ¿no? [...] como que el decir [...] ‘si no me ven drogado si no me ven tomado, pues me empiezan a regañar’ [...] porque yo lo sentía, las crudas morales, aparte de que te empieza al otro día ¿no?, de que ya agarraba y yo despertaba y encontraba toda mi casa destrozada ¿no? con las manos cortadas y todo este rollo, mi papá golpeado a veces, no sé mi esposa, todos o sea, todo, toda esa escena el despertar ya sobrio y, o sea tener que tragarte todo eso, de que tú dices ‘yo lo hice’, todo lo que hacía pues era agarrar e ir por otra caguama o agarrar y fumarme un churro para evadir todo eso ¿no? para no enfrentarlo, por eso te digo que muchas veces es como para complementar soy yo hombre, y ¡qué! lo hice, ‘ya que quieres que haga’ y ya, no tener esa humildad de, de pedir perdón” (DaE4p27)*. La violencia asociada al consumo de sustancias psicoactivas, era un medio a través del cual intentaba mantener una posición de poder y evitar la confrontación con su estado de deterioro físico, económico y afectivo. Para Menéndez y Di Pardo (1998) el alcohol es un instrumento y no el causal de las violencias, esta encuentra legitimación en toda una serie de patrones culturales que afirman la supremacía masculina; es el uso de alcohol en las relaciones sociales lo que establece la violencia y no el alcohol en sí.

A través del uso de la violencia se reafirmaba a sí mismo y a los demás que no había fracasado, la dificultad para reconocer la vulnerabilidad, lo llevaba a un interminable espiral de violencia que repetía constantemente. Kaufman (1997), comenta al respecto que los hombres hacen muchas cosas para mantener el tipo de poder que se asocia con las masculinidades dominantes, como mantener una coraza dura, conservar el control, al mismo tiempo que se aprende a eliminar los sentimientos, a esconder las emociones y a suprimir las necesidades.

En la decisión de dejar el consumo de drogas, la madre de Daniel juega un papel muy importante *“antes de internarme aquí, [...] habló mi mamá conmigo de verme tan mal, no lo sé y me dijo ‘es la última vez que te molesto si tú quieres, pero por favor esta vez quiero que me escuches, si después de esto, tú quieres hacer lo que quieras, estoy de acuerdo contigo pero pss, date esta última oportunidad, si tú quieres, aquí está mi mano’ me dio*

su mano y sí me puse a llorar con ella, y este, ya pues fue que vine a este lugar [Clínica residencial de adicciones]" (DaE2p13).

El primer paso para su recuperación lo da cuando acepta que hasta ese momento la forma en que había tomado las decisiones, no habían sido las más favorables, que se había equivocado, un paso difícil de asimilar, dado que está asociado a reconocer la vulnerabilidad *"he reconocido que he estado mal que todos tenemos derecho a equivocarnos pero también tenemos esa oportunidad de volver a empezar 'Sabes qué ¡Hasta aquí ya estuvo! y ¡Ya me cansé! ya no quiero seguir con esto, debes de tener ese valor'" (DaE2P22).* Figueroa (2007b), menciona al respecto, que algunos autores españoles, consideran que los hombres con mayor identificación a los discursos dominantes de las masculinidades, tienen mayor dificultad para asumir la derrota, el dolor, la tristeza y la soledad, junto con una mayor incapacidad para pedir ayuda, ya que esto implica reconocer cierto nivel de debilidad y fragilidad.

La vida sexual de Daniel

¿Qué realmente no soy hombre? (DaE4p7)

Cuando tenía alrededor de seis años, sufre un abuso sexual⁸ de un vecino mayor *"como que ahí hubo [...] un rompimiento [...] de mi sexualidad [...] estando así detrás de la casa, el chavo este llegó ¿no? y me jaló [...] entonces el chavo se bajó el cierre y quería que yo le chupara ahí [el pene] y que él me daba una moneda, de hecho me la enseñó ¿no? [...] como que me dejó así pensando, pero en eso, no sé si me gritó mi mamá [...] cómo que esto a lo mejor me [...] shockeo, no sé, por un rato de mi vida pienso" (DaE4p6).* *"Como que le empecé a agarrar como repudio a lo sexual, [...] como que el sexo se me hacía así algo como muy sucio ¿no? [...] a lo mejor no sé, quizás esto influyó para que sí [...] en alguna etapa de mi vida, yo me llegué a preguntar realmente '¿te sientes hombre o sea eres hombre? o ¿sí te gustan las mujeres? o ¿te gustan los hombres?' empezaba a entrar esa idea en mi cabeza ¿no?" (DaE4p7).* Sullivan y Everstine (1997), mencionan que la agresión sexual afecta a los niños de manera diferente que a las niñas. Agregan que se ha observado, que ellos tienden a ser mucho más discretos respecto de la experiencia

⁸ Sullivan y Everstine (1997), definen como abuso sexual, aquellos sucesos traumáticos de la niñez con un trasfondo sexual, como una conducta inapropiada o seductora por parte de un adulto, o el haber presenciado el acto sexual. Asimismo, Perrone y Nannini (2002), mencionan que el abuso sexual es un tipo de violencia, que en ocasiones se produce de tal modo, que hasta la misma víctima duda de que haya existido. No obstante, agregan que el acto violento es todo atentado a la integridad física y psíquica del individuo, acompañado de un sentimiento de coerción y de peligro.

traumática, dado que temen revelar la agresión a los miembros de su familia, tal vez por su necesidad de jugar un papel masculino de ser “fuerte y reservado”. Asimismo, mencionan que los niños pueden reusarse a hablar debido al tabú en contra de la homosexualidad, es decir, si el agresor fue un hombre, el menor puede sentir la doble trampa de la censura; por una parte, haber sido incapaz de defenderse y por otra la confusión de su identidad sexual.

La convivencia con cuatro primos de entre once y quince años, cuando él tenía seis, le genera dudas respecto a su sexualidad *“ellos pues de repente agarraban y empezaban a espiar a las vecinas que se estaban bañando, [...] me llegó a pasar una ocasión, que uno de mis primos iba a espiar a unos chavos ya más grandes cuando tenían sexo, y me jala y me dice ‘vente’ a mí y a mi hermano ‘vénganse vamos a ver’ [...] como que me hacía sentir así como pena ¿no?, o sea como que si me cacha mi mamá o me ve alguien, o cosas así, como que me hacían pensar”* (DaE4p2). Las conductas de sus primos le generan confusión en sus sentimientos, reafirmando su duda sobre su identidad de varón *“[a mis primos] les llamaba la atención todo esto, principalmente lo del sexo ¿no? [...] cosa que para mí pues no, la verdad en mi infancia no tenía, no tenía ese, ese morbo, esa, pues para mí la verdad eso no, no, no, no entraba en mi mente de, o sea de andar pensando en, voy a espiar esta chava o me gusta por esto, entonces como que al ver esto, sí llegó a pasar alguna vez, por mi mente ‘¿qué realmente no me gustan las mujeres? o ¿qué realmente no soy hombre? o ¿por qué no soy como ellos? ¿No?’”* (DaE4p19). Sullivan y Everstine (1997) comentan al respecto, que cuando un niño es testigo de relaciones sexuales, la impresión puede causarle un efecto profundo, no sólo por lo que aprende de la experiencia, sino por la infinidad de preguntas que tendrá que explorar. En este mismo sentido Lisak (1994), menciona, que los hombres sobrevivientes de abuso sexual suelen presentar confusión sobre su orientación sexual, así como en su sexualidad, a la cual definen como algo negativo, asociado a sentimientos de culpa e incomodidad.

Otro elemento que se suma a la duda de la heterosexualidad, son las dificultades para relacionarse con la figura femenina *“según ellos [sus primos] aparentemente ya andaban con chavillas de ahí ¿no?, y el tener yo tanta timidez, o sea, de pasar hasta la secundaria y todavía costarme tanto trabajo decirle a una chava que fuera mi novia, llegó el momento de ponerme a pensar ‘bueno pues, o sea, porque no me gustan las mujeres’, o ¿no es? que ¿no me gustarán? Sino, por qué no soy a lo mejor así como ellos ¿no?”* (DaE4p19). Núñez (1999) menciona al respecto, que la heterosexualidad suele convertirse en un acto ansioso, en una necesidad de probar la propia masculinidad y en un acto necesario para

reactualizar constantemente la identidad masculina asumida y asignada. Agrega que en nuestra sociedad a la asociación hombre-masculinidad se le une otro elemento, la heterosexualidad, creándose de este modo una trilogía de prestigio: “hombre-masculinidad-heterosexualidad”. Cuando se dice “es muy masculino”, se presupone que gusta, de manera exclusiva, de tener relaciones eróticas con el sexo opuesto; cuando se dice que es “muy hombre”, se presupone que el varón tiene conductas masculinas (acordes al rol de género asignado) y además que gusta de manera exclusiva de relacionarse con las personas del sexo opuesto.

Me sentí mal [...] me sentía como usado, sentía que había hecho el ridículo
(DaE4p17)

La necesidad de resolver las dudas sobre su heterosexualidad, y sobre todo su identidad sexual, lo llevan a iniciar su vida sexual presionado por sus primos “[tenía] como quince, dieciséis años, o sea te digo me preocupaba luego porque decían [...] ‘¿todavía eres virgen güey? [...] tú no eres hombre’ y que acá [...] empezaban a decir todo este tipo de cosas, entonces agarró (su primo) y me dijo ‘Vente te vamos a pagar una vieja para que acá’. Pues sí, mi primera vez fue con una prostituta” (DaE4p7). Salguero (2008), menciona que a través del proceso de socialización, los hombres son instigados desde temprana edad a hablar de sexo y valorarlo, no como posibilidad de expresión de sí mismos, sino como una manera de reproducir el modelo de comportamiento determinado para ellos.

Al iniciar su vida sexual resuelve algunas dudas respecto a su heterosexualidad y por tanto, sobre su identidad de hombre “cómo que me quitó esa duda de decir ‘No pues sí, o sea, ya sé’ yo ya había sentido lo que es estar con una mujer y había dicho no pues sí, o sea tocarla, simplemente tocarla, el olerla, el estar con ella, es algo que a mí me había gustado” (DaE4p17).

No obstante, al ser la primera relación sexual confusa y desagradable abre nuevas dudas “no se me olvida porque agarró y llegó y se acostó y ahora sí que como dicen con su revista, y eso si fue cierto porque, o sea yo estuve ahí, agarró con su revista se abrió de piernas y ‘¡Apúrate!’ para mí fue algo que no disfruté, al contrario como que me traumó más todavía ¿no? como que nada más o sea, por la forma que lo manejó ella ¿no?” (DaE4p7). Esta experiencia la asimila como una falta de capacidad, en sí mismo, para brindar placer a las mujeres, “o sea me sentí mal [...] me sentía como usado, sentía que había hecho el ridículo, porque o sea, la mujer realmente como quien dice no sintió nada ¿no? [...] el que se engañó y el que hizo todo fui yo, pero o sea, pues ella realmente te digo

agarró su revista y dijo *‘¡Pues apúrate pinche chamaco! no sé qué’ Yo por acá ¿no? ‘¿Ya acabaste? Órale a la chingada’, ¡pum!’* (DaE4p17). Al respecto Salguero (2008), menciona que existe una búsqueda permanente en los varones, de demostrar y afirmar que se es hombre y sexualmente potente, lo cual genera una presión interna al practicar las relaciones sexuales, con lo que la sexualidad se transforma en una meta, en un medio para demostrar y afirmar el estereotipo masculino.

A pesar de ser una experiencia desagradable, Daniel regresa a tener sexo con sexoservidoras *“no me gustó como pasaron las cosas, pero, o sea, sí me excitó, [...] te digo el tenerla, ya después de ahí, pues ya cada oportunidad que yo tenía pues era regresar [...] ellos [mis primos] me decían ‘no pues es que ella tiene que hacer lo que tú quieras güey, sí por eso tú le estás pagando y tienes que agarrarla y lo que tú le quieras agarrar, no te tiene que decir nada’ [...] pero es algo raro de que yo no lo quería practicar con las chavas con las que yo me sentía así enamorado”*(DaE4p17). Daniel empieza a intentar tener sexo sin contacto ni involucramiento emocional, con lo cual, va aprendiendo implícitamente que las mujeres tienen que complacer y satisfacer sexualmente a los varones, asimilando las relaciones de poder entre los géneros (Seidler, 1995).

Pese a que Daniel tiene un acercamiento sexual con la figura femenina, motivado por la búsqueda de reafirmar sus significados de ser varón, también está presente la necesidad de vincularse afectivamente con las mujeres, por lo que al mismo tiempo que inicia vida sexual con sexoservidoras, inicia sus relaciones de noviazgo.

Su primera novia – Magali – la conoce en un poblado del Estado de Morelos, donde radica una hermana de su madre. Refiere que fue una relación basada en lo afectivo y nunca sintió la curiosidad o necesidad de buscar un contacto erótico con ella *“siempre fue como más sentimental todo, como que siempre he sido así yo, cómo más sentimental”* (DaE4p8). Mantiene el vínculo sólo por algunos meses.

Poco tiempo después, cerca de su domicilio, conoce a Ingrid – su segunda novia – con quien tiene mayor cercanía afectiva y comunicación, además ella tiene diversos detalles hacia él –llamadas telefónicas, apoyo emocional, etc. –, que le resultan muy significativos. Sin embargo, ella termina la relación sin darle explicaciones, lo cual resulta una gran desilusión para él. Para Daniel la vinculación afectiva era un elemento importante en sus relaciones de pareja, sin embargo ante sus desencuentros, decide continuar sus relaciones con mujeres dedicadas al sexo-servicio. Seidler (1997), menciona que los varones

generalmente suelen desconectarse de sus emociones y evitar la vinculación afectiva, dado que significa hacer contacto con la vulnerabilidad.

Yo andaba alcoholizado o con drogas en esos encuentros sexuales (DaE4p10)

Las relaciones que construye con la figura femenina de su entorno y el contacto sexual con mujeres dedicadas al sexo-servicio, influye para que se identifique con la división sobre el concepto de mujer que existe en los discursos sociales dominantes (Amuchástegui, 2001b), en los cuales, por un lado está la noción de mujer como sujeto carente de deseo sexual, en donde, su sexualidad se relaciona con la reproducción y la maternidad. Y por otro, el concepto de mujer, que tiene acceso al erotismo y al placer, y se le describe como alguien que ha tenido experiencias sexuales y eróticas, con la que, está permitido mantener actividad sexual. Daniel adopta esta división y a través de la misma filtra sus vínculos afectivos con las mujeres, *“en una relación, [...] cualquiera me diría ‘Pues cómo eres pendejo ¿no? ya te la hubieras llevado a la cama’, y no, no, o sea, no pues es mi noviecita ¿no? y yo la quiero, y la quiero bien y todo este rollo, y como que para ellos yo siempre estaba primero ‘No pues un hombre es agárratela y tíratela y llévatela a la cama y ¡pum! y hazle esto y hazle el otro’”* (DaE4p11). Olavarría (2006) menciona, que esta forma de interpretar la sexualidad lleva a los varones a distinguir entre las mujeres, a las cuales se les puede amar — con las que se pueden casar y tener hijos, condición donde el sexo está permitido —, y las otras, con quienes sólo se puede tener sexo, sin implicar un compromiso sentimental.

Sin embargo, esta división no la logra en forma tajante, y su estilo particular de interacción con la figura femenina le ocasiona conflicto en las relaciones con sexoservidoras, pues de acuerdo a sus significados, la vinculación afectiva es un componente importante en el ejercicio de su sexualidad, por tanto, las prácticas sexuales sin afecto las vive con cierto grado de displacer y culpa. *“La primera vez yo no iba ni tomado ni drogado, ni nada ¿no?, iba en mis cinco sentidos, las siguientes veces regularmente yo andaba alcoholizado, [...] o las dos cosas [alcohol y drogas] para esos encuentros sexuales [...] entonces [...] como que ya lo disfrutaba [...] entraba eso en mí [...] que se desinhibe uno ¿no? entonces yo perdía toda la pena y pues ya le empezaba a agarrar la pierna y ella también acá y de hecho me llegó a pasar de que la misma chava me pagaba hasta el hotel ¿no? [...] pero ya era así tomando”* (DaE4p10). Edwin (1968, citado en Campillo & Romero, 1994) agrega al respecto, que la conducta sexual se eleva con el consumo de alcohol, porque afecta la porción rostral del cerebro, mediadoras de las facultades de autocontrol y de autocrítica. Por tanto, después de la ingesta de alcohol en una situación social, la actividad sexual en

cualquier género puede parecer menos amenazante. Campillo y Romero (1994) agregan, que para algunos individuos el aumentar la desinhibición es un resultado deseable, si la persona necesita una excusa para su conducta sexual, sobre todo en el caso de aquellas personas inhibidas o nerviosas. Asimismo, explican que los hombres jóvenes aprenden como parte de su socialización sexual básica, que el sexo con el alcohol es mejor.

Así en el ejercicio de su sexualidad con sexoservidoras, cobra sentido el consumo de alcohol y marihuana para lograr disfrutar del encuentro sexual, Seidler (1995) agrega al respecto, que el discurso dominante, intenta normalizar en los varones el ejercicio de su sexualidad sin un reconocimiento íntimo de los deseos, transformando las prácticas sexuales en un objetivo, un medio para demostrar y afirmar las masculinidades, no obstante, no todos los varones se adhieren a él.

Yo me calmé, dejé todo el cotorreo, me enfoqué pos al cien con ella (DaE5p6)

Cuando emigra la primera vez a Estados Unidos, mantiene el consumo de alcohol en forma habitual e inicia el consumo de marihuana, asimismo, continúa su vida sexual con sexoservidoras, manteniéndose afectivamente distante. Un año después de radicar en EU conoce a Blanca, con quien establece su tercera relación de noviazgo *“en este tiempo yo no había tenido así ninguna relación [...] entonces conocí a Blanca [...] y empecé a salir con ella, ahí fue cuando yo me calmé, porque pos ora sí que dejé todo el cotorreo de lado, me enfoqué pos al cien con ella ¿no?” (DaE5p6). “Empezamos a tener una relación bien padre ha sido la relación más duradera [...] como cerca de dos años” (DaE4p22). “Todo ese sostén que yo tenía con ella [...] esa ternura que a mí ella me había inspirado y que yo ya había vuelto a ser el mismo, porque yo ya no tomaba, no me drogaba” (DaE4p23).* Con Blanca logra construir una relación con mayor intimidad, involucrándose afectivamente.

Durante la relación se da mayor acercamiento erótico *“pero esto de lo sexual, mmhh llega el momento en que si ya se da, pero no hay como una culminación digámoslo así, porque pues ella tenía bien claro de que quería hacerlo, nunca lo había hecho, pero quería hacerlo pero casada, era su ideología de ella, y pues total yo lo respeto ¿no? pero pues sí, ya no va ya nada más el abrazo, sino que ya hay caricias más fuertes también, de parte de ella para conmigo y todo ese rollo, pero o sea ya, yo ya experimenté algo muy diferente, como una relación sexual pero así como por amor y al final de cuentas pues habíamos quedado en eso, de que nos íbamos a casar” (DaE4p23).* Cuando se involucra afectivamente, el consumo de SPA pierde sentido para disfrutar de sus encuentros sexuales, sintiéndose cómodo en este tipo de relación.

Sin embargo, ella tiene que regresar a México, la separación representa para Daniel una fuerte crisis afectiva, ante lo cual, retoma el consumo de sustancias psicoactivas, dentro de su proceso de aprendizaje, el consumo era una forma de canalizar sus emociones.

Drogarme, porque no era la mujer con la que me hubiera gustado estar el resto de mi vida
(DaE4p24)

Blanca representaba la relación con mayor intimidad e involucramiento emocional que había logrado construir, parámetro con el cual va a comparar su relación de matrimonio por muchos años *“ahora sí que pues a lo mejor se va a oír gacho que lo diga ¿no? pero o sea, a lo mejor si la quiero [a María], porque es la madre de mis hijos pero, en sí que yo sienta ese amor que yo llegué a sentir por esta chava [Blanca], o sea, no, no lo sentí, o sea, realmente es algo que nunca he experimentado con ella, te digo si hay cariño y todo esto pues, o sea, son diez años que llevamos viviendo juntos pero lo que yo experimenté con esta chica nunca lo he vuelto a experimentar”* (DaE4p24). Una posible explicación de esta diferencia, puede ser el contexto en el cual inicia la vinculación con María, debido a que es un espacio de consumo de SPA *“empezamos a hacer amigos, ella también fumaba en ese tiempo, fumaba mariguana, tomaba mucho”* (DaE7p2). Y el hecho de conocerla en este espacio, hace que la coloque de acuerdo a la división que hace de la figura femenina, dentro de las mujeres con las cuales solo se puede tener sexo o ser amigos, sin comprometerse con la relación. Durante los siguientes 10 años de vivir en pareja, Daniel no se compromete con la relación, pero tampoco asume la responsabilidad de su inconformidad, atribuyendo a María la culpa de los conflictos en pareja, en este contexto, el consumo de alcohol y mariguana funcionan como un instrumento para manifestar enojo con la relación.

La vida emocional de Daniel

Esa nobleza siempre a mí se me compartió y se me enseñó (DaE3p11)

Daniel considera que su madre juega un papel relevante en el aprendizaje de su expresividad emocional *“mi madre es como...el centro de la enseñanza de mi vida, [...] el ver [...] todo lo que hace por nosotros”* (DaE3p12). *“Esa nobleza siempre a mí se me compartió y se me enseñó, como el mirar, el ver siempre por los demás ¿no? el no ser egoísta”* (DaE3p11). Asimismo, su padre tenía muestras de afecto hacia él *“recuerdo que por las mañanas agarraba [mi padre] y me daba un beso, yo estaba entre dormido, pero me daba mucho coraje, o mucho asco, porque todavía iba oliendo a cerveza [...] no lo hacía quizá muy seguido, como que... a su modo, él sí me quería”* (DaE2p3). Seidler (1997),

menciona que el padre y la madre juegan diferentes papeles en la expresividad emocional con las hijas e hijos. En la familia de Daniel, su madre mostraba su afecto públicamente y su padre de manera velada.

Durante su adolescencia, Daniel asume un papel afectivo hacia su familia, a través de conductas de cuidado y protección, debido a la posición periférica del padre *“yo tomé ese lugar de mi padre, porque yo me acuerdo que iba con mi mamá el seis de enero, día de Reyes, en la madrugada, una o dos de la mañana que todavía estaban los juguetes, a traer los reyes ¿no? para mis hermanitas, para que no se quedaran sin ese gusto, sin esa ilusión de niño”* (DaE3p12). Seidler (1997), plantea que algunos hombres, tienden a negar las emociones por miedo a reconocer la vulnerabilidad. Sin embargo, habría que resaltar las diferentes conductas por medio de las cuales los varones sí manifiestan sus afectos y los hacen presentes. Sin embargo, cuando se separa de su familia para salir a trabajar a otro país, experimenta nuevas emociones.

Aguanta, no pasa nada (DaE5p2)

Cuando tenía 17 años, migra a trabajar de manera ilegal a Estados Unidos, situación que le produce diversos sentimientos, entre ellos temor *“se reían de mí, porque decían que en la noche yo hablaba y lloraba hablándole a mi mamá [...] nunca me había separado tanto tiempo de mis padres, pienso que sentía miedo [...] a pesar de que iba rodeado de gente, de familiares y amigos”* (DaE5p2). El miedo se hace presente a lo largo del camino, adquiriendo el significado de ser una emoción, a la cual había que vencer y sobreponer.

Para cruzar la frontera lo introducen en la cajuela de un automóvil con más personas, de forma hacinada y en posición inmóvil por varias horas *“yo decía ‘pos ojalá y nos agarren, ya sáquenme, ya estuvo’, la verdad nunca había vivido ese tipo de maltrato, de sufrimiento, me aguantaba porque con los que iba me decían ‘aguanta, no pasa nada, esto es así, pero al rato pasa’, son experiencias que a final de cuentas, te hacen más duro”* (DaE5p2). La búsqueda de mayor tolerancia al dolor por los varones, en acuerdo con los discursos dominantes de las masculinidades, lleva a considerar como habitual cierto tipo de maltrato, es decir, cierto tipo de dolor se normaliza, como parte de un ritual que los varones tienen que pasar para convertirse en verdaderos hombres. Núñez (2007a), refiere que el ser hombre se representa, como un asunto de valentía, de control de sí mismo, como una actitud temeraria y, finalmente como una supresión del dolor.

Ya no quiero ser tan vulnerable, tan buena gente (DaE5p12)

Cuando llega a EU se instala en casa de su tío e intenta construir una relación afectiva y de solidaridad con él *“yo iba a dejar a mis sobrinos a su escuela, hacía de comer en su casa para cuando ellos llegaran, hacía la limpieza [...] le arreglaba los frenos de su camioneta [...] ‘te hecho la mano, no hay bronca’” (DaE5p12)*. Un año después, a raíz de una diferencia, éste le pide que se vaya de su casa, actitud que sorprende a Daniel *“como que me derrumbé muy gacho, cuando nos corrió mi tío, y me quedé sin donde vivir” (DaE5p12)*. Esta experiencia significó experimentar una sensación de soledad y vulnerabilidad.

El distanciamiento con su tío, coincide con otro suceso relevante, la separación de Blanca, la primera relación de noviazgo significativa que había establecido en EU, ambas experiencias le generan sentimientos de tristeza y soledad *“cuando nos corrió mi tío y me quedé sin mi novia [...] me da en toda la torre ¿no? y digo ‘¡No, ya estuvo!’ [...] fue como el morir con ese Daniel que llevaba esas enseñanzas, esas virtudes, como que ahí lo dejé morir, ya no me importó nada de eso y dije ‘por ser así, me está pasando esto, ahora voy a ser duro ¿no? ya no quiero ser así [...] tan vulnerable, tan buena gente’” (DaE5p12)*. Al separarse de su tío, empieza a vivir en un departamento en forma independiente, retomando el consumo de alcohol, marihuana y *speed*; los efectos estimulantes en el organismo, de esta última sustancia, están asociados a un incremento de la actividad, inhibición de la fatiga y estado eufórico (Royo-Isach et al. 2004).

Daniel describe que el uso de SPA le permitía disminuir los periodos de tristeza *“cuando empiezo a tomar y a drogarme, me doy cuenta de que me empiezo a fortalecer, en la forma de que ya no empiezo a sentir dolor, me empiezo a anestesiar [...] para sentirme ese hombre que puede enfrentar el problema, que no va a llorar, el que va a seguir adelante, eso significó durante mucho tiempo el usar la droga” (DaE4p25)*. Seidler (2000), considera que en el seno de una cultura intelectual racionalista, los hombres tienen que aprender a controlar sus emociones y sentimientos, desde niños aprenden a reprimir el dolor y el miedo. Sin embargo, esto no implica que los varones no tengan una vida emocional, sino que cuando tienen una serie de experiencias dolorosas, la dificultad para aceptar las emociones como fuente de conocimiento los lleva a buscar tomar distancia de ellas. Así el consumo de SPA adquiere para Daniel, un significado asociado a atenuar las emociones que generan dolor; evitar el dolor emocional y la sensación de vulnerabilidad será un objetivo que buscará lograr en los próximos años.

Involucrarse con las drogas fue para él, renunciar a un Daniel sensible y construir uno “fuerte”, *“se empieza a construir ese Daniel, dentro de este círculo de la droga [...], ya no me importan los valores, no me importa el trabajo, no me importa, si ando por el buen camino o el mal camino” (DaE5p12). “Fui formando esa conciencia en mí de decir, o sea, tienes que ser fuerte, si te mueres pos ya te moriste ¿no? no pasa nada, o sea, ya no tienes que ser así tan vulnerable, tan buena gente, no debes de dejar que nadie se meta en tu vida ¿no?” (DaE5p13).* Figueroa (2007b) agrega al respecto, que los varones tienen ganas de llegar a ser hombres, e incluso se mueren por serlo, dicho en un primer momento simbólicamente. Sin embargo, en la práctica se busca concretar el proceso de alcanzar a ser hombre, a pesar de que muchas veces se pierde la vida en el intento.

Ya me había vuelto [...] más rudo ¿no? (DaE6p13)

Cuando regresa por segunda vez a Estados Unidos, reconoce que había tenido una transformación, repetir la experiencia de migrar de forma ilegal se lo confirma. Cuando iba a cruzar la frontera *“nos meten a un canal de [...] aguas negras, que pasa de ahí de Mexicali a Calexico, y este, [...] nos hacen que nos quitemos toda la ropa, y este que la echamos en una bolsa de esas de basura ¿no? y pos le queda algo de aire y pos de ahí te vas ayudando [...] antes de pasar [...] nos agarran, y este nos alumbró una camioneta del lado mexicano todavía y pos [nos dicen] ‘Sálganse a la chingada’ y nos empiezan a apuntar y pos todos llenos de lodo así podrido, bien apestoso y ‘van para afuera’ posshh, esa vez no se me olvida porque parecía un cochinerito ahí, algo así como bien triste ¿no? que dice uno ‘¡Chales! O sea pshh ¿Por qué tengo que estar aquí?’ [...] ni me metí a bañar porque estaba todavía la fila de gente ¿no? ahí, agarré y me enconché así, [...] y pos los chavos que nos pasaron estaban quemando marihuana también ahí adentro, pos hasta les pedí todavía un toque, hasta se quedaron ellos ‘Pos este güey que ¿no?’ ‘Pos que tiene’ —les digo—, ‘Pos acá y para allá’ y que me pasan. Que me meto a bañar, que me arreglo otra vez” (DaE6p11).* Para Núñez (2007a), el ser hombre, se puede representar como un asunto de valentía, de control de sí mismo y de los propios temores, como una actitud temeraria, suprimiendo el dolor. Daniel se mostraba a sí mismo, que el miedo que lo había acompañado la primera vez, había desaparecido, había aprendido a ignorarlo minimizando los riesgos, negando la vulnerabilidad y fragilidad, en la búsqueda de demostrarse que cumplía el ideal de masculinidad. Asimismo, el compartir el consumo de marihuana con las personas que lo trasladaban, sellaba el significado de ser un hombre que no tenía miedo y que había podido interactuar con ellos a pesar de la diferencia de condiciones.

Al otro día, por medio de otra estrategia, hacen un nuevo intento de pasar hacia EU “*pos no sé ni cómo yo brinqué [...] esa barda, como que la adrenalina o el miedo te hace hacer cosas que tú ni te imaginas, [...] pos yo le decía, ‘cómo quieres güey que brinque’, le decía al chavo este ¿no? dice ‘Pos ahí tú si quieres pasar o no’, dice ‘A mí me vale madre, yo te dejo aquí’ y ¡fum! que me avienta así nada más y ‘Pos si te agarran es tu pedo’, dice, pos no sé ni cómo, ¡Pum! ya que agarro que le calculo así, estaba como una casetita, que aterrizo así de nachas ¡Pum!’*” (DaE6p11). “[*Todavía tuvimos] que atravesar el desierto, [...] y nos acuestan así como taquitos en una camioneta así descubierta, [...] pos ahí vamos en el desierto una [camioneta] 4 por 4, así metiéndole todo, hacía ¡Pa, pa! unos azotones, ‘¡ay güey!’*, y ya en mi mente esa palabra, como que me ayudó mucho ‘*No pos va pasar, esto va a pasar, vamos a llegar*’, [...] como que, de alguna forma todo lo que había vivido me hizo más rudo más ... como aguantar más los trancazos ¿no? [...] de todos modos hay dolor y lo que sea pero pos va a pasar [...] hubo un gran cambio del Daniel que pasó la primera vez, a esta segunda vez, [...] ya me había vuelto [...] más rudo ¿no?, soportaba ya el dolor, ya sabía más o menos como manejarlo [...] de todos modos a lo que tope ¿no? [...] y pos si [...] llegamos, a California” (DaE6p13). Al minimizar los riesgos y salir triunfante, se adquiere el sentido de haber logrado fortaleza. Riquer (1997, citada en Figueroa, 2007b), menciona que otra de las interpretaciones del comportamiento temerario, alude al “mito del héroe”, según el cual muchos varones aprenden que para poder legitimarse como hombres deben llevar a cabo actos heroicos, ya que con ellos tienen historias que contar. Una de las forma de hacerlo es exponerse a situaciones peligrosas y luego conversar que se sobrevivió a ellas.

Este golpe como que me sacude y empiezo a ir a Alcohólicos Anónimos (DaE7p11)

Antes de conseguir el periodo actual de sobriedad, tuvo dos periodos de abstinencia de un año aproximadamente. El primero surge a partir de la separación de su esposa cuando se encontraba en Los Cabos “*un día llego a la casa y ya no está [María] con mi hijo, y pos empiezo a buscarla como loco, la pasé muy mal*” (DaE7p10). “*Me ponía a llorar en esos días, estaba muy deprimido, caí en una depresión muy fuerte y fue un dolor muy grande para mí en ese momento*” (DaE7p11). Posteriormente la localiza en Manzanillo, en el Estado de Colima “*total que la logro convencer otra vez para que regresemos a México, este golpe como que me sacude un poco y tomo la decisión de buscar ayuda, empiezo a ir a Alcohólicos Anónimos*” (DaE7p11).

La segunda vez que logra abstenerse del consumo, se encontraba en la Cd. de México, y también es a raíz de otra separación de su esposa “*regreso un día a la casa y este, y... ¡no!*

voy por mi hijo a la escuela y resulta que no está mi'jo que se había ido a sacarlo ella [María], [...] estuve como dos meses sin saber de ella, y [...] me puse muy mal, sí, esa vez pensaba hasta en quitarme la vida, este caí en una depresión muy fuerte dejé de comer, de dormir, [...] tuve que ir a parar al hospital psiquiátrico" (DaE7p11). Seidler (1997), menciona que dentro del modelo de masculinidad dominante, las emociones son consideradas como signos de debilidad, sin embargo, también pueden ser fuente de conocimiento para los varones; en la vida de Daniel, los momentos de dolor emocional también han estado asociados a la decisión de cambios favorables.

De verdad te pido perdón por todo el daño que te llegué a causar (DaE2p20)

Un paso importante en el contacto con sus diferentes emociones, lo establece cuando resignifica los recuerdos de la relación con su padre. Como parte del tratamiento en la clínica residencial se le sugiere una sesión terapéutica con toda su familia, a la cual acuden su madre, padre, hermanas y esposa *"tuvimos una plática, así en conjunto con toda la familia y entonces él [mi padre] no dijo nada, digamos en toda esa plática, nada más estuvo escuchando, [...] recuerdo que se quedó sentado y nos dejó hablar a mi mamá, a mis hermanas, a todos los que quisimos hablar. [...] Yo con mi padre pssh..., quizá a lo mejor en los momentos, así de loquera, dicen que llegué a quererlo matar, como de tener esa intención, de sentir mucho coraje, mucha rabia hacia él, en mis momentos en los que yo estaba muy alcoholizado y muy drogado y este, en ese momento pues yo lo que le dije a mi padre [fue] 'De verdad de todo corazón te pido perdón por todo el daño que sí realmente te llegué a causar, porque yo sentía esto, y esto, yo sentía que de esta forma yo te daba en la torre y te hacía sentir lo que yo sentía cuando yo era niño y tu hacías lo mismo con nosotros'. Entonces sí se paró mi papá y me dio un fuerte abrazo y se puso a llorar y me dijo 'Perdóname', se puso a llorar, y en la forma en que hablaba has de cuenta que estaba hablando un niño grande, él tiene un niño muy reprimido en su forma de ser"* (DaE2p20). Kaufman (1997), menciona que los hombres, pueden dirigir su dolor escondido, contra sí mismos u otros, en forma de odio, desprecio, enfermedad física, inseguridad o adicciones. Nolasco (1989, citado en Salguero, 2007), considera que involucrarse afectivamente inscribe al sujeto en un lugar donde él es agente de su acción. Cuando Daniel dialoga sus sentimientos con su padre, asume la responsabilidad de establecer una relación con mayor nivel de equidad, con la posibilidad de entender la posición del "otro". Cuando logra reconocer y expresar las diferentes emociones hacia su padre, el enojo hacia él se desvanece, perdiendo parte del significado, el uso de sustancias psicoactivas.

Ser varón en el contexto de pares

Había uno o dos chavos que veía yo hacia arriba (DAE3p19)

Desde pequeño Daniel se sintió en desventaja económica ante sus pares “cuando íbamos a trabajar con mi mamá, [...] ella nos llevaba a las casas ¿no? de los chavos acá que tenían lana, enton’s como que queríamos agarrar los juguetes y mi mamá ‘No, no los agarren porque son del niño’ [...] eso fue como algo muy marcado para mí, como decir ‘ellos son ellos, y yo soy yo’, o sea como que tienes que marcar tu línea divisoria y ellos allá y tu aquí” (DaE3p22). Esta situación se mantiene hasta la adolescencia “como que siempre fui muy tímido [...] había uno o dos chavos que veía yo hacia arriba, decía ‘¡chale, yo quisiera ser como él! ¿no?, pero por ciertas circunstancias como que no se podía, a veces [...] económicas, [...] más que nada era como ese miedo, de que me fueran como a humillar o hacer menos” (DAE3p19).

Para Daniel las limitaciones económicas van a influir en la construcción de sus relaciones sociales, sus prácticas y por lo tanto, en los significados de ser varón. Connell (2003) menciona al respecto, que dentro de los modelos de la masculinidad hegemónica se dan relaciones de dominación y subordinación entre los grupos de hombres. Daniel se siente en desventaja ante sus pares, quedando con la sensación de no cubrir el estándar de ser un hombre de verdad, dado que en los discursos dominantes de las masculinidades la solvencia económica es una condición valorada ampliamente, por lo que para él siempre fue una preocupación no cubrir el estándar. Kimmel (1997), agrega al respecto que los varones tienen miedo a que otros hombres los desenmascaren y revelen al mundo que no son realmente hombres, siempre existe el temor de ser avergonzados o humillados. Para Daniel obtener un lugar reconocido entre su grupo de amigos, durante su infancia y adolescencia, fue una prioridad, sin embargo, siempre consideró que no pudo tenerlo.

Me echo unas chelas y ahora sí ¡la que me pongan a ver! (DaE1p4)

Cuando inicia el consumo de alcohol, en la adolescencia, descubre que este por sus efectos, le brinda la posibilidad de socializar con mayor facilidad, y de no sentirse en desventaja “yo me daba cuenta de que sí yo era muy tímido, enton’s cuando yo me empezaba a tomar una o dos cervezas, pues todo eso me facilitaba, para mí el alcohol era como si ‘me echo unas chelas y ahora sí ¡la que me pongan a ver!’” (DaE1p4). “O sea, se me empezó a facilitar el empezarme acercar con las chicas, el empezar a hacer amigos, pues todo eso (DaE1p4)” Krugman (1995, citado en Capraro, 2000), explica que el alcohol es usado como un desinhibidor por algunos hombres, para alejar la sensación de

vulnerabilidad, y exponerse a estados donde generalmente se sienten avergonzados. Capraro (2000) añade, que el alcohol es una de las formas significativas para manejar la vergüenza, el alcoholizarse es una solución masculina, a la presión de una vergüenza no resuelta.

Cuando iniciaba el uso de alcohol se relaciona con un vecino mayor que él, con quien empieza a beber en forma cotidiana *“pues ese chavo tomaba mucho [...] era de tomar todos los días, [...] siempre llegaba ‘Pues unas cervezas ¿quieres una?’ ‘Pues sí me la tomo’ y así se fue haciendo como un hábito [...] en ocasiones, llegaba a ir a un bar y yo como estaba muy chico 13 o 14 años, tenía que pagar hasta dinero para que me dejaran entrar a mí, [...] fue algo que me empezó a gustar mucho, me llamaba mucho la atención”* (DaE1p2). El asistir a espacios reservados para los varones, donde se sentía seguro y no rechazado, legitima sus significados de ser hombre.

A lo mejor algún día yo la voy a probar [la marihuana] (DaE4p3)

Asimismo, el uso de marihuana se hacía presente en la cotidianidad de Daniel y era una práctica común en los modelos significativos para él *“había un chavo que era líder, yo no sabía [...] en ese entonces que [...] también usaba droga, íbamos en la secundaria, y [...] quizás a lo mejor por eso se le facilitaba ¿no? como que siempre andaba contento, como que marcaba diferencia para los demás chavos [...] jugábamos en un equipo de futbol [...] el fumaba marihuana y [...] tocó la casualidad de que la novia que él tenía, esa chava también anduvo conmigo, Erika, entonces como que eso así como que me hizo pensar ‘o sea tu puedes ser igual que él ¿no?’ [...] cuando supe eso de la droga, también como que quedó en mi esa semillita ¿no? de decir a lo mejor algún día yo la voy a probar ¿no? para ver si, si eso es lo que me hace falta ¿no? para ser realmente como él es”* (DaE4p3).

Quintero y Estrada (1998), mencionan al respecto que en la calle, existen modelos culturales de las masculinidades que incluyen una variedad de valores y conductas relacionadas al uso de drogas y obtener reconocimiento. Los modelos culturales proveen un importante esquema de dirección y participación en el mundo. Para Daniel la interacción con estos modelos le permite crear los significados, que colocan el uso de sustancias psicoactivas como un recurso, que le puede proporcionar reconocimiento y prestigio en su contexto social, condiciones valoradas por él.

Cuando Daniel radica por primer vez en EU y empieza a vivir independientemente – después de la separación de su tío y Blanca su novia – amplía su grupo de pares *“conseguí un departamento [un día] un primo me pidió permiso para hacer un convivio [...] pero llevó a muchas chicas, estas chavas empezaron a ir casi a diario, pero ya por su cuenta y me empezó a gustar, pues yo no tenía muchas amigas y se me empezó a pasar la tristeza [...] los vecinos se empezaron a dar cuenta y se empezaron a acercar” (DaE1p11)*. El cambio de residencia le brinda la posibilidad de evitar los sentimientos de soledad y tristeza; y la socialización con nuevos pares, facilita la probabilidad de experimentar con nuevas sustancias *“empezó a llegar un chavo, una vez, me acuerdo bien, me tenía que ir a trabajar, y [yo] ya estaba medio tomado, y me dijo, era de Sinaloa, ‘¡Qué pasó pariente!, te veo mal ‘¡Como que así vas a ir a trabajar!’, me dice ‘¡Aquí traigo algo para que te alivianes!’ y ahí probé lo que allá le dicen speed” (DaE1p11)*. Los efectos que le produce son placenteros *“consumir polvo [Speed] y alcohol me cargaba todo el día, así me sentía bien contento, bien aliviado, bien feliz, como que no me importaba nada, andaba cantando, me sentía muy alegre” (DaE5p7)*. Así inicia el consumo de un estimulante, que por sus efectos en el sistema nervioso central, le provocaba estados de euforia y placer.

Al integrarse con otros pares y usar una nueva sustancia, se inserta en un contexto, donde el consumo tomaba distintos significados *“donde llegamos eran puros narcos [...] se juntaban como unos 18 o 20 cabrones ahí en el departamento, y toda la noche fumando, contando puras hazañas, todo relacionado a la droga ¿no? que ‘yo llevé tantos kilos y que me pasó esto y que no sé qué’, entonces, todo eso yo pienso que pos en un principio a mí me hacía sentir muy bien” (DaE5p7)*. *“El estar tomando, el sentirme contento, escuchando canciones, puras para hombres, así que, corridos y de valientes, y todo eso” (DaE1P18)*. El consumo de sustancias psicoactivas representa para Daniel, un recurso a través del cual lograba sentirse integrado entre sus pares. Quintero y Estrada (1998), mencionan que existen diversas razones por las cuales los varones pueden iniciarse en el consumo de drogas, incluyendo los sentimientos de curiosidad y depresión, pero a menudo, las ideas de los discursos dominantes de las masculinidades están implicadas; tomar riesgos, excesos y superar a los otros, son prácticas valoradas en el contexto de consumo de SPA.

Con el tiempo se involucra en la venta de *speed* *“me gustaba llegar a cualquier parte y que los chavos me rodearan, por irme a pedir droga, como que eso les gustaba a las chavas, decían ‘¡no es que mira, es el que anda tirando y acá!’ todo eso me gustaba, porque me hacía sentir importante” (DaE5p7)*. Consideraba que la venta y consumo de sustancias

psicoactivas lo colocaban en una posición de mayor prestigio *“para nosotros era algo así, como de halago, que te vieran ahí drogándote”* (DaE5p9). *“Yo decía, ‘a nosotros, no, nos pasa nada’, así que, me sentía como intocable”* (DaE5p10). Hutton (2005), menciona que en el contexto cultural del uso de SPA, la venta y el consumo, son prácticas valoradas en el ideal de masculinidad dominante, dado que incluye ser duro, agresivo e inteligente.

El que aguanta más, es el más rudo (DaE5p7)

Para Daniel, el grupo de pares es un espacio en el cual afirma los significados de ser hombre, de acuerdo a los discursos dominantes de las masculinidades *“en esos círculos lo que trata uno de decir es ‘A ver quien aguanta más’, el que aguanta más, es el más rudo, el que sí se la va rifar, el que tiene el poder, entonces todo el tiempo es como ‘¡No, yo puedo más, yo puedo más!’”* (DaE5p7). Contreras (2009), refiere que en varones que integran grupos con prácticas delictivas, la construcción de la masculinidad implica demostrar autonomía y autosuficiencia, a través de conductas criminales para distinguirse de los hombres y mujeres con menor jerarquía.

Un conflicto entre pandillas, lo lleva a salir huyendo de Los Ángeles, ya que su vida corría peligro *“esos mismos chavos [...] mataron a un negro ahí [...] entonces pos esto nos hizo que nos saliéramos de ahí y que nos fuéramos para el estado de Oregón”* (DaE5p11). De Keijzer (1997), menciona que muchos varones han aprendido a buscar con toda intención situaciones de riesgo que los exponen en mayor medida a vivir accidentes, homicidios y otras situaciones violentas, las cuales ponen en riesgo su salud y su vida misma, pero forman parte de la necesidad de demostrar su hombría a través de dichos parámetros.

Yo las puedo, yo acá, yo manejo (DaE6p6)

Al llegar al Estado de Oregón continúa con el consumo de sustancias psicoactivas *“si quedé con esa, esa adicción ya muy prendida, me fui para Oregón y pues yo seguía fumando [...] marihuana y [...] conocí a un chavo de Guadalajara que también tenía polvo y una vez hasta le dije ‘no pues cómo vamos a fumarnos esto, si yo estoy acostumbrado a fumarme uno más grande, vamos a comprar más’, o sea ya, yo ya estaba muy acelerado muy loco ¿no? la verdad no me importaba irme a meter a cualquier parte con tal de conseguir”* (DaE1p13). Para este momento, Daniel había desarrollado lo que Martín y Lorenzo, (2009) definen como neuroadaptación o dependencia física a una sustancia, que se refiere a la necesidad de mantener un nivel determinado de droga en el organismo, lo cual genera que las personas tengan un deseo o compulsión de consumir la sustancia. Sin embargo, es

importante resaltar, que aunado a la necesidad física coexiste el reconocimiento y las ganancias sociales obtenidas, a través de consumir grandes cantidades de droga.

Asimismo, muestra conductas temerarias *“empiezo a ir a las tiendas a, a sacar botellas de vino, pos ora sí que a robármelas nada más por la adrenalina de, y por hacer... ver que los demás chavos que vieran pos que yo si me atrevía, no sé, era así como, algo muy ilógico y este, pero pos ya cuando andaba así bien tomado y bien drogado, entonces este iba y sacaba botellas así caras que ni siquiera sabía yo pos a qué sabía o qué eran, sino que yo nada más iba y veía el precio y la más cara ¡pum! agarraba y me la sacaba”* (DaE6P7). De igual forma *“[en una ocasión] se me ocurre ir a tomar con el chavo este [con el cual consume speed en Oregón] y con mi primo, y este... ya tomado y drogado pos me empiezo a sentir así como no, pos yo las puedo, yo acá, yo manejo, ustedes ya están bien tomados, y salgo y empiezo a manejar en un lugar, así en sentido contrario y con luces apagadas, entonces ¡pum! cuando siento ya como cuatro o cinco patrullas atrás de mí, pos me detienen y me llevan a la cárcel”* (DaE6p6). Si bien es cierto que el efecto del consumo de alcohol y marihuana inhibe la capacidad de juicio (Lukas & Orozco, 2001), habría que considerar la propuesta de De Keijzer (1997), sobre la forma en la cual, se crean las relaciones de poder y dominación entre los hombres, dado que en diferentes contextos como la familia, el trabajo, la escuela y los amigos, las relaciones de poder entre los hombres discurren entre la burla, la amistad, la presión y la violencia, asimismo, las conductas temerarias se incorporan como pruebas de ser muy masculino.

Trabajo y consumo de sustancias psicoactivas

Era para mí algo gratificante traer dinero y dárselo a mi madre (DaE2p17)

Daniel aprende de su madre el significado del trabajo para su vida *“lo que ella siempre nos inculcó fue [...] [que] el trabajo es algo muy valioso, pues de ahí van a comer”* (DaE1p8). *“El trabajar para mí siempre me ha inculcado como pues, te va a dar algo, te va a dar dinero, te va a dar satisfacción ¿no? [...] te va traer lo que tú quieras, te vas a poder comprar”* (DaE2p17). De acuerdo a Salguero (2007), las representaciones sociales del mundo del trabajo, se van incorporando a través del proceso de socialización familiar, formando parte de la subjetividad e identidad masculina, la idea de que los hombres tienen que trabajar, es la manera a través de la cual obtendrán un lugar y serán reconocidos, dedicando gran parte de su vida a la búsqueda de la realización personal y laboral.

Desde que tenía cinco o seis años, conoce la importancia del trabajo para obtener ingresos económicos y apoyar en las necesidades de su hogar. Su casa se ubicaba cerca de un basurero, donde acudía a reciclar materiales que podía vender *“tenía como unos 4 ó 5 años, yo me salía así a buscar cartón, vidrio, hueso, en ese tiempo se vendía el hueso”* (DaE2p17). Las condiciones de su colonia, le permitían también emplearse en la limpieza de los terrenos para su construcción, obteniendo una remuneración por ello *“tenías que desbordar un buen trancazo de cerro para asentar, o más o menos poner plano el terreno y entonces, a nosotros nos pagaban por sacar las carretilladas de esa piedra rojiza como tezontle [...] era para mí algo gratificante el traer ese dinero y llegar a dárselo ahora sí, a mi madre, porque ni era para mí en ese tiempo”* (DaE2p17). Valdés y Olavarría (1998), mencionan que en los discursos dominantes de las masculinidades, el trabajo es el medio a través del cual los varones generan los recursos materiales, que les permite cumplir con las responsabilidades hacia la familia.

Su primer trabajo con mayor estabilidad, lo ocupa alrededor de los 12 años en un molino de café, la experiencia del primer empleo, le muestra los beneficios que se adquieren a través de éste *“el empezar a trabajar de muy chico, como que me empezó a dar como ese valor, como de decir ‘Bueno, no necesito verle la cara a mi papá, no necesito que él me compre esto [...] no necesito de ellos’, cuando yo empecé a trabajar, me di cuenta de que yo podía tener mi dinero, estudiar y trabajar, y yo decía yo puedo hacerlo yo solo ¿no?”* (DAE1p16). El trabajo le brinda autonomía ante la autoridad de su padre. Nolasco (1989, citado en Salguero, 2007) considera que el trabajo define la primera marca en los varones, en la medida que socialmente posibilita la salida de la familia de origen, genera independencia económica y ésta se traslada a otros ámbitos.

No obstante, desde ese primer empleo, lo asocia al consumo de sustancias psicoactivas como una práctica común en el transcurso de la jornada laboral *“[Un hijo del dueño del molino] tomaba mucho, [...] una vez me dijo su primo, que usaba cocaína [...] él siempre estaba tomando, pues siempre llegaba ‘Pues unas cervezas ¿quieres una?’, ‘Pues sí me la tomo’, y así se fue haciendo como un hábito [...] durante [...] ese tiempo [...] puro alcohol [...] llegó un momento que también me fumaba una cajetilla de cigarros diario en el trabajo, pues era un lugar donde yo estaba solo, [...] nadie me miraba, agarraba ponía mi música y me ponía a trabajar, y pues, como que yo no le veía nada de malo a eso”* (DaE1p1-2). Así va aprendiendo a normalizar su uso mientras labora.

Al contar con recursos económicos experimenta reconocimiento social ante sus pares, *“[Quería ser] reconocido ¿no? [...] líder, [pero] como que siempre había alguien adelante*

de mí, uno o dos chavos [...] que sí eran como más marcados para el salón de clases principalmente, y algo que a mí no, no se me daba, por eso empezó a dárseme un poco más cuando entré a la secundaria, y yo ya llevaba dinero, entonces como que eso me habría muchas puertas ¿no? porque digamos estos chavos líderes se juntaban mucho conmigo, pero porque ya sabían que yo llevaba feria, entonces había este, convivios y todo eso, y ya sabían que traía lana y lógico pues 'muy mi cuate y que acá' y todo eso, pos entonces, ya ahí las cosas como que se empezaron como a equilibrar" (DAE3p19). Valdés y Olavarría (1998) mencionan que el trabajo, es el medio por el cual los varones consiguen aceptación, reconocimiento social a su capacidad de producir, de generar los recursos materiales que les otorgan seguridad y autonomía. Para Daniel el poder económico, le brinda la posibilidad de sentirse competente ante otros varones de su medio social, demostrar que podía competir.

Sin embargo, cuando deja de percibir ingreso económico por su trabajo, disminuye la percepción de sí mismo como una persona reconocida, cuando ingresa a estudiar la Vocacional, la carencia de recursos económicos, le genera un sentido de desventaja ante sus pares "estuve un año y medio ahí, y pues ahí me costó también mucho trabajo relacionarme, porque como que iban unos chavos, así como con dinero, [...] relacionarme con ellos siempre como que me costó mucho trabajo porque siempre yo quería las cosas que ellos tenían... ¿no?" (DaE1p5). Burin y Meler (2000), mencionan que la autosuficiencia económica es uno de los emblemas masculinos, y que la masculinidad dominante se mide en gran parte en dinero.

Empecé a alucinar, ora si a soñar despierto (DaE1p9)

La dificultad para integrarse con sus compañeros, coincide con las carencias económicas en casa y los esfuerzos de su madre por sostener sus estudios "vi todo el sacrificio que hacía mi madre, y como que sí me entró nostalgia, y dije 'la verdad aquí no la voy hacer yo', este y sí un día honestamente llegué con mi mamá [le] dije 'No, ya no' [voy a estudiar]. En la vocacional no estaba echando desastre [...] no me iba de borracho [...] tampoco a drogarme, nada de eso se presentó durante estos años que estuve en la Voca (vocacional)" (DaE1p6). Giorguli (2002), menciona que en los hogares mexicanos de escasos recursos, las responsabilidades de los hijos varones en el mantenimiento del hogar son mayores, por lo tanto, es posible que se ejerzan mayores presiones para que dejen la escuela y empiecen a trabajar. En el caso de Daniel, las necesidades económicas y la dificultad para encontrar un lugar en su grupo de pares lo llevan a desertar de la escuela, limitando sus oportunidades educativas.

Así, decide emigrar a Estados Unidos *“pasó un primo que iba para Estados Unidos, enton’s me convenció de que pues que allá era lana fácil y que no... yo tenía mucha ilusión de comprarme una camioneta ¿no? y me dijo, ‘Con dos meses que trabajes allá, te compras una camioneta, si estas estudiando aquí’ dice ‘es más, aquí dicen que estudian y luego no encuentran trabajo’. Y empezó así a terapear y yo me la creí y dije ‘Sí, pues tiene razón, es más, si quiero acabar, me voy un año’ y yo dije ‘Con un año que me vaya’ pues empecé a hacer cuentas y empecé a alucinar, ora si a soñar despierto, y pues yo me voy para Estados Unidos”* (DaE1p9). Huacuz (2007), afirma que la migración laboral responde a estructuras simbólicas que organizan la subjetividad y la identidad de los hombres, dado que el trabajo remunerado actúa como rango distintivo de lo masculino, permite a los hombres ocupar un lugar, confiere independencia y un estatus de poder y prestigio en el mundo. Además agrega la misma autora, que los hombres jóvenes, de 14 a 20 años, describen la experiencia migratoria como una aventura, el rito que hay que vivir para “ser un hombre de verdad” y ser respetado por el grupo de pares y por las mujeres.

Rosas (2007) menciona al respecto, que en el proceso de migración, también están presentes las motivaciones no económicas originadas por la competencia masculina, como por ejemplo la insatisfacción con la vida afectiva, deseos de validarse ante sí mismos y ante otras figuras masculinas, ganar el afecto del padre; las cuales dependerán en gran medida, si las expectativas económicas son logradas.

De acuerdo a Burin y Meler (2000), gran parte de la masculinidad se mide en posesión de dinero, lo cual, lleva a Daniel a tomar decisiones que ponen en riesgo su integridad física y perder la oportunidad de obtener mayor preparación educativa, a cambio de obtener en lo inmediato recursos económicos.

No estoy generando dinero, pos de alguna otra forma debo de recompensarme
(DaE3p17)

Cuando Daniel sale huyendo de Los Ángeles – por el conflicto entre sus pares – y llega a Oregón, tarda algunas semanas para conseguir empleo, recurriendo a otras estrategias para obtener dinero *“salía mucho a conseguir trabajo, a diferentes partes, entonces ya en la tarde [...] para distraerme entraba a las tiendas, y de repente como que en mi mente dije ‘bueno si no estoy generando dinero, pos de alguna otra forma debo de recompensarme’ y vi esa oportunidad y dije ‘bueno, pos ¿cuánto sacaría al día? pues cien dólares, pos con dos o tres camisas que me clave pues son los 100 dólares y ya hice lo de mi día’ pero seguía buscando trabajo, entonces fue en la temporada que digamos que no conseguía trabajo”*

(DaE3p17). Robar en la tienda muestra el proceso de negociación que lleva consigo mismo, puesto que en México, con su familia de origen el trabajo y la honradez habían sido valores fundamentales en su educación y definición de su ser hombre. Significados que son contrarios a sus premisas en Estados Unidos, pues lo relevante en ese momento era conseguir recursos económicos sin importar los medios. Olavarría (2006), afirma que existe una fragmentación de las identidades y subjetividades de los varones, y esto sería a la vez, uno de los mecanismos que les permite el uso del poder.

Los discursos dominantes de las masculinidades permite a los varones que prácticas contradictorias sean justificadas como responsables, liberándolos subjetivamente de las obligaciones que tienen en las consecuencias de dichas prácticas. Añade que en nombre de la responsabilidad, los varones pueden justificar comportamientos contradictorios, pero que adquieren sentido subjetivo honorable en la construcción de sus propias biografías.

Asimismo, comenta que algunos varones, jóvenes y adultos, entienden la delincuencia como una forma de responder a los mandatos de la masculinidad dominante. El dilema entre delinquir y no cumplir el ideal de varón, lleva a algunos a optar por lo primero. Para este autor, el delinquir sería un comportamiento “responsable” ya que a través de estas conductas pueden mantener la sensación de poder ante la familia, frente a otras personas y en el caso de Daniel, principalmente ante sí mismo.

[La mariguana] *me ayudaba mucho me desinhibía, perdía la pena, con los clientes*
(DaE6p3)

Durante su segunda estancia en Los Ángeles California, consigue empleo en una plaza comercial, en el área de comidas *“llega el momento en que agarro hasta tres trabajos ¿no? [...] eran pocas horas en uno, no sé, cuatro a la mejor, cuatro en otro, y en otro sí ya era un tiempo completo [...] pos todo el día andaba bien contento, pues porque todo el día andaba drogado”* (DaE6p3). El consumo de cannabis le permitía incrementar su rendimiento laboral *“a mí [...] me ayudaba mucho porque, había mucha solvencia en mí, como que psssh, me desinhibía ¿no? o sea, perdía la pena, me ponía a cotorrear [...] era así muy carismático con la gente y empezaba a ganar muchos clientes, [...] ‘ira prueba esto ¿no? y prueba el otro’ ipum! los jalaba y empezaba a cotorrear con ellos”* (DaE6p3). Con el consumo de cannabis se muestra más sociable, colocándose en empleos mejor remunerados *“les gustaba mi forma de trabajar a los managers [supervisores]”* (DaE6p5). *“pos la verdad todo el día andábamos drogados”* (DaE6p5). Para Daniel el consumo de

cannabis representaba la posibilidad de interactuar fácilmente con los clientes, así como, tener mayor resistencia al trabajo, lo cual veía retribuido en mayor salario.

Asimismo, con el consumo de marihuana sentía seguridad *“de hecho cuando yo iba a buscar trabajo agarraba y antes me fumaba un toque para la entrevista, porque yo sentía que con eso no, ya tenía la chamba asegurada [...] o sea, como que era algo así, que yo ya tenía muy asimilado para hacer algo, y sentir esa seguridad tenía que fumar”* (DaE4p31). Dentro de los discursos dominantes de las masculinidades, la capacidad económica es una condición que se exige a los varones, sin embargo, en acuerdo con Jiménez y Tena (2007), en la época actual, no depende exclusivamente de las capacidades, sino de los movimientos del mercado laboral, lo cual, exige a los varones mayor esfuerzo y resistencia, condiciones en las cuales, el uso de sustancias psicoactivas se inserta como un medio, a través del cual, se puede percibir mayor competencia y resistencia física.

Es un arma de doble filo, porque tengo dinero y me drogo más (DaE1p14)

A través de su trayectoria de vida, para Daniel tener mayor capacidad económica, ha estado asociado a mayor consumo de sustancias psicoactivas *“tomaba todos los días pero tenía dos trabajos, [...] a lo mejor es algo [...] que me ha ayudado también, a lo mejor a, no sé, ¡perderme más o salir de esto!, es una arma de doble filo, porque tengo dinero y me drogo más y me envicio más ¿no? también a lo mejor digo ‘Si no tuviera dinero o igual me controlo o buscaría otra forma de conseguir el dinero’”* (DaE1p14). Los episodios de mayor consumo de sustancias psicoactivas, cuando tiene mayor recurso económico, se repiten en varias ocasiones, como cuando se encontraba en los Cabos, Baja California Sur, posterior al segundo regreso de E.U. *“a mí me empieza a ir muy bien en mi trabajo, por esto de la cocina que si me dan, casi, casi, llegando, el cargo del restaurant, de todo lo que es cocina, [...] empiezo a ganar más lana, luego, luego [...] pero, pues al tener lana me empiezo a perder otra vez ¿no? porque me empiezo a drogar mucho, me empiezo a drogar y de nuevo vuelve a tronar ese trabajo”* (DaE7p10). La marihuana genera un proceso de neuroadaptación, sin embargo, comparada con otras drogas los síntomas de abstinencia – insomnio, inquietud e irritabilidad –, no son tan intensos como los de otras sustancias – metanfetaminas, cocaína, heroína – (Navarro, Laredo, Martín & Leza, 2009), por lo que no son comunes los periodos de consumo compulsivo. Por tanto habría que hacer énfasis en los significados asociados al uso de SPA, cuando este se incrementa ante la posesión de dinero, ya que este último representa; autonomía, capacidad económica y prestigio social, que se concretizan en la práctica de consumo.

El tener mayor capacidad económica y adquirir sustancias psicoactivas lo acercaba al modelo de masculinidad dominante, a través de lograr reconocimiento social, placer, diversión y mayor energía, así como, la sensación de funcionar con mayor eficacia y de superioridad. Sin embargo, el uso de sustancias, también tiene un efecto inverso en su trayectoria laboral *“me encuentran la droga ¿no? [...] pues total, que pierdo la chamba y me ponen ahí como un bornie, le dicen allá, de que no me puedo acercar a tantas millas de ahí, del lugar ¿no?”* (DaE6P7). De acuerdo a Kaufman (1997), el poder que puede asociarse con la masculinidad dominante, también puede convertirse en fuente de dolor. Daniel en la búsqueda de tener mayor capacidad económica, consume sustancias psicoactivas, para incrementar la tolerancia al cansancio, así como, superar sus dificultades en la interacción social, sin embargo, a su vez entra en un círculo de mayor consumo que lo lleva a perder sus trabajos y la estabilidad económica. El mismo autor, agrega que existe en la vida de los hombres una extraña combinación de poder y privilegios, dolor y carencia de poder. Por el hecho de ser hombres, gozan de poder social y de muchos privilegios, pero la forma en que han armado ese mundo de poder causa dolor, aislamiento y alienación en los mismos hombres.

La percepción del cuerpo y el consumo de sustancias psicoactivas

Aunque ella sabía que yo me anduviera drogando, nunca me dejó (DaE4p30)

Daniel aprende a través del proceso de socialización, a delegar la responsabilidad de su propia salud y autocuidado a las mujeres cercanas a él, lo cual se hace más persistente cuando se encontraba en el periodo de mayor consumo de sustancias psicoactivas *“algo que me ayudó mucho a mí, es que mi mamá nunca me ha dejado, o sea, siempre que ‘tómame este jugo’, que ‘tómame esta vitamina’. Aunque ella sabía que yo me anduviera drogando, nunca me dejó en ese aspecto, o sea, que nada más me decían ‘Te ves bien mal y todo eso’, pero siempre cómo que tómame esas vitaminas, a final de cuentas, me tomaba unas dos, tres, cuatro y ahí estaba el frasco ¿no? y hasta se echaban a perder”* (DaE4p30). En la sociedad patriarcal, las mujeres son las encargadas de atender las necesidades afectivas y de cuidado en la familia, por lo que tradicionalmente el cuidado de la salud ha sido asignado a ellas, quitando la responsabilidad de sí mismos a los varones. Figueroa (2007b), menciona que el varón acaba siendo un verdadero extraño para y con respecto a su propio cuerpo. De Keijzer (1997), menciona que los hombres hablan de “el” cuerpo y no de “mi” cuerpo, como si se fuese tan solo ocupante de ese instrumento.

Si mi mente es la que hace todo el trabajo (DaE4p29)

Este distanciamiento que los varones suelen experimentar respecto a su cuerpo, les dificulta reconocer y aceptar, las diferentes sensaciones y necesidades que este les demanda. Daniel en la última etapa de consumo de sustancias psicoactivas, previo al ingreso a la clínica residencial, negaba los daños en su cuerpo *“llegué aquí pesando sesenta y nueve kilos, ahorita peso ochenta y uno, o sea, ve como estaba de dañado también, o sea, mi cuerpo estaba por los suelos ¿no? entonces pues como que yo decía ‘Pues que va a ser cierto ¿no? o sea, si tu mente es una cosa ¿no? y tu cuerpo, o sea... que por qué tengo que estar yo así ¿no? gordo, pues si mi mente es la que hace todo el trabajo”* (DaE4p29). Al respecto de Keijzer (1997), menciona que en la forma en que se estructura la identidad de género masculina, está presente la noción de invulnerabilidad, es decir, los varones consideran que no les pasa nada. Lo cual, está asociado a la dificultad que tienen para verbalizar sus necesidades de salud. Hablar de sus posibles padecimientos implica demostrar debilidad frente a los otros y las otras.

Daniel atribuye que la dificultad para percibir los daños a sí mismo y las demás personas durante el consumo de sustancias psicoactivas, es por el efecto de éstas en el cuerpo *“[el] cerebro esta tan dañado, o no sé la verdad realmente a que se deba, de que tú no alcanzas a ver la realidad, o sea, de lo que está pasando, por eso te digo que es como un escudo que tu agarras y ¡pum! lo que tope ¿no?”* (DaE4p29). Figueroa (2007a), señala que una explicación a las posibles conductas autodestructivas, alude a los modelos de aprendizaje de la vinculación con el propio cuerpo, el cual se convierte en muchos momentos en un instrumento de batalla, más que en un ente que requiere cuidados preventivos. Agrega, que se usa y se abusa de las capacidades del cuerpo, se le entrena para resistir el dolor y para no reconocerlo.

Los años te van cobrando la factura (DaE3p3)

Daniel parece tomar conciencia de su cuerpo, después de haber terminado el último proceso de hospitalización *“pero quieras que no, el cuerpo ya no es lo mismo ¿no? los años te van cobrando la factura y ya de repente me siento muy cansado, para mis chavos, luego me siento así como estresado”* (DaE3p3). *“Me quedó todavía una secuela porque yo lo veo en mis trabajos, o sea, veo a otros albañiles que están trabajando y que no usan drogas, [...] con su calma, [...] y yo aunque no me drogue, yo no puedo estar así quieto, [...] como que siempre ando buscando que hacer, [...] con la droga como que se incrementó más”* (DaE4p29). En un estudio Charles y Walters (2008), encontraron que los varones tienden

a preocuparse de su salud y a reconocer la vulnerabilidad después de sufrir algún accidente o tener mala salud, que les impida participar en actividades físicas asociadas a los discursos dominantes de las masculinidades.

Actualmente intenta recobrar la responsabilidad de sí mismo *“lo contrario que hago ahora ¿no? o sea, yo me compro mis pastillas o las pastillas que me recetan aquí, y pum como va ¿no? y [...] antes no me gustaba gastar dinero en medicinas ni en eso”* (DaE4p30). *“Y ya ahora, ya es totalmente lo contrario, o sea, trato siempre de tener algún dinero para, para prevenir eso y ya ahora me siento a gusto conmigo mismo”* (DaE4p30). De Visser y Smith (2006), mencionan que las conductas como el beber alcohol y usar drogas, están influidas por los discursos dominantes de las masculinidades; sin embargo, pueden ser rechazadas resaltando otras características valoradas en el mismo discurso, como por ejemplo la individualidad y la racionalidad. Cuando Daniel asume el compromiso de mantener la abstinencia del consumo de drogas, a través de mantener los cambios aprendidos en su recuperación, toma una posición de responsabilidad consigo mismo, lo cual también es valorado por la masculinidad dominante.

LA TRAYECTORIA DE VIDA DE JAVIER

***“tengo cinco meses que no me drogo,
pero no tengo una vida”***

Trayectoria de Javier

Orígenes

La familia de Javier estaba constituida por su madre, padre y dos hermanas mayores que él, por 4 y 2 años respectivamente. Ambos padres eran originarios del Distrito Federal, habitaban en una colonia popular al poniente de la Ciudad de México. Cuando Javier era niño, su padre se desempeñaba en diversos empleos – albañil, plomero o chofer de taxi –, no obstante, su inconstancia en el trabajo y el consumo de alcohol en exceso generaban constantes carencias económicas. Por su parte, su madre se encargaba de las actividades del hogar y de la supervisión de él y sus hermanas.

Las manifestaciones de violencia física y verbal de su padre hacia su madre, eran comunes y en extremo, lo cual, es uno de los motivos para que ella decidiera separarse de él, llevándose a su hijo e hijas, en ese momento Javier tenía 10 años de edad. Con la separación familiar, su madre se incorpora a laborar como ayudante de cocina, en un restaurante. Los cambios en la dinámica familiar, se reflejan en mayor libertad para Javier, quien queda al cuidado de su abuela durante el día, no obstante, los límites se relajan y empieza a pasar más tiempo en la calle con sus pares.

Concluye la educación primaria e ingresa a la secundaria, no obstante, conforme avanza en los grados escolares, su rendimiento académico disminuye, empezando a presentar problemas de conducta y ausentismo escolar. Posteriormente, ingresa al bachillerato, donde solo cursa los dos primeros semestres con bajo rendimiento, decidiendo finalmente abandonar sus estudios.

Cuando tenía 20 años consumía regularmente alcohol y clorhidrato de cocaína, durante este tiempo su madre fallece, incrementando aun más el consumo. Durante el periodo de los 20 a los 25 años, mantiene el uso excesivo de sustancias, pasando gran parte de su tiempo con sus pares y empleándose eventualmente para obtener dinero y comprar cocaína.

A los 25 años, ingresa a una clínica para su desintoxicación interrumpiendo el consumo, sin embargo, retoma su uso ocho meses después, durante un tiempo aproximado de 30 días. Reinicia su asistencia a la clínica para adicciones, deteniendo por segunda vez su uso.

Cinco meses después, es cuando se establece contacto con él, para realizar las entrevistas para esta investigación.

Javier era de estatura media, con ligera obesidad, de apariencia amable, de cara redonda, con ojos medianos y labios gruesos. Usaba el cabello levantado, que era oscuro y abundante. A las entrevistas siempre acudía vestido con ropa deportiva (pants). Cuando hablaba, su discurso era lento, por momentos agresivo, enojado cuando tocaba temas dolorosos. Mientras narraba su historia, dejaba ver añoranza por el período de mayor consumo de sustancias psicoactivas, por las anécdotas vividas, al mismo tiempo incertidumbre ante el presente y una gran angustia por el futuro.

Javier asistió a cuatro entrevistas en las que se mostró interesado y comprometido con su participación en la investigación, sin embargo, no se presentó a la quinta sesión, perdiendo contacto con él. Veinte días después, se comunica con el entrevistador, comentando que había tenido una recaída en el consumo de crack, ante lo cual, se le comenta que puede seguir participando, que no es un impedimento y que por el contrario podría beneficiarle, acuerda regresar a las citas, no obstante, no se presentó. Diez meses después, su padre acude a la clínica residencial, para comentar que Javier había decidido suicidarse por ahorcamiento, sin haber interrumpido en esos últimos diez meses el consumo de crack.

Construyendo los significados de ser varón asociados al consumo de sustancias psicoactivas desde el ámbito familiar

Cuando crezca voy a ser como mi papá (JVE1P1)

Javier desde temprana edad observa el consumo de alcohol en su padre, quien frecuentemente hacía uso de esta sustancia hasta llegar a la intoxicación. De pequeño reproduce estas prácticas en sus juegos *“tenía como seis años y quería ser como él [mi padre], así de querer tomar, o sea, me encontraba una lata de cerveza en la calle y aunque estuviera vacía ¿no?, pero yo trataba de imitar ‘ah, estoy tomando’” (JVE1P1)*. *“Luego agarraba las colillas de los cigarros ya apagadas y pus me las ponía en la boca” (JVE2P9)*. Asimismo, en el entorno el uso de sustancias psicoactivas era una práctica cotidiana *“vivíamos en un barrio pesado, la gente se drogaba, o sea, ahí andaban con sus bolsas, me acuerdo que una vez, había una lata de resistol 5000 [solvente] en la casa, y yo me puse a inhalar, tenía como unos siete años, pos ya me salí, y me puse a jugar frontón en la pared, ya me le acerqué a un chavo y le digo ‘oye ¿no huelo a cemento?’, me daba miedo, y me dijo ‘No, ¿por qué?’ ‘na’mas’” (JVE4P9)*. Va observando que el uso de sustancias

psicoactivas eran actividades comunes entre los varones de su medio. Las prácticas que observa, aparecen como incuestionables y objetivas (Berger & Luckmann, 1966).

Su padre juega un papel fundamental en su proceso de socialización, debido a que era su modelo a seguir *“me protegía, vivíamos en Tacubaya, en Observatorio, estaba muy feo ¿no?, me presentaba así con sus cuates, entonces yo me sentía así, grande al lado de él, siempre decía ‘¡no!, cuando crezca voy a ser como mi papá’” (JVE2P8)*. Lo admiraba porque consideraba que gozaba de reconocimiento entre su grupo de amigos, por su habilidad para destacar en las riñas callejeras, asociado a una alta tolerancia al consumo de alcohol.

En el contexto social en el que vivían, la violencia era una práctica cotidiana que permitía obtener prestigio y reconocimiento, por lo que forma parte de su proceso de socialización temprana *“cuando tenía como unos cuatro años, me pegaba un niño, y mi papá se enojaba ‘No seas pendejo’, [pero] yo no quería pegarle al niño, me daba miedo ¿no? pero una vez me volvió a pegar, y subí llorando a la casa, y que me pega mi papá [...] y ese día que veo al niño y le empiezo a pegar, ¿no?, pos mi papá en ese momento se sintió orgulloso de mí, como que me quiso hacer siempre machito” (JVE4P10)*. Así Javier va aprendiendo que la violencia, forma parte de la interacción entre los varones, y además, es un medio legítimo para destacar en su medio social.

Él quiere andar de borracho, pues déjalo (JVE1P3)

Cuando Javier tenía 10 años de edad, la familia se separa, él y sus hermanas se van a vivir con su madre. No obstante, su padre continúa ocupando una posición de autoridad, llegando a visitarlos generalmente en estado de intoxicación alcohólica. Durante estas visitas, eran comunes las manifestaciones de violencia hacia su madre, por parte de éste, las cuales llegaban a ser extremas. A decir de Javier, estas condiciones lo motivaban a estar la mayor parte del tiempo fuera de casa, estableciendo vínculos importantes en su contexto de pares.

A los trece años, inicia el consumo de alcohol con un vecino mayor *“empecé a tomar, me emborrachaba, ya no era un adolescente normal, llegaba borracho a la casa” (JVE4P8)*. Empieza a poner en práctica las conductas que de niño habían resultado un juego *“empecé a juntarme con gente grande, pos como a evolucionar más rápido, y pues... me gustaba esa vida” (JVE4P8)*. Para él, el consumo de alcohol significaba acceder al mundo de los varones adultos.

Su padre se mostraba indiferente, a que él consumiera alcohol *“mi papá por ser hombre decía ‘no pues déjalo, que él se las arregle solo, él quiere andar de borracho pues déjalo’ cada vez era mayor mi consumo”* (JVE1P3). Haces (2006), menciona, que es en la familia donde se aprenden y construyen las primeras diferencias genéricas y se refuerzan aquellas que se adquieren a lo largo de la vida en diversas instituciones. Javier va aprendiendo que el consumo de alcohol y otras sustancias psicoactivas, eran prácticas aceptadas y toleradas dentro de la familia, y que además eran actividades que les correspondían a los varones.

Mi vida era estar en mi cuarto drogándome (JVE1P4)

Cuando tenía aproximadamente trece años, inicia el consumo de marihuana, como una práctica habitual entre su grupo de amigos. Posteriormente a los 15 años, experimenta por primera vez el consumo de cocaína *“por un cuate, me empieza a decir ‘jno, esto es lo más chido!’ y pos yo, ‘¡acá, a ver!’, primero me dio una piedra⁹ [cocaína base], pero pus no, no me hizo, o no me la supe fumar, o no sentí el efecto, no me gustó; luego ya me dio un pericazo¹⁰ [clorhidrato de cocaína] y pos como que me gustó más, porque te dormía así, todo”* (JVE3P10). Para Javier, resultan más atractivos los efectos estimulantes de la cocaína por vía intranasal, por lo que, mantiene el consumo durante un año, pasando inadvertido por su familia.

Con el tiempo, cambia al uso de cocaína base (Crack), aumentando la frecuencia y cantidad de consumo, con lo cual empieza a abandonar actividades que solía hacer en forma cotidiana *“ya después mi vida era estar en mi cuarto drogándome, todo el día me la pasaba hasta que sabía que iba a llegar mi mamá, ya me salía [...] pues mi mamá se daba cuenta de esa situación y decía ‘no pues que onda, ya no vas a la escuela, ya no quieres hacer nada, te andas drogando”* (JVE1P14). *“Ya no me importaba la escuela, mi vida, o sea, mi aspecto, si andaba mugroso o no, mi vida era tomar y estar drogado”* (JVE1P4). Los efectos de estimulación del crack en el organismo suelen ser muy fugaces e intensos,

⁹ La cocaína es un estimulante que aumenta la actividad del sistema nervioso central. La cocaína base (crack), se inhala en recipientes calentados o mezclado en polvo con cigarros de tabaco o marihuana. El crack se difunde muy rápidamente de pulmones a cerebro, sus efectos son inmediatos, 5 segundos, muy intensos y fugaces, 4 minutos (Lizasoain et al., 2001).

¹⁰ El clorhidrato de cocaína es la sal de la cocaína formada por ácido clorhídrico, se administra por vía intranasal (esnifada) o se administra inyectada por vía intravenosa. El esnifado es un modo muy común de usar la cocaína, debido a la intensa vascularización de la mucosa de la nasofaringe, la absorción es rápida, así como sus efectos (locuacidad y sensación de energía) que duran entre 20 y 40 minutos (Lizasoain et al., 2001).

superiores a la cocaína vía intravenosa o esnifada, generando un uso compulsivo, durante los cuales una persona puede pasar varios días fumando, en estado de intoxicación permanente (Lizasoain, Moro & Lorenzo, 2001). No obstante, si bien es cierto que existe un proceso de neuroadaptación a la sustancia que influye en los periodos de consumo compulsivo, también estaban dadas las condiciones en la organización familiar para que estos periodos de consumo compulsivo se mantuvieran.

En este sentido, la organización tradicional de la familia de Javier, le facilitaba ocupar una posición de poder dentro de la misma *“una vez me acuerdo que le agarré dinero [a mi madre], pero pues andaba enviciado, y ya cuando llegó, no pos que ‘¡agarraste el dinero!, y ¡ese dinero era para el regalo de tu cumpleaños!’ dice, y aun así me regalo todavía”* (JVE2P7). La autoridad que asume dentro del hogar, representaba para él la posibilidad de mantener el consumo sin ningún límite ni cuestionamiento, lo cual, favorece su incremento, desatendiendo sus actividades escolares y laborales, repitiendo el rol de género que su padre había desempeñado, con el uso de sustancias psicoactivas y las manifestaciones de violencia.

Cuando Javier empieza a tener dificultades con el consumo de crack, su padre intenta reprenderlo, no obstante, al mismo tiempo realizaba conductas que favorecían el consumo *“a mi papá le pedía [dinero] y luego ya no me quería dar, le insistía, y entonces [...] me daba [...] para que ya no lo estuviera molestando, pos él sabía que consumía, entonces de alguna manera sabía, que él me daba para consumir ¿no?”* (JVE2P8). Torres (2001) afirma, que en cuanto más tradicional es una familia, más rígidos serán los modelos de conducta y habrá mayor desigualdad de poder en su interior. De acuerdo a Kaufman (1997), el hecho de que el poder este asociado a los varones, no implica que redunde en mejores condiciones para ellos, la dinámica familiar de Javier lo expone a modelos de género, donde el uso de sustancias psicoactivas y el ejercicio de la violencia son conductas “normalizadas”.

Su madre intenta acercarlo a diversos tratamientos médicos, para que detuviera el uso de cocaína, sin embargo, a decir de Javier, él no quería abandonar el consumo, por lo que comúnmente la dejaba esperando con las citas programadas. Cuando Javier tenía veinte años de edad, su madre ingresa al hospital por una enfermedad asociada a la glándula tiroides – no logra especificar el padecimiento – falleciendo semanas después. Este suceso, coincide con un incremento en el consumo de cocaína.

En este momento necesito de ti (JV4P17)

Cuando tenía 25 años, la mayor parte del tiempo estaba bajo los efectos de clorhidrato de cocaína, el contacto con la familia era mínimo. Sus hermanas, su padre y sus tíos lo sensibilizan a buscar un tratamiento especializado en adicciones, por lo que decide ingresar a una clínica. Su estancia en el tratamiento residencial, es por tres meses, concluyéndolo favorablemente. Como una estrategia para disminuir el riesgo de presentar una recaída, cambia de domicilio, evitando los lugares en los cuales solía realizar el consumo. Se va a vivir con su padre, en casa de una tía – hermana de este –, en ese momento, su papá, llevaba ocho años sin consumir alcohol, resultado de haber participado en un grupo de Alcohólicos Anónimos.

Javier mantenía diversos sentimientos encontrados hacia su padre, por un lado, ira y resentimiento, ante los recuerdos de la violencia ejercida hacia su madre, la cual, había sido en extremo. Resentimiento que se actualizaba constantemente, debido a que su padre continuaba expresándose mal de ella y comparándola con su actual pareja. No obstante, también se sentía agradecido con él, debido a que en su última fase de consumo, es quién lo apoya e intenta persuadir para ingresar a un tratamiento, asimismo, lo ayuda económicamente, pagando todos los gastos de la hospitalización, además, de haber tenido algunas muestras de apoyo y afecto.

Cuando ya se encuentran viviendo juntos, reconoce el distanciamiento físico y emocional, que había existido entre ellos *“nunca nos platicábamos [con mi padre], no sentía esa seguridad y él tampoco me preguntaba. Siempre hubo ese alejamiento, yo lo veía así, papá con respeto y con autoridad, nunca lo vi como un amigo” (JVE2P3)*. *“Hasta la fecha, los dos tenemos ese carácter que nos callamos las cosas, a mí me hubiera gustado dejar a un lado lo del papá y que fuéramos más amigos” (JVE2P2)*. De Keijzer (1998), menciona algunos estilos tradicionales sobre el ejercicio de la paternidad que se caracterizan por el distanciamiento físico y afectivo de los padres. A pesar, de que su padre había sido una figura significativa en su infancia, siempre había existido un distanciamiento entre ellos.

Cuando Javier está en la lucha por mantener la abstinencia de cocaína – después de su egreso de la Clínica –, siente la necesidad de pedirle apoyo a su padre *“en este momento necesito yo de ti, y tu necesitas, ambos necesitamos, por qué, porque ya lo veo viejo y yo estando con él, así como que no me drogo, ahorita sí es como un freno para mí, yo le he propuesto ‘¿por qué no nos vamos, rentamos un departamento los dos?’” (JVE4P17)*. Sin

embargo, su padre, no accede porque se siente comprometido con su propia hermana, dado que él y Javier se habían convertido en su apoyo económico.

Los conflictos entre ellos empiezan a surgir *“tengo así ese resentimiento, y para mí, pues sí es muy incomodo, porque afecta mucho en mi vida, luego estoy en mi trabajo y me empiezo a acordar, y me dan ganas de tirar la toalla y decir ‘No, de que sirve, tengo tantos problemas con mi papá’”* (JVE1P18). Kaufman (1997), menciona que la adquisición de la masculinidad dominante, es un proceso a través del cual los hombres llegan a suprimir toda una gama de emociones, tales como el placer de cuidar a otros, la receptividad, la empatía y la compasión, experimentadas como inconsistentes con el poder masculino. A pesar de que Javier, por el momento de recuperación que cursaba, necesitaba del apoyo de su padre, no puede construir un vínculo afectivo con él. Es decir, no puede establecer un nivel de intimidad que le permita hablar sobre el daño de la violencia recibida cuando era niño, así como de las necesidades y temores actuales. Había aprendido que los hombres eran fuertes y poco afectivos.

Ser varón en el contexto de pares

Como dice la canción ‘el trago es para los machos’ (JVE4P13)

Javier desde pequeño se identifica con grupos de varones mayores que él *“hay gente mayor que te puede dar un consejo ¿no?, pero yo me juntaba con gente mayor que tomaba y fumaba, y pus, ¿qué era lo que me ofrecían? pos una chela ¿no?, entonces, pos siempre busqué lo malo”* (JVE2P10). Javier busca distinguirse de su grupo de pares *“yo empiezo a vivir así de volada, los demás niños de mi edad jugaban futbol todavía, como un niño normal, y yo, ya me sentía así realizado [...] los hacía menos ¿no? porque yo sentía que era mejor que ellos, porque tenía otras amistades ¿no? [...] yo por seguir el camino de lo supuestamente más fácil, me voy a divertir más acá [...] me descarré totalmente [...] quise vivir al máximo”* (JVE2P10). Para él, las actividades que no incluían el consumo de sustancias psicoactivas eran aburridas y carentes de sentido.

Para Javier, el consumo de sustancias psicoactivas representaba una forma legítima de diversión en los varones *“en esa época veía todo ese ambiente, el que es hombre chupa, pos sí, como dice la canción ‘el trago es para los machos’ ¿no? a mí se me hacía fácil, me sentía muy hombre”* (JVE4P13). Brandes (2002), menciona que para la gran mayoría de los hombres en la cultura mexicana, la ingesta de alcohol está estrechamente relacionado con la identidad masculina.

Qué onda ¿cómo me vieron? (JVE3P4)

Cuando inicia el consumo de alcohol, a los trece años, empieza a pasar más tiempo con su grupo de pares *“me salía a tomar, empecé a juntarme con un chavo, que era mucho mayor que yo, para mí, era así como que bien alivianado ese chavo, porque pues era el que sabía pelear y el que me enseñaba a pelear, y yo lo tenía así como mi ídolo” (JVE3P3)*. Nateras A. y Nateras (1994), mencionan que para los jóvenes es importante contar con grupos de pertenencia, con los cuales construyen una serie de códigos simbólicos como la vestimenta, música, lenguaje, drogas, que los provee de identidad colectiva.

Asimismo, a los trece años, inicia el consumo de marihuana *“este chavo venía de barrio y, entonces, [...] traía a sus cuates para que se drogaran [...] siempre me llamaron la atención las drogas, [...] me empiezo a involucrar con ellos ¿no? ‘no pos que regálame marihuana’ [...] ya me aviento mi primer churro de mota y todos así bien... me espanté... la verdad me espanté, porque pues ni me puse como quise, [...] me paniqué, ya no sabía cómo controlarla, ya de hecho hasta me saqué de onda, al otro día fui a buscar a mis cuates y ‘que onda ¿cómo me vieron?’ pero pos todos andaban en el viaje, no se han de haber dado cuenta como andaba yo” (JVE3P4)*. Para Javier la evaluación que sus pares realizaban de él, resultaba muy importante, Kimmel (1997) menciona que los hombres están siempre bajo el cuidadoso y persistente escrutinio de otros hombres, necesitan su aprobación, se prueban, ejecutan actos heroicos, toman riesgos enormes, todo porque quieren que otros varones admitan su virilidad. No obstante, el uso de sustancias psicoactivas también implica un estilo de vinculación afectiva, de solidaridad entre los varones. Brandes (2002), menciona que el acto de emborracharse, produce un vínculo de amistad entre ellos, ya que representa un alto grado de confianza. Agrega, que estos, en estado de intoxicación expresan cosas que no se permiten estando sobrios. En este sentido, Javier inicia el consumo de alcohol y marihuana en compañía de un amigo al cual admiraba y además le enseña una habilidad necesaria para destacar en su medio, que era defenderse a través de las peleas físicas.

Así, a través de la violencia y el uso de sustancias psicoactivas logra obtener un lugar dentro de su grupo de pares *“es bien raro porque, como que entras en ese grupo así de que andas en pandillas y hasta las chavas como que te siguen más, como te sabes defender [...] tenía drogas, tenía mujeres, digo me gustaba esa vida ¿no?, decía no me importa, chavo se es sólo una vez, crecí con eso” (JVE4P12)*. Folgar (2002), menciona que son las formas específicas de consumo las que estructuran procesos de identidad y pertenencia, es decir, modos particulares de ser y de relacionarse con el mundo. Javier

aprende que para pertenecer y sobresalir en el grupo de los varones, el uso de sustancias psicoactivas y el uso de la violencia eran medios que le permitía obtener prestigio y reconocimiento.

Cambió así mi vida, ya no tengo una vida social (JVE3P12)

Javier inicia el consumo regular de clorhidrato de cocaína combinado con alcohol, en un principio, el consumo era de manera discreta, con el paso del tiempo lo empieza a realizar de forma visible, lo cual, genera que sea excluido de grupos donde no era aceptado el consumo de sustancias ilegales. Sin embargo, en este momento el rechazo no tenía gran impacto en Javier, dado que él sobrevaloraba la práctica de consumo de sustancias psicoactivas.

Sus redes sociales, se empiezan constituir con personas que hacían uso de cocaína, cambiando al uso de cocaína base (crack), aumentando considerablemente la cantidad y frecuencia de consumo, *“recuerdo que regresaba drogado, me dormía y al otro día igual, ya no tenía una vida social, o sea, ya no tenía amigos sanos, no tenía con quien salir, sino era para drogarme” (JVE1P14).* *“Cambia aquí totalmente mi vida, [...] cuando fumas piedra, ya es totalmente diferente, con una piedra te vuelves totalmente posesivo, aparte pos es cara, pos tu quieres estar fumando solo, sin bronca, [...] cambió así mi vida, ya no tengo una vida social, o sea, pos hasta en mi manera de vestirme, o sea, ya no me importaba, iba compraba, me regresaba, me encerraba y esa era mi vida” (JVE3P12).* La relación con la cocaína generalmente se inicia disfrutando de los efectos estimulantes de la sustancia, sin embargo, cuando se genera el proceso de neuroadaptación, la atracción de los efectos agradables desaparece y solo queda la necesidad de consumirla, dando paso al impulso de la adicción (Calafat et al. 2001).

Tengo cinco meses que no me drogo, pero no tengo una vida (JVE4P17)

Cuando cambia de residencia con su padre, después de salir de la clínica para el tratamiento de adicciones, se enfrenta ante el dilema de relacionarse con los pares de su nuevo vecindario *“como que no quiero hacer amigos ahí, porque también, si les hablo a las chavas, van a empezar los pleitos, como todos son adictos, de alguna manera hablarle a las chavas es hablarles a ellos, es meterme en broncas otra vez, y pos sí, luego paso y están haciendo su churro de mota y fumando mota, entonces, no, no, no me hallo yo ahí” (JVE4P17).* Identifica que la probabilidad de una recaída incrementa si se relaciona con personas usuarias de sustancias, no obstante, la mayor dificultad que enfrenta, es construir una red social en un nuevo vecindario.

Para Javier, cambiar de amigos, implicaba perder su círculo de pertenencia *“como que me siento inseguro, como que no tengo a mi banda y ¡chale!, qué onda ¿no? yo me juntaba con hartos, y acá no puedo salir, porque todos son adictos, [...] me siento así como de alguna manera extraño ¿no? así en ese rumbo”* (JVE4P16). *“Allá me gusta mucho vivir, o sea, independientemente de que me drogaba allá, me siento tranquilo, o sea, me da seguridad el estar ahí”* (JVE4P15). En el contexto de consumo, se crean relaciones de solidaridad entre el grupo de amigos con lo que se comparte el uso de sustancias psicoactivas. Javier había aprendido a construir vínculos afectivos con otros varones, a través de ello y cuando carece de este recurso, se enfrenta a la falta de alternativas.

Como consecuencia de la dificultad para construir nuevas redes sociales e incluirse en actividades que no contemplen el consumo de sustancias psicoactivas, se empieza a aislar *“acá tengo cinco meses que no me drogo, pero no tengo una vida, bueno si tengo una vida, tengo que trabajar, pero yo me refiero a una vida social de amigos, así de... porque acá todos se drogan, allá [en el lugar donde creció] había quien se drogaba, pero había quienes no se drogaban y conocía a todos y acá no, acá no conozco a nadie, se me hace así como extraño ¿no? así estar solo, de alguna manera, cuando descanso, estoy solo sin hacer nada”* (JVE4P17). *“Es bien feo estar solo, o sea, nada más ir a trabajar y el sábado estar ahí, el domingo descansar e irme a trabajar y ya, es toda mi vida”* (JVE4P16). Folgar (2002), menciona que las personas que tienen usos problemáticos de drogas, construyen a partir del consumo de sustancias psicoactivas, una identidad que les permite “Ser”. Desde esta perspectiva puede ser preferible definirse como “adicto” a “no Ser”.

Ya te arrepentiste, la niñita (JVE2P18)

Por otro lado, para Javier haber cursado un proceso de recuperación, pone en duda sus significados de ser hombre *“pues no saben que vengo a un Centro (de atención para las adicciones) si no sería yo la botana ¿no? [...] Pues empezarían, porque eres mal visto entre ellos. Porqué ellos así lo toman como mal, ‘ya te arrepentiste, la niñita’ lo ven de esa manera”* (JVE2P18). De acuerdo a Calafat et al. (2001), dentro del grupo de consumidores de cocaína, los usuarios que solicitan ayuda, se convierten en fracasados, porque su falta de control es definida como debilidad. Por su parte Núñez (2007a), menciona que la acusación de ser afeminado, es la constante en la socialización masculina y es lo suficientemente poderosa para causar temor y para fortalecer el apego al proyecto de hacerse hombre. Agrega que el uso de la violencia y el estigma basada en el ser o parecer menos hombre, es el telón de fondo de la violencia homofóbica, y es la violencia verbal de los compañeros de juego, del barrio o de la escuela, la que estigmatiza al que se aparta

del modelo viril. Por tanto, son los varones los que asumen una posición de vigilantes, unos de otros, de su propio proceso masculinizador. Para Javier, haber estado en un centro para atención de adicciones, se convierte en un secreto que había que mantener.

La vida sexual de Javier

Tal vez hacía cosas, que en mi juicio no las haría con una pareja (JVE3P8)

Para Javier el consumo de alcohol le facilitaba relacionarse socialmente *“con el alcohol, a mí me pasaba eso, [...] para platicar con alguien, [...] tenía que aventarme dos, tres chelas antes, [...] para desenvolverme, [...] el alcohol me desenvolvía más, podía platicar más [...] o sea, como que era muy tímido, entonces necesitaba del alcohol para poder integrarme” (JVE3P7)*. De igual forma, le facilitaba el contacto con la figura femenina *“empezaba a tomar, como que empezaba a ponerme alegre, y era así que con todas, así me ponía así, pos ora sí que alegre ¿no? y todas platicaban conmigo [...] tenía esa labia y sin tomar no, no podía, o sea, como que me, no era lo mismo, prácticamente no era lo mismo, el alcohol me daba esa seguridad y estaba en mi juicio y pos era así como inseguro” (JVE3P7)*. La desinhibición y el aumento de la sociabilidad, ocasionadas por el consumo de alcohol (Laredo & Lizasoain, 2009), le ofrecen la posibilidad de establecer contacto con la figura femenina.

Asimismo, el consumo de alcohol le permite iniciar el contacto sexual y experimentar mayor placer *“cuando estaba borracho, así como que, como que el alcohol es así como afrodisiaco, te causa así como que, como que un cachondeo, o sea, así cuando estás con [...] una mujer, como que no sé, gozas más el estar así, bueno a mí me pasaba así, como prefería andar así borracho y, así besando a alguien, se me hacía más placentero” (JVE3P7)*. Del mismo modo, se permitía tener mayor avance en el juego sexual, considerando que lo mismo pasaba con sus parejas *“yo creo que el toqueteo ¿no? [...] o sea, la manoseada ¿no? digo, hay pos ciertos límites ¿no? [...] tu siempre vas a buscar la forma de bajar la mano y, digo una persona en su juicio así, te la va a quitar, y estando alcoholizado no, pues siempre es así, te desinhibes completamente, o sea, como que rompes esa barrera de los límites ¿no?” (JVE3P8)*. *“Tal vez hacía cosas, que en mi juicio no las haría con una pareja y pos ella también me permitía hacer muchas cosas ¿no?” (JVE3P8)*. Javier empleaba el consumo de alcohol como un recurso que le permitía experimentar e incrementar el deseo sexual.

El alcohol era un medio por el cual lograba cumplir con el mandato de “conquistador”, *“ni ponían resistencia, pos tú igual en ese momento, en el alcohol no te importa si están feas o*

están guapas, [...] tú a todas las vez guapas ¿no? ya cuando despiertas, 'que hice' con quien me vine a meter ¿no?" (JVE3P8). Con el consumo disminuía la susceptibilidad a un posible rechazo, al mismo tiempo que se permitía experimentar con menor restricción. Salguero (2008), menciona que los varones escuchan discursos en la escuela, la familia y amigos, refiriendo que los hombres deben tener éxito con las mujeres, ser quienes conquisten, y quienes más conquistas tengan, más hombres serán, lo cual forma parte de la identidad masculina.

Cuando inicia el uso de cocaína en polvo, asocia su consumo al intercambio sexual *"las mujeres cuando ya no tienen dinero pos sí, pos siempre buscan lo más fácil ¿no?, pos ahora que hago, pues me prostituyo, y pos tú astutamente 'pos si te doy, pero ¿a cambio de qué? ¿no?' entonces pos... pos siempre salías doble beneficiado, así porque consumías y tenías compañía ¿no? de alguna manera, o sea, a mí, sí me latía estar así"* (JVE3P6). Bellis y Hughes (2004), mencionan que el sexo puede convertirse en un medio para conseguir drogas, debido a que en etapas de abuso o dependencia existen personas que pueden hacer el intercambio de sexo por droga, para Javier esto representaba la posibilidad de relacionarse sexualmente sin mayor dificultad, reforzando su rol masculino como varón sexualmente activo.

No te dan ganas de pensar en sexo, te vuelves totalmente impotente ¿no? (JVE3P8)

Cuando se inserta en el consumo de crack la vida sexual se reduce *"con la cocaína pos es totalmente diferente porque, estás en tu bronca, o sea, de hecho aunque tengas una chava así encuerada, tú estás tan clavado en tu bronca, que no te dan ganas de pensar en sexo en ese momento con ella, [...] te vuelves totalmente impotente ¿no? [...] no piensas en otra cosa más que, en conseguir droga [...] normalmente siempre estas así buscando la droga y no la mujer"* (JVE3P8). Conforme va avanzando su adicción, va justificando su desinterés por las mujeres *"cambia totalmente tu satisfacción, te sientes bien con la droga, es más placentero tal vez, o sea, ponle tú que con una mujer pues también es placentero ¿no? pero, o sea, como que ya hay veces que necesitas más placer ¿no? [...] o sea, el de una mujer pos es un placer diferente, [...] entonces pues a mí me gustaba encerrarme en mi cuarto"* (JVE1P15). Campillo y Romero (1994), mencionan que los usuarios moderados de cocaína obtienen resultados favorables, no obstante, los usuarios crónicos, pierden el interés en cualquier otra actividad que no sea el drogarse. La sexualidad pasa a segundo término y el deterioro físico, les impide tener una relación sexual satisfactoria. Por su parte, Royo-Isach, Magrané, Fernández-Pola y Tosco (2005), mencionan que el uso continuado de cocaína genera disfunciones sexuales y aumenta la inapetencia sexual.

Javier prefería el consumo de cocaína *“había veces que estábamos así tomando y luego ya estábamos así en el beso, pero me ganaba más las ganas de irme a drogar, o sea, me entraba así de repente [...] ese deseo de drogarme, y luego le decía, ‘¡No, mejor ya vámonos!’ , pero era por irme a drogar ¿no?”* (JVE3P15). *“Pues prácticamente [...] cambié a la droga por las chicas ¿no?”* (JVE1P14). Castaneda, Franco, Galanter, Kim y Lifshutz (1992), en un estudio encontraron que el efecto que produce la cocaína en la respuesta sexual, depende de la vía de administración, los inhaladores de clorhidrato de cocaína, tienen menores niveles de cocaína en la sangre que los fumadores de cocaína base o crack, por lo cual, el deseo sexual disminuye considerablemente con el uso prolongado de crack, así como el rendimiento sexual y la capacidad de disfrutar del sexo.

Los efectos que provoca en la sexualidad de los varones el uso crónico de cocaína, va en contra de una de las premisas centrales de los discursos dominantes de las masculinidades, demostrar de manera permanente su virilidad (Kimmel, 1997), pensando la sexualidad en términos de conquista y rendimiento, como una manera de probar su masculinidad frente a los pares (Seidler, 1995).

Javier no es ajeno a estas premisas, cuando se encontraba en los periodos de consumo crónico de crack, no presentaba deseo, ni buscaba tener actividad sexual, sin embargo, cuando detenía el consumo, lograba reconocer el deterioro físico, el desinterés en su vida sexual y la carencia de un vínculo de pareja. Los sentimientos de frustración que solían generarse en este sentido, se sumaban a otros, provocados en otras áreas de su vida, como la familiar, social y emocional. En los periodos de mayor consumo, asumir los discursos dominantes de las masculinidades, pasa a segundo término, no obstante, nunca dejan de ser un eje central en la construcción de identidad.

Imagínate ¡todavía puedo tener una chava! (JVE2P19)

Cuando se encontraba en el proceso de hospitalización para la desintoxicación del consumo de sustancias psicoactivas, conoce a Laura, que también cursaba un internamiento por uso de crack en la misma unidad, con quien establece una relación de pareja. Para Javier la relación implicó diversos significados *“cuando entró esa chava (a la clínica residencial) yo iba muy bien [...] y me empieza a cambiar así totalmente, pero ¿por qué? porque yo ya tenía mucho tiempo así que no tenía una pareja, sí tenía aventuras así con las chavas, pero eran aventuras [...] no lo vives así como persona, sino lo vives en ese momento en la fiesta ¿no? enton’s, [...] empiezo a platicar con ella y empiezo a ver las cosas diferentes [...] no pues imagínate ‘¡todavía puedo tener una chava!’”* (JVE2P19). Para

Javier, relacionarse con Laura sin recurrir al uso de sustancia psicoactivas, significó identificar que podía ser atractivo, haciendo evidente que para él existe un modelo de varón ideal, del cual, no se sentía cercano.

Debido a un enojo con ella fue cuando empecé a tomar (JVE1P24)

Al salir del internamiento la relación se va haciendo más cercana, al mismo tiempo que empiezan a surgir dificultades. Después de una discusión, Javier retoma el consumo de alcohol *“debido a un enojo con ella fue cuando empecé a tomar así otra vez, y de ahí esa borrachera despertó otra vez así esas, o sea, porque yo no puedo tomar, o sea, yo tomo y enseguida se me antoja la droga, o sea, la cocaína, entonces empecé a tomar y me aguanté esa vez el consumir, y ya después no, ya después lo hice sin tomar, porque ya tenía ese antojo de consumir” (JVE1P24)*. El consumir alcohol, para Javier representa el inicio del proceso de una recaída. Pastor, Llopis y Baquero (2003) mencionan, que se ha observado en personas que solicitan tratamiento por consumo simultáneo de alcohol y cocaína, que cuando están en periodo de abstinencia, la sola ingesta de alcohol puede representar un detonante del deseo y búsqueda compulsiva de consumir cocaína. Calafat et al. (2001), agregan que además de la complementariedad química y funcional entre el alcohol y cocaína, también existe una relación simbólica entre estas dos sustancias. Así el deseo detonado por el consumo de alcohol y los significados asociados al crack – placer, satisfacción, etc. –, juegan un papel fundamental para retomar el consumo.

Poco tiempo después, presenta varios consumos de crack en compañía de Laura. No obstante, los conflictos incrementan en la relación, dado que se presentan dificultades económicas para conseguir la sustancia. Laura reinicia una relación sentimental con una ex pareja, sin comentarlo con Javier, a quien le continúa pidiendo dinero para pagar las sustancias que consumían, sin embargo, parte del dinero, ella lo destinaba para comprar la droga que utilizaba con su nueva pareja. Al darse cuenta Javier, decide terminar la relación, sin embargo, esta experiencia le deja dudas e incertidumbre respecto a la posibilidad de poder establecer una nueva relación y del valor de sí mismo como varón.

Que penoso decirle [a una mujer] que estoy en tratamiento ¡cómo crees! (JVE1P14)

Javier retoma el tratamiento y vuelve a mantener la abstinencia, sin embargo, haber sido usuario de sustancias psicoactivas, se transforma en un secreto *“es muy difícil que en una escuela conozcas a alguien que no se vaya a una fiesta, por lo menos que no fume, todas las personas fuman o toman ¿no?, se me hace riesgoso que me digan ‘¿oye no quieres un cigarro?’, ‘¡No, pues no puedo!, porque estoy en tratamiento’” (JVE1P11)*. De acuerdo a

Rubio (2001), ser percibido como consumidor de drogas marca negativamente la vida social del individuo, produciéndose una construcción social referencial bajo el estigma de drogadicto o toxicómano, lo cual se traduce en una posición social diferente o inferior. En este sentido, para Javier hablar sobre su historia de consumo de sustancias psicoactivas, lo coloca ante ciertos dilemas que le resulta difícil resolver.

Por un lado, recibir invitaciones para consumir alcohol, como una actividad cotidiana, pero que para él, puede significar iniciar el proceso de recaída *“a mí me cuesta mucho trabajo decir no, porque siempre me pongo a pensar qué van a decir los demás, [...] ese es mi miedo el enfrentar y el volverme a drogar, [...] yo pruebo una droga y ora sí que [...] me sigo”* (JVE1P12). El hecho de negarse, lo confronta con la dificultad de reconocerse vulnerable. Figueroa (2007b), menciona que para los varones existe mayor dificultad para asumir cierto nivel de fragilidad y debilidad. Lo cual, para Javier se vuelve relevante, dado que él había aprendido a través de su historia que ser varón implicaba aceptar el reto.

Por otro lado, se enfrenta al dilema de hablar sobre su historia de adicción ante la figura femenina *“para mí, sería penoso decirle [a una mujer] que estoy en tratamiento ¡cómo crees!”* (JVE1P14). *“Es mejor mantenerlo [...] en secreto, o tal vez, ya con el tiempo que la conozca más, decirle ‘pues pasó esta situación’ ¿no? pero así como que llegar y decirle ‘no pues era un adicto’ pues como que no verdad, pues como que no somos muy bien vistos”* (JVE1P12). Si bien es cierto, como lo menciona Rubio (2001), el riesgo de ser estigmatizado está presente, para Javier un elemento relevante, es que en su imaginario, los varones tienen que ser “fuertes y agresivos”, para que sean deseados por las mujeres, sintiéndose en desventaja por su historia de consumo. Marqués (1997), menciona que en una sociedad patriarcal, una de las consignas básicas para los varones, es que tienen que ser exitosos.

La vida emocional de Javier

Se ponía así de que ‘me voy a matar’, de alguna manera lo fui imitando (JVE4P8)

Desde que era niño, los constantes eventos de violencia en casa, hacen que Javier experimente una serie de emociones como temor, angustia e incertidumbre, que le provocaban deseos de salir o evadirse del núcleo familiar. A temprana edad, empiezan a aparecer las primeras ideas asociadas a la muerte *“ya traía esos problemas desde niño, así de, ya no querer vivir [...] pos pensaba así como que... ya no vivir, este, en irme de mi casa”* (JVE3P1). Corsi (2003), menciona que dentro de las consecuencias de la violencia en el

ámbito familiar se encuentran la depresión y la ansiedad, por lo que la niñez de Javier estuvo acompañada de sentimientos de tristeza, angustia y soledad.

Javier desde niño, escucha en voz de su padre, la idea del suicidio *“a veces llegaba él y... nosotros éramos unos niños y se ponía así de que ‘me voy a matar’, o sea, así ya borracho ¿no?, entonces pues nosotros tratábamos de detenerlo ¿no?”* (JVE1P1). *“De alguna manera lo fui imitando ¿no? porque él también fue cobarde, porque también siempre se refugió en el alcohol, o sea, igual yo”* (JVE4P8). *“Pos hasta en la manera de que él también se quería matar, y yo también pasé eso, pasé por eso”* (JVE4P8). De acuerdo a Cohen (2010), el comportamiento suicida es una conducta que convoca a la imitación en el núcleo familiar, no obstante, hace énfasis, en que no siempre suele haber una relación directa. Sin embargo, abre la posibilidad de considerar que las conductas suicidas forman parte de los estilos o medios que existen en las familias para expresar o canalizar sus emociones. En el caso de Javier, desde pequeño escuchó a través de su padre, que la muerte era una alternativa a las adversidades.

Para qué quiero vivir, sí tengo muchos problemas (JVE2P3)

Cuando se encontraba en el periodo de mayor consumo de cocaína, entre los 15 y 20 años de edad, presenta cambios en sus estados emocionales *“los problemas emocionales que también te causa la droga [...] o sea, en ese momento estás bien, pero cuando se te pasa el efecto de la cocaína, esa depresión que te causa [...] o sea, cambió mi vida totalmente”* (JVE1P5). Cruz (2007) afirma que cuando el organismo ha desarrollado neuroadaptación a la sustancia y el consumo se interrumpe, se producen efectos depresores generalizados como cansancio, sueño, ansiedad y depresión.

Durante los estados depresivos, posteriores al consumo, Javier recordaba los eventos de violencia en casa, los conflictos familiares, el bajo rendimiento escolar, lo cual, hace presente el deseo de morir, que ya en su niñez había experimentado *“no sé, yo realmente en esos momentos tenía ganas de morirme ¿no?, o sea, yo decía ‘para qué quiero vivir, sí tengo muchos problemas’ ¿no? esa era mi solución, yo le pedía a Dios ‘Pos si me quieres, que un día amanezca muerto’”* (JVE2P3). Sí bien es cierto que la depresión es parte del síndrome de abstinencia, la idea de morir acompañó a Javier desde que era niño.

Cuando fallece su madre, se da un fuerte aumento en el consumo de clorhidrato de cocaína *“le reclamaba mucho a Dios, renegaba que se había llevado a mi mamá”* (JVE2P15). A partir de este momento empieza a concretar las ideas de morir *“ya me quería*

morir y me aventé diez chochos¹¹, pos no me levanté como tres días, ahí estaba con unos cuates en un cuarto, ahí sí, si no me morí, yo creo que fue de milagro, porque los chochos pos son fuertes, entonces ya desperté y todavía seguí fumando mariguana, y nada más despertaba, y a drogarme” (JVE2P16). Por primera vez, empieza a poner en acciones concretas las ideas de morir. De Keijzer (1997), menciona que el suicidio puede tener una estrecha relación con la dificultad masculina de enfrentar situaciones de derrota, dolor, tristeza y soledad, agregado a ello la incapacidad para pedir ayuda, petición que supone debilidad y una situación de menor poder. Figueroa (2007b), agrega que pedir ayuda, para los varones, implica reconocer cierto nivel de debilidad y fragilidad.

Quando recordaba la muerte de su madre, y pensaba en el estado de deterioro en que se encontraba por el uso de sustancias psicoactivas, el consumo incrementaba *“tocas fondo totalmente, dices ‘chin... no tengo otro remedio’ te sientes totalmente abajo ¿no? [...] te pones a pensar todas esas cosas, que ya no tienes un trabajo, que ya no tienes una escuela donde estudiar, por qué, porque la perdiste, pierdes hasta amigos, amigos que realmente son tus amigos, te quedas totalmente solo, y con la gente que es adicta, si no traes dinero, pues lógicamente que no te van a dar, entonces te quedas totalmente en la soledad, es cuando empiezas a tocar fondo y dices chin.....yo me empecé a desesperar, si tenía mi casa, tenía mi familia qué, qué estoy haciendo aquí” (JVE2P13).* Javier a través de su trayectoria de vida, fue construyendo los significados de ser hombre asociados al consumo de sustancias psicoactivas, sobrevalorando la autonomía, la diversión y el reconocimiento social en su grupo de pares, valores importantes en los discursos dominantes de las masculinidades, sin embargo, a través del consumo crónico se va confrontando con la pérdida de estas capacidades, experimentando una serie de emociones como tristeza, soledad, culpa, arrepentimiento, angustia e incertidumbre. Son estos periodos de crisis y las invitaciones de su familia que lo motivan a ingresar a un tratamiento residencial para interrumpir el consumo de sustancias psicoactivas.

*¡Chin!, pus ya la volví a regar, mejor me hubiera muerto, quedado en un pasón
(JVE2P4)*

Quando egresa del tratamiento residencial, reconoce que el uso de drogas era un medio a través del cual lograba canalizar sus emociones, cuando deja de consumir se le presenta el reto de aprender nuevas formas de expresión *“es lo más normal de cualquier adicto, o*

¹¹ “Chochos” es el nombre coloquial que se le da a las benzodicepinas, que son compuestos que también se conocen como sedantes, depresores o tranquilizantes, alivian la tensión subjetiva. Las benzodicepinas tienen un alto potencial adictivo (Cruz, 2007).

sea, de que te enojas o pasa algo y luego, luego lo primero es a consumir, es inevitable para un adicto” (JVE1P20). Seidler (1995), menciona que los varones aprenden a relacionarse con sus emociones como si fueran algo externo a ellos, y no han ensayado el hacer contacto con el dolor, sino a huir de él, sin considerar que pueden responsabilizarse. Asimismo, agrega que los hombres aprenden a no considerar a las emociones ni a los sentimientos como fuentes de conocimiento. Para Javier, una emoción que aparece con mayor intensidad es el temor de llevar a cabo un proyecto de vida sin consumo de sustancias psicoactivas.

Encuentra dificultad para poder dar sentido a sus actividades sin consumo *“el no drogarme y el no tomar es aburrido, así como que, ‘¡vamos a una fiesta!’, ‘¡No pues que hueva!, pues si no voy a tomar’, entonces ya para mí, ya se me volvió algo aburrido, o sea, por eso, yo para divertirme pues ya como que necesito, estar así ¿no? tomado” (JVE1P13).* La abstinencia se convierte en una carga difícil de sobrellevar.

Asimismo, se conjuga con el peso del estigma de haber sido usuario de sustancias psicoactivas, lo cual, mantiene en secreto *“voy a empezar a conocer gente, gente nueva que no sabe mi situación, entonces pues me va a poder ofrecer ‘oye pues tomate algo’ pues él en buena onda me lo puede decir ¿no? pero pues sí, ahí va a ser mi reto, el ir a las fiestas y sin consumir, ahorita ya no puedo ir a una fiesta y consumir, pero para mí, si no hay alcohol y si no hay droga, para mí ya no es fiesta” (JVE1P13).* La dificultad para poder hablar sobre el consumo de sustancias psicoactivas, lo va aislando y le impiden establecer nuevas redes sociales, colocándose en un estado de tristeza, soledad, confusión y desesperación.

Cuando recae la primera vez, después de su tratamiento en la clínica, se intensifican los temores *“¡Chin!, pus ya la volví a regar’ y otra vez la voy a agarrar de cada ocho días y otra vez voy a dejar mi trabajo, qué va a pasar, [...] ‘y a dónde voy a ir’ y ya me ponía a pensar en mi edad, yo decía ‘es que ya tengo 26 años, o sea, qué voy a hacer ya no soy un niño’, entonces, pos sí me empezaba a preocupar así” (JVE2P4).* *“Cuando dejo de consumir, es cuando más, te llega la cruda moral [...] eran muchas preocupaciones para mí, porque otra vez empezar de cero y también tenía mucho ese deseo de consumir” (JVE2P5).* *“Entonces en esos momentos empecé a crear eso de que mejor me hubiera muerto, me hubiera quedado en un pasón” (JVE2P4).* Las ideas de muerte vuelven a aparecer.

Estar en abstinencia, enfrenta a Javier a diversos dilemas: luchar contra la adicción que se hacía presente a través del deseo de consumo, construir un nuevo modelo de varón que no incluyera el consumo de sustancias psicoactivas –contrario al modelo, en el cual había creído– la incertidumbre de poder establecer una nueva relación de pareja, tener una nueva red social que no haga uso de drogas y mantener el secreto de haber estado en un tratamiento para las adicciones. Contradicciones que posiblemente influyeron en una segunda recaída en el consumo de crack, de la cual no logra recuperarse, diez meses después decide suicidarse.

Cohen (2010), menciona que en nuestra cultura, el suicidio es considerado como la expresión de una enfermedad mental. Sin embargo, agrega la autora, que la muerte voluntaria continua siendo, pese a todo, una opción intrínseca al existir, lo cual implica interrogarse sobre el sentido o sinsentido de la existencia.

Javier a través de su historia fue aprendiendo que su significado de ser varón estaba asociado al consumo de sustancias psicoactivas, sin embargo, había llegado a un punto que no podía seguir consumiendo, los daños en su salud, en su familia y en su capacidad de autonomía se lo impedían. No obstante, dejar de consumir, lo enfrentaba a construir un mundo que no había imaginado y en el cual no se sentía cómodo. Fachel (1997), menciona que cuando una cultura lleva a una persona a construir una identidad tan entrelazada con ciertas prácticas, el momento de separarse de este ambiente es muy doloroso, independientemente de las alternativas posibles que se le presenten. Por tanto, el dolor de la separación tal vez sea mayor que el de la autoaniquilación.

LA TRAYECTORIA DE VIDA DE JASO

“andaba bien coqueado, esa mezcla de adrenalina y sustancias me gustaba, me excitaba, me hacía explotar”

Trayectoria de Jaso

La madre de Jaso es originaria del estado de Puebla, cursó educación básica y durante la infancia de éste, se dedicó al trabajo doméstico en casa. Su padre era oriundo del Distrito Federal, tenía estudios básicos y se desempeñaba como mesero, generalmente consumía alcohol en exceso, por lo que había constantes carencias económicas y afectivas. Desde que se conforma la familia, radican en una colonia popular en el poniente de la Ciudad de México.

Jaso es un hombre de estatura media, complexión delgada pero atlética, de tez morena clara, con mirada profunda, por momentos altiva y desafiante. Cuando nace presenta un retraso en el desarrollo, condición que considera influyó para que su madre y sus dos hermanas mayores le proporcionaran una serie de cuidados y sobreprotección hasta la adolescencia.

A los 12 años de edad, sufre abuso sexual por un maestro cuando cursa el primer grado de secundaria, evento que perdura durante el primero y segundo grado, lo cual, guarda en secreto hasta tiempo después. Cuando esto acontecía, su padre es asesinado durante una riña en el desarrollo de un juego de fútbol amateur; ambas situaciones tendrán un impacto importante en su vida.

Continúa con sus estudios, a los 21 años termina la carrera de Técnico en Bebidas y Alimentos, saliendo a laborar por un tiempo de ocho meses aproximadamente, en diversos Estados de la República.

A los 22 años de edad regresa a la Ciudad de México, poco tiempo después ingresa a un Centro de Readaptación Social, por el delito de robo de auto, logrando salir cinco meses después bajo libertad preparatoria, que implicó acudir a firmar en los juzgados cada mes. Durante el tiempo que estuvo privado de su libertad recibe el apoyo de su madre, así como de Siwua, su novia, con quien recientemente había iniciado una relación de pareja.

Pocos meses después de salir de prisión se embarazan, por lo que deciden vivir juntos, integrando con ellos a dos hijas de Siwua, que había concebido en una relación previa. Jaso mantenía cierta estabilidad laboral trabajando como encargado de un bar.

Un mes después de que nace su hija, Jaso reingresa a un Centro de Readaptación Social por el delito de Robo, situación que lo confronta consigo mismo. No obstante, logra salir cinco meses después absuelto de todos los cargos.

Para este momento tenía 25 años de edad, siendo el periodo de mayor consumo de crack, durante este tiempo empieza a tener dificultades principalmente con su familia, lo cual, lo lleva a solicitar ingresar a un tratamiento a la clínica, para interrumpir el consumo de sustancias psicoactivas.

Construyendo los significados de ser varón asociados al consumo de sustancias psicoactivas desde el ámbito familiar

Mis tíos eran dealers, era gente pesada (JSE3P3)

En la familia extensa de Jaso, el consumo de sustancias psicoactivas era una práctica cotidiana, lo cual, promueve que desde niño tuviera contacto con el uso de cannabis “*con un tío fue con el primero que olí la marihuana, porque andaba fumando en casa, yo era pequeño, iba en el kínder*” (JSE3P1). “*Tengo recuerdo de dos o tres tíos, que consumían cocaína, crack, la mayoría alcohólicos, mis sobrinos y mis primos igual*” (JSE3P1). Jaso identifica que el consumo de sustancias psicoactivas era una actividad habitual en los varones de la familia.

Así, es a través de la interacción familiar que va incorporando significados relacionados al uso de sustancias “*ir a ver a los tíos que tenían sus paquetes de mota, de coca, mi papá bien que sabía dónde nos llevaba ‘jno toques eso!, jno te acerques ahí!’*, cosas de ese tipo, los tíos también eran dealers, era gente pesada” (JSE3P3). Al nombrar a sus tíos como “gente pesada”, hace evidente la alta valoración por las actividades de venta y consumo de sustancias psicoactivas. Por tanto, aprende que estas prácticas definen posiciones de poder y prestigio entre los varones.

En su familia nuclear, también era común el uso de sustancias psicoactivas “*mi papá [...] era alcohólico, le gustaba mucho tomar*” (JSE1P1). “*Se le hacía chistoso que yo también probara algo de alcohol o algo de cerveza, o que me estuviera robando el cigarro a escondidas de los mismos invitados, lo veía normal*” (JSE1P2). “*A mi mamá [...] le gustaba mucho fumar tabaco, parte de ahí comenzó mi adicción, yo recuerdo que le encendía sus cigarros, tenía cuatro o cinco años o menos y le decía ‘¡mamá, mamá déjame encenderte el cigarro! ¿No?’*, y *graciosamente a mi mamá se le hacía algo chistoso*” (JSE1P1). Así, su padre y madre, a través del proceso de socialización (Schmukler, 2001), muestran modelos que “naturalizan” el consumo de sustancias psicoactivas, asociándolo a significados de diversión.

Mi papá era mi imagen a seguir, perderlo fue, como perder esa imagen (JSE3P9)

Cuando tenía doce años, su padre muere en una riña *“murió en su pasión, murió jugando futbol, murió como era él, metiéndose en pleitos, [...] era la final de un torneo, se hace la riña y de repente pues sacaron una pistola y empezaron a disparar a quemarropa, le dispararon a mi papá” (JSE1P10)*. Para Jaso, la muerte de su padre resulta un evento muy significativo, no sólo por tener que transitar el duelo por una figura afectivamente importante, sino porque enfrenta la pérdida de un modelo de ser hombre *“mi papá era mi imagen a seguir, entonces el perderlo fue, como que se perdió esa imagen, o sea, no tuve de quien más tener ese conocimiento como yo lo quería obtener, mi papá era, hasta donde yo sé, pues muy cabrón para darse en la madre con cualquier persona en la calle, tenía unas manos muy curtidas, este... era una persona muy dura ¿no?” (JSE3P9)*. Jaso había venido construyendo, en la interacción con su padre, un modelo de varón en el cual la manifestación de violencia y consumo de sustancias psicoactivas eran prácticas fundamentales para definirse como hombre, ideal que intentará alcanzar en los próximos años.

[Mi madre] me trataba como si estuviera criando una mujercita (JSE3P5)

Jaso describe que desde pequeño la relación con su madre estuvo matizada por la sobreprotección, sin embargo, después del fallecimiento de su padre, los cuidados sobre él incrementan *“nacé bajo de peso, estuve en incubadora como un mes y desde que tengo recuerdos de mi infancia, [...] era de estar en hospitales, [...] no podía salir a la calle, [...] no podía jugar [...] con la tierra, con la grava, [...] siempre sentía la sobreprotección de mi madre ‘¡no hagas, esto, no hagas lo otro, ten cuidado!’” (JSE3P5)*. Consideraba que el cuidado de su madre era excesivo *“nadie me podía hacer nada, porque iba mi mamá a hablar con los niños o con la mamá de los niños, entonces siento que influyó mucho en mi vida ¿no?, como se lo he dicho, no es lo mismo criar a dos mujeres y un varón, y a mí me crío, como si estuviera criando a una mujercita” (JSE3P5)*. Al quedar en un núcleo familiar integrado sólo por mujeres, resiente aun más, la ausencia de la figura paterna, dado que este significaba el vínculo con el mundo de los varones, que había conocido en la interacción con los tíos.

La relación de sobreprotección de su madre y hermanas, influye sobre los significados que tiene de sí mismo *“siento que me introdujeron en mi pensamiento esa creencia, pero yo no me sentía débil como tal, si me daba cuenta que era una persona delgada, pero, o sea, eso a mí no me hacía ser menos que los demás, pero las palabras de mi mamá, siempre*

eran de que yo no podía ‘tú no puedes hacer eso, es peligroso’” (JSE3P5). Para él, los cuidados eran exclusivos de las mujeres, sentir que lo trataban de acuerdo a este parámetro, lo llevará a buscar probarse a sí mismo y ante los demás, que no mostraba cualidades asociadas al modelo femenino, como la vulnerabilidad y la debilidad, y por tanto, podía correr riesgos. Kimmel (1997), afirma que la masculinidad implica un repudio por aquello asociado a lo femenino.

Me hacían sentir bien, fue ahí cuando comencé a tener gusto por las drogas (JSE3P6)

En la búsqueda de distanciarse del modelo femenino, el mundo de consumo de sustancias psicoactivas le ofrece la posibilidad de reafirmarse en prácticas legitimadas para los varones *“pues comencé con las rebeldías, el cigarrito, la cervecita, me decía [mi madre] ‘no hagas esto’ y lo hacía, mi curiosidad de ‘¿qué tienen de malo las drogas?’, fue ahí cuando comencé a tener más gusto por las drogas” (JSE3P6).* *“Como que la droga saca una personalidad de ti que no tienes [...] era más atrabancado, más acelerado, me valía madres todo, no me media” (JSE3P7).* El consumo de sustancias psicoactivas le ofrece un espacio, en el cual, puede poner en práctica una serie de conductas temerarias y de riesgo que le dan un sentido diferente a su ser hombre.

Cuando tenía 13 años, inicia el consumo de sustancias psicoactivas con regularidad *“era yo un adolescente, tenía doce, trece años, pues para entrar en el círculo de amigos ¿no?, así era aceptado por los demás compañeros de la escuela, por gente del barrio, porque era lo que los adultos hacían, por eso era lo que yo hacía [...] las típicas aguas locas, mezcal con agua y kool-Aid, fue mi primer consumo” (JSE1P2).* Menéndez y Di Pardo (1998), menciona que hacer uso de alcohol hace referencia a las condiciones de poder y culturales que operan en los grupos, hacer uso de alcohol para Jaso implica asumir una posición de poder entre sus pares, así como incorporar las prácticas legitimadas para tal fin en su entorno.

A los 16 años inicia el consumo de clorhidrato de cocaína con sus primos *“una ocasión estuve en la fiesta con ellos, y estuvimos consumiendo coca, y la verdad, fue una fiesta que me la pasé muy chido, anduve en el centro, tenía como 16, 17 años, y anduvimos haciendo locura y media, chupando, conociendo a sus amigas, y pus, yo era de otro barrio y me veían que era una persona muy aventada, entonces, pues les agradaba ¿no?, y yo me sentía otra vez importante [...] destacaba entre las gentes malas, sobre todo con mis primos” (JSE3P3).* Jaso aprende que el consumo de sustancias psicoactivas era una forma de resaltar entre sus pares, mostrándose fuerte y atrevido. Romaní (1997) menciona al respecto, que el uso de sustancias psicoactivas, implica tener expectativas sobre lo que se

consigue siendo drogadicto, como la identificación con ciertos pares y con rituales específicos. Para Jaso el uso de sustancias psicoactivas implicaba reafirmar una posición de poder dentro de su grupo.

A partir de ese momento, continúa el consumo de clorhidrato de cocaína con otro primo, quien vivía en la misma casa, experimentando también con otras sustancias como el crack y LSD, sin embargo, estas últimas solo quedan en uso experimental. Poco tiempo después, su primo muere al caer de la azotea, estando bajo los efectos de diversas sustancias, ante este evento interrumpe el consumo por un breve periodo, no obstante, lo retoma más adelante. Entre los 17 y 21 años de edad, continua con consumo regular de alcohol y cocaína en forma ocasional. La convivencia con su familia era menor, el contexto de pares y el consumo de sustancias psicoactivas ocupan gran parte de su tiempo.

A los 21 años concluye sus estudios como Técnico en Bebidas y Alimentos, lo cual coincide con la ruptura de una relación de pareja, en la cual, había establecido un vínculo afectivo importante durante su carrera. Terminar la relación y considerar que tenía mayores posibilidades de incorporarse a laborar en su campo en el interior de la república, lo llevan a tomar la decisión de migrar por diferentes estados. Durante este periodo tiene un incremento en el uso de crack, llegando a tener periodos de consumo diario.

Andar consumiendo y todavía vivir bajo las faldas de mi madre (JSE2P10)

Ocho meses después regresa a la Ciudad de México, sin embargo, empieza a cuestionarse el regreso a la casa materna *“yo quería ser independiente pero no lo podía ser, porque yo ya estaba muy apegado a mi madre, no tener un lugar propio, no sé, yo me veía para esa edad, tal vez hasta con casa, pero tanto era el miedo de quedarme solo, el no poder enfrentar la vida y fracasar” (JSE3P13). “Andar consumiendo, andar en fiestas, ser irresponsable y todavía vivir bajo... las faldas de mi madre” (JSE2P10)*. Regresar a casa de su madre, para él significaba cumplir la profecía que le habían vaticinado desde niño, acerca de “no poder” ser un hombre independiente. Jaso había aprendido que ser hombre implicaba ser fuerte, capaz, y ostentar el control, definición asociada a los discursos dominantes de la masculinidad (Kimmel, 1997).

Romaní (1997), propone que habría que entender los significados que adquiere el consumo de sustancias psicoactivas en contextos particulares. Para Jaso, el consumo implicaba diferenciarse del modelo femenino y acercarse al modelo masculino a través de obtener reconocimiento y prestigio entre sus pares. Sin embargo, con relación a su madre y familia, no sentía la capacidad de vivir en forma independiente a la supervisión familiar.

La gran decepción ¿Qué estaba haciendo con mi vida para merecer eso? (JSE3P16)

A los 22 años ingresa por primera vez a un Centro de Readaptación Social, acusado del delito de robo de auto, a decir de Jaso, sin fundamento. Acepta que en el momento de la detención había fumado marihuana e ingerido alcohol moderadamente, sin llegar a perder el control de su conducta, no obstante, los policías argumentaron que por el consumo, no recordaba lo sucedido. Zapata (2011), menciona que el 42.7 % de los presos en las cárceles mexicanas son inocentes, pero en la práctica están en la cárcel como si fueran culpables.

El ingreso al centro de readaptación fue una experiencia contradictoria *“desde que sales de la delegación, te ponen unas esposas en tus manos, pus, es algo fuerte, el sentirte atado, el ver como dejas a tu familia, la gran decepción ¿qué sucedía?, ¿qué estaba haciendo con mi vida para merecer eso? ¿No?” (JSE3P16)*. Jaso a través de su entorno familiar y social, había aprendido que el consumo de sustancias psicoactivas, era una práctica normal en los varones, y además, estaba asociada a obtener prestigio y reconocimiento. Sin embargo, conocer la vulnerabilidad que el consumo representa – como por ejemplo ser acusado falsamente – resulta una experiencia que lo enfrenta a los significados aprendidos, es decir, por un lado, el uso de sustancias psicoactivas representaba un recurso para obtener una posición de poder, y por otro, significaba dolor emocional y vulnerabilidad.

Como varón tienes que responder por una familia (JSE4P3)

Durante su estancia en la cárcel interrumpe el consumo de crack, a pesar, que dentro de prisión la oferta es muy alta¹². Uno de los motivos que lo llevan a abstenerse es no perjudicar a su familia *“yo creo como varón, tienes que responder al fin de cuentas por una familia [...] mi madre y mis hermanas, y ellas no pueden soportar ver al hombre de la casa en un estado malo, en un estado crítico” (JSE4P3)*. *“Empecé a valorar a mi familia” (JSE4P18)*. Dentro de las premisas de los discursos dominantes de la masculinidad, el cuidado de la familia es una premisa central (Marqués, 1997). Jaso reconocía que fumar esa sustancia, podría implicar perder el control y afectar aún más a su madre y su pareja.

¹² De acuerdo a un análisis realizado a través del Programa Coordinado de Prevención y Tratamiento para el Uso, Abuso y Dependencia a las Drogas en las cárceles de la ciudad de México; los centros de reclusión exceden la media nacional en consumo de drogas, siendo la cocaína y la marihuana las sustancias más utilizadas por la población (Bolaños 2010). En este sentido, la venta de cocaína base o crack –que suele generar consumos compulsivos– representa grandes ganancias para las organizaciones que controlan su distribución. Generalmente la deuda que los internos adquieren para conseguir la sustancia, se vuelve un medio para extorsionar a sus familias, bajo la amenaza de causarles daño si no cubren el adeudo.

A los cinco meses, sale de prisión amparado en el beneficio de libertad preparatoria, que implicaba acudir a los juzgados correspondientes, a firmar una vez al mes, durante el tiempo que faltaba de sentencia.

Tres años después, cuando tenía 25 años de edad, reingresa a prisión por segunda vez – al salir de un bar en el cual laboraba, presenta una riña con una persona que lo acusa de robo –, debido a su situación jurídica – libertad preparatoria – reingresa a la cárcel de manera inmediata. Para este momento, su hija tenía un mes de nacida, nuevamente interrumpe el consumo de crack *“mi pensamiento estaba más enfocado en ella, esto me ayudaba a salir adelante” (JSE4P21)*. A pesar de haber retomado el consumo de crack, cuando sale de prisión la primera vez, lo vuelve a evitar durante su segunda estancia en prisión.

Una cruda moral fue lo que me hizo cambiar (JSE4P5)

Durante los dos años posteriores a su segunda salida de prisión, el consumo de crack incrementa notablemente, descuidando las responsabilidades que tenía asignadas en la familia, *“me atrevo a decir que una cruda moral fue lo que me hizo cambiar mi pensamiento hacia con mi consumo [...] dejé a mi hija media hora sola, por ir a conseguir una dosis, fue una total irresponsabilidad y fue lo que más me quebró este, moralmente ¿no? [...] desencadenó una serie de problemas, con mi esposa, con mi familia [...] eso me hizo, como que asentar los pies en la tierra, que me estaba destruyendo y me estaba llevando a mis hijas y a toda mi familia que me quiere, entre las patas ¿no?” (JSE4P5)*. De acuerdo a Olavarría (2006), una de las atribuciones de los varones es la protección de la familia. Premisa que lo fortalece para abstenerse del consumo de crack dentro de prisión, así como iniciar su proceso de recuperación. Cabe resaltar que los discursos dominantes sobre ser hombre, también pueden representar ciertas ventajas para los varones, como significar un límite a su conducta. Durante sus estancias en prisión, evita el consumo de crack, una sustancia que implicaba entrar en periodos de consumo compulsivo, cambiando por mariguana, que por sus efectos psicoactivos le proporcionaba estados de relajación.

Ser consumidor no me era fácil, siendo la cabeza de una familia (JSE4P5)

Para Jaso, no controlar el consumo de crack y por tanto no asumir las responsabilidades que consideraba inherentes a su rol de varón, le genera un conflicto consigo mismo *“el manejar esto no me era fácil, pues siendo varón ¿no?, siendo la cabeza de una familia, pues no me era nada fácil enfrentar este problema, [...] porque esperan, yo creo que del*

hombre de la casa, algo diferente ¿no?, una persona bien centrada, bien cimentada, conforme a lo que quiere, con buenas bases, con buenos pilares, pero, muchas veces, pues el consumo te hace olvidarte hasta de ti mismo totalmente, o sea, hasta de tu aspecto físico, de tu limpieza, de tu persona” (JSE4P5). De acuerdo a Marqués (1997), la consigna básica para los varones dentro de una sociedad patriarcal es “ser y tener que ser importante” y es la familia uno de los espacios reservados para mostrar su preponderancia, para Jaso no lograr cubrir este mandato y olvidarse hasta de sí mismo, lo coloca en un estado de angustia, que en ocasiones contribuía para incrementar el consumo de sustancias psicoactivas.

La vida sexual de Jaso

La experiencia del abuso sexual fue como sacudirme ¿no? (JSE3P12)

Cuando tenía 12 años, poco tiempo antes de la muerte de su padre sufre un abuso sexual *“eso fue en la secundaria, incluso mi papá todavía vivía, fue con un profesor [...] yo no me considero que me mostrara como un gay, o una persona bisexual, o de otro tipo, [...] de repente, comenzó a tocarme íntimamente, y yo pus más que nada sorprendido, [...] no sabía cómo reaccionar, pues yo era de los más pequeños de mi salón, y este profesor, pus era una persona corpulenta [...] me causaba miedo el saber como fuera a reaccionar, y poco a poco se fueron dando más estos sucesos [...] él era el que tenía sexo oral conmigo, yo hacia él dárselo, nunca” (JSE2P11).* La conducta de abuso sexual se mantiene aproximadamente dos años y medio. Torres (2001), menciona que cuando se produce un episodio de abuso sexual, el menor no tiene la madurez intelectual para entender lo que está ocurriendo. Asimismo, agrega que el abuso sexual basado en la seducción, puede provocar un daño más serio, debido a que los niños no se perciben como víctimas, sino como copartícipes de algo muy grave, algo reprobable. A raíz de este suceso, surgen en Jaso, una serie de dudas, como saber si él lo había provocado, si realizó alguna conducta que dejara duda sobre su heterosexualidad y que hubiera dado lugar a la acción del profesor, así como, la sensación de vulnerabilidad, al estar en desventaja física.

Las sensaciones y sentimientos que surgen de la experiencia lo confunden *“siento, que la experiencia del abuso sexual, fue como sacudirme ¿no?, fue como, no saber exactamente qué es lo que quería, porque me había gustado. Pero, sabía que no era lo correcto, porque era una persona de mi mismo sexo, entonces eso era lo que me causaba disgusto” (JSE3P12).* El placer que experimenta le hace sentir culpa, al mismo tiempo que lo hace dudar respecto a su orientación sexual, y por tanto, del ser hombre. Lisak (1994), en una

investigación con hombres que habían tenido la experiencia de abuso sexual, por otros varones, encontró que en la mayoría de los casos, habían presentado confusión sobre su orientación sexual y su sexualidad. Para Jaso, este hecho cobra mayor relevancia al considerar que no lo trataban como varón en el ámbito familiar, debido a los cuidados de su madre y sus hermanas.

Poco tiempo después de que suceden las conductas de abuso sexual, conoce a Karla, una compañera de la escuela *“fue la persona, pienso yo más significativa, porque fue con la primera con la que tuve relaciones sexuales como tal [...] para mí fue muy importante porque a esta persona la conocí cuando fue la muerte de mi padre, [...] fue ahí cuando comencé a descubrir bien mi sexualidad, mi gusto por las mujeres”* (JSE2P1). La experiencia con Karla, le ayuda a definir su orientación sexual *“si no hubiera sido por Karla, [...] tal vez hubiera tenido una desorientación sexual, o algo así por el estilo [...] tal vez hubiera sido gay, o bisexual, por eso es que digo que Karla me ayudó a reafirmar lo que, lo que yo quería ser ¿no? mi orientación sexual como tal”* (JSE2P12). Jaso busca poner a prueba su heterosexualidad, dado que es un elemento fundamental en sus significados de ser hombre. Núñez (1999), menciona al respecto que la heterosexualidad suele convertirse en un acto necesario para reactualizar constantemente la identidad masculina asumida y asignada. Sin embargo, para Jaso, probar su heterosexualidad no será suficiente, buscará destacar en otros contextos.

Lisak (1994) menciona que algunos hombres que sufren abuso sexual por otros hombres, compensan sus sentimientos de inseguridad a través de su rol de género, adoptando conductas emblemáticas de la hipermasculinidad. Para Jaso, el consumo de sustancias psicoactivas y la demostración de un adecuado desempeño sexual, eran conductas reconocidas y valoradas entre los varones de su contexto familiar y social.

Cuando me encontraba ebrio o drogado, no me importaba (JSE3P7)

Jaso busca reafirmar sus significados de ser hombre a través de relacionarse con mayor número de parejas sexuales *“con la droga [...] obtenía más mujeres [...] pues las chicas se fijaban más en mí [...] amanecía con una chica, luego amanecía con otra”* (JSE3P6). La sexualidad en términos de conquista y rendimiento, es una idea central para los varones insertos en el modelo de masculinidad dominante, es una manera de probar su masculinidad frente a los pares (Seidler, 1995).

Con el uso de cocaína y alcohol minimiza el miedo al rechazo *“como que la droga te hace ser más atrevido con ellas, yo he sido la mayoría de mi vida... ¡bueno!, era inseguro, pero*

cuando me encontraba ebrio o drogado, no me importaba el ver cómo me iban a ver las chicas, o que me rechazaran o cosas así por el estilo, o sea, me atrevía a más, que fueran chicas o fueran grandes, o fueran de mi edad, como fueran, yo me atrevía ¿no?” (JSE3P7).

A través del consumo de sustancias psicoactivas, logra mantener un rol de acuerdo a los discursos dominantes de las masculinidades.

Qué sucedía conmigo que ya no era el mismo de antes (JSE2P14)

Cuando Jaso migra a trabajar al interior de la república y se encuentra en Cozumel, conoce a Marlene, con quien establece una relación de pareja. Durante este tiempo utiliza el crack mientras tiene prácticas sexuales *“buscaba de cierto modo placer, estar fumando crack y tener sexo al mismo tiempo” (JSE2P13).* *“Yo pensaba, que me ayudaba, porque mis erecciones duraban más, eran más prolongadas [...] me retardaba la eyaculación” (JSE2P14).* El consumo de sustancias psicoactivas, le permitía reafirmar sus significados de ser hombre, con base, en un adecuado desempeño sexual.

No obstante, cuando conoce a Siwua – su actual esposa – no le menciona su gusto por el consumo de crack, manteniéndolo en secreto, el cual, con el paso del tiempo se hace más frecuente y en mayor cantidad, empezando a generar consecuencias negativas *“mi deseo sexual disminuyó, era muy diferente a como era al principio de mi relación, yo soy una persona sexualmente muy activa, pero cuando estoy bien, sin consumo de crack, porque si fumo marihuana, no tengo ningún problema, pero con el crack sí, sí me di cuenta que me afectó, pues como ya llevaba una relación de pareja, incluso me, me preguntaba ¿no? que ‘qué sucedía conmigo’ que ‘ya no era el mismo de antes’ yo pues este, lógicamente no le podía decir que, pues era porque andaba fumando o cosas así, de cierto modo me afectó sexualmente [...] mis erecciones no eran las mismas, mi tiempo de reacción, o el tiempo de mantener una erección, no era el mismo, eran hasta cierto modo... pues relaciones sexuales un tanto desagradables, porque no lo disfrutaba, yo lo hacía más que nada por compromiso” (JSE2P14).* En este sentido, Castaneda et al. (1992) mencionan que el uso prolongado de crack disminuye el rendimiento sexual y la capacidad de disfrutar del sexo.

Cuando los efectos favorables del consumo de sustancias psicoactivas, sobre su sexualidad, empiezan a desaparecer, y por el contrario los efectos negativos aparecen, le genera irritación y confusión *“me enojaba, me molestaba, que si eso era lo que yo quería, que, pues no sé, hasta cuándo iba a durar, a lo mejor iba a perder las erecciones, no sé, me causaba muchas, muchas intrigas” (JSE2P15).* Jaso había aprendido a expresar su sexualidad a través del rendimiento y desempeño, lo cual, en un principio el uso de

sustancias psicoactivas le habían permitido lograr, sin embargo, con el tiempo éstas le provocan un efecto inverso, generándole enojo y preocupación, pese a ello, no interrumpe el consumo de crack, lo cual, puede sugerir que para ese momento su rendimiento sexual no era tan relevante para él, cuestionando en la práctica el discurso dominante.

Ser varón en el contexto de pares

En la primaria me trataban de mariquita (JSE3P8)

Cuando era niño, consideraba que el cuidado de su madre le impedía competir con sus pares *“no me dejaba pelearme con los demás chicos porque yo era más débil, no podía defenderme del barrio o con los demás niños de mi edad, porque tenía que salir mi mamá ‘¡no le hagan nada a mi hijo porque es débil!’ [...] hasta que comencé a creérmela, en la primaria me trataban de mariquita [...] siento que influyó mucho en mi vida” (JSE3P5)*. Ante esta situación va construyendo un sentimiento de inseguridad y una percepción de desventaja ante su grupo de pares. Situación que se prolonga hasta la secundaria *“por lo regular pasaban, me daban un mazapanaso por no querer ser más violento, en la secundaria era de los más tetos” (JSE1P5)*. *“Siempre tenía que andar ‘¡hay maestro, maestro me hicieron!’, pues sabes cómo los niños, a veces en la primaria, somos crueles, en la secundaria y pues si no te defiendes, ‘tú eres mariquita o eres puto’, dice la banda” (JSE3P8)*. Jaso no se siente con la competencia para responder a los abusos de sus compañeros. Trautmann (2008) menciona al respecto, que desde temprana edad, los niños varones victimizan más que las niñas y utilizan más la agresión física y verbal, lo cual, puede ocasionar en la víctima un sentimiento de desvalimiento. El uso de la violencia forma parte de la socialización de los varones (Suárez, 1994), el ejercicio del poder, a través de la competencia, es un recurso que les permite afirmarse como varones. Cuando Jaso no podía competir en este ámbito, le surge la duda de cubrir el estándar de ser un “verdadero” hombre.

Jaso considera que la causa de no poder competir con otros varones, era que había aprendido a vivir en un mundo de mujeres *“yo tenía la costumbre de pelearme con mis hermanas [...] a cachetadas, a jalones de greñas [...] cuando tengo mi primer pelea a golpes cerrados, ‘¡ah me cacheteas, pues mira este es un madrazo!’ y pues fue así ‘¡en la madre!, ¡entonces por qué no me han enseñado a defenderme como hombre!’ [...] fue ahí cuando mi pensamiento cambió a cómo tenía que ser yo, tener que ser más duro, más tosco, más violento de lo que se podía ser en casa” (JSE3P8)*. Atribuye que al convivir solo

con mujeres, su madre y sus hermanas, aprendió estilos de interacción apegados al rol femenino, lo cual le impide sobresalir en la relación con otros hombres. Ramírez (2005), menciona que la definición de lo masculino es a partir de lo que no es femenino, es decir, la identidad masculina se construye con el criterio de lo que no es exclusivo de las mujeres. El grupo de pares para Jaso, empieza a representar un espacio donde busca identificarse, Salguero (2008), menciona que a través del grupo de pares, muchos jóvenes encuentran un lugar de pertenencia, entretejen y llevan a cabo cambios en su proceso de construcción identitario.

Cuando comienzo a drogarme, comienzo a destramparme, a reventar, a ser Yo
(JSE2P15)

Durante la adolescencia, encuentra en el uso de sustancias psicoactivas un recurso para dejar de ser blanco de violencia *“yo era la víctima en la primaria, en la secundaria, pero cuando comienzo a tener contacto con sustancias, alcohol, cigarro, me empiezo a ser más atrevido, más aventado ¿no?, me empiezo a aventar mis primeros tiritos, le empiezo a perder el miedo a, pues a darme en la madre ¿no?, en el barrio, el enfrentar a mis agresores”* (JSE2P15). Ramírez (2003), menciona que el niño que se pelea por primera vez en la calle experimenta miedo, angustia, y al recibir los golpes siente dolor físico. Para Jaso los efectos de inhibición del alcohol o de estimulación de la cocaína atenuaban el miedo, angustia y dolor, realizando conductas arriesgadas, demostrando que era capaz de destacar en su grupo de iguales.

Conforme se va involucrando en su contexto de pares, empieza a tener conductas de mayor riesgo, *“entonces cuando yo comienzo a darme cuenta que, pus, como hombre en el barrio también puedo, pues, es ahí donde viene mi destrampe [...] me di cuenta de lo que podía ser yo”* (JSE3P5). *“Era más rebelde, era más desinhibido, más destrampado, fácil me partía la madre con cualquier güey [...] era más reconocido en el barrio [...] comencé a andar en las fiestas, con chicas, con amigos, andar en carros, por todos lados, sin medida”* (JSE3P6). *“Andar vendiendo [drogas], andar consiguiendo para otras personas y me invitaran un pase”* (JSE1P3). Quintero y estrada (1998), mencionan que el uso de drogas y la violencia proporcionan prestigio y poder en las calles, y por tanto es un medio aceptado para ganar estatus en un mundo considerado masculino.

Al lograr destacar en su contexto de pares, refuerza su sentido de ser hombre *“en algún momento de mi adolescencia llegué a tener dudas de si era hombre, si era homosexual, si era bisexual, o qué pasaba conmigo ¿no?, lo que me hizo tener esa duda fue el abuso*

sexual que yo sufrí, pero cuando comienzo a drogarme, cuando comienzo a destramparme, andar en el barrio, a reventar, a ser Yo, pues este, fue ahí lo que me ayudó a reafirmarlo” (JSE3P8). Núñez (2007a), menciona que el sentido de ser hombre, es un objeto de disputa cotidiana, a través de los juegos de competencia, de prueba y de asignación. Así, el uso de la violencia y el consumo de sustancias psicoactivas, son prácticas que le permiten en su contexto de pares, reafirmarse a sí mismo y ante los demás como un “verdadero” hombre.

Atribuye que a través del uso de sustancias psicoactivas reacciona con mayor violencia *“cuando empiezo a ver que yo también puedo tener maldad dentro de mí, fue con las drogas y me fue más fácil el expresar, incluso estando un poco alcoholizado, ni siquiera ebrio, recuerdo que en una ocasión empecé a destrozar un carro con una piedra, con las personas adentro, o sea, mostrar que yo era la persona mala, que no le tenía miedo a nada, ni a nadie, pero ese día no había consumido drogas, simplemente había consumido alcohol, pienso que sea la sustancia que sea, de una o de otra manera te desinhibe y te hace reaccionar de formas distintas de las que estás acostumbrado” (JSE1P5).* Peralta (2007) y Peralta y Cruz (2006), encontraron en sus investigaciones sobre masculinidad y el uso de alcohol, que el consumo de esta sustancia, es usado para demostrar o excusar conductas violentas y de abuso, lo que se entiende como una forma de construir la masculinidad. En este sentido, más que la violencia como consecuencia del efecto del consumo de sustancias psicoactivas, es la justificación de la violencia a través del uso de dichas sustancias, que brinda a su vez un significado de ser más hombre.

Un fuerte periodo de consumo de crack – diario – se presenta cuando migra a trabajar al interior de la república y en esto, el contexto de pares juega un papel preponderante *“hasta cierto modo por sentirme como que más chingón ¿no?, de que yo podía probar esas cosas y no me enganchaba, según yo, y mis demás amigos no podían manejar ese tipo de situación” (JSE1P4).* El consumo era diario y ocupaba gran parte de su tiempo libre. Quintero y Estrada (1998), mencionan que algunos varones se involucran en el uso de sustancias psicoactivas con el afán de demostrar mayor valor social, dureza y que pueden controlar el uso, donde sus compañeros han fracasado.

Me daba mis toques de mota para no estar tan tenso en el momento (JSE4P17)

Para Jaso ingresar a la cárcel, es aprender que dentro de prisión existe una serie de reglas y una jerarquía bien definida entre los internos. Sabo (2000), menciona que las prisiones son instituciones en las que influye el género y están marcadas por la tradición patriarcal, por medio de la segregación sexual, las relaciones jerárquicas y el control social ejercido a

través de la agresión y la violencia. La influencia del género en la prisión se observa también en torno a un código masculino de demostrar fortaleza, estar listo para pelear, evitar la intimidad y cualquier comportamiento femenino.

Parrini (2007), en una investigación realizada en las cárceles de la Ciudad de México, encontró que la vida al interior de los penales se organiza en torno a dos posiciones centrales: la “mamá” y el “monstruo”, que explican gran parte de las relaciones cotidianas de poder, la distribución del trabajo y los privilegios. El *monstruo*, es la posición que el interno nuevo adquiere, es el de menor rango e implica servir a otros. La figura de la *mamá* representa al interno más antiguo en una celda, y quién organiza la vida dentro de ella, asimismo, se le atribuye el máximo poder, tiene capacidad para dictar las normas que rigen la convivencia.

Llegar a la posición de la mamá resulta de una acumulación de tiempo, sin embargo, ser el más antiguo no garantiza acumular superioridad sobre los otros internos. Dado que, para ocupar la posición de mayor poder se pueden utilizar otros elementos, como el uso de la violencia o el dinero. Por tanto, mantener una posición en la cárcel, requiere de estar compitiendo constantemente. Calveiro (2010), menciona que en un contexto de reclusión la mente se aguza y debe permanecer siempre alerta en un mundo hostil, ese es su código de sobrevivencia.

Dentro de la prisión la disponibilidad de diferentes sustancias psicoactivas es amplia *“ahí la piedra la vendían a 5 y a 10 pesos, pero sabía, que si me subía al camión [consumir crack], como lo llaman, me iba a llevar la fregada. Allá la gente que se sube al camión, empieza a pedir prestado por lo regular, y cuando ya no puedes pagar, te siguen dando, pero, pues tienes de dos sopas; una, puedes pagar levantando la mano cuando pican¹³ a alguien, tú levantas la mano aunque no lo hayas picado, porque el custodio llega y pregunta ‘¿quién levanta la mano?’ entonces uno de los enviciados tiene que levantar la mano” (JSE4P17)*. Castellanos (2007), menciona que en los centros penitenciarios del Distrito Federal, una práctica común, por parte de los distribuidores de droga, es lesionar o matar a los internos que deben fuertes cantidades de dinero por el consumo, como una medida de ejercer presión entre los deudores e intimidarlos para que paguen.

¹³ El término “picar” en el lenguaje coloquial de la cárcel, significa traspasar el cuerpo de una persona por medio de un objeto con punta; y en las cárceles del D. F., asumir la responsabilidad de estas agresiones, es una de las formas de saldar el costo de la droga que se ha consumido, para no ser lesionado – “picado”- adquiriendo la responsabilidad legal, liberando así de cualquier cargo a las redes que controlan la distribución de SPA.

Así, en el contexto punitivo de la cárcel, para Jaso, el significado asociado al uso de sustancias psicoactivas se transforma *“yo traté de no subirme al camión, no la consumía, total abstinencia, sí me daba mis toques de mota, pero un tanto por estar relajado, no estar tan tenso en el momento” (JSE4P17)*. A pesar de haber tenido periodos de fuerte consumo de crack, decide abstenerse, consumiendo solo marihuana para obtener los estados de relajación asociados a esta sustancia.

De igual forma, en el contexto de la cárcel, no subestima los efectos negativos del consumo de sustancias psicoactivas en el cuerpo, *“me la pasaba haciendo un poco de ejercicio, haciendo fondos, haciendo lagartijas, cuidando el cuerpo, el aspecto personal, trataba de no consumir drogas” (JSE4P17)*. A través de él, se compete y se obtiene un estatus, por lo que su cuidado se vuelve relevante, lo cual, incluye evitar los abusos de cualquier sustancia, que afecte su rendimiento y fortaleza física.

Tenía que mostrarme como cabrón (JSE5P2)

Durante los primeros meses de su salida del reclusorio, trata de evitar actividades que puedan ocasionar su reingreso a prisión, sin embargo, el contexto de pares tiene una gran influencia para que se volviera a involucrar *“viene el consumo otra vez del crack ¿Por qué? porque otra vez vuelvo a ser el chingón del barrio, todos te ven, como el que entró a la cárcel, la libró, y ahora está afuera rifándose [...] vuelvo a caer en este círculo de amigos y comienzo otra vez a consumir crack de una manera más fuerte” (JSE1P6)*. Para su grupo de pares, salir de la cárcel era una experiencia reconocida y valorada, brindándole mayor estatus y reconocimiento entre ellos, posición que él se sintió comprometido a sostener a través de los recursos legitimados para ello, donde el consumo era una práctica valorada y justificada.

Durante su estancia en prisión, aprendió que a través de la violencia podía obtener beneficios, como reconocimiento, prestigio y recursos económicos *“me fui a trabajar en una de esas cantinas [...] de mala muerte ¿no?, y ya con la experiencia de la cárcel, de haber tratado con gente más violenta, se me hacía un ambiente similar al que ya había vivido ¿no?, no faltaba que llegaba el gallito, el más cabrón de todos ¿no?, y yo como encargado del negocio, tenía que mostrarme como cabrón, ante los que llegaban ahí y se empieza a dar otra vez la dinámica ¿no?, de tener contacto con personas que venden droga, [...] comienzo a involucrarme con los clientes, se ponían ebrios, altaneros, a violentarme con ellos, a golpearlos, [...] irlos a tirar en la calle y todavía darles en la madre [...] quedarme con su cartera, [...] en el mismo local nos aventábamos unas piedras ¿no?,*

pero era moderadamente, seguido era estar fumando mota, estar tomando con los mismos clientes de lo que te invitan, seguirles el juego para ver, pues, quién es más [...] así fue durante unos 6 meses, que fue cuando me llevé mi segunda detención” (JSE5P2). Ramírez (2005), menciona que la masculinidad parece ser producto del logro; siempre hay que afirmarse como varón.

Para Jaso fue fácil adaptarse por segunda ocasión a la prisión *“como yo ya era reincidente ya no me iban a enseñar, ahora yo iba a enseñar lo que había aprendido ¿no?, entonces llego a la zona de reincidentes y pus ahí como todos nos la sabemos, nadie quiere buscar más problemas ¿no?, comienza a ser más fácil la estancia [...] comencé a conocer a la pandilla otra vez” (JSE4P20).* Dentro del contexto de pares, su segundo ingreso representaba alcanzar todavía un mayor estatus *“hablaba por teléfono con los amigos ‘¡Qué onda puto!, ¡habla el canero!’ ¿No?, como con cierto orgullo, y pus, toda la banda emocionada ‘¡Qué onda!, ¿A poco si muy rifas?’ y ya sabes ¿no?, yo tratando de llenar mi ego un poco más arriba, pus este me sentía bien ¿no?, como diciendo pues ‘¡ay güey, sí me rifo!’” (JSE4P21).*

Para Jaso salir por segunda vez de la cárcel le reafirmaba que había podido salir con éxito de un espacio, donde la competencia es parte de la cotidianidad *“esta vez que salgo, otra vez vuelvo al barrio, otra vez vuelvo con las mismas personas, otra vez me ven así como, otra vez el más cabrón por ser de los que ya la chisparon dos veces del tambo y pues yo ya me la estaba creyendo como tal ¿no?, que nada me podía hacer daño y otra vez volví a consumir crack” (JSE1P7).* *“A los 2, 3 meses luego, luego comencé a consumir piedra, fue el consumo más fuerte” (JSE4P21).* Para él la estancia en la cárcel, le confirmaba que podía destacar en un espacio de competencia entre varones. Andrade (2007), menciona que en las instituciones penitenciarias destaca su propia participación en la reproducción y perfeccionamiento de las dinámicas de violencia; un sistema que asigna estatus a aquellos quienes han realizado los crímenes más violentos. Un mundo de aparente caos, supeditado a un orden basado en la violencia, misma que es vista fundamentalmente como una extensión de la masculinidad dominante. Paradójicamente, Jaso se siente competente para destacar en este mundo de varones, sin embargo, no lograba percibirse como un varón que podía vivir en forma independiente.

La vida emocional de Jaso

No me sentía débil como tal, introdujeron en mí esa creencia (JSE3P5)

Nacer con bajo peso, significó para Jaso albergar un sentimiento de vulnerabilidad “no me sentía débil como tal, siento que más bien me introdujeron en mi pensamiento esa creencia [...] las palabras de mi mamá siempre eran de que yo no podía” (JSE3P5). Demostrar que era “capaz”, se convirtió en un objetivo, dado que la autosuficiencia es un elemento valorado en los discursos dominantes de la masculinidad (Kaufman, 1997).

Por otro lado, Jaso desde niño convive con el sentimiento de tristeza a través de su madre “su salida de mi mamá [ante las dificultades] era estar durmiendo, yo me recuerdo como un niño parado en la ventana, viendo como jugaban los chamacos en la calle, y yo en un cuarto oscuro, porque mi mamá quería estar durmiendo, deprimida, [...] yo estaba reprimido por no poder jugar, por no poder tener esa libertad que merece un niño” (JSE1P9). Jaso empieza a albergar cierto resentimiento hacia su madre, a quien le atribuía la incapacidad para manejar sus estados emocionales ante los diferentes conflictos.

Asimismo, consideraba que su madre, no tenía la capacidad para enfrentar y resolver problemas, por ejemplo, los que se presentan tras la muerte de su padre, como perder la casa, de la cual fueron despojados por la familia de éste “pues que nos corren de la casa, nos corren de una manera muy violenta, que me hizo sentir muy humillado” (JSE1P9). En este sentido busca distanciarse del modelo femenino, debido a que lo asocia con un estado de fragilidad y debilidad (Seidler, 1995). Tratando de identificarse con el modelo dominante de masculinidad, propuesto por su padre y el entorno, en el cual la manifestación de emociones es velada. Kaufman (1997), menciona que los varones en la búsqueda de la masculinidad suprimen una gama de emociones “me guardaba mucho yo mis sentimientos, no los expresaba, no los externaba” (JSE1P10). Para Jaso el dolor y la vulnerabilidad, son emociones que intentó evadir, dado que están asociadas a la femineidad. Así, en el consumo de sustancias psicoactivas encuentra un medio para distanciarse de ellas, así como una serie de prácticas asociadas a los discursos dominantes de las masculinidades.

Esa mezcla de adrenalina y sustancias me gustaba, me hacía explotar (JSE3P7)

Cuando Jaso inicia el consumo de cocaína, a los 15 años de edad, se da cuenta que puede influir sobre sus emociones “con la cocaína fue una experiencia placentera [...] me sentía bien con ello” (JSE1P2). “Me enaltecía, me sentía yo una persona muy diferente [...] era ese

acelere, me hacía sentir muy bien, me sentía eufórico con muchas ganas de hacer todo, demasiada jiveza!” (JSE1P2). Los cambios en sus estados afectivos le permiten realizar conductas temerarias “era más atrabancado, más acelerado, me valía madres todo, no me medía” (JSE3P7). “Me gustaba andar pintando, rayando en las calles y me atrevía a hacer todo tipo de cosas, más que estando en mi juicio, me gustaba mucho patinar, entonces andaba bien coqueado, andaba patinando en la calle, como que esa mezcla de adrenalina y sustancias me gustaba, me excitaba, me hacía explotar, me hacía llenarme de energía” (JSE3P7). Los efectos estimulantes del clorhidrato de cocaína, influyen en el estado de ánimo (Lizasoain et al., 2001), disminuyendo los sentimientos de temor, tristeza y vulnerabilidad.

Jaso había aprendido que la manifestación de emociones era una condición poco aceptada en los varones por lo que buscaba distanciarse de ellas ante los eventos dolorosos que iba transitando por su vida, como la pérdida de su padre, la tristeza que mostraba su madre y los desenamoramientos en los vínculos de pareja *“ahora que he estado pensando en los motivos de por qué me drogaba o de por qué me gustaba consumir, pues era más que nada por eso, no me gusta ser una persona emotiva, no me gusta ser una persona muy sentimental, porque soy demasiado sentimental, demasiado sensible ante esto, y pues sí me molesta, sí me movía mucho, entonces por no tener este sentimiento, lo trataba de ignorar o de hacer a un lado con sustancias” (JSE2P6). Seidler (1997), refiere que alcanzar la imagen dominante masculina, requiere de controlar las emociones y sentimientos, Jaso busca distanciarse del dolor a través del consumo de sustancias psicoactivas. Sin embargo, en ocasiones el uso de estas sustancias lo lleva a tener mayor contacto con el dolor.*

Nos poníamos a fumar mota, tratábamos de dar una cara diferente a lo que sentíamos
(JSE5P7)

La experiencia de ingresar a prisión, lo confronta con diversos sentimientos *“yo creo que la cárcel no sería tan difícil, si no fuera ese encierro de la noche ¿no? [...] ya con el candado puesto se vuelve a crear esa tensión dentro del cantón, como que a todos nos expone ¿no?, a perder la cordura en cierto momento [...] hay ocasiones que escuchas lo que sucede en la reja de al lado” (JSE5P7). “Gritos de gente que la están violando, gente que la están golpeando, escuchar gritos de gente que está sufriendo a un lado tuyo, o que de repente la banda se intolerera y se empiezan a dar en la madre nada más porque se ven feo” (JSE4P19). “Vives totalmente desconfiado, no sabes si el que llega, pus venga de algún psiquiátrico, [...] siempre vives alerta, vives cuidándote las espaldas y viendo, no en quien puedes confiar, sino de quien más te tienes que cuidar” (JSE5P3). Experimenta miedo,*

incertidumbre, desconfianza y vulnerabilidad, emociones de las cuales había querido rehuir y no experimentar.

Jaso se da cuenta que dentro de la cárcel el contacto afectivo entre los varones es muy cercano *“creo que todos, este, en algún momento nos sinceramos con los demás, lo que sentimos realmente al estar ahí encerrados [...] llega un momento donde te pega el encierro ¿no?, el oír cómo se cierra el candado en la noche [...] se daba mucho de platicar sus experiencias de cada quien ¿no?, hay quienes te hablan de su familia, de su mamá, de su papá, quienes hablaban de su pareja, de sus hijos, de sus compañeros de la calle, de cuestiones laborales”* (JSE5P6). Schifter (1998), menciona que la cárcel es un mundo de hombres, donde no sólo existe un contacto físico estrecho, sino también emocional, lo que el interno hablaba con la madre, la novia o el hijo, ahora lo hace con un compañero de celda.

En la historia de Jaso, un elemento que juega un papel fundamental para que se pueda alcanzar ese nivel de intimidad es el anonimato *“o sea, sí tocas muchos sentimientos, pero también te haces muy el duro, por no mostrar esa parte débil de ti, a fin de cuentas la gente va y viene, y no sabes si los voyas a ver en el siguiente paso, o por lo regular, siempre los separan, y es gente que no vuelves a ver, va siendo una experiencia pasajera”* (JSE5P6). La premisa de fondo, es que las emociones y los sentimientos tienen que ser silenciados.

Por tanto, las necesidades afectivas son veladas *“eres una persona que a fin de cuentas tiene sus sentimientos ¿no? y muchas veces, pus, te pega ver a tu familia, pus, detrás de unas rejas, [...] no puedes tener ese contacto físico real que necesitas con una persona ¿no? [...] no puedes abrazar como tal a tu familia ¿no?, necesitas esa parte afectiva, recibir el abrazo de alguien y lógicamente, no se lo vas a pedir al, pus al otro preso que está contigo ¿no?, por pus, como dicen por ahí, por no verte puto ¿no?, por no verte, este, pus así, como de mañas medio desviadas”* (JSE5P6). *“Sí tienes ganas de recibir al menos un abrazo, una palmada en la espalda, no sé, a mí me ocurría que regresaba y este, y pus, sin llorar ¿no?, con un nudo en la garganta, con un sentimiento que no puedes dejar pasar, con un vacío muy grande y había veces en que la banda te decía ‘va, pus si te sientes mal, por qué no te clavabas ahí en el baño y pus, te pones a llorar’ y muchas veces había quienes sí lo hacíamos ¿no?, habíamos otros que igual nos desquitábamos, este, golpeando la pared ¿no?, había otros que, pus simplemente se quedaban callados, tristes, deprimidos, otros nos poníamos a fumar mota, o tratábamos de dar una cara diferente a, a lo que sentíamos en ese momento”* (JSE5P7). Kaufman (1997) menciona que las emociones no desaparecen; simplemente se frenan, porque están asociadas a la feminidad y tienen que

ser rechazadas para alcanzar la masculinidad. En la cárcel, existe una gran dificultad para mostrarse emotivo, ante cualquier muestra de afecto, se corre el riesgo de no ser competitivo. El consumo de sustancias psicoactivas, se convierte en una alternativa para evadir los momentos de mayor sensibilidad. En este contexto, el uso de sustancias psicoactivas cobra un sentido particular *“dentro de la cárcel na’más consumía mariguana”* (JSE4P21). La mariguana se convierte en un medio a través del cual, adormece las emociones, como la vulnerabilidad y el miedo, con las cuales había lidiado desde que era niño.

Fue difícil adaptarme a mi vida normal (JSE5P1)

Al salir de prisión, se enfrenta a la dificultad de adaptarse a la vida fuera de la cárcel *“estaba dolido por la primera vez que había tenido un proceso penal”* (JSE2P10). *“Fue algo difícil volver a adaptarme a mi vida normal, de una persona que no había tenido un proceso penal, estar bajo la presión de tener que ir a firmar, de portarme bien, que no me fuera agarrar la policía en la calle, conseguir un trabajo donde me dieran la oportunidad de cumplir con la obligación de ir a firmar, o no hablarles del tema, y tener que buscarles excusas para tener un día en específico cada mes, para ir a cumplir con este requisito”* (JSE5P1). Jaso se sentía presionado por demostrarse a sí mismo y a los demás, que podía llevar una vida de acuerdo al modelo dominante de masculinidad, siendo un varón exitoso, capaz y confiable (Kimmel, 1997). Sin embargo, él se sentía lejos de este parámetro. Salir de prisión lo enfrenta a diversos sentimientos como la vulnerabilidad, incertidumbre y duda. Ante esto, decide distanciarse del ejercicio de su profesión, – en el área de restaurantes – para evitar lugares que lo pudieran hacer vulnerable a un reingreso a prisión – debido a que en estos espacios el uso de alcohol y otras sustancias psicoactivas es una práctica común –, por lo que se emplea como ayudante de electricista. Sin embargo, este cambio tiene un impacto negativo en sus ingresos económicos, así como en el reconocimiento obtenido en el desempeño de su carrera. Posteriormente, decide regresar a laborar en un bar.

Volver a la cárcel fue como que fracasar (JSE4P22)

Al integrarse a laborar en un bar, logra estabilidad económica y reconocimiento con base en la violencia e impunidad, no obstante, también lo conduce a transitar por la experiencia de reingresar a la cárcel *“me sentía dolido, mal conmigo, pues, no sé, era difícil ¿no? el aceptar que nuevamente hubiera caído en la cárcel, el aceptar esta derrota y pus esta forma ¿no? de vivir de nuevo”* (JSE4P22). La experiencia significa para él, un nuevo

tropiezo en su vida *“volver a la cárcel fue como que fracasar”* (JSE4P21), lo cual, le provoca una serie de emociones *“otra vez este desbarajuste de sentimientos, de fracaso, de otra vez volver a caer a la cárcel, de volverme a sentir mal, porque todo me sale mal, y pues comenzar a vivir otra vez toda esta pesadilla”* (JSE4P20). Esta experiencia le provoca sentimientos de enojo, frustración y fracaso, además de la presión de sobrevivir en un medio hostil. Kaufman (1997), refiere que los hombres buscan obtener poder social y privilegios, pero la manera en cómo han armado ese mundo de poder causa dolor, aislamiento y alienación a los propios hombres.

Adaptarse a estar privado de su libertad resulta más sencillo, ya conocía la dinámica dentro de la prisión. Vuelve a interrumpir el consumo de crack y solo mantiene el consumo de mariguana *“dentro de la cárcel me daba mis toques de mota y convivía con los del cantón, comprando motas para todos ¿no?”* (JSE4P21). Vuelve a hacer uso de cannabis para atenuar sus emociones, asimismo, la utiliza como un medio de convivencia social con otros internos.

Fumar piedra para evadir ese desprecio hacia mí mismo (JSE4P22)

Cuando sale de prisión por segunda vez retoma el consumo de crack *“fue como que una cuestión de, cómo... pues no sé, de quitarme ese dolor, de haber fracasado otra vez”* (JSE4P21). Experimentaba culpa al ocasionar dolor a las personas cercanas a él *“llevar a mi familia otra vez a lo mismo, era lo que me hacía sentirme mal y como no podía tolerar ese sentimiento, pues lo buscaba este, pus drogándome ¿no?, ahora ¿cómo lo hice?, pues con piedra ¿no? dejé la mariguana y comencé a consumir más piedra”* (JSE4P22). El uso de las diferentes sustancias se va ajustando a los diferentes contextos, cada una va adquiriendo un significado particular en los diferentes momentos de su vida.

Con el incremento en el consumo de crack, tiene mayores pérdidas *“la piedra te quita todo, te quita tu orgullo, te quita tu valentía, te quita tu fuerza, te quita lo valeroso que eres, todo, absolutamente todo”* (JSE4P23). *“Como que ya me valía un poco más madres la vida ¿no? [...] comencé a tener una calidad de vida más degradada, más vacía, o sea, no me importaba ya nada, más que fumar piedra, evadir ese sentimiento de fracaso, de enojo, de desprecio hacia mí mismo con el consumo”* (JSE4P22). En este momento de su vida, el uso de esta sustancia se convierte en una forma de castigo, en una forma de violencia contra sí mismo, el dolor llega a ser más grande que el placer de fumar.

Sin embargo, los significados que se asocian al consumo de sustancias psicoactivas, pueden ser diversos y en ocasiones contradictorios. Cuando retoma el consumo de crack,

también le confiere un significado de poder *“minimizaba los daños, o sea, yo decía, yo creía en mi ilusión pobre, que yo estaba bien, que mientras estuviera drogado yo sentía que estaba bien, que nada me faltaba en el mundo”* (JSE4P10). Kaufman (1997), menciona que los varones entre más se sienten presas del temor, más necesitaran ejercer el poder que se otorgan como hombres. El consumo de sustancias psicoactivas, es una forma de ejercer el poder, de mitigar el miedo, de no asumir la responsabilidad de su vida, de no afrontar las situaciones problemáticas, la evasión es una forma de control.

Sin embargo, logra reconocer que no podía tener todo bajo su control, lo cual fue un paso difícil de aceptar *“el darme cuenta que no podía con todo, el darme cuenta que pus en realidad, también era débil y pus que en cualquier momento podía flaquear”* (JSE4P23). Reconocer que no podía fue el primer paso para lograr interrumpir el consumo y mantener la abstinencia.

LA TRAYECTORIA DE VIDA DE SAÚL

“yo crecí con esa idea ‘¡Yo soy mejor que todos!’”

Trayectoria de Saúl

Saúl es de estatura media, complexión robusta, de tez blanca y pelo ondulado de color castaño claro. Al momento de la entrevista tenía 30 años de edad. Su trato era amable y con un discurso abundante, parecía tener muchas ideas para compartir. Durante las entrevistas se mostraba pensativo, reflexivo, se hacía preguntas que él mismo trataba de responder. Su familia estaba integrada por su padre, madre y dos hermanos; Armando dos años mayor y Diego dos años menor, él ocupa el lugar de en medio. Su padre, licenciado en contabilidad, tuvo la posibilidad de ocupar diversos puestos de cierta jerarquía en la administración pública, sus ingresos le permitían ofrecer comodidades a su familia. Saúl lo califica como un padre cercano, preocupado por la educación de sus hijos. Su madre con educación media, se dedicaba a las labores del hogar, y era quien generalmente trataba de mantener la disciplina al interior de la familia, sin embargo, frecuentemente su autoridad era descalificada por el padre.

Saúl construyó fuertes vínculos con sus hermanos quienes fueron su principal grupo de pares, desde la adolescencia hasta la juventud temprana, compartían desde objetos personales, hasta las vivencias que iban experimentando. Con ellos inicia el consumo de sustancias psicoactivas. Los tres participan en actividades deportivas de alto rendimiento – un equipo de basquetbol – que su padre dirigía. Asimismo, cursan sus estudios en la misma universidad pública, en el mismo tiempo, los tres deciden estudiar la licenciatura en contabilidad como su padre.

Saúl inicia el consumo de cocaína y crack a los 16 años, siendo en forma ocasional, una vez al mes - una dosis -, el cual interrumpe de los 18 a los 20 años de edad, por desarrollar actividades deportivas. Durante los estudios universitarios, de los 21 a los 24 años, mantiene el consumo ocasional de crack, de 1 a 2 veces al mes – 1 o 2 dosis –. A los 25 años, cuando ingresa a su primer empleo, se da un incremento en cantidad, pero no en frecuencia – una o dos veces al mes de 1 a 3 dosis –. A los 26 años, ante dificultades con su pareja – su actual esposa –, tiene otro incremento en cantidad pero tampoco en frecuencia – una o dos veces al mes de 3 a 6 dosis –; es hasta los 29 años que mantiene este esquema de consumo de crack.

No obstante, a los 29 años se presentan dos sucesos que acompañan un fuerte incremento; un mes después de haber contraído matrimonio, desaparece su hermano mayor, Armando, de una clínica en la cual estaba recibiendo un tratamiento de recuperación para las adicciones. Un año y medio después – al momento de la entrevista

para esta investigación – no se tenía ningún dato sobre su paradero. Saúl había sido quien eligió la clínica y quien lo persuade para que se incorporara al tratamiento residencial.

El segundo evento significativo es un ascenso laboral, dos meses después de haber contraído matrimonio, cuando se desempeñaba en una Secretaría de Administración Pública, escala seis niveles en la jerarquía institucional, lo cual representa mayor percepción económica, pero al mismo tiempo mayor responsabilidad y sacrificio. Asimismo, le anuncian que en poco tiempo vendría un siguiente ascenso, situación que lo confronta con su estilo de vida.

Ambas situaciones, la desaparición de su hermano y los ascensos en el trabajo, acompañan un incremento en el consumo de crack – 3 o 4 veces al mes, con 10 a 15 dosis por ocasión –, lo cual genera dificultades familiares, laborales y económicas, que lo llevan a solicitar ingresar a un tratamiento residencial para la recuperación de las adicciones.

Construyendo los significados de ser varón asociados al consumo de sustancias psicoactivas desde el ámbito familiar

Es que [mi padre] es un ídolo, es un ejemplo (SAE3P3)

Cuando Saúl era niño existía consumo de alcohol por parte de la familia extensa y nuclear en forma moderada, sólo de manera ocasional su padre llegaba a la intoxicación. Tanto su padre como su madre intentaban cubrir las necesidades familiares *“siempre nos apoyaron en todo ¿no?, desde lo económico, el apoyo moral, emocional, realmente no tuvimos, pues, alguna carencia, siempre hicieron lo posible para darme todo ¿no?” (SAE3P1)*. Lograban mantener cierta estabilidad en cuanto a las necesidades instrumentales, los recursos económicos eran suficientes para cubrir sus necesidades. La organización familiar era de acuerdo al modelo tradicional, la madre dedicada al hogar y el padre proveedor *“mi padre controlaba ¿no?, era mi mamá sumisa en ese aspecto” (SAE3P1)*. El padre al tener la mayor jerarquía, intentaba tener el control de los demás miembros de la familia.

Constantemente se presentaban descalificaciones del padre hacia la madre *“a mi madre nunca le dio su espacio, [...] siempre fue ‘¡tú esposa, opinas, pero no, no se va a ser lo que tu opines!’” (SAE3P11)*. Saúl observa en la interacción familiar que la figura femenina tenía menor autoridad que los varones *“mi mamá le decía ‘yo también quiero hacer esto’ pero realmente mi papá hizo lo que él quiso, nunca compartió con mi mamá” (SAE3P11)*. Desde niño sintió mayor cercanía con su padre *“siempre me identifiqué más con la figura paterna [...] hasta los quince, dieciséis años, siempre creí que lo que me dictaba mi papá, era lo*

correcto [...] decía 'sabes qué, puta es que es un ídolo' ¿no? 'Es un ejemplo'" (SAE3P3). Saúl va observando un modelo de género, en el cual las mujeres tienen menor jerarquía en la familia, a diferencia del varón quien asume el liderazgo de la misma. Torres (2006), refiere que los hijos varones aprenden conductas y comportamientos viendo a su padre, asimilando del trato que éste da a las mujeres y la forma en que se expresa de ellas.

Sí me gustó [inhalar cocaína], es como de más energía, ¡te da para arriba! (SAE1P3)

Saúl construye fuertes vínculos con sus dos hermanos, quienes se convierten en su principal red social desde la infancia hasta la edad adulta, con ellos asistía a fiestas y reuniones sociales. Asimismo es con ellos, con quien inicia el consumo de sustancias psicoactivas *"empecé a fumar a los 12 años y a tomar a los 13, obviamente un cigarro digamos ¿no? probarlo simplemente, y la bebida, pues, en convivios que se hacían en la secundaria, una o dos cervezas máximo"* (SAE1P1). El consumo de tabaco y alcohol era una práctica común entre su grupo de pares.

Durante la adolescencia inicia el consumo de marihuana *"a los 16 años probé la marihuana en una fiesta, fuimos a la casa de un amigo, se organizó la fiesta, mi consumo de alcohol iba incrementando una, dos, tres, cuatro cervezas, al grado de emborracharme. Se dio, algún compañero sacó marihuana, empezamos a probarla, me gustó poco el efecto, sentí un poco de calma, esa calma que provoca risa, pero a la vez no me gustó, siempre me gustaba estar activo ¿no? corriendo, jugando, tocando, sentí esa calma, me sentí raro, yo no me sentí totalmente satisfecho porque me calmó"* (SAE1P2). La experiencia subjetiva de los efectos inhibidores del consumo de marihuana no le resultan atractivos, por lo que no vuelve a consumirla.

Tiempo después consume clorhidrato de cocaína *"como a los 8 meses, igual en una fiesta se presentó la oportunidad de consumir la cocaína en polvo, y ese efecto sí me gustó, porque en automático, es como de más energía, te da para arriba, comparé con la marihuana y dije '¡no, eso sí me agrada!' el consumo a partir de ahí fue una vez al mes, una grapa máximo, con eso, era ocasionalmente, cuando iban esos compañeros que la llevaban, yo no sabía donde la vendían, ni me interesaba"* (SAE1P3). La experiencia subjetiva de mayor energía y motivación que produce el consumo de cocaína en el sistema nervioso central, tuvo gran impacto en Saúl, debido a que le permitía desempeñar con mayor facilidad un rol desinhibido, entusiasta y de liderazgo entre su grupo de pares, características que le agradaba mostrar. Calafat et al. (2001), mencionan que el consumo de cocaína ha sido asociado a la obtención de prestigio, éxito, poder y posición social.

Agrega que las sustancias, pueden ser consideradas como una tecnología para estimular los sentidos y las capacidades individuales.

Entre los 16 y 17 años de edad mantiene el consumo de cocaína una vez al mes en fiestas y reuniones, compartiendo el consumo con su hermano Diego dos años menor *“la sustancia era como un modus vivendus [...] era normal, en la convivencia la mayoría lo consumía ¿no? todos lo hacen ¿no?”* (SAE1P11). En su medio social era una práctica cotidiana, sus pares pertenecían generalmente a una clase social media, quienes contaban con los recursos para tener acceso a diversas actividades recreativas, el consumo de cocaína estaba vinculado a la diversión.

Los Cheyennes de Culhuacán (SAE1P3)

Cuando tenía 18 años, interrumpe el consumo de SPA, para dedicarse a actividades deportivas *“[Mi padre] integró un equipo de básquetbol, obviamente a los tres [hermanos] nos gusta el básquetbol, con jugadores pagados etc., entonces llegamos a tener buen nivel, entrenábamos diario”* (SAE1P2). *“Mi padre nos adaptó en la azotea una cancha, nos techó, metió el gimnasio, aparatos, pesas, para que hiciéramos”* (SAE3P12). Asimismo, cuando ingresa a la universidad, se integra a más actividades deportivas *“iba bien, estábamos jugando los tres hermanos, era su tiempo de clímax de ese equipo y este, me metí a natación en la universidad y luego a futbol americano, los Cheyennes de Culhuacán”* (SAE1P3). De Visser y Smith (2006), refieren que la competencia masculina en el ámbito deportivo, forma parte de los discursos dominantes de las masculinidades ya que se caracteriza por asumir riesgos, mostrar dureza física y emocional.

Así, entre 18 y 20 años de edad, se dedica a entrenar con alto rendimiento, sin embargo para él *“era mucha la presión, a partir del jueves mi padre no nos permitía salir hasta el domingo que era el juego, desde el jueves a entrenar, [...] todos los cuates ‘vamos a jugar futbol’, ‘No, es que tenemos que ir a la cancha todo el día’”* (SAE3P12). *“Tu veías que tus compañeros tenían sus novias, ‘no, ya no queremos, queremos una vida de ir con los amigos, [...] cuando decimos eso, mi padre sí se siente mal”* (SAE1P3). Debido al esfuerzo y restricciones que implicaban los entrenamientos, decide abandonar su práctica.

Probé la piedra, el efecto que sentí fue mayor en un 50, 60% en automático (SAE1P3)

Cuando tenía alrededor de 20 años reinicia su asistencia a fiestas y reuniones *“cuando termina la temporada de deporte, empecé otra vez el consumo de alcohol, las mujeres, regresé al consumo de la cocaína en polvo”* (SAE1P3). Asimismo, empieza a compartir el

consumo con su hermano mayor *“había ocasiones en que mi hermano [Diego] y yo consumíamos y llegaba mi hermano mayor Armando [a las fiestas] y ya no consumíamos, pero en una ocasión llegó al inicio de la fiesta y antes de que saliera la sustancia dijimos ‘¿lo hacemos o no lo hacemos?’ y le platicamos [a Armando] ‘así y así ¿qué onda?’ ‘No, por mí no hay problema, es más, yo también ya la he probado’, en esa ocasión consumimos los tres ¿no?, posteriormente en 2, 3 ocasiones más”* (SAE3P9). La práctica de consumo de SPA, la comparte con sus dos hermanos, convirtiéndose en parte de la cotidianidad.

A los pocos meses, en otra fiesta, inicia el consumo de crack *“probé la piedra [crack], el efecto que sentí fue mayor en un 50, 60% en automático, esa sensación me agradó, me sentía activo, a mí me gustaba, yo fumaba la piedra y me sentía bien, estaba animado en la fiesta, era mucho bailar, cantar y todo eso, obviamente ese consumo fue muy esporádico 1 vez al mes, 2 veces, porque hasta ese entonces yo no la compraba, sino la gente con la que salíamos la compraba ¿no?”* (SAE1P3). Para Saúl, mantenerse activo y en constante movimiento, son características altamente valoradas para él, por lo que, la intensidad de los efectos del consumo de crack, le resultan muy significativos.

Sentía que nada era superior que yo (SAE3P13)

Con el paso del tiempo el consumo de crack empieza a generar dificultades en el comportamiento de sus hermanos, quienes son los primeros en comentarlo con sus padres *“mis padres empezaron a sospechar, del primero que se dieron cuenta fue de mi hermano Armando, el mayor, en una ocasión [...] mi hermano estaba todo drogado, se metió piedra e inhaló tanto, que se desmayó, le tuvo que decir a mis padres ‘consumo esto y esto’, lo llevaron a un psicólogo y todo. Posteriormente se enteran de mi hermano el mediano, Diego, que también consumía”* (SAE3P9). No obstante, Saúl decide no decir nada acerca de su consumo, sus hermanos respetan su decisión, a pesar de que tratan de persuadirlo para que lo comentara con sus padres.

Saúl refiere que a pesar de que su padre durante su infancia se había mostrado exigente, cuando se entera del consumo de sus hermanos, le fue difícil enfrentarlo, tomando una actitud laxa al respecto *“¡No, cómo!, ¡No, no es posible!, ¡fue un resbaloncito!”* (SAE3P11). *“Para él siempre fuimos los mejores hijos, los mejores deportistas, o sea, ese estatus de decir ‘mis hijos son los mejores’ ¿no?, ante la sociedad ‘tú hijo eres mejor que tal y tal’”* (SAE3P11). En cambio, su madre sí solía llamarles la atención sobre su asistencia a lugares que representaban un riesgo para el consumo, como fiestas y reuniones, pero

ante esto, su padre descalificaba sus comentarios *“¡ah no hija, no, como crees!”* (SAE3P11), sin proponer ningún cambio en la organización familiar.

Considera que la actitud de su padre y su apoyo incondicional contribuyó en la forma en que él se comportaba *“yo sentía que nada, nada, nada era superior que yo, y que nada me iba a enfermar, nada me iba dañar, o sea, yo decía ‘pues me emborracho, con el deporte no me pasa nada’, no sentía mucho el efecto, [...] de que tuve una educación de que nada me iba a pasar, si la tuve, aunque mi madre me dijera ‘en la escuela te puede pasar esto y esto, no creas que porque tu papá te dice, o porque tu papá conoce a tal persona y te va a ayudar, no creas que todo es para siempre’, ‘sí mamá, sí mamá’, no le hacía caso, porque tenía clavada esa idea que mi padre nos había creado, esa forma de pensar y ver las cosas”* (SAE3P13). Saúl no percibía que el consumo de SPA podría convertirse en una dificultad.

Asimismo, considera que su padre tenía una fuerte influencia en sus decisiones, como por ejemplo la elección de sus estudios, *“mi padre siempre intervenía, decía ‘eso es lo que debes de hacer y estudias contabilidad’, me lo manejaba de manera bonita, los tres [hermanos] hicimos lo mismo, estudiamos contabilidad”* (SAE3P7). Gutmann (1997) menciona, que en México es común que el padre se identifique con el hijo varón, debido a que puede significar la oportunidad de lograr lo que él no pudo alcanzar en su propia vida, lo cual, da sentido a las familias con dinastías de una misma profesión, así el hijo varón está asociado con el logro y orgullo del padre.

‘Sí mijo, no te preocupes’ (SAE3P13)

Durante el periodo de sus estudios universitarios, entre los 20 y 24 años, consume crack una o dos veces al mes, sólo en fiestas y reuniones, sin generarle dificultades. Cuando se integra al campo laboral, a los 25 años, se da un incremento gradual en el consumo, pero aún podía mantenerlo bajo control, no es hasta los 29 años, un mes después de haber contraído matrimonio, que dos sucesos marcan un fuerte incremento en el uso de crack – la desaparición de su hermano y su segundo ascenso en el trabajo –, iniciando las dificultades familiares, económicas y laborales. Sus padres se enteran de su consumo dos meses antes de que se casara – lo sorprenden en casa cuando estaba inhalando crack –, ante esto su padre continúa brindándole apoyo de forma incondicional *“de que ya me dominaba la sustancia, ya me dominaba, pues por ejemplo, lo que yo percibía [económicamente], ya no me alcanzaba ‘juta, ya no tengo para esto!’*, entonces, ahí está papá, *‘sí mijo, no te preocupes’, sin explicaciones, me daba dinero, pero yo sabía que*

estaba mal, 'te lo pago pa', 'si no te preocupes' nunca lo pagaba, le pedía más dinero" (SAE3P13). Su padre continuaba minimizando las dificultades que el consumo representaba para Saúl, con la esperanza de que éste decidiera interrumpir su consumo.

No obstante, su padre y su madre, intentan persuadirlo en diversas ocasiones para que se integrara a un tratamiento, por lo que él dejaba de inhalar crack por periodos máximos de un mes, sin embargo, siempre retomaba el consumo. Finalmente un conflicto con su esposa, lo lleva a decidir ingresar a un tratamiento residencial, recurriendo nuevamente a su padre para obtener apoyo *"primero le marqué a mi padre, 'sabes que padre, ya no puedo controlar esa situación, ya investigué y esa es mi decisión, nada más te pido tu apoyo obviamente para lo económico'"* (SAE1P7). *"Y me dijo 'que gusto, que hayas tomado esa decisión, te apoyo completamente, tú ni te preocupes, te echo la mano'"* (SAE3P18). En la historia de Saúl, su padre ejerció su paternidad con cercanía física, emocional y apoyo económico, sin embargo, la búsqueda de lograr que sus hijos asumieran algunos atributos de los discursos dominantes de las masculinidades – lograr el éxito, tanto en el deporte, como profesional y económicamente – lo llevan a construir un ambiente en el que se sobrevaloran los éxitos y se silencian los fracasos, generando las condiciones para que Saúl aprendiera a minimizar los riesgos y negar su propia vulnerabilidad.

La vida sexual de Saúl

Te sientes superior pero tienes miedo (SAE2P5)

Saúl tuvo una fuerte influencia de los modelos de género en casa de sus padres, desde que inicia relaciones de pareja con la figura femenina, buscó tener el control. A los 14 años establece su primera relación de noviazgo con una compañera de la secundaria *"yo manifestaba el querer sentirme superior ante los demás, con los varones y obviamente frente a las mujeres, de 'yo soy quien manda aquí, tu eres de mi posesión, tú me perteneces y lo que yo diga es lo que tienes que hacer', así fue mi primera relación de noviazgo muy significativa, de ahí dio pauta para que yo siguiera ese patrón"* (SAE2P4). Saúl a través de su proceso de socialización, había venido aprendiendo y poniendo en práctica las premisas de la masculinidad dominante, donde se exalta la autonomía, la posesión de la razón, el poder y la fuerza, donde la mujer es visualizada como inferior y al servicio de los varones (Bonino, 1995).

Así, va buscando controlar sus relaciones de pareja, a través de una serie de estrategias, como la descalificación *"tendía a decir, tú no me mereces, siempre las comparaba con el*

estereotipo de la mujer bella, que te hace la sociedad ver, 'es que tú no'" (SAE2P5); la prohibición "ya eres mía' tú no puedes hacer esto, por ejemplo, no dejarla ir con sus compañeros" (SAE2P2); y la culpa "aunque ella no tenía la culpa, yo creaba una culpa o le hacía creer a ella que era culpable de algo [...] de esa manera yo alimentaba ese, '¡sí!, sí la domino, la tengo'" (SAE2P3). Dichos mecanismos, Bonino (1995) los ha denominado como micromachismos y son una serie de maniobras interpersonales que los varones realizan para intentar mantener el dominio y la superioridad sobre las mujeres.

Sin embargo, atrás de esa actitud de control, existían una serie de sentimientos que trataba de ignorar "te sientes superior pero tienes miedo, pero es algo muy encontrado ¿no?, lo trato de entender, es como raro, decir 'si tú te sientes superior, era para que tuvieras esa confianza, pero a la vez tenía ese temor al desprecio, 'si me desprecia voy a sentir que mi ego va a bajar, ¡ijo!, como voy a aceptar que yo sea menos, si siempre me he creído superior'" (SAE2P5). Bonino agrega, que tras la búsqueda de poder, por parte de los varones, está el intento de reafirmar la identidad masculina, asentada fuertemente en la creencia de la superioridad. Así al creer que se tiene bajo control a la mujer, también se pretende controlar diversos sentimientos como el temor, envidia, agresión o dependencia.

Me sentía engañado [...] empecé a incrementar el consumo ¿no? (SAE2P19)

Así, Saúl desde la adolescencia hasta la edad adulta, estableció diversas relaciones de noviazgo que fueron fluctuando dentro de un estilo de búsqueda de control. Sin embargo, ninguna de ellas había tomado mayor relevancia, puesto que sus objetivos estaban centrados en concluir sus estudios e ingresar a laborar.

Es hasta los 26 años, cuando ingresa a laborar a una Secretaría de Estado, que conoce a Rubí – su actual esposa – quien se había incorporado a trabajar a la misma institución. Cuando la conoce, se hacen presentes los sentimientos de duda y temor a ser rechazado "cuando yo la vi, o sea, era inalcanzable ¿no?, [...] porque para mí nivel, era una mujer muy guapa ¿no?, [...] otra vez lo mismo de antes 'es que no me va a hacer caso', decía 'no, es que, para qué le hago' ¿no?" (SAE2P14). No obstante, inicia el cortejo. Rubí en ese momento tenía una relación de noviazgo de diez años atrás, que atravesaba por un periodo de conflicto, por lo que decide terminar e iniciar una relación con Saúl.

Durante los primeros tres meses de relación Saúl disminuye el consumo, presentándose sólo en dos o tres ocasiones. Sin embargo, después de ese tiempo inician las dificultades con Rubí. Ella continuaba teniendo contacto con su pareja anterior, lo cual le generaba

enojo a Saúl *“él [el ex novio de Rubí] le hablaba y le lloraba y ella le ponía mucha atención, ella me decía ‘es que pobrecito’”* (SAE2P15). *“Ese primer año fue muy difícil para mí, porque yo escuchaba lo que le decía, estábamos en el café o pues estábamos paseando, en el hotel, acostados los dos y le contestaba, y yo ‘¡puta!’, o sea, sí es molesto ¿no?”* (SAE2P19). *“Yo me mostraba normal como si no me enojara”* (SAE2P17). *“La trataba de entender de decirle ok, entiendo tu dolor”* (SAE2P15). *“Pero realmente yo estaba molesto, me sentía enojado, muy enojado y obviamente celoso, triste, me daban muchas ganas de llorar, me sentía engañado [...] en esa etapa, ya no soy esa persona la que mandaba, la que decía, ‘ahora vete estas caído, sufriendo por una persona’”* (SAE2P19). Saúl experimentaba enojo y tristeza, ante la imposibilidad de obtener el control y la completa atención de Rubí. Lo cual se acentuaba ante la dificultad de reconocer y aceptar que sentía dichas emociones. Seidler (1995), refiere que los hombres intentan suponer que son independientes y autosuficientes, considerando que no tienen necesidades propias, porque han aprendido a considerarlas señales de debilidad.

Sin embargo, Saúl asume que en este periodo de conflicto se da un incremento en el consumo de crack *“yo creo desde ahí, fue un punto en el que yo empecé a molestarme con ella y a decir ‘entonces yo voy a seguir en mi relajo’ y fue cuando empecé a incrementar el consumo ¿no?”* (SAE2P15). Kaufman (1997), refiere que las emociones no reconocidas se manifiestan en la vida de las personas de diversas maneras y el consumo de sustancias psicoactivas para Saúl, representaba una actividad donde mantenía el control y se sentía seguro.

Cuando digo ‘ya es mía’, me confío, e incrementaba más mi consumo (SAE4P2)

En los próximos meses, Rubí deja de comunicarse con su ex pareja, disminuyendo los conflictos que se presentaban con Saúl, manteniendo un periodo de estabilidad *“algo que es importante, cuando yo digo ‘ya es mía’, es que yo me confió y genero una zona de confort, salíamos, [yo] no tomaba mucho, [a Rubí] no la dejaban salir muy tarde 10, 11 [de la noche] máximo, o sea, la dejaba en su casa y de ahí yo tenía buen tiempo 2, 3 de la mañana, yo avisaba en mi casa que estaba en una fiesta, y todavía a esa hora era creíble, entonces yo me iba y consumía obviamente, incrementaba más mi consumo [...] era a veces en quincena y a veces al mes, compraba 5, y dependía porque a veces me quedaba con poco dinero”* (SAE4P2). Para este momento Saúl realizaba un consumo de mayor cantidad de crack por ocasión, pero con la misma frecuencia – una o dos veces al mes –, aprovechando el tiempo que tenía libre, sin que esta actividad aun le generara dificultad.

Poco tiempo después, Rubí le pide que formalizaran su relación a través del matrimonio *“me pide matrimonio y dije ‘sí’, compramos el vestido y paso un año y dije ¡no!, me arrepentí, estaba más clavado en ese ambiente de la sustancia”* (SAE4P2). Sin embargo, ella le insiste en que definieran la relación *“ella me decía ‘yo tengo muchas ganas de casarme [...] si no estás convencido pues nada más dime’”* (SAE4P12). Saúl había mantenido en secreto su consumo – sin comentarlo con Rubí –, por lo que uno de los motivos que lo llevan a posponer su matrimonio, era que ya no tendría las mismas oportunidades ni el tiempo para consumir libremente.

Cuando tenía 29 años de edad, toma la decisión de casarse *“lo hice porque me estaba diciendo mucho, y aparte, para que no me dejara ¿no? [...] entra otra vez mi ego, decir ‘¡no, pues es mío, ya me lo gané, cómo se la va a llevar alguien más!’”* (SAE4P12). Sin embargo, Saúl no estaba totalmente de acuerdo *“yo no me casé con esa convicción de querer casarme [pero] otra vez el ego, decía ‘ah pues la tengo ¿no?, es mía y voy a poder hacer lo que quiero ¿no?’ [...] mi prioridad era en ese momento mi trabajo, el dinero y el consumo ¿no?”* (SAE2P18). Saúl en los últimos meses había buscado tener mayor control en la relación, y ante este panorama, contempla la posibilidad de manipular a Rubí y seguir consumiendo sin ser cuestionado.

Sabía que [Rubí] tarde o temprano se iba a enterar (SAE2P24)

En los primeros tres meses de matrimonio su consumo de crack incrementa notablemente, y con ello las dificultades económicas y familiares. Saúl, empieza a temer por la reacción de su esposa *“sabía que [mi esposa] tarde o temprano se iba a enterar, y podía pasar una de dos, que me ayudara o que me dejara”* (SAE2P24). Ante este temor modifica su comportamiento hacia ella.

Saúl intensifica los mecanismos de control *“empecé a manejarlo de manera bonita para que diga, ‘bueno pues sí’, empecé a decir ‘pero qué te parece si me esperas y lo hacemos juntos, y así convivimos ¿no?’”* (SAE2P20). *“[Quería] que ella fuera dependiente de mí, que si yo no estaba, no hiciera las cosas”* (SAE1P8). Asimismo la empieza a condicionar *“entonces voy a ir a tomar ¡eh!, me voy a ir con mis amigos’, y ya no lo hacía”* (SAE2P21). De igual forma, buscaba cubrir las demandas materiales *“para mí eso era lo correcto, yo decía, ‘mantener a mi esposa dándole lo que ella me pida, cosas materiales y todo’”* (SAE4P6). Su temor a que ella lo pudiera abandonar, incrementa sus conductas de manipulación.

El consumo de crack también tiene un impacto en la disminución del deseo sexual *“para nada tenía deseos de tener sexo con mi esposa, ni con nadie”* (SAE2P25). *“Ya no tenía deseo, pero lo hacía para darle, pues ese gusto a ella, y que no buscara, o sea, en otra persona, pero no era placentero para mí”* (SAE2P26). Para Saúl, la actividad sexual con su esposa era un medio de control *“cuando teníamos relaciones ella me decía ‘me gusta y me satisface’, ‘eres lo mejor’ con eso mataba mi inseguridad, [...] le llegué a decir ‘nadie te lo va hacer como yo’”* (SAE2P27). Él intentaba mitigar sus temores, a través de creer que tenía un adecuado desempeño sexual.

Finalmente, Rubí lo sorprende inhalando crack en casa *“conforme voy rompiendo esos límites, pues más grande se va haciendo mi adicción, porque ya no hay nada que me detenga ¿no?”* (SAE2P24). Los conflictos se presentan con mayor frecuencia e intensidad, ella decide confrontarlo con conductas similares, empieza a consumir alcohol hasta llegar a la intoxicación llegando en la madrugada a su domicilio. Saúl le pedía que no lo hiciera, no obstante, él no disminuía ni interrumpía el consumo.

Un día que Saúl llega a casa encuentra a su esposa inconsciente en el suelo, junto a ella una botella de alcohol y pastillas [para la gastritis] que había ingerido simultáneamente, la lleva a una clínica de emergencia para su atención, recuperándose en unos días. Ella le comenta que había ingerido pastillas y alcohol, porque no quería seguir a su lado. Este suceso lo lleva a considerar la posibilidad de ingresar a un tratamiento para la recuperación de las adicciones, por lo que interrumpe el consumo de crack por dos días, sin embargo, lo retoma.

Una semana después toma la decisión de buscar un tratamiento *“el jueves que fue quincena dije ‘¡pues ya!’ como dicen, la despedida ¿no? me fui como a las nueve del trabajo me salí antes, fui compré diez grapas [dosis] me fui al hotel, pagué, se acabaron las diez y le marqué a esa persona, me llevó otras diez, fueron como cincuenta grapas que me consumí de nueve a nueve de la mañana”* (SAE1P6). Saúl había considerado la posibilidad de asistir a un tratamiento, pero al llegar a su casa se encontró con un acontecimiento que reafirmó su decisión *“llegué y ella no fue a trabajar, la vi acostada en la casa y le dije ‘¿por qué no fuiste a trabajar?’ y ella me dijo ‘¿como por qué? ya estoy cansada, yo ya no quiero vivir’, y le dije ‘¿conmigo?’ y dijo ‘¡no! ¡yo ya no quiero vivir, yo ya no soy feliz, no he podido lograr lo que he querido y contigo no he podido hacer lo que yo esperaba, entonces yo ya no quiero!’ y el cuadro que yo vi, ella ahí deprimida, ya demacrada, o sea, no dormía, en ese momento yo sentí mucha culpa, en ese momento, como que, abro los ojos y digo ‘¡a caray!’ o sea, ‘¡sí es real!’ no es un juego, a ella no le*

dije nada, pero me sentí tan mal, me bañé y me fui al trabajo” (SAE1P6). Ese día Saúl pide informes en la clínica de atención a las adicciones y le llama a su padre para pedirle su apoyo.

La vida emocional de Saúl

¿Me estás diciendo menso a mí? No, pues no quiero tu ayuda, ¡yo puedo solo!
(SAE4P14)

A través de su proceso de socialización, Saúl había aprendido a ser competitivo y sobresalir en su contexto. En la etapa de adolescencia y juventud temprana, los ámbitos de deporte, pares y consumo de sustancias psicoactivas, habían sido escenarios en los cuales había logrado destacar, afirmando así su significado de superioridad. Kimmel (1997), menciona que la competencia es un atributo de la masculinidad dominante y es en sí misma una relación de poder.

Sin embargo, al tratar de mantener esta posición de poder, negaba la posibilidad de recibir ayuda de los demás *“cuando me dicen ‘te ayudo’ es como si me dijeran ‘es que no puedes y necesitas ayuda, o sea, eres menso’, [yo] decía, ‘¡No!, ¿me estás diciendo menso a mí?, ¡No, pues no quiero tu ayuda!, y ¡yo puedo solo!’ [...] me enojaba, y me motivaba, lo hacía, o sea, en cierta forma me ayudaba a superarlo, pero el sentimiento de decir, eres menso, se quedaba ahí, no, no lo borraba [pensaba que] ellos tenían lastima de mí”* (SAE4P14). Seidler (1997), refiere que los varones comúnmente se sienten obligados a controlar sus emociones y sentimientos para probar una imagen predominantemente masculina. Sin embargo, Saúl se colocaba en una posición de mayor vulnerabilidad emocional, ante la incapacidad de aceptar sus limitaciones.

Cuando yo consumía, siempre recordaba esa culpa (SAE1P14)

Un mes después de haber contraído matrimonio, Armando, su hermano mayor, presentó un intenso periodo de consumo de alcohol y cocaína. Sus padres en un intento por ayudarlo, le piden a Saúl que buscara y seleccionara un lugar, que pudiera ofrecerle un tratamiento *“en esa decisión de internarlo, yo tomé la batuta de investigar donde [...] buscamos en internet, encontramos la clínica y llamamos, dijeron ‘vamos por él’, se pagó la cantidad y todo, ya como a las 3 de la mañana [...] desperté a mi hermano, me volteo a ver y me dijo ‘¿qué paso?’ ‘pues ya es hora hermano, te tienes que ir a recuperar’ y ya, ‘si está bien’ se sonrió, se subió a la ambulancia, y se lo llevaron”* (SAE1P13). Su hermano muestra avances favorables durante los siguientes dos meses, sin embargo, poco antes de

su salida – alrededor del tercer mes – le pide ayuda a Saúl *“me manda un correo [vía internet] y me dice en pocas palabras ‘hermano ayúdame, sácame de aquí’ así simplemente. Obviamente, al ver el mensaje mi memoria registró, porque yo lo había hecho, esa negatividad de querer curarte y le contesté ‘tranquilo falta poco, o sea, ya te faltan días, ya recupérate’”* (SAE1P13). No obstante, cuando acude a la visita, le comentan, que como parte del proceso de rehabilitación, los pacientes tenían que realizar actividades de apoyo en la clínica, por lo cual, su hermano había sido enviado junto con otro compañero a un estado del norte del país a recoger a una persona que ingresaría al tratamiento residencial, sin embargo, durante el traslado a esa ciudad habían desaparecido, sin saber de su paradero. Conforme avanzaron las investigaciones judiciales, se descubrió que la clínica estaba relacionada a actividades ilícitas concernientes al narcotráfico.

Los sentimientos experimentados después de la pérdida de su hermano es un punto significativo en el incremento del consumo de SPA, *“cuando lo relaciono con el correo, la ayuda era pues ‘sácame’ y me dijo ‘no le digas a nadie’ ¿no?, que nadie sepa ‘ven y sácame’ cuando me entero de eso, pues yo sentí una gran culpa, de decir ‘pues si lo hubiera sacado’ ¿no?, me generó mucho, mucho dolor, mucho dolor y jamás se lo dije a nadie, porque obviamente yo decía ‘y si les digo a mis padres, van a decir, ¿Por qué no nos dijiste cabrón?’, enton’s yo cargué mucho tiempo con esa culpa, luego a veces tomaba y lloraba, y decía ‘es que, por mi culpa’, le decía a mi esposa”* (SAE1P13). *“Empecé a tomar más y más”* (SAE1P14). Asimismo, se da un incremento en el consumo de Crack *“unas dos, tres veces cada 15 días, como unas diez piedras [...] cuando yo consumía, siempre recordaba esa culpa, pero aún así no lo dejaba”* (SAE1P14). Ante la desaparición de su hermano, Saúl experimentaba enojo, tristeza y culpa, que se incrementaban al sentirse responsable por haber sido él, quien eligió la clínica, además de no responder a la solicitud de ayuda que le había hecho su hermano. Para Saúl, él era el culpable de lo sucedido, confrontándose con la dificultad para aceptar sus errores, más aún, siendo un ámbito tan sensible como lo era su familia, por los fuertes vínculos emocionales. Por lo que la posibilidad de perdonarse a sí mismo no era una alternativa viable en ese momento.

Él considera que incrementar el consumo podría haber sido un medio para auto castigarse *“decía ‘pude haber hecho más, pero no lo hice’, como lo pensaba así, me generaba mucha culpa, cuando incrementé mi consumo de esa sustancia [crack] probablemente en algún momento llegué a pensar ‘fui culpable y ya no quiero estar aquí’ inconscientemente, conscientemente jamás lo dije, pero porque llegó el momento que ya no me importaba mi*

esposa, ya nada me importaba, nada, nada” (SAE1P15). Kaufman (1997), refiere que las emociones y necesidades no conocidas e inesperadas, por los hombres, no desaparecen y pueden ser dirigidas contra sí mismos, en conductas que atentan contra sí mismos.

Cómo tú Saúl, que lo puedes todo, ahora te sientas derrotado por una sustancia
(SAE3P15)

Al incrementar el consumo, se empiezan a presentar conflictos con su esposa, al mismo tiempo que en su empleo se incrementaba la carga de trabajo por un reciente ascenso, *“yo me sentía internamente triste, fracasado, decía ‘Saúl mira lo que está sucediendo, todo lo que te dijeron [de que eras el mejor], no es verdad, ¡ve, fallaste!’, pero externamente hacía la pose o la cara de ¡perfecto!, yo daba esa máscara, no lo aceptaba ‘¡No, no, no porque yo soy mejor!’” (SAE3P13).* No obstante, *“en ocasiones quería externarlo, pero pensaba ‘cuando lo digas te vas a derrotar, me voy a quedar en el suelo’ [...] Cómo aceptar que tú Saúl, que lo puedes todo y en el trabajo, ahora te sientas derrotado por una sustancia” (SAE3P15).* *“Internamente me sentía triste, deprimido, ¡puta, cómo es posible! [...] siempre fue un sentimiento de derrota de decir ‘No pude, no pude [...] cuanto más tiempo pasaba y no aceptaba, más grande era mi culpa” (SAE3P13).* Saúl transitaba entre diversas emociones, el deseo de solicitar ayuda, la dificultad para hacerlo, y la necesidad de aparentar que nada sucedía. Badinter (1993), refiere que la masculinidad parece ser producto del logro, siempre hay que afirmarse como varón, aparentar que se ha alcanzado el estándar. Sin embargo, el proceso de mantener una posición de poder, puede convertirse en una fuente de contradicciones y de intenso dolor (Kaufman, 1997).

Su padre y su madre intentan ayudarlo, sin embargo, a pesar de reconocer que necesitaba la ayuda, continuaba rechazándola *“sabía que estaba mal, pero no lo asimilaba [...] ya mi papá sabía, mi mamá también, cuando me preguntaban ‘¿hijo, estás bien de salud?’ yo entendía su pregunta, ‘¿sigues drogándote?’ esa pregunta a mi me molestaba [...] de inmediato el enojo y después la culpa. Pero la culpa más fuerte era no tener el valor de decirle a mis padres, a mi esposa, ‘sí me estoy drogando, ¿qué hago o qué podemos hacer?’ ese era mi dolor más profundo” (SAE3P14).* *“Es como querer levantar un edificio tú solito, o sea, por más que hacía [...], hasta que acepté que estaba derrotado” (SAE3P18).* Una de las grandes dificultades para Saúl era, aceptar que sentía temor y que necesitaba ayuda, sin embargo, pasaba del enojo a la culpa y la desesperación. Núñez (2007a) plantea que ser hombre se representa, como un asunto de valentía, de control de sí mismo y de los propios temores, como una actitud temeraria, y finalmente como una supresión del dolor. Salguero (2008), menciona que algunos hombres aprenden a desdeñar las

emociones y los sentimientos como signos de debilidad, así como, rechazar la derrota y el dolor, ya que ponen en una situación comprometida el sentido de la identidad masculina.

Contexto de trabajo

El poder lo obtienes con dinero y si tienes dinero tienes poder (SAE4P5)

Saúl reconoce que siempre buscó obtener una posición de poder *“desde que empiezo a trabajar relaciono el poder con el dinero [...] el poder lo obtienes con dinero y si tienes dinero tienes poder, esa fue mi visión, desde que yo empecé a estudiar la preparatoria, mi perspectiva era salir a conseguir un trabajo e ir creciendo monetariamente ‘teniendo dinero, tengo mujer, tengo bienes, tengo todo ¿no?, o sea, cuando tenga eso, me voy a realizar’”* (SAE4P5). Olavarría (2001), menciona que cualquiera que sea la condición del varón, trabajar remuneradamente forma parte de su identidad de hombre adulto; para ello se preparan y son socializados. El trabajo es uno de los componentes centrales de la identidad masculina dominante y constituye uno de los núcleos de su respetabilidad social. A través del trabajo obtienen dinero, y el poder que da el dinero: prestigio, autoridad y la posibilidad de decidir sobre sus vidas y la de los suyos.

Cuando concluye sus estudios universitarios, a la edad de 24 años, empieza a laborar en un pequeño despacho contable, al tener un ingreso económico propio, aumenta el uso de crack *“empiezo a incrementar un poco más en dosis, por ejemplo, si en la universidad consumía 2, 3, papeles [dosis] consumía 6, ya tenía solvencia ¿no?, en la universidad lo compraba con el dinero que mis padres me daban y lograba juntar, pero ya cuando tuve un ingreso, voy elevando un poco el consumo”* (SAE4P2). En los siguientes tres meses cambia de empleo, incorporándose a otro despacho contable privado, con un horario que le dejaba menos tiempo libre, por lo que la frecuencia de consumo disminuye.

A lo largo de su trayectoria laboral, su padre lo apoyó en algunas ocasiones para conseguir mejores empleos *“mi padre nos había creado esa forma de pensar y ver las cosas, por ejemplo, cuando ya estaba cansado de un trabajo, o era aburrido [me decía] ‘no te preocupes mijo, ahorita te conseguimos trabajo’, le hablaba a personas y en un mes, dos, me cambiaba de trabajo”* (SAE3P13). Con el apoyo de su padre, incorporarse al mercado laboral tuvo ciertas facilidades.

Cuando tenía 25 años, ingresa a laborar a una Secretaría de Estado, ocupando un puesto con mayor responsabilidad y salario *“el doble de lo que ganaba, desde mi primer trabajo tenía mi vehículo, compré mi segundo vehículo, y ahí si ya incrementó mi consumo, con*

amistades del trabajo anterior, compañeros [...] de la Secretaría, cuando entré [a laborar], salía seis o siete de la tarde, tenía dinero y mayor tiempo para disfrutarlo.” (SAE4P2). En ese momento, el consumo estaba asociado a espacios de diversión, no tenía una relación de pareja estable y su tiempo libre lo ocupaba en reuniones sociales.

Pocos meses después de haber ingresado, tiene su primer ascenso como Jefe de Departamento, posición que desempeñó durante los siguientes cuatro años, de los 25 a los 29 años de edad. Un año después de su primer ascenso conoce a Rubí, su actual esposa, época en la cual presentó un incremento en el consumo de crack ante las dificultades en la relación, sin embargo, hasta ese momento no representaba conflicto para él, debido a que podía desempeñarse sin ninguna dificultad en el área laboral, familiar y social.

Dos meses después de contraer matrimonio, y a solo uno de la desaparición de su hermano, le otorgan un segundo ascenso dentro de la misma Secretaría *“como a los 2 meses de casado se me presentó otra oportunidad de trabajo, yo la busqué porque ya estaba muy cansado de estar ahí, estuve 4 años en ese mismo puesto de Jefe de Departamento, me cargaban mucho el trabajo, entonces busqué otra oportunidad, con otro incremento y dije ‘¡vámonos ¿no?, excelente!’” (SAE4P3).* En un primer momento logró mayor estabilidad laboral, no obstante, con el paso de los días la carga de trabajo fue en aumento.

¡Cómo no voy a poder costearme una sustancia! (SAE4P3)

Con este nuevo ascenso, avanzaba seis niveles en el escalafón, lo que representaba mayor responsabilidad y mejor salario *“si fue lo doble de lo que ganaba en ese entonces y... ¡juta! feliz, empecé a gastar y todo eso” (SAE4P3).* Con el respaldo de su nueva capacidad adquisitiva, adquiere algunas deudas para solventar las necesidades de su matrimonio *“adquirimos el departamento, ‘¡pues vamos a amueblarlo!’ empezamos a adquirir más, ella me decía ‘vamos a comprar esto, pues si alcanza’, hacía cuentas, de tal manera que se empiezan a incrementar las deudas” (SAE4P3).* En un principio no tenía dificultad para liquidar todos sus adeudos, lo cual, lo hacía sentirse satisfecho con su rol de proveedor.

De igual forma, consideró que si podía solventar los gastos de su casa, también podría aumentar la dosis de crack *“empezó a incrementar mi consumo porque ya había más dinero, [decía] ‘puedo solventar el departamento, vestido, alimento, ¡cómo no voy a poder costearme una sustancia!’ y ahí sí empecé a incrementarla, unos 10, 15 papeles [dosis] cada quincena” (SAE4P3).* Algunos estudios como el de Pérez, (2003), reportan que un alto

porcentaje de los usuarios de Crack, experimentan la posesión física de dinero, como un intenso estímulo para el consumo. No obstante, García (1996), afirma que la acumulación de dinero legitima el ejercicio del poder, y en el caso de Saúl, el consumo de sustancias psicoactivas era un medio por el cual afirmaba su superioridad.

Ya trabajé mucho, pos voy a echarme unos tragos y a consumir crack (SAE4P17)

Sin embargo, conforme ascendía también incrementaba la responsabilidad *“cuando, por ejemplo se me cargaba mucho el trabajo, aparte de enojo, llegaba a sentir esa decepción o tristeza de decir, ‘Saúl tienes un buen ingreso, tienes presión de trabajo y pues sales tarde, doce, una de la mañana, y ni el tiempo que tienes disponible puedes estar bien, si ya pasaste doce horas trabajando, durante ese momento está feliz, pero ya estás enojado, y tenías una hora para cenar con tu esposa o platicar, ¿por qué esa hora no la disfrutas, por qué vas y te enojas con ella?’, sentía esa culpa, porque mi esposa me decía, ‘¿pero por qué te enojas?’, yo me sentía triste, porque decía, ‘¡pero es que no puedes controlar eso Saúl!’, o sea, como decir ‘no puedes tenerlo todo’ si desde las tres de la tarde me avisaban ‘hoy van a salir tarde’ decía ‘para qué me enojo’ o sea, era una desesperación no poder controlar esas emociones, de decir bueno ‘estas enojado ahorita porque tienes mucho trabajo’”* (SAE4P9). Olavarría (2008), refiere que la extensión y profundización de la globalización afecta la vida de las personas. Y los requerimientos competitivos de las instituciones definen y estructuran las subjetividades y los cuerpos de quienes trabajan en ellas. A Saúl los requerimientos de su nuevo puesto, le exigían mayor sacrificio de su tiempo y espacio, lo cual, le generaba un profundo enojo.

Asimismo, consideraba que su trabajo tendía a la monotonía *“siempre era mi rutina esto y esto y esto, era un robot ¡cabrón!, llegaba a mi trabajo, prender mi computadora, revisar mis papeles, lo mismo, lo mismo, o sea, jamás dije ‘en vez de prender mi computadora voy a pasar al baño’, ¡no, jamás!”* (SAE1P10). Al mismo tiempo, que aumentaba la presión en el trabajo, también incrementaba el consumo de crack *“decía ‘ya trabajé mucho, pos voy a echarme unos tragos y consumir crack’”* (SAE4P17). El consumo de sustancias psicoactivas se convierte en una recompensa después de la realización del trabajo, además de ser una práctica que le ofrecía un espacio de confort ante el conflicto de emociones por la pérdida de su hermano.

A los pocos meses de tener su segundo ascenso, le notifican que en seis meses volvería a ascender a un puesto de mayor jerarquía *“a dos meses que entré aquí, tenía otra propuesta para subir de trabajo, ahí si iba ser lo doble, si iba a ser bastante dinero y*

empecé a alucinar con eso 'voy a hacer esto y voy a consumir lo mismo' porque voy a ganar más y voy a pagar todas mis deudas, y a mi esposa la llevo de viaje, y voy a tener más chance de consumir, eso me motiva, yo pienso que de ahí me agarro para incrementar mi consumo" (SAE4P5). Cuando le informan de la posibilidad de volver a subir de puesto, proyecta una serie de expectativas para mejorar su estilo de vida, sin embargo, en la práctica realiza otras conductas.

En el trabajo empecé a tener problemas (SAE4P5)

Cuando se entera de la probabilidad de su siguiente ascenso, empieza a tener dificultades *"en el trabajo empecé a tener problemas, no por el consumo, sino por la carga de trabajo, fue personal, absorbí el trabajo, entonces llegaba más tarde 1 o 2 de la mañana" (SAE1P4).* Asimismo, se da una disminución en el rendimiento laboral *"ya en mi trabajo, empiezo a perder el interés, ya no voy a hacer nada, llegaba, delegaba, salía del trabajo y decía 'aquí está, aquí está', y me iba a mi casa o a consumir [...] me confié, pienso que si hubiera durado dos, tres meses más, pues probablemente hubiera llegado el momento en el que me hubieran despedido ¿no?, porque ya mi consumo estaba grueso, ya dos veces por semana en los últimos 3, 4 meses, hubiera llegado el momento en el que me iba a poner mal e iba a faltar al trabajo o incluso llegar a hacerlo [consumir crack] en el trabajo" (SAE4P5).* Si bien es cierto, que en este momento se encontraba transitando por un proceso de inestabilidad emocional, por el suceso de su hermano mayor, también existía cierto descontento con su nuevo puesto.

La oportunidad de volver ascender lo confrontaba con dos premisas fundamentales en la definición de su sentido de ser hombre, por un lado, obtener ascenso profesional y por otro, la dificultad para reconocer sus propias limitaciones; es decir, existía la posibilidad de que el bajo rendimiento laboral que estaba presentando, era el resultado de que no contaba con los recursos técnicos que el puesto demandaba, o tal vez, no tenía la tolerancia para manejar el estrés y la frustración a ese nivel, o simplemente no deseaba pagar el sacrificio que éste demandaba. Sin embargo, no podía aceptarlo y una posible salida, menos dolorosa, era admitir la derrota ante el consumo de sustancias psicoactivas.

Yo no pude con ese paquete (SAE4P5)

Él había aprendido que para ser superior tenía que destacar en su ámbito profesional *"yo crecí con esa idea y ese ego 'iyo soy mejor que todos, yo puedo!' y como se me fueron presentando los ascensos dije 'a los 50 años voy a estar en una Dirección General o en una*

Subsecretaría” (SAE4P5). A través de estas premisas trataba de llevar su vida y sus objetivos.

Sin embargo, también lograba reconocer las contradicciones del modelo de varón en el cual había sido socializado *“es bueno tener un buen nivel, un buen ingreso, pero yo no pude con ese paquete, no pude administrarlo, porque esa idea que tenía [tener poder y dinero] la vi, digamos, como un manual, de cómo llegar a tenerlo, leí el primer capítulo, Tener dinero y tener poder; pero no leí el dos, tres, cuatro, cómo administrarlo para tener una buena vida. Llegué a tener dinero, y tener un buen puesto, una esposa, un matrimonio, algo material, pero ahora disfrútalo, organízalo, ya no lo pude hacer, no pude, tenía dinero y me drogaba [...] jamás pensaba ‘¿vas a tener hijos? ¿Y tu esposa?’, siempre pensaba ‘voy a tener tanto, voy a ganar tanto, y voy a poder hacer esto y comprar esto” (SAE4P5). Connell (2006) refiere que el proceso de globalización de nuestro tiempo, está dando lugar al modelo de masculinidad transnacional de negocios, que se caracteriza por enfatizar el aislamiento emocional, el distanciamiento social y abundancia material, que se combinan con un sentimiento de superioridad y acreditación. Saúl reconoce que hasta ese momento no había pensado en una vida diferente, no contemplaba las necesidades emocionales de su esposa, ni las suyas, ni el ejercicio de la paternidad, su principal objetivo era acumular mayor recurso económico y poder.*

No obstante, con el paso del tiempo el consumo de crack y las presiones fueron en aumento *“pero cuando me siento insolvente para afrontar mis deudas, el estrés del trabajo, había presión, ‘¡apúrate y rápido!’, había enojos, que ya no soporto, ya no aguanto ¿no?, tan es así, que busco consumir cada día más, o sea, consumía y decía ‘bueno ya’ pues sentía el efecto de la sustancia y decía ‘¡ah!’, como que te olvidas un poco de esa presión, [...] tenía un alivio momentáneo [...] llegaba a un círculo interminable ¿no?, de no querer afrontarlo” (SAE4P18). El consumo de crack se convierte en un paliativo transitorio.*

Las dificultades económicas, con su esposa y en el trabajo fueron incrementando, por lo que decide renunciar para ingresar a un tratamiento *“yo tenía ganas de decir ‘ya, ya quiero curarme’, pero ese sentirme superior no me dejaba, hasta que acepté que estaba derrotado” (SAE3P18). “Mi trabajo, no me importó, dije ‘renuncio punto’, en ese momento, presenté mi renuncia” (SAE1P7). “Cuando firmé mi renuncia y la entregué [...] sí llegó ese sentimiento de decir ‘¡Ya ves Saúl, como sí fracasaste cabrón!’, pero experimenté que esa sensación de fracaso es mínima comparada con el alivio que tienes al expresarlo” (SAE3P17). Para Saúl fue un gran paso pedir ayuda “yo noté en mí, esa aceptación,*

convicción en automático ‘¡Ya no quiero hacer esto!’” (SAE1P7). “Ya no había nada para mí en ese momento que me detuviera, para nada, o sea, totalmente decidido ¿no?, cuando yo acepto, pienso que ahí inicio mi cura” (SAE3P20). Para él haber logrado pedir ayuda le permite empezar a poner en duda las premisas que había aprendido sobre lo que significaba ser varón.

CAPÍTULO VI

ELEMENTOS EN LA CONSTRUCCIÓN DE LOS SIGNIFICADOS DE SER HOMBRE EN LA TRAYECTORIA DE CONSUMO

La intención de analizar las cuatro historias de vida a través de los diferentes ejes de análisis: familia, pares, emociones, sexualidad, trabajo y cuerpo, responde a la intención de mostrar la construcción de los significados de ser varón y consumir sustancias psicoactivas como un proceso dinámico en constante cambio. Así como, analizar el proceso de aprendizaje, puesto que, la relación que los usuarios establecen con las drogas no es estática, cambia de acuerdo a cada uno de los contextos y a través del tiempo. De igual forma, una misma sustancia puede tener diferentes significados en la vida de una persona, e incluso, significados diferentes o contradictorios en un mismo momento.

En este sentido, a continuación, se expondrán dos apartados, en el primero se pretende sintetizar las similitudes en los procesos de aprendizaje de los participantes de acuerdo a los diferentes contextos, y en un segundo, se establecerán las diferencias en cuanto a la forma de interactuar con los discursos dominantes de las masculinidades. Ambos apartados tienen la intención de reflexionar sobre la diversidad de significados que puede adquirir la práctica de consumo en la construcción de la identidad masculina.

Finalmente en un tercer apartado, se abordarán algunas reflexiones sobre las experiencias de campo en el proceso de investigación.

6.1 Similitudes en las trayectorias de consumo de sustancias psicoactivas

6.1.1 Entorno familiar

6.1.1.1 La “naturalización” del consumo de SPA en la familia y el medio social

De acuerdo a las historias de Daniel, Javier, Jaso y Saúl, su incorporación a la cultura de uso de sustancias psicoactivas fue parte de un proceso de aprendizaje, que se fue construyendo a través de su vida y en el cual contribuyeron varios factores. Becker (2009), sugiere que los usuarios de drogas siguen un proceso hasta convertirse en consumidores habituales.

A este respecto, en los participantes de esta investigación el consumo de sustancias psicoactivas se presentó desde edad temprana como una práctica “naturalizada”, en su entorno familiar y social, pues era común que varones cercanos a ellos como su padre,

tíos y vecinos, consumieran diversas drogas, favoreciendo que se involucraran desde pequeños en este tipo de actividades, por ejemplo, Daniel era el encargado de ir a comprar las bebidas alcohólicas de su padre y amigos; Javier reproducía en sus juegos el consumo de tabaco e inhalantes, y Jaso encendía los cigarrillos a su madre, al mismo tiempo que robaba las bebidas alcohólicas a los invitados en reuniones familiares. Así, el consumo de drogas se presentaba ante ellos como una serie de prácticas objetivadas, “naturalizadas” e incuestionables (Berger & Luckmann, 1966). Se podría sugerir que los varones entrevistados, iniciaron el consumo de drogas antes de administrar por primera vez las sustancias en su cuerpo. En este sentido, Fatela (2004) menciona que más allá de consumir productos químicos, los usuarios consumen productos insertos en el imaginario social.

Otro elemento que contribuyó en el aprendizaje del uso de sustancias psicoactivas, fue la tolerancia social en los varones para participar en prácticas de consumo. Por ejemplo, Daniel, cuando consume por primera vez alcohol, lo hace en compañía de su madre y vecinos mayores, quienes además de proveer las bebidas alcohólicas, consideran el hecho una actividad cotidiana. De igual forma, en la historia de Javier, cuando empieza a consumir alcohol su padre se mostraba indiferente, argumentando que era hombre y por tanto, tenía derecho a decidir libremente. En el caso de Saúl, su padre minimizaba las consecuencias negativas del consumo de alcohol y cocaína de éste, descalificando los signos de alerta que su madre señalaba. Esta tolerancia del consumo en los varones, forma parte de los discursos dominantes de las masculinidades, favoreciendo que inicien a edades más tempranas y desarrollen consumos problemáticos, haciendo invisibles los riesgos asociados al uso de las diferentes sustancias.

Algunos autores como Capraro (2000) y Contreras (2009), coinciden en que el consumo de sustancias psicoactivas forma parte de los comportamientos aceptados en los discursos dominantes de las masculinidades. Brandes (2002), refiere que los hombres siempre han tenido mayor libertad para consumir alcohol, lo cual es evidente durante los rituales o fiestas comunitarias como los festejos patronales, bautizos, matrimonios, etc., donde generalmente consumen de forma visible, resultando predecible y normal a diferencia del comportamiento esperado para las mujeres. Este último autor considera, que en México como en otras culturas, ni la bebida ni la embriaguez son características exclusivas de los hombres, no obstante para la gran mayoría de ellos, la ingesta de alcohol y la embriaguez están estrechamente relacionadas con la identidad masculina.

6.1.1.2 El uso de drogas como un estilo de vinculación con la figura paterna

Para Calveiro (2005), la familia no permanece ajena a las relaciones de poder que circulan en la sociedad. En su interior, conforma una compleja red de vínculos diferenciados que guardan semejanzas con las relaciones de poder sociales y políticas. Schmukler (2001), plantea que en ésta, se observan los primeros modelos de género y la interacción entre hombres y mujeres.

En este sentido, la relación que los participantes construyeron con sus padres, jugó un papel significativo en el aprendizaje de los significados de ser hombre y consumir sustancias psicoactivas, donde la presencia o ausencia del padre, tiene una influencia relevante en la trayectoria de vida de los hijos (Salguero, 2006). Sí bien es cierto que la paternidad implica una serie de relaciones, que pueden ser de afecto, cuidado, conducción, sostén económico y autoridad (Figueroa, Jiménez & Tena 2006), la relación que vivieron los participantes con sus padres, estuvo matizada por violencia, negligencia, falta de supervisión y distanciamiento afectivo, lo cual generó en ellos una serie de sentimientos ambivalentes como enojo, respeto, temor y admiración hacia sus padres.

Javier experimentaba ira y rechazo hacia su padre por la extrema violencia que ejercía sobre su madre, al mismo tiempo, mostraba admiración y respeto, pues consideraba que era una figura reconocida en su vecindario, sintiéndose orgulloso de esto. Por su parte Jaso al perder a su padre a temprana edad, construyó una imagen idealizada de él, sobrevalorando la violencia y el consumo de sustancias psicoactivas. Saúl incorporó la imagen de su padre – junto con la búsqueda de poder –, como un modelo a seguir sin ningún cuestionamiento.

Pese a experimentar sentimientos adversos, para los tres participantes, era importante sentirse reconocidos, aceptados y queridos por su padre, por lo que, una de las formas a través de las cuales intentan lograr esto, es cubriendo sus expectativas. Javier, buscaba “*ser el machito*” que éste le pedía, Jaso buscaba acercarse al modelo que su padre le representaba como un hombre agresivo y violento, en tanto que Saúl buscaba ostentar control en sus relaciones personales desde temprana edad.

Laqueur (1992), menciona que en el discurso patriarcal se han ignorado los lazos emocionales de los padres con los hijos, al inscribir a los hombres fundamentalmente dentro del contexto público, y sólo presentes simbólicamente en el orden familiar, generando un distanciamiento afectivo entre padres e hijos, que no deja de ser doloroso para estos últimos en su proceso de crecimiento.

Así ante la búsqueda de aceptación y afecto, para algunos varones del estudio, el consumo de sustancias psicoactivas se presentó como una opción para obtener aprobación de sus padres, lograr cercanía emocional, reconocimiento y construir un código de complicidad entre varones, haciendo uso de prácticas legitimadas para ellos.

6.1.1.3 Diferencias de poder en la familia como facilitadoras del consumo de SPA

En la familia se aprende a establecer vínculos de cooperación, solidaridad y afectividad, signados por asimetrías e inequidades (García & Oliveira, 2006). Calveiro (2005), reconoce en la familia moderna dos grandes líneas de poder familiar: una generacional que va principalmente de padres a hijos, y otra de género, que se ejerce de hombres a mujeres; las cuales en el funcionamiento cotidiano se conjugan y se complican considerablemente. En este sentido, es común que en la familia patriarcal, los hijos varones tengan más poder que sus propias madres.

En la historia de Daniel, cuando fue sorprendido por su madre fumando mariguana, éste silencia sus reclamos minimizando el evento, aceptando ella no volver a hablar del tema.

Javier, cuando inicia el consumo de crack en casa, a pesar de que su madre le decía que lo evitara, no consideraba su petición. Para él no representaba autoridad, lo que se hacía más evidente cuando le tomaba dinero sin su autorización y ella sólo se limitaba a mencionarle el hecho, sin ninguna consecuencia a su conducta.

Asimismo en la familia de Jaso, siendo el único hijo varón, su madre y hermanas tenían conductas de sobreprotección hacia él, careciendo de límites. Cuando su madre se entera de su consumo evade conversar sobre ello, convirtiéndose en un tema que todos sabían pero que nadie mencionaba, hasta que presentó dificultades de tipo legal.

De los cuatro participantes, Saúl fue el único que no tuvo antecedentes familiares de consumo de sustancias psicoactivas en exceso, contó con mayor supervisión y cercanía emocional de su padre y madre. Sin embargo, en casa existían enormes desigualdades de poder, desde que era adolescente su madre le señalaba los riesgos ante el estilo temerario de conducirse, no obstante, él la ignoraba apoyado en la autoridad de su padre.

Al respecto Figueroa (2000), plantea que en lo cotidiano se descartan y descalifican a ciertos miembros de la familia, quienes no son reconocidos como sujetos con autoridad como son los niños, niñas, mujeres, ancianos y ancianas, pues los adultos varones son tomados como el eje de referencia y como única autoridad. Así, cuando en las familias

existen diferencias de poder, los varones menores de edad se colocan en situaciones de mayor vulnerabilidad, como el desarrollo de consumo problemático de drogas. Estas condiciones aumentan ante la complicidad e indiferencia del padre, en las cuatro historias de los participantes, se descalifican las sugerencias de las mujeres y minimizan los riesgos, tolerando el consumo desde edades tempranas. Así, los varones pierden la posibilidad de tener los límites y la dirección necesaria que impidan el desarrollo de consumo problemático de sustancias psicoactivas. Escuchar las voces femeninas al interior de la familia, puede promover el cuestionamiento de los discursos dominantes de las masculinidades.

De Keijzer (2001), menciona que la desigualdad genérica produce enajenación y tiene altos costos para los hombres, por lo que, es importante que reconozcan las ventajas en términos de calidad de vida y placer, que la equidad y negociación pueden suponer para ellos.

Es importante resaltar que investigaciones como las de Alfonso, Huedo-Medina y Espada, (2009) y López y Rodríguez-Arias (2010), señalan como principales factores de riesgo para iniciar el consumo de sustancias psicoactivas los conflictos familiares, escasa disciplina, falta de supervisión, insuficiente apego familiar, actitudes favorables al uso de drogas en los padres, entre otras. Sin embargo, no se ha contemplado las diferencias de poder al interior de la familia como facilitadoras del uso de drogas.

6.1.1.4 El empoderamiento de los varones a través del consumo de SPA en el ámbito familiar

Kaufman (1997) y Olavarría (2006), coinciden en que el modelo de masculinidad dominante está invisibilizado y transformado en naturaleza, con sus atributos y mandatos sociales, posibilitando en gran medida, que los hombres accedan a recursos de poder significativamente mayores que las mujeres, y que ciertos hombres posean poder en proporciones mayores a otros.

De acuerdo al anterior planteamiento, los varones buscarían mantener el poder y ejercerlo sobre las mujeres y sobre aquellos hombres que estén en posiciones jerárquicas menores. Sin embargo, paradójicamente una de las características de la trayectoria de consumo de sustancias psicoactivas, es que con el incremento del uso de drogas empiezan a presentar una serie de pérdidas: escuela, empleo, recursos económicos, credibilidad, lo cual, les resta poder y autonomía ante su familia.

Daniel, durante los episodios de mayor consumo de alcohol y mariguana, no lograba estabilidad laboral, migrando a diversas ciudades al interior de la república, al mismo tiempo que los conflictos con su esposa, hermanas, padre y madre, incrementaban. Ante esto, una estrategia utilizada para mantener una posición de poder era la manifestación de violencia física.

Peralta y Cruz (2006), afirman que el consumo de alcohol en el contexto de la violencia física se utiliza para demostrar comportamientos emblemáticos de las masculinidades dominantes, al mismo tiempo que se excusa el comportamiento violento y abusivo. Lo cual forma parte del proceso de construcción de los significados de las masculinidades.

Campillo y Romero (1994) afirman que en una persona, la misma droga, farmacológicamente puede provocar agresividad, pasividad, labilidad emocional o retraimiento, un estado de conciencia alterado que se llena o se nutre de significados y explicaciones provenientes de la cultura y la circunstancia. Así, en el caso de algunos de los participantes, el consumo de drogas asociado a manifestaciones de violencia era utilizado para mantener una posición de poder, evitar asumir la responsabilidad de sus acciones y rechazar el deterioro físico, económico y afectivo, puesto que implicaba poner en duda los significados de ser hombre.

Peralta y Cruz (2006) y Stanistreet (2005), sugieren que los varones provenientes de entornos con pobre estimulación, desarrollan pocas habilidades para sobresalir en ambientes de alta competencia, requiriendo de estrategias alternativas, como la manifestación de violencia asociada al consumo de alcohol, convirtiéndose en un mecanismo de compensación.

Sin embargo, la violencia no es exclusiva de varones con menores habilidades, pues varones con mayores recursos personales y económicos, recurren a formas sutiles de violencia con el mismo fin de mantener una posición de poder en los contextos de consumo de sustancias. Saúl en el momento de mayor uso de crack, incrementa los mecanismos de control hacia su esposa, como coartar sus relaciones sociales, implementar el control económico, minar su autoconfianza e independencia a través de la descalificación, con el objetivo de evitar que terminara la relación si se enteraba del uso de sustancias.

Así en una sociedad patriarcal donde existen diferencias de poder entre los géneros, la violencia es un recurso de control validado e invisibilizado, donde los varones usuarios de sustancias psicoactivas, en periodos de mayor consumo, recurren a ella para evadir,

justificar y no tomar la responsabilidad de sus acciones ante el consumo. Así como, evitar aceptar la vulnerabilidad ante el uso problemático, para no poner en duda su significados de ser “hombres”. La violencia es la evidencia de que el temor y la sumisión no están garantizados, por tanto, ésta tiene un papel de articulación, es al mismo tiempo el recurso para afianzar el miedo y la obediencia, como el disparador de la confrontación y la desobediencia, es decir, da paso al ejercicio del poder y la resistencia (Calveiro, 2005).

Es importante acotar que en esta investigación, la concepción del ejercicio del poder al interior de la familias no se concibe en forma vertical, de los varones sobre las mujeres, sino como un proceso dentro de la unidad familiar, como un microcosmos anclado en pautas organizativas que se basan en relaciones de poder donde se genera conflicto y lucha (Calveiro, 2005). Cabe mencionar que las mujeres también obtienen ciertos beneficios ante el consumo de la pareja: menos control, mayor capacidad de decisión, el amor de los hijos, la seguridad de no perder a su pareja, depositar la causa de todos los conflictos familiares en el usuario de drogas, etc., estableciendo así luchas de poder y resistencia.

6.1.2 La vida emocional de los varones

Seidler (2006), citando a Wittgenstein, cuestiona la perspectiva esencialista que concibe a las emociones como estados internos, y por el contrario, las define como algo que solamente puede conocerse gracias a su exteriorización, como procesos insertos en relaciones estructurales de poder. Este autor plantea que si se quiere conocer, cómo los hombres han forjado sus cuerpos emocionales para afirmar las masculinidades dominantes, se deben abordar los procesos mediante los cuales los varones crecen hasta hacerse hombres.

6.1.2.1 Eludiendo la vulnerabilidad

Algunos de los temas comunes en la historia de Daniel, Javier y Jaso, fueron las constantes carencias económicas, negligencia, maltrato y violencia sexual, que generaron en ellos una serie de emociones como angustia, miedo, soledad, enojo e impotencia, experimentando un permanente estado de vulnerabilidad, del cual, los tres buscaron tomar distancia.

Este rechazo al sentimiento de vulnerabilidad forma parte de un complejo proceso de socialización de los varones. En el caso de Javier desde niño fue forzado por su padre a ignorar el temor, angustia y empatía hacia el otro, cuando lo presionaba a pelear físicamente para imponerse a otros niños, llegando a considerar las emociones como un

obstáculo para lograr su objetivo. De igual forma, en el entorno familiar de Saúl se construyó un medio, en el cual se sobrevaloraban los éxitos y se silenciaban los fracasos, evitando mostrar fragilidad.

Los varones aprenden que los sentimientos de tristeza o vulnerabilidad, se experimentan como signos de debilidad, por lo que transforman la tristeza en ira y violencia, emociones aceptadas socialmente en ellos. Jaso ante los periodos de tristeza de su madre, experimentaba enojo y rencor, pues era más fácil tolerar estas emociones, que el dolor ante su sufrimiento. Así, los varones organizan sus emociones de acuerdo con aquellos sentimientos y deseos que consideran socialmente aceptables para ellos.

La competencia es una estrategia a través de la cual, los varones intentan distanciarse de la vulnerabilidad y demostrar el control de sí mismos. Saúl a través de su historia aprende a ser competitivo, logrando sobresalir en el ámbito deportivo obteniendo reconocimiento y prestigio, buscando mantener a toda costa un sentimiento de superioridad, teniendo dificultad para aceptar ayuda de los demás. Generalmente los hombres crecen identificando la masculinidad con autocontrol, por tanto, tienen que dominar las emociones que son consideradas femeninas, puesto que, amenazan sus identidades masculinas (Seidler, 2006).

6.1.2.2 El uso de SPA, una estrategia de “olvido”

La necesidad, de los varones por sentir que tienen el control de sus vidas afectivas, los lleva a involucrarse en una serie de rituales como asumir riesgos, competir con sus pares, sobresalir económicamente, entre otros, donde los efectos químicos del consumo de sustancias psicoactivas adquieren un sentido instrumental inhibiendo las emociones de temor, dolor, tristeza, duda o incertidumbre facilitando su participación.

Cuando Daniel migra por primera vez a EU, con el objetivo de mejorar su condición económica, resultó una experiencia dolorosa, puesto que implicó separarse de sus padres y dejar su lugar de origen, enfrentar los riesgos y maltratos que conlleva viajar de forma ilegal y adaptarse a un nuevo lugar de residencia, en este contexto empieza a fumar marihuana de manera habitual. En otro momento, cuando se da el distanciamiento con su tío, quien era la única red de apoyo en EU, y la separación de su novia, representó una fuerte crisis emocional, iniciando el consumo de *speed*. En ambas situaciones el uso de SPA le permitió incidir sobre su estado de ánimo distanciándose de los sentimientos de tristeza y soledad. Va aprendiendo que el miedo, la vulnerabilidad y el dolor emocional

son sentimientos a los cuales hay que ignorar y sobreponer, y el consumo de SPA recursos útiles para este fin.

Para Javier presenciar cómo su madre era violentada por su padre, le provocaba diferentes emociones como enojo, tristeza, impotencia y posiblemente culpa de no poder intervenir. Frente a esas emociones, Javier decide pasar la mayor parte del tiempo con sus pares, iniciando una serie de prácticas como peleas, conductas temerarias incluyendo el uso de sustancias psicoactivas.

Por su parte, a Jaso nunca le gustó experimentar tristeza, temor y vulnerabilidad, por ejemplo, los desenamoramientos en los vínculos de pareja, fueron acompañados por consumo de crack. Actividad que incrementó cuando sale de casa para ir a trabajar a Cozumel, estableciéndose el primer periodo de uso habitual.

Los varones entrevistados aprendieron a ocultar su vulnerabilidad, incluso a sí mismos, distanciándose de sus sentimientos, perdiendo la posibilidad de identificar sus propias necesidades emocionales, puesto que, al no reconocerlas, era más fácil evadirlas. El uso de drogas puede ser un instrumento privilegiado para evadir las emociones ante los problemas y los recuerdos negativos, convirtiéndose en una estrategia de olvido (Seidler, 2006).

6.1.2.3 El proceso de negociación que hacen los varones consigo mismos

Los cuatro varones entrevistados coincidieron en que a través del uso de sustancias psicoactivas podían distanciarse de sus emociones, cabe resaltar que para lograr este fin, se apoyaban en un proceso de negociación consigo mismos, en el cual, minimizaban los daños y riesgos asociados.

Cuando Daniel se involucra con pandillas en EU, venta de droga, peleas entre grupos, consumo excesivo de *speed*, así como en las experiencias de migración, resta importancia a los eventos peligrosos diciéndose a sí mismo *“nada me va a pasar”*, ignorando los riesgos y el sufrimiento.

Una situación similar ocurrió en el caso de Jaso, quien describe que cuando se encontraba en los periodos de mayor consumo de crack consideraba que *“nada faltaba en mi mundo mientras estuviera drogado”*, minimizando los efectos negativos del uso de sustancias.

En este proceso de negociación que los varones hacen consigo mismos, juega un papel fundamental la forma en asumen sus sentimientos, pues al parecer creen que mientras las

emociones permanezcan ocultas y los demás no sepan de su existencia, no son reales, por tanto, pueden desaparecer por sí mismas (Seidler, 2006).

La socialización de género en los varones que ignora los sentimientos de temor y vulnerabilidad, incrementa la probabilidad de desarrollar consumos problemáticos, pues a través del uso de sustancias psicoactivas intentan trascender las emociones dolorosas.

Sin embargo, el uso de drogas para evadir el dolor emocional implica una profunda contradicción, pues paradójicamente a mayor consumo y participación en prácticas para distanciarse de sus sentimientos de dolor, las consecuencias negativas incrementan.

En el caso de Javier, cuando transita por momentos de mayor dolor emocional, como los episodios de violencia en casa y la muerte de su madre, incrementa considerablemente el uso de crack, pero es precisamente la negación de vivir sus emociones y el uso de esta sustancia, que se coloca en una situación de mayor soledad y frustración ante las pérdidas que el consumo crónico implica.

Por su parte, Saúl experimentaba enojo, tristeza y culpa ante la desaparición de su hermano cuando se encontraba hospitalizado para la recuperación de consumo problemático de drogas, ya que él había sido el encargado de elegir la clínica, a lo cual se sumaba el hecho de no ayudarlo a salir del internamiento cuando éste se lo pide. Ante estas circunstancias se sentía responsable de lo sucedido, mostrando dificultad para hablarlo con sus familiares, y por el contrario, incrementaba el consumo de crack acumulando mayor resentimiento hacia sí mismo.

Los discursos dominantes que estimulan a los varones a evitar sus emociones, los deja sintiéndose aislados y sin apoyo, pues son incapaces de mostrar su vulnerabilidad sin sentir amenazadas sus identidades masculinas (Seidler, 2006).

Sin embargo, cabe resaltar que en las historias de los varones entrevistados, los momentos de mayor dolor emocional, también estuvieron asociados a cambios positivos en sus significados y por ende, en sus acciones.

Cuando la esposa de Daniel decide separarse de él, en dos ocasiones, le significó fuertes crisis emocionales, no obstante, esto lo motivó a buscar ayuda en un grupo de Alcohólicos Anónimos y en una Institución de Salud respectivamente, logrando en ambas ocasiones interrumpir el consumo por un año, cuestionado su patrón de consumo.

En algunos casos, los eventos de mayor dolor emocional están asociados a cambios positivos, de acuerdo a Seidler (1995), se necesita un planteamiento completamente diferente de las masculinidades para darse cuenta que demostrar vulnerabilidad no tiene que ser una señal de debilidad, sino por el contrario, que puede ser una señal de fortaleza. Reconocer la relevancia de las emociones en el proceso de transformación de las masculinidades.

6.1.3 La sexualidad de los varones entrevistados

Los discursos de las masculinidades dominantes promueven la idea de la sexualidad en términos de conquista y rendimiento, donde la heterosexualidad se presenta como uno de sus atributos con principios ordenadores, valores y disposiciones intrínsecas (Núñez, 1999). La duda de la heterosexualidad tuvo implicaciones fundamentales para dos de los varones entrevistados.

6.1.3.1 Abuso sexual, heterosexualidad y consumo de drogas

Daniel y Jaso narraron haber sido víctimas de abuso sexual, en la infancia y pre-adolescencia respectivamente, lo que generó en ellos una serie de emociones y sentimientos ambivalentes: enojo, vulnerabilidad y confusión. Diversos autores asocian el abuso sexual infantil con depresión, manifestación de autolesiones, suicidio, consumo temprano y excesivo de drogas (McKeganey, Neale & Robertson, 2005; Ompad et al. 2005).

En este sentido, la mayor parte de la literatura científica ha hecho énfasis en asociar el abuso sexual infantil a la depresión, ubicando al uso de drogas como un estilo de afrontamiento para tratar con los sentimientos dolorosos asociados a la experiencia de abuso (Lo & Cheng, 2007).

Sin embargo, autores como Sullivan y Everstine (1997), han señalado que la forma de enfrentar los efectos del abuso sexual infantil suele variar entre hombres y mujeres. Asgeirsdottir, Sigfusdottir, Gudjonsson y Sigurdsson (2011), mencionan que las mujeres tienden a interiorizar los síntomas a través de cuadros depresivos y conductas autolesivas; y los varones suelen externalizarlos por medio de conductas heteroagresivas y fuertes consumos de drogas. Asimismo, afirman que para ellos es más significativa la asociación entre la ira, provocada por el abuso sexual, y el consumo de drogas, que la relación entre el uso de sustancias y los sentimientos de depresión. Lo que adquiere

sentido, al ser la ira y el enojo emociones aceptadas y fomentadas en la población masculina.

Tremblay y Turcotte (2005) y Walker, Hernández y Davey (2012), refieren que el abuso sexual en los varones por personas de su mismo sexo, suele generar en ellos la fantasía de haber sido colocados en un estado de sumisión y dominación, obligados a dar placer a la pareja dominante, lo cual representa haber tomado la posición de las mujeres respecto a la masculinidad dominante, una posición que también se asocia a la homosexualidad, generando en los varones una situación de confusión de acuerdo a su identidad y orientación sexual.

Para Jaso haber sentido placer durante los eventos de abuso sexual, fue un elemento que le generó aun mayor desconcierto. Cuando se experimenta placer o se tiene una erección durante el acto de abuso, que puede ser una respuesta natural a la estimulación sin involucrar el goce, la culpa y la confusión pueden ser más extremas. De igual forma, cuando se tiene mayor conocimiento de lo que pasa, se experimenta mayor culpabilidad, mayor autocrítica y autodevaluación (García-Jaime, 2013).

La propia naturaleza del abuso sexual en hombres, cometido por otros hombres, genera en ellos sentimientos de humillación, vergüenza, culpa y miedo, lo cual, les impide hablar sobre el tema, teniendo que lidiar con el estigma y el impacto de la homofobia, lo que aumenta la vergüenza, el aislamiento y el secreto.

Así, el evento de abuso sexual en una sociedad homofóbica, donde la constante de la socialización masculina es probar a cada instante que se es verdaderamente hombre, independientemente de su real identificación genérica o de su preferencia sexual (Núñez, 2007a), puede crear en los varones una ansiedad que los lleva a adoptar conductas emblemáticas de la hipermasculinidad, como prácticas homofóbicas, temerarias o tener relaciones sexuales con varias mujeres.

Es importante resaltar que en la literatura respecto al abuso sexual infantil en hombres, se ha discutido ampliamente la relación del uso de drogas como una estrategia de afrontamiento ante los síntomas de depresión, sin embargo, son pocos los estudios que han abordado el uso de drogas como un instrumento que les permite realizar o acceder a posiciones de poder para situarse en un sistema sexo-genero.

6.1.3.2 El uso de drogas como una estrategia de seducción

En la necesidad de realizar conductas que afirmaran sus significados de ser hombre, Daniel y Jaso, por la experiencia de abuso sexual, se sienten “obligados” a buscar relaciones de noviazgo con la figura femenina, no obstante, para Javier y Saúl también fue un tema relevante. Horowitz y Kaufman (1989), refieren que la socialización de la sexualidad masculina estimula la iniciativa sexual, la diversidad de parejas y de experiencias.

En este sentido, involucrarse en la venta y consumo de sustancias psicoactivas, les brindaba la posibilidad de sentirse atractivos hacia la figura femenina. Por ejemplo, Daniel se siente admirado por las mujeres, cuando llegaba a las fiestas y lo asediaban para que les vendiera sustancias psicoactivas. Para Javier pertenecer a una pandilla y adherirse a los rituales de consumo de drogas, representaba mayores posibilidades para vincularse con la mujeres. Ghiardo (2003) refiere que consumir una droga, implica proyectar una imagen sensual, se reproducen gestos que se muestran para ser vistos e interpretados. El acto de fumar, tomar, aspirar o inhalar, adquieren un sentido que va más allá del acto mismo; se convierte en un componente que acompaña una estética corporal, una imagen que se proyecta y que potencia la representación de una identidad. Los gestos al consumir, sirven para llamar la atención de los otros, de las otras, signo de sensualidad que es dirigido al que se busca seducir.

Asimismo, para los jóvenes probar una droga es acceder a un conocimiento valorado entre ellos, es obtener un saber de los misterios que encierran las sustancias, que se acumula en el ir probando. Se aprende la forma de conseguirlas, los efectos que provocan, su olor y calidad, por tanto, el que sabe de drogas tiene un saber privilegiado, que lo hace sentir reconocido y admirado por los otros y las otras.

En una sociedad que promueve como parte de la socialización de los varones la búsqueda de múltiples relaciones y la competencia, el uso de sustancias psicoactivas se presentó para los varones entrevistados como un recurso para asumir los discursos dominantes de las masculinidades.

6.1.3.3 Las drogas y sus efectos afrodisiacos

De acuerdo a Sanz (1997), en la socialización de la sexualidad de los varones se mantiene una percepción reduccionista, dando mayor énfasis a los genitales que a la totalidad de la persona. Esto es en parte, a que los mensajes recibidos desde temprana edad, han focalizado su atención en esa parte del cuerpo, estimulando a los niños a que le presten

mayor atención mediante la exploración de los sentidos, sobre todo del tacto y de la vista. Dicho reduccionismo lleva a desarrollar el erotismo masculino centrado básicamente en la genitalidad y a considerar que es la forma de sexualidad normalizada, evitando el desarrollo de otro tipo de sensaciones tanto a nivel de cuerpo como de fantasías. Por tanto, el varón focaliza en sus genitales el placer erótico no sólo en lo corporal, sino también en lo imaginario. Gran parte de las fantasías sexuales masculinas giran en torno a los genitales propios y ajenos.

Al respecto Salguero (2008), menciona que a través del proceso de socialización, los hombres son instigados desde temprana edad a demostrar que son sexualmente potentes, generando una presión interna para iniciar la actividad sexual, transformando la sexualidad en una meta, en un medio para demostrar y afirmar el estereotipo masculino.

Estos discursos matizaron el inicio de la actividad sexual de los cuatro participantes, pues para ellos, era importante iniciar su vida sexual y demostrar ante los otros y antes sí mismos que tenían un adecuado desempeño, a pesar de que en la mayoría de los casos tenían dudas, temor e incertidumbre al respecto.

Cuando Daniel inicia actividad sexual con sexoservidoras, no se sentía cómodo en la situación, por lo que utiliza el consumo de alcohol y marihuana para poder disfrutar del encuentro.

A Javier el consumo de alcohol le permitía iniciar el acercamiento con las mujeres, así como traspasar sus propios límites respecto a disfrutar el encuentro sexual. En el caso de Jaso, el consumo de alcohol y cocaína le permitía acercarse a la figura femenina sin sentir temor al rechazo, así como, poder tener intimidad sexual con mujeres que no eran de su agrado.

En ese proceso de identificación masculina, tras esas máscaras que tienden a mostrar el rol fantaseado de hombre, los varones ocultan muchos sentimientos y actitudes - miedo, ternura, angustia, confusión, etc. -, los que no saben cómo afrontar, ante lo cual recurren al uso de sustancias psicoactivas.

Seidler (2006), plantea que los varones pueden presentar diversos temores en el primer encuentro sexual, presentar problemas de erección, vergüenza, recelo al contacto íntimo, etc., que los confronta con la posibilidad de sentirse expuestos y ver comprometido su prestigio ante las mujeres y otros hombres, sin embargo, el uso de sustancias para los varones entrevistados les permitió tomar distancia de estos sentimientos.

Autores como Campillo y Romero (1994) y Shamloul (2010), concuerdan en que el consumo de alcohol y cocaína en dosis moderadas, pueden provocar desinhibición y potenciar el deseo sexual, logrando tener un rendimiento sexual de acuerdo a sus expectativas, lo que contribuyó para que se fuera instalando el consumo habitual, que con el tiempo fue generando un efecto contrario. La Pera et al. (2008), afirma que el inicio en el consumo de drogas en los varones, está altamente asociado a problemas sexuales, disminución del deseo, eyaculación precoz y disfunción eréctil, sin embargo hasta ahora dicha relación ha sido poco estudiada.

6.1.3.4 El desempeño sexual una fantasía de “control”

Los cuatro varones entrevistados coinciden en que en la etapa de mayor consumo percibían alteraciones en su respuesta sexual, como falta de deseo, dificultad para lograr y mantener la erección, problemas para alcanzar el orgasmo, lo que generaba frustración y enojo en ellos. Castaneda et al. (1992), Jiann (2009) y Royo-Isach et al. (2005), concuerdan en que el uso prolongado de drogas tiene un impacto negativo en la respuesta sexual, en específico el consumo de cocaína reduce el placer sexual, provoca pérdida del deseo y disfunción eréctil.

Así, pese a que Jaso y Saúl notaban la disminución en su rendimiento y respuesta sexual, en los periodos de abstinencia forzaban las condiciones para tener relaciones sexuales con sus esposas, pues consideraban que era suficiente con actividad coital de manera ocasional. Lo anterior adquiere sentido, al entender la interpretación genitalizada que hacen de su sexualidad, “cumplir” y proporcionar “satisfacción sexual” significaba para ellos un recurso de control y aseguramiento de su exclusividad sexual, es decir, garantizar que mientras estaban en los periodos de mayor consumo, ellas no iniciarían otra relación.

Seidler (2006), plantea que si los varones no pueden reconocer sus propias dificultades y problemas, les puede resultar difícil escuchar los temores y ansiedades de sus parejas, centran tanto la atención en su desempeño sexual, que apenas mantienen la conexión con sus propias necesidades, lo cual, produce una relación desigual carente de reciprocidad o de comunicación.

6.1.4 Las relaciones con los pares

Autores como Kimmel (1997) y Marqués (1997), coinciden en que el grupo de pares participa crucialmente en la construcción de la identidad masculina, puesto que los varones se retroalimentan mutuamente respecto a lo que significa ser un hombre,

adquiriendo mayor relevancia en ciertas etapas, como la adolescencia, sin embargo, en toda la trayectoria de vida son un marco de referencia.

6.1.4.1 El uso de drogas, un vínculo afectivo con sus pares

Los cuatro participantes coinciden, en que inician el consumo de sustancias psicoactivas con pares mayores con quienes tenían un vínculo afectivo, pues estos les aportaban un aprendizaje necesario para interactuar en su contexto.

Daniel, inicia el consumo de alcohol con un varón con quien se sentía seguro, pues éste lo llevaba a lugares de diversión para adultos cuando él era menor de edad, adquiriendo anécdotas que contar y presumir ante sus iguales. Javier, empieza a consumir alcohol y marihuana con un amigo que admiraba, el cual, le enseñó a pelear físicamente, una habilidad necesaria para defenderse en su medio. Jaso a través del consumo de alcohol, marihuana y cocaína, lograba sentirse integrado y admirado por sus primos. Y Saúl, compartió el uso de crack con sus hermanos, una actividad que los volvía cómplices ante la estricta disciplina familiar.

En este contexto el uso de sustancias psicoactivas se convirtió para ellos, en un medio para establecer vínculos afectivos, siendo los grupos de pares donde se aprende la solidaridad y ayuda mutua, se obtiene reconocimiento y apoyo emocional (Seidler, 2006). Usar drogas entre los jóvenes tiene el sentido de compartir y participar en espacios de intimidad, alienta la conversación y genera vínculos. A través del grupo de iguales encuentran un lugar de pertenencia, entretejen y llevan a cabo cambios en su proceso de construcción identitario como hombres (Salguero, 2008).

Seidler (2006), plantea que cuando los jóvenes cuestionan las normas y valores que dan por supuesto los adultos, están creando un espacio para la reflexión en el que pueden explorar sus propios valores. Están creando un lugar lejos de la mirada adulta, donde el uso de alcohol y drogas es una forma de averiguar qué es lo que quieren y necesitan.

A través del uso de las diferentes drogas rompen simbólicamente las reglas que representan la cultura de sus padres y la sociedad en su conjunto. Con el discurso jurídico-represivo, se actualiza la paradoja de la prohibición, usar sustancias psicoactivas se vuelve un imán para la transgresión, adquiere un sentido de subversión. Pasar por alto la norma es atractivo, porque al quebrantarla se adquiere identidad, ser subversivo, atrevido y temerario, es mostrar cualidades que señalan la autonomía de un sujeto que va contra lo establecido y desafía el orden, cualidades valoradas en los discursos dominantes de las

masculinidades (Ghiardo, 2003). En este sentido, Seidler (2006), plantea que en una pandilla los varones jóvenes están siendo constantemente puestos a prueba para establecer su posición al interior del grupo. Tienen que demostrar que están dispuestos a arriesgarse, asumir tareas peligrosas y evitar mostrar signos de vulnerabilidad, puesto que sus masculinidades están siendo constantemente evaluadas por los otros.

6.1.4.2 El contexto de pares: el espacio de competencia

Olavarría (2006) menciona que los varones son impulsados desde pequeños a buscar y ejercer poder sobre mujeres y hombres que están en posiciones jerárquicas menores, siendo la calle y los espacios públicos, lugares donde pueden demostrar sus atributos: competir con la intención de ganar, ser valientes ante sí mismos y frente a terceros, correr riesgos y no mostrar temor. Por tanto, la calle se presenta como un escenario en el cual pueden poner en práctica los mandatos de los discursos de las masculinidades dominantes.

Cuando Daniel inicia el consumo de speed, durante su estancia en Los Ángeles California, simultáneamente ingresa a un contexto en el cual competía por ocupar una jerarquía entre sus pares, mostrando dureza, temeridad y resistencia al uso de sustancias psicoactivas, involucrándose en la venta de drogas, robo de bebidas alcohólicas en tiendas de autoservicio y conducción de automóviles en estado de intoxicación. El mundo de las drogas se presenta como un espacio para la competencia, adquisición de prestigio, poder y reconocimiento; que se asumen a través de la trayectoria de consumo. Quintero y Estrada (1998), afirman que usar drogas es un medio que permite tomar riesgos, excesos y superar a los otros, demostrar que se puede controlar el consumo donde los “débiles” han fracasado.

Usar sustancias psicoactivas, representa transitar por una trayectoria de consumo que generalmente va en ascenso, en cuanto a cantidad y diversidad de drogas. Los cuatro participantes inician con alcohol y mariguana, pasando tiempo después a emplear otras sustancias – crack y speed –. Quintero y Estrada (1998), refieren que la competencia motiva a los usuarios a usar diferentes sustancias, puesto que, significa lograr el reconocimiento social de ser consumidores experimentados.

Saber de drogas, es un saber privilegiado, un conocimiento que se obtiene desde la experiencia, dentro de la práctica de consumo (Tsukame, 2002), y es en esto, donde se encuentra el sentido de la escalada en el consumo, el que sabe de drogas “sabe de la vida”

(Ghiardo, 2003). Van aprendiendo que no todas las drogas son iguales y que no todas hacen sentir bien.

Es importante mencionar que en algunos casos, el que hayan decidido hacer uso de una u otra droga, y que esto derivara en un uso adictivo, no dependió únicamente de las propiedades químicas de las diferentes sustancias, sino también de los significados atribuidos a éstas. Saúl y Javier iniciaron con el consumo de cannabis, no obstante, los efectos depresores no les resultaron atractivos, a diferencia de los obtenidos posteriormente con la inhalación de cocaína, con los que se mostraban activos y dinámicos, cualidades afines a su búsqueda de poder y reconocimiento. Por ende, los participantes transitaron entre diferentes sustancias, hasta ubicarse en algunas que les brindaron ventajas y beneficios, que paradójicamente con el tiempo resultaron en consumos problemáticos.

El contexto de pares es un espacio relevante para el inicio del consumo de sustancias psicoactivas, no obstante, cuando ya se ha instalado el consumo habitual que suele generar pérdidas individuales, familiares y sociales, el grupo de pares, también adquiere gran relevancia, pues es donde se crean los códigos y significados de las prácticas de consumo, lo que fuera puede ser considerado negativo, dentro deja de serlo. En este espacio los usuarios de drogas dejan de ser diferentes, comparten códigos y experiencias, que los hace sentir que no están solos, construyen una realidad colectiva que los identifica como grupo y les crea una identidad.

Stanistreet (2005), refiere que el uso de drogas proporciona un medio perfecto para crear solidaridad entre un grupo marginado de hombres jóvenes. Este tipo de vida ofrece un nivel de confianza y seguridad, que diluye algunas incertidumbres e inseguridades de ser un varón en los márgenes de la sociedad civil. Así, a través del consumo de drogas, pueden afirmar su independencia, una cualidad admirada en los discursos de las masculinidades dominantes.

6.1.4.3 Redefiniendo la identidad

De acuerdo a las historias de los participantes, el contexto de pares, fue de gran relevancia en la construcción de los significados de ser varón, pues en éste construyeron fuertes vínculos afectivos, crearon redes de solidaridad y aprendieron a construir relaciones de amistad mediadas por el uso de sustancias psicoactivas. Sin embargo, cuando decidieron interrumpir el consumo de sustancias psicoactivas, debido al impacto negativo que éste

tenía en sus vidas, uno de los espacios más difíciles de transformar y más relevantes para lograr la abstinencia fue justamente el contexto de pares.

En el caso de Javier, dejar de consumir significó para él, quedarse solo, con pocas alternativas, puesto que no consideraba atractivas las actividades y las amistades que no incluyeran el uso de sustancias psicoactivas. Él había aprendido a divertirse y relacionarse a través de compartir la experiencia de consumo de drogas. Socializar sin las sustancias le parecía poco interesante.

Dejar de consumir llevó implícito el replanteamiento del lugar que ocupaban entre sus pares, puesto que ya no podía competir en el terreno que había sido experto y en el cual tenía una amplia trayectoria. Folgar (2002), menciona que el consumo de drogas estructura procesos de identidad y pertenencia, modos de ser y de relacionarse con el mundo.

Cuando intentan detener el consumo, uno de los mayores retos fue enfrentar el cuestionamiento y presión del grupo de pares. Por ejemplo, para Jaso ingresar a la cárcel fue una experiencia reconocida y valorada entre ellos, quienes le otorgan mayor estatus al haber transitado en un espacio considerado altamente violento. Ante esto, Jaso siente la presión de retomar e incrementar el consumo de crack, como una forma de responder a las expectativas que sus pares habían colocado en él.

Seidler (2006), plantea que la presión que ejercen sus iguales puede dificultarles seguir sus propios deseos. Stanistreet (2005), refiere que la presión social es una de las principales barreras para que los varones, usuarios de drogas, puedan cambiar su estilo de vida fuera de ella. Los hombres tienen mayor probabilidad de iniciar y continuar el consumo de alcohol y drogas ilegales para lograr la aceptación de los pares.

6.1.5 El ámbito laboral en la trayectoria de consumo de drogas

Salguero (2007), propone que en el proceso de construcción de las identidades masculinas uno de los discursos con prácticas y referentes simbólicos que marcan gran parte de la trayectoria de vida es el trabajo. El mundo laboral es un espacio en el cual ellos tienen un lugar, son reconocidos socialmente como hombres, obtienen seguridad y autonomía.

El mandato a trabajar está presente, cualquiera que sea su edad o condición social, aunque se encuentran diferencias notables en cómo se interpreta y vivencia cuando se trata de varones de sectores populares o de nivel medio alto. El trabajo junto a la

heterosexualidad son mandatos que distinguen al varón en la masculinidad dominante (Olavarría, 2001).

6.1.5.1 La proyección laboral desde el hogar

Desempeñar un trabajo remunerado, fue un aspecto importante en la vida de los cuatro participantes. Sin embargo, sus aspiraciones y metas, variaron de acuerdo a los recursos económicos y condiciones culturales que tuvieron en su desarrollo durante la infancia y adolescencia.

Los varones con menores recursos económicos y pobre entorno cultural, tuvieron mayores limitaciones para desarrollar un proyecto de vida que mejorara sus condiciones, pues tenían la expectativa y el deseo de cambiar su situación, no obstante, carecían de los modelos y dirección para visualizar y concretizarlas.

El periodo de adolescencia, para Daniel, Jaso y Javier, transcurrió acompañada de incertidumbre de un futuro, pues el consumo explosivo de alcohol en el padre, las manifestaciones de violencia y la carente estructura familiar, proporcionaron escasos elementos que los situaran en la conformación de un proyecto de vida adulta.

Daniel desde niño se emplea en diversas actividades con las que podía aportar económicamente a su familia ante las apremiantes condiciones de pobreza en casa, lo cual, le brinda la posibilidad de aprender diversos significados asociados al trabajo, como reconocimiento al aportar dinero al hogar, mostrar cariño y compromiso a través de bienes materiales, y disfrutar de mayor libertad e independencia. Sin embargo, también aprende a consumir alcohol durante la jornada laboral.

En la adolescencia, pese a tener un adecuado rendimiento académico, decide abandonar sus estudios para migrar a trabajar a EU sin contemplar la educación formal como una opción para mejorar sus condiciones de vida, dando prioridad a los beneficios de una actividad remunerada que le permitiera resolver sus carencias económicas y obtener los beneficios de reconocimiento, independencia y jerarquía.

En el caso de Javier y Jaso, existieron carencias económicas en casa, asociadas al consumo explosivo de alcohol en el padre del primero, y a la ausencia por fallecimiento del segundo. En ambos casos la madre se emplea remuneradamente para cubrir las necesidades económicas, limitando las opciones de supervisión y dirección, careciendo de una adecuada preparación que les permitiera competir en el mercado laboral.

Javier, a partir de que interrumpe el bachillerato se emplea en una fábrica de escobas propiedad de una tía, lo que le otorga cierta estabilidad pues cada que necesitaba trabajo acudía a ella. Por su parte, Jaso termina una carrera técnica en bebidas y alimentos, empleándose como mesero en diversos restaurantes.

En cambio, las condiciones para Saúl fueron un tanto diferentes, hubo en su entorno familiar mayores recursos económicos y culturales, su padre y madre lo incitan a concluir sus estudios formales con el objetivo de obtener mejores trabajos y salarios acordes.

Para los cuatro participantes, la proyección que hacen de su vida laboral, dependió de las condiciones que vivieron de acuerdo a su origen familiar, no obstante, para los cuatro el trabajo fue un eje de referencia en la constitución de su identidad como hombre.

6.1.5.2 Emancipación económica e incremento en el consumo

Un aspecto común en las cuatro historias, es que cuando empiezan a laborar con mayor estabilidad, la obtención de dinero representó un incremento en el consumo de sustancias psicoactivas, puesto que tenían la posibilidad de adquirir mayor cantidad de droga.

En el caso de Daniel, migrar a EU y obtener mayor salario, representó el inicio del consumo habitual de marihuana. De igual forma, para Jaso el salir a laborar al interior de la república estuvo acompañado de un incremento en el uso de crack. Para Saúl, obtener sus propios ingresos representó mayor consumo de cocaína base, pasando de 3 a 6 dosis por ocasión.

Comenzar su vida laboral y tener ingresos económicos, significó alcanzar autonomía y ser independiente, materializándolo en el ritual de uso de drogas. Ghiardo (2003), señala que aún en la actualidad, el inicio en experiencias con drogas sigue teniendo un sentido ritual-iniciático, marca el paso a ser un sujeto autónomo, que decide. Acceder al ámbito laboral, según la masculinidad dominante, es un paso fundamental en el camino del varón adulto (Olavarría, 2001). El trabajo, ingreso económico y consumo de drogas da prestigio, poder y autoridad, un sentido de autonomía e independencia.

6.1.5.3 El dinero como un estímulo para el consumo de SPA

Durante la trayectoria de consumo, Jaso y Saúl, no presentaron dificultades en sus empleos, pese a tener periodos de consumo intenso de crack, tan solo se ausentaron por algunos días casi al final de su trayectoria de consumo, poco tiempo antes de ingresar al tratamiento. Algunos estudios como el de Ablondi (2010) y el de Pérez (2003), reportan

que un alto porcentaje de los usuarios de crack, experimentan la posesión física de dinero como un intenso estímulo para el consumo. Sin embargo, Jaso y Saúl, durante varios años realizaron el consumo de crack en su tiempo libre, incrementando las dosis cuando tenían mayor dinero, pero sin perder cierto control sobre él. Para ellos mantener y preservar su trabajo fue una de sus prioridades, separando su tiempo de consumo y su tiempo de trabajo.

Algunos hombres usuarios de drogas, van decidiendo hasta qué punto ceden ciertos ámbitos de su vida ante el consumo, por ejemplo su rendimiento sexual, sus relaciones de pareja, su salud, etc., o por el contrario dan prioridad a otros. Para Jaso y Saúl iniciar con dificultades en sus empleos, fue una señal de que el consumo estaba empezando a tener un impacto negativo en sus vidas, decidiendo asistir a un tratamiento, bajo la consideración de que su empleo es algo valioso, pues además de proporcionar recursos económicos, define su autonomía y poder.

Por el contrario, Daniel sí presentó efectos negativos en su productividad laboral, pues cada que tenía mayor ingreso económico incrementaba el consumo de alcohol y marihuana. Cabe señalar que la dependencia a marihuana, no presenta cuadros de abstinencia como el crack, que suelen ser más intensos, dando pauta a consumos compulsivos (Navarro et al., 2009). El que Daniel haya presentado incremento en el consumo cuando tenía mayor recurso económico, responde más que a una necesidad fisiológica, a la decisión de buscar el sentido de autonomía, demostrar capacidad económica y prestigio social, que se materializan en la práctica de consumo.

Para Daniel, era más importante asumir una posición de poder a través del consumo de drogas, que a través de conservar su empleo, pues una característica en su trayectoria de vida, fue que la mayoría de las veces pudo colocarse en diversos trabajos, ascendiendo en poco tiempo con cierta facilidad. La decisión de incrementar el consumo fue cuando tenía mayor ingreso económico. García (1996) afirma, que la acumulación de dinero legitima el ejercicio del poder, y el uso de sustancias psicoactivas es una forma de hacer evidente el ejercicio de poder.

Por su parte, para Javier la pobre estimulación y la falta de dirección en su entorno familiar, contribuyeron para que abandonara sus estudios y cualquier capacitación para el trabajo, lo cual, lo colocó en una situación de desventaja, pues carecía de cualquier habilidad calificada para competir en el mercado laboral. En los últimos años, durante los periodos de abstinencia, se empleó con una de sus tías, dueña de una fábrica de enseres

domésticos, lo que le garantizaba tener un empleo. Ocasionalmente se hacía presente la expectativa de un mejor trabajo, sin embargo, para él siempre tuvo mayor relevancia destacar en otros ámbitos como el contexto de pares a través de consumo de sustancias psicoactivas y la manifestación de conductas violentas. Stanistreet (2005), señala que los varones que tienen una historia de pobre estimulación, bajo aprovechamiento escolar y pocas habilidades para competir en el mercado laboral, requieren de estrategias alternativas para asumir los atributos de los discursos dominantes de las masculinidades. Por tanto, el mundo de las drogas les provee de dinero – a través de la compra y venta de sustancias psicoactivas –, aventura y riesgo para legitimar su identidad masculina.

6.1.5.4 El uso de drogas, empleo y globalización

En un contexto de cambio e inestabilidad de los modelos económicos, tener un empleo no solo depende de las capacidades y formación profesional, sino de los movimientos del mercado laboral (Jiménez & Tena, 2007), obligando a los hombres a adaptarse a las necesidades del mercado. En este sentido, para los varones entrevistados, el consumo de sustancias psicoactivas pudo haber adquirido dos significados; por un lado, como un recurso para adaptarse y responder a las demandas y requerimientos laborales y por otro lado, como una forma de resistencia a las exigencias del modelo neoliberal.

En el primer caso se encuentra Daniel, quien generalmente se empleaba en trabajos no calificados, que no requerían de ninguna especialización, el consumo de SPA le permitía adaptarse a las largas jornadas laborales, además de que los efectos euforizantes y relajantes del uso de cannabis le facilitaban interactuar con los clientes, obteniendo mayores gratificaciones económicas y ser más competitivo en el mercado laboral.

En el segundo, se podría ubicar a Saúl, quien desde pequeño había sido educado con la premisa de obtener un empleo bien remunerado y con posibilidades de crecimiento. Para lo cual, se preparó y esforzó por conseguirlo. No obstante, cuando logró los ascensos más importantes de su trayectoria laboral, se da cuenta que estos requieren de mayor responsabilidad, sacrificio y dedicación, provocándole enojo, debido a que le quedaba poco tiempo para su vida personal. Paradójicamente, cuando le informan de un próximo ascenso, con mayor responsabilidad y sacrificio, incrementa notablemente el consumo de crack, perjudicando su proceso de crecimiento.

Seidler (2006), plantea que en un universo laboral cambiante, los jóvenes no pueden dar por sentada la continuidad en el trabajo, sin embargo, este no deja de ser un eje constitutivo en la constitución de las identidades masculinas, pues a través de él siguen

obteniendo aceptación, reconocimiento social y autonomía. Los varones entrevistados a través del uso de sustancias psicoactivas lograron adaptarse con mayor facilidad a su empleo y obtener la gratificación de sentirse productivos, además de la satisfacción de sobreponerse a un trabajo que les representaba cierto nivel de dificultad.

6.1.6 El cuerpo de los varones en la trayectoria de consumo

Connell (2003), refiere que es imposible olvidarse del cuerpo al construir la masculinidad, el sentido físico de ser hombre y ser mujer es central para la interpretación cultural del género.

La experiencia corporal depende de la manera en que cada uno aprende, siente y gobierna su propio cuerpo, sin olvidar, que es también el resultado de valores culturales y prácticas sociales que moldean las formas de sentirlo, conservarlo, expresarlo y presentarlo en la escena social (Bernard, 1994). En este sentido, el consumo de sustancias psicoactivas es una práctica social, que implica una forma particular de relacionarse con el propio cuerpo.

6.1.6.1 La invisibilidad del cuerpo en la práctica de consumo

En los relatos de Daniel, Javier y Saúl, la alusión que hacen de su cuerpo, fue casi nula e inexistente, esto se debe principalmente a que los hombres han aprendido a establecer una relación externa e instrumental con sus propios cuerpos (Seidler, 1995).

Charles y Walters (2008), refieren que los varones solo tienden a preocuparse por su salud y reconocer la vulnerabilidad después de sufrir algún accidente o presentar una enfermedad que les impida participar en actividades físicas asociadas a los discursos dominantes de las masculinidades.

Lo anterior, se pudo observar en la narración de Jaso, quien al nacer con bajo peso y retraso en el desarrollo, significó sentirse en desventaja para competir y sobresalir entre sus pares durante la infancia y pre-adolescencia, asimismo, lo asociaba a un entorno de sobreprotección por parte de su madre y hermanas.

Para muchos varones el cuerpo puede pasar inadvertido cuando no existen circunstancias que lo hagan evidente, sin embargo, paradójicamente ocupa un lugar preponderante en la construcción de los significados de las masculinidades, pues de acuerdo a los discursos dominantes, los cuerpos de los hombres tienen que ser fuertes, activos, duros, aptos para la competencia. Por tanto, la interpretación que hacen del cuerpo tiene gran importancia

en la construcción de sus identidades y relaciones de género, además de permitirles establecer jerarquías entre ellos y posicionarse a partir de las diferencias (Olavarría, 2006).

De esta manera, buscan ocultar sus debilidades y evitar ser catalogados como frágiles u afeminados, haciendo demostraciones de hombría ante los otros, comportándose de manera sexista y homofóbica. Los varones aprenden a usar el cuerpo como una herramienta, minimizando su cuidado e incluso calificando cualquier atención hacia el mismo como una muestra de debilidad y de fragilidad (Figueroa 2007b).

En este sentido, el ámbito del consumo de drogas, se presentó como un espacio ideal en el cual pudieron experimentar y tensar los límites del cuerpo.

6.1.6.2 El descubrimiento del cuerpo a través del uso de SPA

El consumo de sustancias psicoactivas es una práctica social que determina ciertas formas particulares de conocer el cuerpo, apropiarlo, sentirlo, saber de sus necesidades ante los malestares de los excesos. Sin embargo, como práctica social, está enmarcada en una serie de discursos dominantes que producen cuerpos ligados al género (Connell, 2003).

Al hacer uso de drogas se generan ciertas expectativas respecto a los efectos que esperan sentir, Becker (2009), menciona que los efectos esperados al consumir una sustancia es el resultado de un proceso de aprendizaje de la participación del individuo en grupos, donde a través del intercambio de referencias con los otros, logra situar sus propias sensaciones y reconocer que experimenta las cosas de manera diferente cuando consume alguna droga.

Para los varones entrevistados el consumo develó nuevas sensaciones, para Javier significó experimentar la posibilidad de pertenecer al mundo adulto; Jaso percibió la sensación de control y seguridad para realizar conductas temerarias; y Saúl experimentó una energía que lo ponía en movimiento, situándolo en el centro de atención. Coincidieron, en que a través del consumo de drogas, intentaron obtener posiciones de poder, formas particulares de apropiarse de su cuerpo, ante sí mismo y ante los otros. Para Ghiardo (2003), usar drogas representa mostrar que se es un sujeto que tiene autonomía y decide qué hacer con su cuerpo. Asimismo, la vivencia del exceso, tiene el sentido de jugar y tensar los límites de la resistencia, saber hasta dónde se puede llegar, cuánto se resiste, conocer los extremos de la experiencia, sugiere la identidad del que es duro y tiene aguante, por ende, tiene experiencia.

El uso de drogas, se puede definir como una forma particular de buscar el control del cuerpo, para situarlo y acomodarlo en un lugar del orden del género (Connell 2003).

6.1.6.3 El impacto del consumo en el cuerpo

Los varones al hacer un uso instrumental de sus cuerpos durante la trayectoria de consumo, acumularon niveles de deterioro que llegaron a ser significativos, Daniel presentó pérdida de peso, secuelas de hiperactividad e irritabilidad; Javier manifestó delirios de persecución – posterior a los periodos de consumo –; Jaso notaba disminución en su respuesta sexual, además de un deterioro en sus hábitos de higiene y autocuidado; en Saúl disminuyeron las habilidades y capacidades deportivas que había desarrollado en su juventud temprana. Connell (2003), plantea que la constitución de la masculinidad a través del desempeño corporal, determina que el género sea vulnerable cuando el rendimiento no puede sostenerse. Para lo cual, los varones llevan a sus cuerpos al extremo con el fin de no poner en riesgo los significados de ser hombre.

Sus cuerpos son sometidos a presiones que alcanzan los límites, utilizados como si fueran instrumentos o armas, lo que termina siendo una forma de violencia contra el propio cuerpo (Seidler, 2006). El cuerpo presenta un deterioro importante en nombre de la masculinidad (Connell, 2003). Los varones usuarios de drogas acumulan una serie de secuelas, teniendo que aprender a vivir con ellas, como los síntomas de abstinencia de la cocaína que pueden hacerse presentes en cualquier momento.

6.1.6.4 Resignificación del consumo de drogas con relación al cuerpo

Los cuatro participantes a través de su trayectoria de consumo de sustancias psicoactivas, fueron identificando las disminuciones y el deterioro en su estado físico, llegando el momento en que tuvieron que tomar la decisión de interrumpir o continuar con el uso de drogas, lo cual no fue un proceso sencillo, puesto que, implicaba construir una forma alternativa de relación con su propio cuerpo y una manera distinta de construir los significados de ser hombre.

Cuando Daniel, Jaso y Saúl ingresan a la clínica para la recuperación del consumo problemático, asumen una postura de mayor responsabilidad y cuidado hacia su cuerpo. Aceptan las sensaciones y necesidades que éste les demanda, reconociéndolo y aceptándolo como una entidad que requiere de cuidado y atención. Por el contrario, en el caso de Javier, pese a que fue quien mayor deterioro físico había alcanzado, tuvo mayor dificultad para encontrar formas alternativas para relacionarse con su cuerpo.

Flores y Reidl (2007), mencionan que el consumo de drogas permite a los usuarios experimentar su cuerpo como una entidad en descubrimiento, a través de la dimensión física y sensorial. A través del consumo de sustancias psicoactivas, se aprende a reconocer los efectos de las diferentes sustancias, a conocer cuales generan menos efectos negativos, como contrarrestar los síntomas desagradables de los excesos, identificar el momento de disminuir o interrumpir el consumo, o cuándo ingresar a un tratamiento, así como construir nuevas prácticas de cuidado y atención hacia él.

Este proceso podría identificarse con la propuesta de Connell (2003), quien afirma que los cuerpos deben de ser considerados copartícipes de la agencia social al generar y dar forma a la conducta social.

6.2 Resistencias y contradicciones de los discursos dominantes de las masculinidades

Foucault (1977), plantea que existe una serie de dispositivos discursivos y materiales que participan en la construcción del sujeto, que se podrían entender como una serie de significados que grupos de personas comparten y forman sistemáticamente a los objetos de que hablan. Considera que dentro de estos se encuentran una serie de discursos dominantes, que construyen normas en torno a las cuales se incita a las personas a moldear sus vidas.

De acuerdo a lo anterior, autores como Connell (2003) y Kimmel (1997), coinciden en que no existe un solo modelo de la masculinidad sino discursos dominantes y subordinados que definen lo que significa ser varón. Kaufman (1997), plantea que los ideales dominantes varían marcadamente de una sociedad a otra y de una época a otra. Cada subgrupo con base en la raza, la clase, la orientación sexual, entre otros, define el ser hombre de acuerdo a las posibilidades económicas y sociales del grupo en cuestión. Cada imagen dominante lleva una relación con las posibilidades reales en la vida de estos hombres y las herramientas que tienen a su disposición para el ejercicio de alguna forma de poder.

En este sentido, para los varones entrevistados en este estudio, el consumo de sustancias psicoactivas les permitió identificarse con ciertos discursos de las masculinidades dominantes, pues a través de esta práctica buscaban asumir posiciones de poder en los diferentes contextos de su vida; por ejemplo, evadir el miedo, tristeza, vulnerabilidad y frustración, emociones asociadas a la vulnerabilidad, realizar conductas temerarias bajo el influjo de las sustancias; ignorar los temores en los encuentros sexuales; tensar los límites

de la resistencia de cuerpo, entre otras, lo cual coincide con los resultados obtenidos por otros investigadores como Capraro (2000), Rich y Grey (2005) y Stanistreet (2005).

Sin embargo, cabe señalar que en dichas investigaciones no se ha problematizado acerca de los discursos dominantes o estereotipos con relación al consumo de sustancias psicoactivas, generalmente adoptan las definiciones asociadas al modelo médico, concibiendo el uso de drogas como una enfermedad, déficit, psicopatología, etc., lo cual sugiere que el consumo de sustancias psicoactivas tendría el mismo significado en la construcción de las masculinidades para todos los varones, ignorando las individualidades, ya que no todas las personas significan de la misma forma. La construcción de significados implica un proceso de contradicciones y resistencias con relación a dichos discursos dominantes.

A este respecto, Seidler (2006) expone que en la investigación sobre varones, se les tiene que escuchar a los propios hombres, conocer las genealogías que han configurado su experiencia y sus identidades. Reconocer los diferentes contextos culturales y las relaciones de poder y dominio en las que están inmersos, reflexionando sobre las experiencias que los han determinado.

Amuchástegui (2001a), propone diferenciar la experiencia de los hombres, respecto a los discursos dominantes de las masculinidades, quienes no están reducidos a someterse a tal construcción y por tanto manifiestan innumerables formas de resistencia. En este sentido, se expondrán algunas reflexiones acerca de cómo los participantes interactuaron con algunos discursos dominantes de las masculinidades y en su momento, cómo resistieron a estos.

6.2.1 Experiencia de Daniel

“Era muy responsable en todo lo que hacía para mi edad” (DaE2p12)

Daniel en la niñez y pre-adolescencia mostró cierto rechazo hacia algunos discursos y prácticas de los discursos dominantes de las masculinidades. Por ejemplo, a diferencia de los otros tres participantes, cuestionaba el excesivo consumo de alcohol y las manifestaciones de violencia que observaba en su padre, puesto que, estas prácticas le habían generado sufrimiento y dolor emocional.

Así, en las primeras etapas de su vida, asumía las premisas de cuidado y protección, mostrándose sensible y solidario con las necesidades económicas, afectivas y de

protección de su familia, desempeñando el rol de hijo parental. En este sentido, parece que las muestras de afecto y sensibilidad son vistas con “naturalidad” en la niñez, a diferencia de otras etapas de vida como la adolescencia y juventud.

Siempre he sido sentimental en las relaciones (DaE4p11)

De igual forma, en sus primeras relaciones de noviazgo se involucra afectivamente, con Magali e Ingrid en México y Blanca en Estados Unidos, lo cual es contrario a los discursos dominantes donde se concibe el enamoramiento como amenazante, pues implica hacer contacto con la vulnerabilidad y la pérdida de control, siendo de mayor relevancia para los varones que han sido educados para buscar el control mediante la razón (Seidler; 2000).

Sin embargo, un punto de cambio en su expresividad emocional se presenta cuando se encuentra en contextos con mayor nivel de adversidad, por ejemplo ante el distanciamiento afectivo con su tío y el rompimiento con su novia Blanca, el dolor emocional que experimenta lo lleva a intentar no comprometerse con sus posteriores relaciones de pareja, dando prioridad al consumo de sustancias psicoactivas, pues en esta práctica encuentra una serie de significados congruentes con la identidad de varón insensible y distante que deseaba proyectar. Salguero (2008), refiere que los significados de la identidad masculina se construyen y reconstruyen de acuerdo a los diferentes contextos y prácticas que se realizan.

Tenía mucho resentimiento hacia mi esposa ‘¿por qué te atravesaste en mi camino?, si yo estaba bien’ (DaE4p28)

Cabe resaltar, que alinearse a los discursos dominantes no es un proceso del todo consciente y voluntario, sino por el contrario implica múltiples contradicciones, por ejemplo cuando toma la decisión de vivir en pareja con María, lo hace asumiendo el discurso que enfatiza que los varones tienen que hacerse responsables de las mujeres y los hijos que éstas les den (Marqués, 1997), sin embargo, lo experimenta con enojo y frustración, puesto que, no quería tomar esa responsabilidad. No asumir sus propias necesidades emocionales y no rechazar dicho discurso dio pauta a constantes conflictos en la relación durante los siguientes años, adquiriendo el consumo de sustancias psicoactivas un sentido de resistencia, pues finalmente a través de éste, justificaba no tomar la responsabilidad de responder a las necesidades económicas y emocionales de su propia familia.

Un elemento importante en este proceso de no tomar la responsabilidad, fue la falta de contacto con sus propias necesidades afectivas, lo cual forma parte del proceso de socialización de los varones, pues en lugar de reconocerlas y resolverlas, deposita la responsabilidad de su propio trabajo emocional en María, atribuyendo a ella la culpa de sus insatisfacciones.

Asimismo, Daniel asume el discurso dominante que coloca a las drogas, como capaces de quitar la voluntad y responsabilidad a los usuarios, pues a través de esta práctica evitaba ser confrontado por María y su familia, al mismo tiempo que conseguía disfrutar de los efectos psicoactivos de las sustancias.

Reconozco que he estado mal pero tengo la oportunidad de volver a empezar
(DaE2P22)

Daniel termina reproduciendo las conductas que observaba en su padre y que de niño se había propuesto evitar, cabe mencionar, que ni la figura paterna, ni la influencia del medio familiar fueron determinantes para que reprodujera las conductas de violencia y uso de drogas, sino que esto fue el resultado de un complejo proceso de socialización, donde estuvieron involucrados diferentes contextos como la familia, la escuela, los amigos, los empleos, los medios de comunicación, etc. Conforme incrementaba el consumo de sustancias psicoactivas se acrecentaban las consecuencias negativas y los conflictos familiares.

Un punto de cambio en la vida de Daniel, es cuando cuestiona la forma en que había venido construyendo sus vínculos afectivos, lo que a su vez influye en sus significados de ser hombre, logrando a través de esto, mayor estabilidad y cambios favorables en su vida.

Por ejemplo, al redefinir la relación con su padre y esposa fue un avance significativo para mantener la estabilidad familiar. En el momento en que dialoga con él sobre los sentimientos de enojo y resentimiento por la violencia y el maltrato recibido cuando era niño, así como, cuando reconoce ante su esposa que durante 10 años la había culpado de sus decisiones y que no se había comprometido con ella, en ambas situaciones asume la responsabilidad de sus acciones; logra perdonar a su padre y a sí mismo, consiguiendo abandonar resentimientos que lo lastimaban, estableciendo las condiciones para construir relaciones con mayor compromiso y respeto, puesto que, no evade la vulnerabilidad que implica el compromiso con el otro. En este momento, cuestiona los discursos dominantes que promueven en los varones el ocultamiento y evasión de sus propias necesidades afectivas, asumiendo por el contrario, su propio trabajo emocional.

La actitud de su padre jugó un papel relevante, pues para Daniel era necesario que su padre reconociera sus sentimientos de enojo y frustración, aceptando sus errores, lo cual, le permitió transitar a una relación sin resentimientos. Para Daniel redefinir sus relaciones y asumir sus necesidades emocionales, se convirtió en una piedra angular para mantener la abstinencia del uso de drogas, pues al no rehuir a la vulnerabilidad podía pedir ayuda y tener relaciones más placenteras que le permitían construir nuevos planes y metas.

6.2.2 Experiencia de Javier

Desde niño quise vivir al máximo, lo malo era lo más divertido (JVE2P14)

Javier desde pequeño se identificó con ciertos discursos dominantes de las masculinidades, principalmente con los que validan la competencia, la manifestación de violencia y el consumo de sustancias psicoactivas. Sobrevaloró el uso de drogas como una práctica legitimada y reconocida entre los varones. Aprendió que a través de su uso, obtenía reconocimiento y respeto en su entorno social y familiar. A diferencia de los otros tres participantes, ante los discursos dominantes de las masculinidades, mostró mínimas resistencias durante su trayectoria de vida.

Conforme progresaba en su historia de consumo, empieza a experimentar ciertas contradicciones con relación a los discursos que había privilegiado, por ejemplo, sus relaciones sociales se limitan a personas usuarias de sustancias, la mayor parte del tiempo estaba bajo su influjo, incrementan las dificultades familiares – por robo y conductas de violencia hacia ellos –, abandona la escuela y empleo, asimismo, inicia con problemas de salud: bajo peso y alteraciones en la sensopercepción – alucinaciones visuales y auditivas –. En este contexto el costo de continuar con el uso de drogas implicaba aumentar el deterioro en su salud y en las relaciones familiares y sociales, sin embargo, dejarlo representaba un fuerte cuestionamiento a sus propios significados acerca de su ser hombre.

Javier resolvió quitarse la vida, las causas que lo motivaron a tomar esta decisión no se podrán conocer con exactitud, no obstante, abre la posibilidad de reflexionar algunas ideas al respecto. Tal vez acumuló una serie de factores que se han asociado al suicidio masculino, los cuales jugaron un papel significativo en la última etapa de su vida.

Me cuesta mucho trabajo decir no, siempre me pongo a pensar ¿qué van a decir los demás? (JVE1P12).

Cuando Javier se mantiene sin consumo de sustancias psicoactivas, después de su egreso de la clínica residencial, vive la abstinencia como una condición difícil de enfrentar, puesto que, no sabe cómo resolver las circunstancias que se derivan de ello ante sus pares, como el secreto de haber estado en un tratamiento para las adicciones, construir una nueva red social sin consumo de sustancias, aceptar o rechazar una invitación a beber alcohol, etc. Lo que se complica cuando asume sin cuestionamiento el discurso dominante que considera el uso de drogas como una enfermedad.

Fisher (2008) y Zamudio (2006), refieren que al señalar a los usuarios de drogas como enfermos se les estigmatiza, ya que son valoradas negativamente por la sociedad, puesto que siempre serán considerados como “adictos” o “enfermos”. Asumir esta premisa junto con la sobrevaloración de los discursos dominantes de las masculinidades, estableció una de las condiciones que lo irán aislando, pues autores como Oliffe, Ogrodniczuk, Bottorff, Johnson y Hoyak (2012), consideran que los hombres en general suelen hablar poco de las enfermedades, y más aún, si se trata de padecimientos asociados a la salud mental, puesto que, la enfermedad es considerada poco masculina ya que denota vulnerabilidad.

Autores como Cleary (2012), mencionan que la vigilancia masculina ha sido un elemento importante en el comportamiento suicida de los varones, ya que estos, cuando intentan hablar con sus amigos acerca de su angustia reciben señales de que esto es inoportuno. Los hombres suelen mostrarse poco receptivos a la comunicación emocional. Kaufman (1997), refiere que los varones que asumen con mayor vehemencia los discursos dominantes de las masculinidades pueden tener amigos, pero rara vez, alcanzan la confianza total y la intimidad disfrutadas por las mujeres.

Me hubiera gustado dejar a un lado lo del papá y que fuéramos más amigos (JVE2P2)

Javier en un intento por modificar sus vínculos afectivos busca redefinir la relación con su padre, proponiéndole apartarse de su familia extensa, – debido a que la dinámica familiar era caótica – y compartir la vivienda solo ellos dos, sin embargo éste no acepta, dando prioridad a las necesidades económicas y afectivas de su propia familia, lo que significó para él no sentirse escuchado.

Para Javier, era significativo que su padre reconociera sus emociones, además de que validara los sentimientos de enojo que experimentaba hacia él por el maltrato que había ejercido hacia su madre, sin embargo, éste nunca lo aceptó y por el contrario, cada que hablaban del tema continuaba descalificándola.

Tanto Javier como su padre, tenían dificultad para reconocer y expresar sus emociones. Salguero (2008) refiere que la dificultad que tienen los varones para reconocer su propia vida emocional, les dificulta escuchar las necesidades de los demás generándoles problemas en sus relaciones afectivas, porque la mayoría de las veces no escuchan ni toman en cuenta a los otros, pues esto es considerado propio de las mujeres, niños y niñas. Así, a pesar de que su padre en la última etapa de consumo fue una figura cercana y de gran apoyo, nunca pudo ser sensible a las necesidades afectivas de Javier, por lo que éste, no logra construir una relación en la cual pudiera hablar de sus sentimientos y avanzar hacia la reconciliación.

Oliffe et al. (2012), afirma que establecer relaciones afectivas con los otros – la familia, la pareja, los pares, etc. –, son excelentes medios para desarticular las ideas suicidas e incentivar el deseo de vivir. Asimismo, la prevención del suicidio se ha relacionado con la posibilidad de conversar sobre él, revelar los detalles sobre sus sentimientos es estratégico para la estabilidad de las personas con ideas de suicidio; el diálogo, es una forma legítima de asistencia y táctica de auto-ayuda, sin embargo, Javier no logró construir esta red social.

Me involucré con ella y me fue mal (JVE1P22)

Otra dificultad que enfrenta es la consolidación de una relación de pareja, en su última relación se confronta con la vulnerabilidad de establecer un vínculo afectivo, puesto que, ella establece una relación paralela sin mencionarle nada. Para él, haber iniciado una relación de pareja en un periodo sin consumo, significó sentirse importante y valioso para sí mismo, emociones que había dejado de experimentar hacía ya algún tiempo, por lo que la desilusión del engaño tuvo un fuerte impacto en su estabilidad emocional.

Scourfield, Fincham, Langer y Shiner (2012), refieren que las relaciones de pareja disfuncionales y las rupturas, sobre todo cuando las mujeres son quienes deciden poner fin a la relación, han sido altamente relacionadas al suicidio masculino, lo cual, puede estar en función de la pérdida de control y reconocimiento masculino.

Al respecto Seidler (2006) refiere, que los hombres se sienten desesperados cuando se produce una ruptura en la relación y tienen que enfrentarse al hecho de que no pueden hacer nada para cambiar la situación, pues ellos, consideran que siempre habría algo que pudieran hacer para mejorar las cosas.

Otra vez los defraudé (JV1P12).

Después de concluir su tratamiento en la clínica residencial retoma el consumo de crack en dos ocasiones, lo cual, lo confronta con diversos sentimientos: decepción y enojo consigo mismo; incertidumbre por su situación laboral y proyecto de vida; culpa de no cumplir las expectativas familiares, así como, temor y angustia ante la dificultad para controlar el deseo de consumo y los diferentes factores que lo promueven como invitaciones a consumir, influencia de pares, cambios en el estado de ánimo, etc. La acumulación de emociones negativas y la sensación de perder el control, actualizó su deseo de morir, que había estado presente desde que era niño. Cleary (2012), refiere que la acumulación de dificultades y dolor emocional, da lugar a una sensación de estar atrapado en una situación imposible, lo que lleva a pensamientos de suicidio.

Oliffe et al. (2012), señala que el suicidio en los varones, puede ser una respuesta a la impotencia, como un intento de control en situaciones sin poder. El cansancio acumulado al intentar interrumpir los pensamientos negativos, la angustia de la adicción y la dificultad para resolver la situación, puede inducir a albergar un deseo de muerte, el suicidio se convierte en una alternativa de escape, de descanso, de recuperación del control.

Sentía que [la adicción] era un problema muy grande, pensaba que la única solución era morir (JVE2P3)

En la última etapa de su vida, después de detener el consumo confluieron diversos factores que lo llevaron a una situación de aislamiento y acumulación de dolor emocional, como el deterioro en su salud por el uso de drogas, el aislamiento ante la dificultad para construir una nueva red social sin consumo de sustancias, la dificultad para transformar sus vínculos afectivos importantes – padre y pareja –, la confrontación con sus limitadas opciones laborales, la ausencia de un proyecto de vida, además de la incertidumbre de tener que enfrentar el constante deseo de consumo.

Las ideas de suicidio estuvieron presentes en el pensamiento de Javier desde que era niño, pero es hasta la etapa de mayor consumo que empieza a realizar conductas encaminadas

a este fin, a través del consumo excesivo de cocaína y benzodiazepinas. Seidler (2006), refiere que el uso de drogas permite evadir las emociones ante los problemas y los recuerdos negativos, sin embargo, esta estrategia puede dar lugar a una acumulación de emociones negativas. Oliffe et al. (2012), refieren al respecto que acumular dolor emocional puede dar lugar a la manifestación del deseo de morir, por medio de la toma de riesgos, manifestación de conductas violentas e involucramiento en actos criminales.

Cleary (2012), señala que cuando se instala la idea de suicidio, puede permanecer latente, y algo relativamente insignificante como un impulso repentino o simplemente la oportunidad, podría empujar hacia la acción. Por tanto, el momento del acto suicida puede ser espontáneo y el precipitante, no causal.

Ya no quise tomarme el antidepresivo, quise hacerlo por mi mérito, no depender
(JVE1P21)

A Javier por mucho tiempo lo acompañó la idea de morir, sin embargo, por momentos de su vida pudo distanciarse de ella y verla como una posibilidad remota. Por ejemplo, cuando ingresa al tratamiento para interrumpir el consumo, durante su estancia en la clínica, es medicado con fármacos que inhibían los síntomas de tristeza, angustia y desesperanza. Sin embargo, seis meses después, cuando alcanza el mayor nivel de estabilidad afectiva interrumpe su administración, debido a que considera que tenía que mejorar por su propio esfuerzo, sin ninguna ayuda externa. Oliffe et al. (2012), señalan que los varones sienten culpa por no ser capaces de vencer los síntomas depresivos, siendo común que algunos de ellos busquen retomar el “autocontrol” resistiéndose a tomar medicamentos, pues de acuerdo a sus premisas, esto podría atentar contra sus ideales masculinos de fuerza y autonomía.

Para mí era incómodo que los psicólogos hablaran de ella [de su pareja] y dejé de venir
(JVE1P24)

Asimismo, durante la estancia en la clínica, es incorporado a un tratamiento psicoterapéutico, no obstante, pese a mantenerse constante y continuar con sus citas de seguimiento – después de su egreso –, la mayoría de las veces se guardaba para sí algunas de sus ideas y pensamientos, puesto que, mostraba cierta dificultad para aceptar las observaciones de los diferentes terapeutas – principalmente en temas sensibles como el de pareja y la relación con su padre –. Oliffe et al. (2012), refieren que los varones con intento suicida, pueden ser reticentes a comentar sus ideas o planes suicidas con los médicos o terapeutas, pues no les agrada el cuestionamiento a sus ideas.

Agrega el mismo autor, que cuando un varón decide el suicidio son pocas las opciones que se tienen para impedirlo, pues generalmente nunca lo dicen, añade que existe evidencia de que algunos hombres que se han suicidado, tuvieron contacto con algún médico, terapeuta o proveedor de la salud, en el último año previo a su muerte. Lo anterior puede ser el reflejo de la alta incidencia de suicidio masculino, que presenta una proporción de cinco varones por una mujer (Sabo, 2000).

Lo cierto es que Javier logra tomar distancia en algunas etapas de su vida, de las ideas de suicidio, sin embargo, haber asumido los valores más convencionales de la masculinidad dominante, contribuyó a retomar esa decisión.

Para mí, no drogarme y no tomar es aburrido (JVE1P13)

Debido al deterioro en su salud y sus relaciones familiares por el consumo de drogas, Javier había intentado construir un proyecto de vida sin consumo de sustancias psicoactivas, sin embargo, le resultaba poco atractivo y carente de significado. Javier había apostado por los ideales de la masculinidad dominante, sin embargo, las condiciones de salud que presentaba le impedían seguir asumiéndolos.

Los discursos dominantes de las masculinidades determinan ciertas auto-expectativas en los varones, que al no cumplirlos puede generarles fuertes cuestionamientos. Scourfield et al. (2012), señala que existe una gran tensión en los hombres cuando se produce una brecha entre sus ideales masculinos y la realidad, pues la virilidad requiere de afirmación pública, principalmente de otros hombres. Y una vida marcada por una pérdida de honor masculino no es vista como digna de ser vivida.

De acuerdo a Cohen (2010), cuando una persona decide levantar la mano contra sí mismo, no es un acto impulsivo, sino que ya ha valorado y tomado la decisión. La decisión de morir, para esta autora, es un acto último irrevocable que nadie lo puede negar.

6.2.3 Experiencia de Jaso

[Mi mamá] no me dejaba pelear con los demás chamacos porque yo era más débil (JSE3P5)

Para Jaso nacer con bajo peso, presentar retraso en el desarrollo, sufrir abuso sexual en la pre-adolescencia y percibirse con pocas habilidades para competir con su grupo de pares, fueron algunos de los sucesos que durante su infancia le generaron dudas respecto a su identidad masculina, pues se sentía más afín al mundo femenino.

Badinter (1993), menciona que en ciertas sociedades “ser hombre” se define en oposición clara a todo lo que pueda ser femenino, ser hombre de verdad es estar “limpio de feminidad”. En este sentido, Jaso se sentía alejado de los estándares de la masculinidad, debido a que percibía atributos en su comportamiento asociados a lo femenino.

Kimmel (1997), refiere que la homofobia, es el miedo que acompaña a los varones, de no ser percibidos como verdaderos hombres. Jaso buscará evadir el temor de no apegarse a los discursos dominantes de las masculinidades exagerando una serie de prácticas emblemáticas de la masculinidad.

La droga saca una personalidad de ti que no tienes (JSE3P7)

En un intento por rehuir al temor homofóbico, Jaso busca a través del consumo de sustancias psicoactivas acercarse a los discursos de las masculinidades dominantes. Por medio del consumo de drogas, logra inhibir los sentimientos de temor y vulnerabilidad, ejecutando una serie de prácticas temerarias como manifestaciones de extrema violencia – en riñas con pares –, abuso de diferentes sustancias psicoactivas – alcohol, cannabis y cocaína –, así como involucrarse con diversas parejas sexuales. Por estos medios, consigue una posición de poder dentro de su grupo de iguales, al mismo tiempo que deja de ser el blanco de agresiones y violencia. Es decir, redefine su identidad a través de sus prácticas de consumo de drogas.

Las masculinidades se van significando y re-significando en forma constante, en función de una trama compleja de relaciones que los varones establecen consigo mismos y con los otros (Jiménez, 2003). No obstante, cumplir lo mandatos de los discursos dominantes de las masculinidades, es una tarea tan imposible como contradictoria.

*Darme cuenta que me estaba acabando, que me vieran con cara de lástima
(JSE4P9)*

Autores como Connell (2003), Jiménez (2003), Kimmel (1997) y Salguero (2008) coinciden en que definir lo que significa ser un “hombre de verdad”, es en realidad algo incierto e inestable. Los discursos de las masculinidades suelen ser ambiguos y contradictorios.

En este sentido, Jaso enfrenta varias contradicciones a lo largo de su vida, por ejemplo, un motivo para iniciar el consumo de drogas fue distinguirse de aquello que en su comportamiento se asociara a lo femenino, y por el contrario le otorgara cierto reconocimiento entre sus pares. Sin embargo, en la etapa de mayor consumo, el uso de

sustancias le impide vivir de forma independiente estableciendo una relación de dependencia económica y emocional con su madre, contrario a las premisas de autonomía asociadas a las masculinidades dominantes.

Asimismo, cuando ingresa a prisión por primera vez, – siendo acusado falsamente, en lo que jugó un papel determinante el estereotipo que estigmatiza a los usuarios de drogas como delincuentes (Touzé et al. 2006) – experimenta un sentimiento de fracaso personal y de vulnerabilidad ante la fuerza del estado, no obstante, paradójicamente a través de este suceso obtiene mayor reconocimiento y poder entre sus pares que también lo lleva a incrementar el consumo de crack cuando sale de prisión.

Así, al obtener mayor reconocimiento, se siente comprometido a cumplir las expectativas que sus pares depositan en él – demostrar fuerza, temeridad, valentía y superioridad – por lo que incrementa considerablemente el consumo de crack y las manifestaciones de violencia, condiciones que favorecen un segundo ingreso a prisión y revivir los sentimientos de fracaso personal y enojo contra sí mismo.

Cuando sale de su segunda estancia en la cárcel retoma el consumo de crack en exceso, sin embargo, esta vez adquiere un significado de autocastigo, pues de acuerdo a sus pensamientos, él había buscado cumplir su rol masculino, pero contrariamente solo había obtenido dolor emocional y frustración; emociones que incrementaban al percibir que dañaba a su madre, esposa e hijas, pues otros de los atributos de la masculinidad dominante que había asumido, era cuidar y proteger a su familia.

Núñez (2007a), refiere que la hombría es un hecho contradictorio, inestable, fragmentado, heterogéneo, siempre en proceso de establecerse a partir de múltiples pruebas y desafíos. El poder que puede asociarse a la masculinidad dominante puede convertirse en fuente de enorme dolor, puesto que sus símbolos constituyen ilusiones infantiles de omnipotencia, imposibles de lograr (Kaufman, 1997).

En este sentido, Jaso al empezar a experimentar las diferentes contradicciones y los costos que implica asumir tanto los discursos dominantes de las masculinidades como los asociados al consumo de sustancias psicoactivas, logra tener la flexibilidad para cuestionarlos, tomar distancia o resignificarlos.

Demostrar que sí soy un hombre, que quiero tener bien a mi familia (JSE4P8)

Jaso demuestra la capacidad para flexibilizar o resistir a ciertos discursos dominantes en diversos eventos a través de su trayectoria de vida, por ejemplo, cuando ingresa a prisión interrumpe el consumo de crack, el motivo que lo lleva a tomar esta decisión es no perjudicar a su familia, puesto que, dentro de prisión la accesibilidad a las sustancias es fácil, sin embargo, tienen un alto costo económico, que generalmente cubren los familiares y de no ser así la posibilidad de ser asesinado es alta.

En este evento, Jaso cuestiona dos discursos dominantes, el primero, cuando logra interrumpir el uso crack sin ningún apoyo farmacológico ni terapéutico, pese a, que dicha sustancia es catalogada con alta capacidad adictiva (Lizasoain & Moro, 2009). Al detener el consumo en estas condiciones, cuestiona el estereotipo que hace referencia a los usuarios de sustancias psicoactivas como individuos con “personalidad autodestructiva” carentes del “control” de su consumo (Touzé et al. 2006). Mostrando la capacidad de racionalidad y autonomía, que generalmente bajo el discurso dominante se niega a los usuarios de drogas (Aureano, 2003). Por tanto, se puede considerar que el uso de drogas es opción de un sujeto que decide (Ghiardo, 2003).

El segundo discurso que cuestiona, se refiere a aquel que promueve la competencia entre varones, ya que Jaso a través de su historia había venido ocupando posiciones de liderazgo entre su grupo de pares a través del consumo de drogas, sin embargo, en prisión pese a, que es un espacio sumamente competitivo, se resiste a continuar con esta práctica. Prioriza el discurso dominante que hace referencia al cuidado y protección de su familia, lo cual, redundó en un beneficio para él, pues evitó las consecuencias negativas que implicaría inhalar crack dentro de la cárcel.

Asimismo, el discurso anterior influyó para que decidiera ingresar al tratamiento residencial para detener el consumo de crack en forma definitiva, puesto que, un suceso en el cual deja a su hija sola, de dos años y medio de edad, encerrada en casa para ir a conseguir una dosis de crack, lo confronta con el riesgo en el cual estaba colocando a su familia. Apegarse a los discursos que enfatizan el cuidado y protección de la familia lo motiva a interrumpirlo, recuperando su estabilidad familiar. De Visser y Smith (2006), refieren que la forma en que los hombres se posicionan con relación a los diferentes discursos sobre la masculinidad puede tener importantes implicaciones, no solo para la construcción de sus identidades masculinas, sino también para su salud.

Jaso pudo cuestionar los discursos dominantes asociados al consumo de sustancias psicoactivas, fundamentando su competencia en otros ámbitos masculinos, como ser el cuidador y protector de su familia. Asimismo, logra resignificar la experiencia de uso problemático de crack como un evento positivo en su vida, para él representaba ser un “sobreviviente” de una batalla, y que pese a todas las adversidades había logrado salir adelante.

Marqués (1997), refiere que el grado en que un hombre se conforta o angustia ante los discursos hegemónicos de las masculinidades es variable, y depende de factores biográficos personales como de circunstancias sociales más amplias. Sin embargo, precisa que el modelo tiene un carácter muy holgado, pues al serles reservados la mayor cantidad de cualidades y ser éstas en buena parte contradictorias, se le ofrece a los varones muchas posibilidades para identificarse con el modelo.

6.2.4 Experiencia de Saúl

Cuando la hacía llorar me sentía mal, yo decía ‘es que no es así’, me dolía (SAE2P3)

Saúl a través de su trayectoria de vida incorporó las premisas asociadas a los discursos de las masculinidades dominantes que resaltan el control de sí mismo y de los otros. Para él, era prioritario demostrar superioridad, por ejemplo, en sus vínculos de pareja reproduce maltrato, descalificación y control de la relación, con sus pares promueve la competencia constante, presenta dificultad para aceptar sus errores y evitaba pedir ayuda, pues esto, ponía en duda su capacidad de autonomía. Así, incorpora como una de sus premisas primordiales, que la masculinidad se mide por el poder, el éxito y la posición social (Kimmel, 1997).

No obstante, desde su adolescencia lograba percibir ciertas contradicciones respecto a los discursos dominantes de las masculinidades, por ejemplo, en su primer noviazgo intentaba considerarse superior a su pareja y mantener el control en la relación, pero al mismo tiempo experimentaba una sensación de minusvalía ante ella, por lo que intensificaba las estrategias de control como la descalificación e incluso la humillación, quedando con sentimientos de culpa y arrepentimiento, percibiendo la incongruencia de sus sentimientos, pese a ello, no hace mayor cuestionamiento en ese momento, reproduciendo este tipo de interacción en sus posteriores relaciones de pareja.

La sensación de fracaso es mínima con el alivio que tienes al expresarlo (SAE3P17)

La dificultad para aceptar sus equivocaciones ocasionaba que experimentara con intensidad sentimientos de culpa, frustración y enojo ante situaciones que no podía controlar, por ejemplo, la desaparición de su hermano, el rechazo de la figura femenina o el consumo problemático de crack.

Había aprendido que los varones tenían que ostentar el poder y ser capaces de resolver cualquier situación, así a pesar de que reconocía que callarlo le causaba mayor sufrimiento, no quería pedir ayuda pues significaba aceptar ante los otros que se había equivocado. Saúl transitaba entre diversas emociones: la necesidad de hablar de sus sentimientos, el deseo de solicitar ayuda, la dificultad para hacerlo y sentir la obligación de aparentar que nada sucedía, que todo lo tenía bajo control. Kimmel (1997) afirma, que la masculinidad es una valla que protege a los varones de ser descubiertos como un fraude, es un conjunto exagerado de actividades que impide a los demás ver dentro de ellos y un esfuerzo frenético para mantener a raya los miedos que los acompañan.

No obstante, Saúl logra romper este círculo cuando confronta algunas de sus propias premisas, empezando cuando decide hablar con sus padres respecto a la situación de su hermano y sus sentimientos de culpa, lo cual, abrió el camino para que más adelante aceptara que no “podía” controlar el consumo de crack y reconocer ante ellos y su esposa que necesitaba ayuda. Dar estos primeros pasos le permitió iniciar un proceso de cambio.

Tener una esposa, un matrimonio pero disfrutarlo (SAE4P5)

De acuerdo a sus premisas, Saúl dio prioridad a destacar en su trayectoria laboral y acumular poder económico, generalmente anteponía sus prioridades de trabajo a las necesidades emocionales de su pareja. Por lo que afectivamente se encontraba distante de su familia.

Sin embargo, mientras se encuentra en el tratamiento residencial, por primera vez se cuestiona la posibilidad de enriquecer su vida emocional, a través de fomentar la convivencia con su esposa y ser sensible a sus necesidades afectivas. Se plantea la posibilidad de dedicar menor tiempo a su vida laboral y buscar mayor espacio de convivencia familiar. Seidler (1997) refiere que a menudo, los varones han aprendido que tiene que mantenerse íntegros para el trabajo, empleando la mayor parte de sus energías en él, llegando junto a sus parejas e hijos exhaustos. En este sentido, cuando Saúl logra

replantearse la posibilidad de fomentar su vida emocional, adquiere mayor estabilidad y determinación en su proceso de cambio.

*Si hubiera durado dos meses más en mi trabajo probablemente me hubieran despedido
(SAE4P5)*

Otra forma posible de resistencia, se presenta cuando le notifican que en un breve periodo de tiempo le darían otro ascenso laboral, sin embargo, empieza a realizar conductas contrarias a consolidar su promoción, como ausentismo, mayor consumo de crack y delegación de sus propias responsabilidades. Acceder a posiciones laborales de mayor jerarquía y salario, representaba excesivas cargas laborales y horas de trabajo, lo cual, le producía enojo y frustración, además de considerar que era una actividad aburrida y rutinaria. Reconoce que llegó un momento en que la presión laboral lo rebasó, dejando de cumplir con ciertas tareas fundamentales, dando pie a la posibilidad de que fuera despedido si antes no hubiera renunciado. En este sentido, tal vez resultaba menos confrontador para sí mismo, aceptar que presentaba dificultad para controlar el consumo de una sustancia, que reconocer que no le agradaba ni quería hacer el sacrificio por obtener aquello en lo que siempre había creído y por lo que se había esforzado: tener un mejor puesto laboral y un ingreso económico acorde a ello. Así, presentar conductas que podían perjudicar su trayectoria laboral, probablemente era una forma de rechazar el costo de acumular mayor poder.

No porque tenga menos dinero soy menos poderoso (SAE4P16)

Cuando Saúl se encuentra en las últimas semanas en la clínica residencial, su esposa le gestiona la posibilidad de regresar a trabajar en la misma secretaría que laboraba antes de ingresar al tratamiento, sin embargo, sería en un puesto de menor jerarquía, incluso personal que había estado bajo su cargo, ahora quedarían como sus jefes inmediatos. Saúl se mostraba dispuesto a tomar esa posibilidad, pues le daba la oportunidad de tener mayor tiempo libre y menor responsabilidad. Consideraba que era momento de cuestionar y rechazar ciertas premisas a través de las cuales había regido su vida, dando cabida a nuevos estilos de relación, considerando que fortalecer su matrimonio por el momento, le daría mayor estabilidad.

6.3 Reflexiones sobre las experiencias de campo

6.3.1 Pobreza y consumo de drogas

Tres de los participantes – Daniel, Javier y Jaso – pertenecían a grupos sociales con mayor vulnerabilidad social, con carencia de recursos económicos, falta de capacidades y exclusión social, condiciones que Wagle (2002), ha definido como pobreza. Estas circunstancias se hicieron presentes a lo largo de su trayectoria de vida, siendo dibujadas a través de los diferentes relatos, no obstante, en este apartado se hará una lectura cuidadosa de ellas, con el fin de comprender las circunstancias que enmarcaron su experiencia.

El excesivo consumo de alcohol era una práctica cotidiana que tuvo fuerte influencia en la estabilidad familiar, pues colocaba a las madres como principales proveedoras del hogar. Castilla, Olsen y Epele (2012), refieren que las familias monoparentales con jefatura femenina, resultado del consumo de drogas de la pareja, constituyen un modelo de fragilidad económica y social, pues su composición impone restricciones a la capacidad de obtener ingresos, ya que las madres además de ser las únicas proveedoras deben realizar el trabajo doméstico que demanda el grupo familiar, por tanto, la mayor responsabilidad recae en un solo progenitor, minando el tiempo de cuidado, procuración de afecto, acompañamiento y conducción.

En este sentido, la falta de supervisión y dirección en el caso de Daniel y Javier, contribuyó a que su rendimiento escolar fuera deficiente, abandonando posteriormente la escuela y cualquier preparación laboral, conservando únicamente la posibilidad de vender en el mercado laboral lo que Karl Marx denominó “trabajo abstracto”, la capacidad de hacer lo que cualquiera puede hacer (Connell, 2003), quedando así en desventaja para competir por un empleo calificado y mejores salarios. Asimismo, diversos autores, como Alfonso, Huedo-Medina y Espada (2009) y Medina-Mora y Rojas (2003), concuerdan que el bajo rendimiento escolar y escaso compromiso con la escuela son factores estrechamente asociados con la probabilidad de iniciar el consumo de drogas.

De la misma forma, en la familia de los participantes existía una falta de cultura acerca del autocuidado y preservación de la salud, careciendo de interés por consultar a profesionales o especialistas para que sus hijos recibieran los cuidados necesarios. Por ejemplo, Jaso a pesar de haber presentado antecedentes de retraso en el desarrollo, no recibe las atenciones médicas y de estimulación necesaria para suplir las deficiencias y competir en mejores condiciones en los diversos ámbitos de su vida – escolar y pares –.

Por otro lado, los varones entrevistados pasaban la mayor parte del tiempo fuera de casa, su estancia en la calle respondía a condiciones particulares de su dinámica familiar, por ejemplo, obtener recursos ante las carencias económicas, escapar de las manifestaciones de extrema violencia en el hogar o por falta de atención y supervisión. Ante estas circunstancias, el grupo familiar no lograba procurar las condiciones de protección a sus miembros frente a los diferentes riesgos, incluyendo el uso de sustancias psicoactivas.

Algunos autores – López y Rodríguez-Arias (2010) –, coinciden que cuando existe en el entorno social alta disponibilidad y tolerancia al uso de drogas, hay mayor probabilidad de que los miembros de la comunidad se involucren en prácticas de consumo. De igual forma, la influencia de los compañeros de grupo, puede ser un factor determinante en la experimentación del uso de drogas (Alfonso, Huedo-Medina & Espada, 2009).

Sin embargo, en este trabajo no se considerará una relación de causalidad lineal entre pobreza y uso de drogas, es decir, no se atribuirá a las condiciones precarias de vida y marginación social, la producción del consumo de drogas. En contraste, se asumirá una postura afín a la de Epele (2010), quien propone que es necesaria una propuesta que supere las nociones de pobreza como precariedad o fragilidad. Por el contrario, entender la relación entre pobreza y consumo de drogas como un contexto y anclaje de producción de nuevas negociaciones, realidades, experiencias, intercambios, prácticas y subjetividades, es decir, de nuevas economías. Para esta autora, la economía que vincula drogas y pobreza no es otra cosa que una de las formas en que el capitalismo – neoliberal – se hizo presente para y entre los pobres.

El neoliberalismo se refiere a una política económica tendiente a la desregulación, la liberación de los mecanismos de mercado y el flujo de capitales. Esta política tiende a dejar en desventaja a grupos con mayor vulnerabilidad, quedando fuera del mundo del trabajo formal y de los derechos sociales básicos (Epele, 2010), privilegiando la competencia y reducción de costos por encima de la fuerza de trabajo, teniendo como resultado, altos niveles de desempleo y la caída del poder adquisitivo.

En este contexto de dismantelamiento de las economías formales e informales, para Epele, las drogas y las prácticas de consumo, participan modelando y siendo modeladas por nuevas formas de intercambio, trabajos, estructuras de redes sociales, apropiación y des-apropiación de los territorios, nuevas tácticas y estrategias de control y represión, a lo que denomina, “nueva economía”. En la cual, se incluyen prácticas de consumo,

estrategias para obtener recursos, códigos locales, producciones simbólicas, experiencias corporales, malestares, enfermedades y formas de morir.

Por tanto, la economía política neoliberal produce y hace productiva la pobreza, en este espacio los consumidores generan intercambios, concentran y distribuyen bienes, dinero y derechos. Así, concebir de esta forma a la pobreza y el consumo de drogas, permite entender que se articulan economías locales, nacionales, regionales y globales, en regímenes capitalistas contemporáneos globalizados. Es una forma a través de la cual, los procesos económicos y políticos macroestructurales toman cuerpo en zonas y territorios locales, específicos.

Así, en estas economías de consumo de drogas, los varones entrevistados pusieron en juego una serie de prácticas sociales que definían sus significados de ser hombre y consumir sustancias psicoactivas, por ejemplo, Daniel decide migrar a Estados Unidos en busca de mejorar su condición económica, siendo en ese escenario donde incrementa el consumo de cannabis, ya que utiliza esta sustancia como instrumento para adaptarse a los requerimientos laborales, mostrarse desinhibido y con destreza social, habilidades que no había logrado en México. En el caso de Jaso, después de su segundo egreso de prisión, se inserta a laborar en un bar donde utilizaba el consumo de diversas sustancias – alcohol, marihuana y crack –, como recursos para convivir, competir o violentar a los clientes, todo encaminado a obtener reconocimiento y mayores ganancias económicas. Para Javier el consumo de crack representaba tensar los límites de la resistencia, una forma de ocupar un espacio en su grupo de pares.

En este sentido, se podría sugerir que los varones que participaron en esta investigación, no fueron el resultado pasivo de una serie de condiciones económicas y socioculturales, sino que participaron activamente dentro de esas economías locales, construyendo su sentido de ser hombre a través de prácticas significativas en sus contextos, formas de situarse en un sistema sexo género. Aureano (2003), plantea que negar la capacidad de apropiarse de los actos a cierta categoría de sujetos como los usuarios de drogas, sería negarles dos principales características de las personas: la racionalidad y la autonomía.

6.3.2 Influencia de género del investigador en la experiencia de conversación

Vasilachis (2006), plantea que la actividad de las investigadoras e investigadores cualitativos es esencialmente relacional; observan, interactúan, transforman y son transformados por el fenómeno que investigan. En este sentido el sexo del investigador juega un papel fundamental al momento de la recolección de la información.

Figuerola et al. (2006), consideran que en el proceso de investigación, el sexo de la persona que entrevista influye en lo que narran y cómo lo hacen los varones y las mujeres. Agrega, que detrás de cierta teoría, de un método y una epistemología particular se encuentra la biografía personal del investigador o investigadora, quien se aproxima al fenómeno de interés desde su propia perspectiva de género.

Cabe señalar que no existe la posibilidad de determinar cuál o cómo será el efecto del sexo del entrevistador, sin embargo, es posible reconstruir el contexto donde se presentaron los encuentros de conversación, con el fin de conocer las condiciones en las cuales se construyeron los datos, es decir, el espacio en el cual se produjo la intersubjetividad entre investigador y participante. A continuación se hará una reflexión acerca de los encuentros de entrevista, los sentimientos y emociones expresadas.

6.3.2.1 El encuentro con Daniel

El primer encuentro con Daniel transcurrió en un clima de cordialidad, desde el inicio se mostró dispuesto a contar su historia, sin embargo, un suceso que contribuyó a estrechar la relación, fue que al final de la segunda entrevista se averió la bicicleta con la que se transportaba a la clínica, ofreciéndome a llevarlo en mi automóvil de regreso a su casa. Este hecho sin pretenderlo tuvo un efecto positivo, pues fuera del contexto de entrevista me preguntó sobre mi lugar de residencia, al comentarle que había residido cerca de donde él había vivido y que compartíamos ciertos aspectos sociales, como haber crecido en colonias populares y experimentar el proceso de urbanización de esos espacios, se estableció entre nosotros una especie de intimidad que noté al percibirlo con mayor comodidad y libertad durante las conversaciones, además que dejó de darme detalles en exceso de su colonia y de ciertas palabras de uso coloquial que hasta ese momento se había esforzado por explicarme.

Durante su narración buscaba mostrar a un varón intrépido y aventurero que no temía al cambio, puesto que, en su trayectoria de vida había tenido que enfrentar diversas adversidades como la pobreza, migrar a un país extraño, la separación de su familia, el rompimiento con su tío en EU, la pérdida de múltiples empleos, y pese a todo ello, siempre había logrado sobreponerse y salir triunfante. Radicar en EU y en diferentes estados de la república mexicana, lo consideraba como una muestra de que siempre había empezado desde abajo y gradualmente lograba ir sobresaliendo, significaba haber aprendido a *“empezar de cero”*.

En este contexto, no le causaba vergüenza hablar de la violencia ejercida por su padre, la frustración y nostalgia ante las carencias económicas, el temor de migrar y extrañar a su familia, contrariamente al platicar de estos temas se mostraba sensible y conmovido, sus ojos se llenaban de lágrimas al tiempo que su voz se quebraba, conversar de estos episodios de dolor significaba que los había superado y trascendido.

Asimismo, para él no representaba ningún conflicto aceptar y mostrar que había desarrollado un uso problemático de sustancias psicoactivas, pues éstas habían sido un instrumento para defenderse y sobrevivir en un medio hostil y adverso, y a quienes finalmente también había logrado vencer interrumpiendo su consumo.

Sin embargo, hubo algunos temas que pasaron velados o poco ahondados, como el evento de abuso sexual y la violencia que él había ejercido contra su esposa e hijo. Respecto al primero, la dificultad para expresarlo pudo deberse a que es una situación en la cual se vivió en extremo vulnerable, reviviendo este sentimiento si lo nombraba ante la figura de un entrevistador varón. Figueroa et al. (2006), afirman que el sexo de la persona que entrevista influye inevitablemente en lo que narran y cómo lo hacen los varones y las mujeres. Estos, con una mujer ajena a su contexto pueden abrirse y mostrar sus flaquezas y debilidades con menor conflicto, no obstante, de hombre a hombre prevalece el temor a la vulnerabilidad descubierta, es decir, saber y sentirse vulnerable.

Respecto al tema de la violencia ejercida hacia su esposa e hijo, se ha visto que los varones tienden a minimizar su responsabilidad ante sus conductas violentas, pero en el caso de Daniel, este tema contrastaba con la imagen de varón solidario y responsable que intentaba proyectar.

6.3.2.2 El encuentro con Javier

Por su parte, Javier me pidió que nos reuniéramos los sábados por la tarde para realizar las entrevistas, pues ese día no tenía actividades habituales, solo trabajaba por la mañana y después permanecía en casa. Tener tiempo libre le representaba un conflicto, pues había estado asociado a intensos consumos de crack, además de evidenciar su carencia de redes sociales y la dificultad para cambiarse de residencia, pues en cierta forma dependía del apoyo de su padre, de igual manera, la lucha con el permanente deseo de consumo se acentuaba. Por tanto, cuando convenimos reunirnos de acuerdo a su propuesta, se mostró entusiasmado de acudir a los encuentros.

Javier a través de su historia quería mostrar a un varón que había aprendido a sobrevalorar los atributos de los discursos dominantes de las masculinidades, haciendo énfasis en el ejercicio de la violencia y el uso de sustancias psicoactivas. Sin embargo, a través de las conversaciones se fue manifestando un dilema que enfrentaba en los últimos meses, por un lado, reconocía los daños físicos, psicológicos y sociales que el consumo de sustancias psicoactivas le había ocasionado, y por otro, la dificultad de percibirse a sí mismo sin el uso de ellas, pues a través de éstas había encontrado una forma de *ser* y *estar* en el mundo.

Así, en una parte de su discurso resaltaba los aspectos positivos que el uso de drogas le representaba, como haber aprendido a competir y destacar entre sus pares, construir vínculos afectivos y de pertenencia, distanciarse del dolor emocional y disfrutar de los efectos psicoactivos. Al contar esta parte de su historia, su voz era ágil y dinámica, aunque por momentos se volvía tenue, pausada, denotando cierta nostalgia por los episodios de consumo, los amigos con quienes había compartido no solo el uso de sustancias, sino una serie de vivencias.

En otro momento de su discurso, reflejaba el sentimiento de enojo y frustración al elevar su tono de voz cuando se refería al deterioro en su salud, derivado de su trayectoria de uso de drogas, como la disminución en su respuesta sexual, las alucinaciones visuales y auditivas posteriores a los cuadros de intoxicación y la pérdida de peso. Asimismo, cuando evocaba el recurrente deseo de consumo y la imposibilidad de hacerlo, el temor de hablar de su historia ante la figura femenina y el conflicto que le significaba una invitación a beber alcohol en una habitual reunión social.

En este contexto, la narración que va tejiendo a través de los diferentes encuentros, discurre por un lado en proyectar el uso de sustancias psicoactivas como una actividad que disfruta, un recurso con el que construye identidad, estatus y una posición entre sus redes sociales, y por otro lado, un medio para enfrentar los eventos adversos en su vida, una forma de venganza hacia su padre, que termina revirtiéndose contra sí en una serie de sentimientos de malestar e impotencia. Experimentar disgusto le facilitaba hablar de su intimidad sin censura aún frente a la figura de un entrevistador varón.

Javier me otorgaba una posición de terapeuta, él tenía la creencia de que necesitaba expresar sus conflictos y sentimientos de malestar para poder “sanar”, lo cual, hizo que me compartiera vivencias muy íntimas, sin embargo, el tema sobre el deseo de morir lo

mencionó en pasado, como si esto hubiera sido algo transitado. Ni él intento ahondar en ello, ni yo saber más, ambos dimos por hecho que no eran ideas presentes.

Posiblemente conmigo pudo hablar del conflicto que le representaba mencionar su historia de consumo problemático, sin embargo, hacer evidente que aún seguían presentes las ideas de morir, podría haber significado aumentar su sensación de vulnerabilidad, por lo que prefirió dar mayor énfasis a otros temas, pese a, que los cambios en sus emociones habían sido una constante en los últimos episodios de consumo. Tal vez él mismo creyó que no era un tema relevante, que tal vez podía sobrellevar.

6.3.2.3 El encuentro con Jaso

El primer acercamiento con Jaso fue por medio de una persona que ambos conocíamos, ésta lo puso en contacto conmigo para que le diera información sobre algunas instituciones que pudieran brindarle atención para el uso problemático de drogas, ante lo cual, le proporcioné los datos de la clínica donde llevaba a cabo la investigación, así cuando acudí a invitarlo a participar en ella se mostró interesado, pues se sentía agradecido por haberle orientado.

Jaso buscaba representar a un varón que había ido sobreponiéndose a diferentes adversidades a través de su historia de vida. Valoraba los atributos de los discursos dominantes de las masculinidades asociados a la manifestación de fortaleza, perseverancia e intrepidez.

Alrededor de la cuarta entrevista, me comentó que a veces se sentía con ligera tensión porque le preocupaba no responder de la “mejor manera”, sin embargo, cuando pretendo abrir el tema, no logra darme mayor información respecto a ese sentimiento, por lo que intenté comprenderlo dentro de su historia. Para Jaso era relevante sobresalir y ser reconocido, por lo que la presión que sentía, podría deberse a que intentaba contar una narración coherente sin contradicciones, es decir, que los eventos que iba describiendo fueran aquellos que podían situarlo con cierta reputación, omitiendo aquellos que podían señalar lo contrario.

Por tanto, no se restringió cuando relató eventos dolorosos como la muerte de su padre, la sensación de vulnerabilidad en la niñez, la falta de supervisión y los ingresos a prisión, pues estos representaban aquellos obstáculos que había tenido que enfrentar y superar, siendo la evidencia de que había logrado salir adelante.

De igual forma, haber presentado consumo problemático de crack simbolizaba para él, haber sido *“un soldado que estuvo sedado luchando [...] y que a pesar de todo pudo salir adelante” (JSE4P8)*. Consideraba que el consumir drogas no era un error sino una vivencia de la cual había tenido que aprender, y por tanto, lo convertía en una persona con mayor experiencia.

Las premisas anteriores fueron fundamentales en la forma que contó su historia, pues restó importancia a sucesos que podían cuestionarlas, por ejemplo, no permite profundizar en el evento de abuso sexual, ni en el impacto del consumo de crack sobre el ejercicio de su sexualidad, ni los conflictos de su relación de pareja. Cabe mencionar que al inicio de la cuarta entrevista, antes de iniciar la grabación, me expresó que desde hacía tiempo lo acompañaba el temor de que su esposa iniciara otra relación, llegando a tener conductas persecutorias hacia ella, sin embargo, cuando intenté abrir el tema con mayor profundidad no lo permitió, minimizando su comentario.

Posiblemente para Jaso, de acuerdo a sus premisas de privilegiar la competencia y el estatus, tuvo mayor importancia que haya sido un entrevistador varón, pues su historia estuvo más centrada en los obstáculos que pudo superar, por dolorosos que hayan sido, y contrariamente, silenció aquellos que aún le causaban dolor.

6.3.2.4 El encuentro con Saúl

El primer encuentro con Saúl se dio por medio de un informante clave, desde la primera entrevista se mostró con disponibilidad a participar. Los ejes temáticos le resultaban atractivos, pues consideraba que le hacían reflexionar sobre aspectos de su vida, que hasta ese momento había considerado poco. Después de la segunda sesión, él iniciaba con la pregunta *“¿Qué tema vamos a platicar hoy?”*. En el último de nuestros encuentros, a petición de él, le entregué una copia de los audios de las conversaciones, pues consideraba que había expresado ideas que le gustaría continuar meditando.

A través de su relato, Saúl mostró a un varón que desde pequeño había aprendido a competir, sobresalir y asumir el control en sus relaciones. Estas premisas influyeron en la forma en que contaba la historia de sí mismo, es decir, buscaba construir una narración en la cual no existían dificultades ni contrariedades, una historia donde había existido caos y contradicción, pero al momento de la entrevista todo lo tenía *“bajo control”*.

Por ejemplo, cuando describe sus relaciones familiares idealiza a su padre, resaltando sus cualidades y minimizando sus contradicciones, entre estas, las conductas de violencia

hacia su madre, el control que ejercía hacia él y sus hermanos en situaciones como los entrenamientos de básquetbol y la elección de carrera profesional. De igual forma, cuando menciona sus propios conflictos de pareja, resta importancia a sus acciones de descalificación para tomar el control.

Asimismo, al narrar temas íntimos y dolorosos, como la pérdida de su hermano, los episodios de confrontación con su esposa y la falta de control en el consumo de crack; su relato se percibe honesto, sincero y reflexivo. Sin embargo, a pesar de que eran eventos que aludían a la tristeza, su expresividad disminuía, intentaba mantener un discurso sereno y sin signos de ternura, en ninguna de las entrevistas mostró signos de llanto.

No obstante, el enojo y la frustración eran emociones que hacía evidentes, sobre todo cuando hablaba de las contradicciones que enfrentaba al querer alcanzar las premisas que había privilegiado en su vida, tener poder y prestigio, las cuales, se revertían contra sí mismo en situaciones cotidianas, como no disfrutar de la compañía de su esposa por sentirse enojado y preocupado por los asuntos del trabajo, sentir culpa cuando la agredía como medio de control y la tensión de tener adeudos económicos vinculados al costo del uso crack.

Saúl había asociado el consumo de crack a una posición de mayor poder, cuando inició el consumo significaba destacar entre su grupo de pares, posteriormente al empezar a ascender laboral y económicamente representaba hacer evidente que podía costear el uso de una sustancia y al mismo tiempo demostrar que podía mantener el control. Al relatar su historia, reconoce que buscar una posición de poder lo llevó a presentar consumo problemático de drogas, perdiendo de vista otras áreas de su vida, como disfrutar de sus relaciones con su familia y esposa.

Haber desarrollado consumo problemático de drogas, significó para él, cometer un error del cual tenía que sobreponerse, y a su vez, aprender de la experiencia. Reconocía que la dificultad para reconocer que tenía dificultades, además de negarse a aceptar ayuda, le llevó a *“soportar una pesada loza por mucho tiempo”*, ante lo cual, estaba dispuesto a cuestionar sus propias creencias. Paradójicamente, hasta en ese proceso quería ser el *“mejor”*.

Schwalbe y Michelle (2001), refieren que el contexto de entrevista puede resultar una situación amenazante para la identidad masculina de los participantes, lo cual puede incrementar si quien entrevista es otro varón. Comenta, que luchar por el control, buscar la complicidad, evitar mostrar sensibilidad o afectividad, exagerar la racionalidad, la

autonomía y el control, pueden dificultar el desarrollo de la conversación y la originalidad de los datos.

Sin embargo, en el desarrollo de la investigación, no se hicieron presentes estos estilos de interacción, las conversaciones giraron en torno a un ambiente de respeto, cordialidad e intimidad subjetiva. Cada participante con su propio estilo, fue transitando entre diversas emociones y pensamientos, a su propio ritmo. Mi posición se basó en moverme con mesura ante los temas dolorosos, respetando los silencios, dando tiempo necesario para que reconocieran sus sentimientos.

Núñez (2007a), menciona que en un escenario que represente la suficiente confianza, los varones pueden mostrar su subjetividad tal y como es, fracturada, fragmentada y heterogénea. Ramírez (1997), agrega al respecto, que los estudios sobre masculinidad han hecho énfasis en los atributos de los hombres como seres competitivos y agresivos; no obstante, resalta que no se ha puesto atención a otras dimensiones de la subjetividad de los varones. Añade que para los hombres, los códigos demarcan lo afectivo como un sentimiento que debe expresarse en la intimidad y en situaciones de extrema confianza.

6.3.3 Reconociendo mi subjetividad

De acuerdo a Sandín (2003), en la investigación cualitativa ha sido ampliamente utilizada la expresión del “yo como instrumento” para destacar la importancia que adquiere la persona que investiga en la recogida de información. Añade que el propio investigador se constituye en el instrumento principal que a través de la interacción con la realidad recoge datos sobre ésta.

Fruggeri (1996), propone que el análisis que el observador realiza de la situación del observado y sus relaciones, no puede considerarse como una descripción objetiva, es decir, no hay ninguna descripción que sea más exacta o correcta, puesto que, las descripciones que hacen los observadores, están ligados a sus propios mapas, ven lo que sus puntos de vista les permiten ver.

Por tanto, un aspecto fundamental en la proceso de investigación con perspectiva de género, es que el investigador conozca sus propias historias en relación a lo masculino y lo femenino, aprendidos en su entorno familiar y cultural, pues estas inevitablemente influirán en la realidad que investiga.

En este sentido, algunas de mis construcciones acerca de estos temas se remontan a mi familia nuclear con roles de género tradicionales, conformada por mi madre, mi padre y un hermano mayor, un contexto en el cual si bien predominaba la figura masculina, había espacio para la expresividad emocional. Probablemente estar familiarizado con la interacción masculina y el contacto afectivo, me permitió entablar una cercanía con los participantes sin temor a mi propia fragilidad. A lo cual, seguramente también contribuyó mi formación y práctica clínica como terapeuta familiar, pues a través de ésta he tenido que estar en contacto con mi sensibilidad y expresión afectiva.

No obstante, haber pertenecido a una familia tradicional con mayor número de varones, pudo ser un elemento que influyó para que al inicio de este proyecto de investigación, experimentara cierta dificultad al aproximarme a los conceptos teóricos de los estudios de género de los hombres. Si bien es cierto que los estudios de las masculinidades son recientes, heterogéneos y desde diversas disciplinas, lo que podría representar confusión en su acercamiento, para mí, comprender la relevancia teórica de introducir el concepto de “poder” como eje central en los estudios de los hombres me implicó varios meses de reflexión, pese a participar activamente en diversos seminarios y lecturas sobre el tema.

Ante cada curso o seminario concluido, daba por hecho que había comprendido su conceptualización, para posteriormente darme cuenta que tenía dificultad para explicarlo. Minuchin (1977), señala que en las familias se desarrolla una sensibilidad auditiva discriminatoria, con campos de sordera selectiva regulados por la historia, así aprehender el tema me implicó un cuestionamiento a mis propias “sorderas” en mis narrativas de género.

De igual forma, las habituales diferencias de poder entre hombres y mujeres, al interior de mi familia, naturalizaban en mí los discursos que promovían las desigualdades, lo cual, contribuyó para que al inicio del análisis de las historias de vida, tuviera dificultad para detectar y hacer evidentes las narrativas de los participantes que reproducían dichas diferencias.

Salguero (2002), refiere que es enorme el poder que tienen las propensiones y prejuicios personales, para bloquear la información proveniente de la investigación. Por eso sugiere que es indispensable reconocer nuestra subjetividad como investigadores, ya que podemos enfrentarnos con perspectivas diferentes, conflictivas o contradictorias, que pueden coexistir con interpretaciones validas de un mismo fenómeno.

En este sentido, el acompañamiento de mis supervisoras y supervisores fue fundamental, quienes con sus observaciones y reflexiones me permitieron tomar distancia del objeto de estudio y de ciertos prejuicios que eran parte de mi proceso de socialización de género.

Asimismo, las diferentes conversaciones con los participantes tuvieron un impacto relevante en mi proceso de reflexión sobre mis propias premisas de género. A través del diálogo con cada uno de ellos, aprendí a reconocermi, Fortes de Leff et al. (2009), señalan que el observador necesita mantener una mirada hacia sí mismo en el proceso de conversación, junto con su mirada al otro, ya que es en la relación con ese otro donde el observador se ve y reconoce a sí mismo.

Latirgue-Becerra (1999), propone utilizar el concepto de contratransferencia – un término extraído del contexto terapéutico psicoanalítico – para nombrar las emociones, sentimientos y pensamientos que las personas que participan en la investigación, representan para el investigador. Para esta autora, es indispensable someter a un análisis recurrente, esta serie de emociones y representaciones con el fin de que no se conviertan en un obstáculo y por el contrario beneficien a ambos participantes del proceso.

En esta misma línea Elkaïm (1989), refiriéndose al contexto terapéutico propone el término resonancias para nombrar a aquellas emociones, pautas de relación o ideas que se crean en la interacción entre terapeuta y paciente, las cuales pueden ser similares a las que se establecen en la familia de origen del terapeuta, del paciente o institución en la cual se lleva a cabo el encuentro. Por lo que, en el contexto de investigación la atención de los investigadores debe de estar tanto en los procesos emocionales desencadenados, como en su vínculo con los procesos cognitivos.

En este sentido, en la conversación con Daniel pude reconocer algunas pautas de mi propia trayectoria de vida, como ser hijo de una pareja que migró del interior de la República en busca de mejores condiciones de vida y la necesidad de sobresalir económicamente. Por tanto, cuando Daniel describe que para él desde su infancia había sido prioritario mejorar su condición económica, tomando en cuenta que la posesión de dinero forma parte de los atributos de los discursos dominantes de las masculinidades, logré reconocermi en su sentir, ya que, de acuerdo a mi propia historia he experimentado la coerción por alinearme con los discursos que promueven la demostración de éxito.

El contacto emocional con Daniel fue cercano, en más de una ocasión llegué a sentirme conmovido con su relato, sobre todo cuando describía acontecimientos relacionados a su padre, por ejemplo el maltrato que había recibido de éste, los sentimientos encontrados

ante sus escasas muestras de afecto, la reconciliación por medio de un abrazo después de muchos años. A través de este contacto emocional, en cada una de nuestras reuniones, yo terminaba convencido que tenía la fuerza y empuje para iniciar siempre de “cero” como lo manifestaba continuamente, lograba transmitirme con seguridad sus nuevos proyectos. Seguramente esta cualidad le había valido para emplearse sin dificultad en diversos trabajos a través de su vida.

Por otro lado, en el diálogo con Javier pude reconocer lo atrapante que pueden ser los discursos dominantes de las masculinidades ante la dificultad para cuestionarlos. Él para lograr mantener la abstinencia de crack con menor dificultad necesitaba transformarse a sí mismo, puesto que, actividades cotidianas como ir a la escuela, salir con amigos o asistir a fiestas, le representaba todo un reto, ya que enfrentaba la dificultad para interactuar sin el uso de sustancias psicoactivas.

Su situación me hacía sentir nostalgia, podía palpar su soledad y su sentimiento de incapacidad para transformar su realidad. De acuerdo a mi propia experiencia, podría aventurarme a decir que Javier quería ser y sentirse diferente, sin embargo, no le quedaba claro cómo y dónde empezar, asociado a la falta de motivación para realizar el esfuerzo que un replanteamiento de este tipo requiere.

Casi diez meses después de nuestro último encuentro, fue cuando me enteré que había decidido quitarse la vida, lo cual me produjo un sentimiento de tristeza pues había compartido con él, sentimientos y vivencias importantes. Asimismo, me colocó en un cuestionamiento metodológico, incluir o no su historia, pues en estricto orden no habíamos concluido las entrevistas.

No obstante, al revisar los audios y transcripciones de los encuentros, llegué a la conclusión que contaba con la información suficiente para realizar el análisis de su historia. Asimismo, en la reflexión con mis supervisoras y supervisores de esta investigación, llegamos a la determinación que existían argumentos para fundamentar esta decisión. En primer lugar Javier había dado su autorización para que su narrativa fuera divulgada a través de documentos académicos, no hacerlo, era faltar al compromiso ético adquirido en el consentimiento informado, pues éste había accedido a participar sabiendo que la información sería leída por otras personas con uso problemático de sustancias psicoactivas, lo cual, podría serles de utilidad. En segundo lugar, incluir su historia es una forma de impedir que quede en el anonimato, y mostrar que tanto los

discursos dominantes de las masculinidades, como el uso problemático de drogas pueden convertirse en una experiencia sumamente dolorosa.

La conversación con Jaso estuvo enmarcada en un entorno de amabilidad, logramos establecer cierta cercanía emocional, sin embargo, al intentar seguir su historia me sentía confundido, por momentos la información parecía ser contradictoria. Al introducirme en el análisis de su historia de vida, pude percatarme que él buscaba contar una narración coherente. No obstante, la trayectoria de su vida lo era poco, es decir, había transitado por situaciones contradictorias en busca de alejarse de sentimientos considerados poco masculinos. Así, en la conversación con Jaso identifiqué que intentar cumplir con los discursos dominantes de las masculinidades puede resultar contradictorio.

Saúl fue el último participante a quien entrevisté, para ese momento había desarrollado cierta habilidad para conducir la conversación, lo cual, asociado a su capacidad de expresión resultó en encuentros cómodos y productivos. Él era más cercano a mis propios significados, la obtención de éxito económico y profesional. En este contexto, a través del diálogo con él, logré identificar lo difícil e imposible que puede resultar intentar cumplir con los discursos de las masculinidades dominantes, pues estos se pueden convertir en un performance difícil de sostener.

CAPÍTULO VII

CONCLUSIONES

El objetivo de esta investigación fue conocer el proceso de construcción de los significados de ser hombre en varones usuarios de sustancias psicoactivas. Se buscó conocer cómo interactúan con los discursos dominantes de las masculinidades, de qué forma los asumen o rechazan. A continuación se realizará una descripción de los hallazgos más relevantes.

La aportación del análisis basado en los diferentes contextos

Haber realizado el análisis de las cuatro trayectorias de vida divididas en los diferentes ejes de análisis: familia, pares, emociones, sexualidad, trabajo y cuerpo; permitió observar la construcción de los significados de ser varón y consumir sustancias psicoactivas como un proceso dinámico en constante redefinición. Así como, entender que la relación que los usuarios establecen con las drogas no es estática, cambia con el tiempo y de acuerdo a cada contexto. Los cuatro participantes de la investigación iniciaron el consumo por beneficios asociados, como tomar distancia de ciertos sentimientos, disfrutar de los efectos placenteros, asumir posiciones de autonomía, entre otros, sin embargo, con el paso del tiempo y a través de los diferentes contextos los significados fueron cambiando.

Asimismo un análisis desde esta perspectiva, permite entender que los significados de ser hombre asociados al consumo de sustancias psicoactivas puedan ser diversos en un mismo tiempo. Javier en su adolescencia consumía cocaína para evadir las emociones de tristeza ante los conflictos familiares, pero a su vez, obtenía reconocimiento y vinculación con su grupo de pares, ya que le gustaba sentirse superior a los vecinos de su edad. Esta situación muestra que los significados coexisten en una diversidad de contextos e incluso pueden ser contradictorios, adquirir un significado de autonomía e independencia con los pares y dependencia económica y emocional de la familia.

Hacer el análisis desde una interpretación dinámica, permite ir más allá de las explicaciones lineales o causales, que conciben el consumo de sustancias como el producto de una patología individual, déficit o resultado de limitaciones económicas y culturales, ya que los varones, pueden consumir sustancias por diversas razones.

De igual forma, permite romper con el discurso dominante que estigmatiza a los usuarios de sustancias psicoactivas, como personas “enfermas”, “débiles” o “carentes de

responsabilidad”, pues estos a su vez se apropian de los estereotipos para obtener ciertas ventajas como no tomar responsabilidad. Butler (1997), menciona que adquirir la identidad de género es un conjunto de actos intencionados y apropiativos, la adquisición gradual de ciertas destrezas, así las personas van participando en la construcción de su identidad y de los significados asociados.

En este sentido, la propuesta de análisis de esta investigación, otorga ciertas ventajas sobre estudios anteriores, por ejemplo, Nasir y Rosenthal (2009), refieren que el consumo de SPA está asociado al modelo de masculinidad hegemónica por lo que los varones relacionan el consumo a vivir situaciones de riesgo y obtener reconocimiento. Stanistreet (2005), plantea que el consumo de heroína es una forma de resistencia ya que no cuentan con los recursos para alcanzar el modelo de masculinidad hegemónica. Un análisis como proceso da cabida a integrar las dos condiciones, es decir, pudieron haber iniciado el consumo por tener una actitud afín al rol masculino y posteriormente como una forma de resistencia o ambas a la vez.

Por tanto, habría que entender la construcción de los significados de los varones usuarios de sustancias psicoactivas en forma relacional y contextual, proceso en el cual confluyen una diversidad de discursos dominantes y alternativos.

Las contradicciones de los discursos dominantes de las masculinidades

Diversos autores (Brandes 2002; Peralta 2007; Peralta & Cruz 2006) coinciden en que el consumo de sustancias psicoactivas a través de la historia, ha estado asociado al comportamiento masculino y forma parte de las conductas valoradas y fomentadas por los modelos hegemónicos de las masculinidades. Los efectos psicoactivos facilitan la realización de conductas emblemáticas como obtener prestigio en el grupo de pares, transgredir los límites de la resistencia, demostrar temeridad, etc. Sin embargo, este tipo de prácticas han estado asociadas al desarrollo de consumos problemáticos, perdiendo una serie de capacidades como autonomía, salud, empleo, etc. Capraro (2000), menciona que el uso de sustancias psicoactivas puede estar relacionado al poder de los hombres en una profunda paradoja.

Desde esta perspectiva, asumir los discursos dominantes de las masculinidades asociados al consumo de sustancias psicoactivas podría representar un círculo atrapante, pues los varones inician para obtener ciertas ventajas, pero con el tiempo están desapareciendo dando pauta a mayor consumo.

Jaso incrementa el consumo para responder a las expectativas de sus pares al salir de prisión, sin embargo, como consecuencia de esto deja de cumplir con las funciones de protección y cuidado hacia su familia, experimentando sentimientos de frustración que a su vez retroalimentan el uso de crack.

No obstante, habría que considerar que en un esquema de consumo problemático están presentes otras condiciones. Si bien es cierto que los varones experimentan pérdidas cuando consumen de manera crónica, también existen diversas ganancias, como no asumir la responsabilidad de sus acciones, evadir la responsabilidad de cuestionar sus propias premisas, continuar disfrutando de los efectos psicoactivos de las sustancias, entre otras, por lo que habría que reflexionar que en ciertos contextos tienen pérdidas, pero en otros tienen ganancias, por lo que asumir los discursos dominantes de las masculinidades no es un proceso uniforme, sino dinámico y con múltiples contradicciones.

Asimismo, habría que considerar que los sujetos cuentan con cierta agencia personal, que les permite posicionarse con relación a los discursos dominantes e ir definiendo a cuales dan mayor relevancia. Por ejemplo, pueden obtener reconocimiento al colocar su cuerpo en los límites de la resistencia del consumo de drogas y al mismo tiempo, afectar su rendimiento sexual, sin embargo, deciden priorizar al primero. Esto podría explicar por qué se continúa el consumo, cuando existe conciencia del daño que se genera, pues aunque debilita algunas áreas se necesita en otras.

Uso de sustancias psicoactivas un recurso de poder

De acuerdo con los datos obtenidos en este estudio, se podría concluir que el uso de sustancias psicoactivas está asociado a ocupar posiciones de poder en el sistema sexo-género. Esta relación puede comprenderse si se entienden los efectos psicoactivos de las sustancias como facilitadores de ciertas conductas temerarias y de transgresión, las cuales son emblemáticas de los discursos dominantes de las masculinidades.

Asimismo, los discursos asociados al consumo de sustancias psicoactivas, colocan a los usuarios de estas, como transgresores o sujetos al margen de la ley, lo cual, los empodera con respecto al resto de la población. Al mismo tiempo que el consumo los inserta en lo que Epele (2010), define como economías marginales, donde se dan formas de negociación, competencia y obtención de dinero, formas de pensar y de sentir.

De acuerdo a los varones entrevistados, el poder asociado al consumo de sustancias psicoactivas no varió con relación a la clase social, pues para David, Javier y Jaso, el

consumo les permitió obtener reconocimiento ante los pares, obtener prestigio y proezas que contar cuando se involucraban en actividades de venta de droga. Para Saúl, el consumo estaba asociado a demostrar que tenía la capacidad económica para sostener el consumo de una sustancia.

De igual forma, las propiedades químicas de las sustancias, parecieron no ser determinantes para colocarles un sentido de poder o para el desarrollo de consumo problemático. Por ejemplo, Daniel solicita ingresar a un tratamiento residencial para detener el uso de cannabis y alcohol, sin cumplir el criterio que el modelo médico define como dependencia fisiológica (Del Moral, 2009). Por su parte Saúl, con mayor recurso económico desarrolla consumo problemático de crack, una sustancia usada, de acuerdo al estereotipo social, por los sectores marginados de la población, ya que es un derivado del clorhidrato de cocaína de mala calidad y bajo costo. Por lo que, para la elección entre una u otra sustancia, más que sus propiedades psicoactivas, es de mayor relevancia los significados de poder asociados a éstas.

Cuestionando los discursos dominantes asociados al consumo de SPA

La gran mayoría de las investigaciones a nivel internacional – Capraro (2000), Nasir y Rosenthal (2009) y Stanistreet (2005) – que han investigado sobre la relación entre el uso de drogas y la construcción de las masculinidades, han conceptualizado el uso de SPA como un fenómeno universal, asumiendo sin cuestionamiento una explicación del uso de drogas cercana al discurso del déficit y de la enfermedad, aunado a la carencia de recursos y posibilidades.

Sin embargo, asumir el consumo de drogas como una práctica homogénea en todos los varones, lleva a la invisibilización de las distintas formas de consumo y los tipos de consumidores. Al generalizar se resume y se concreta en una sola categoría a los diferentes consumos, sujetos y contextos ocultando las diferencias y totalizando la realidad compleja de este tema. Es importante, reconocer el tipo y combinaciones de las drogas consumidas, las preferencias y diferencias respecto de las diversas sustancias, así como, los contextos de uso (M. P. Pawlowicz, comunicación personal, 3 de abril, 2014).

Cuestionar los discursos dominantes asociados al consumo de sustancias psicoactivas y reconocer las individualidades, permite comprender que cada varón significa el uso de drogas y la construcción de la masculinidad de forma distinta.

Sugerencias de aplicación del conocimiento generado

La intervención pensada como un proceso

La forma de intervenir inevitablemente está definida por el marco conceptual y la forma como abordemos el problema. En este sentido, conceptualizar el consumo de sustancias psicoactivas y la construcción de las masculinidades desde la teoría del construccionismo social y la perspectiva de género, permitió cuestionar los prejuicios y discursos dominantes sobre el tema, recuperar la perspectiva histórica, y entender la construcción de los significados como el resultado de la participación en múltiples contextos, lo cual invita a pensar las intervenciones desde la misma perspectiva.

Si consideramos al sujeto con capacidad de agencia y resistencia, se le puede colocar como actor de la intervención, transformándolo en protagonista y no en mero objeto de la misma. Concebir a la persona que usa drogas como sujeto de derechos, capaz de tomar decisiones, riesgos y asumir responsabilidades, de acuerdo a su edad y condiciones, permite planear intervenciones acordes a sus necesidades (M. P. Pawlowicz, comunicación personal, 3 de abril, 2014). Es importante construir discursos preventivos, que tomen distancia de los discursos dominantes.

En este sentido, los resultados de esta investigación muestran que a nivel social, es importante “desnaturalizar” ciertos discursos y prácticas, que promueven el consumo de drogas en los varones, como la participación – desde niños – en la compra de sustancias psicoactivas, imitación de su uso en juegos infantiles y la tolerancia social hacia la intoxicación masculina, prácticas que se pueden asociar a consumo problemático de drogas.

En el plano individual, se aprecia la relevancia de identificar el uso de drogas en la historia de consumo de cada sujeto en particular, puesto que, las singularidades de cada caso son significativas para comprender el presente de la persona que consume.

Asimismo, se observa la necesidad de resaltar las asimetrías e inequidades en las dinámicas familiares, reconociendo que las diferencias de poder entre hombres y mujeres, impide que se escuchen las voces femeninas, quienes pueden ser figuras centrales en el cuestionamiento de los discursos dominantes de las masculinidades que “naturalizan” las prácticas de riesgo en los varones. Recuperando la posibilidad de que los miembros con mayor necesidad de contención y dirección – niños y adolescentes –, cuenten con los límites necesarios.

El dolor emocional un impulso para el cambio

De acuerdo a la trayectoria de vida de los cuatro participantes los eventos de mayor dolor emocional representaron un punto de inflexión en el consumo de sustancias psicoactivas, la separación de sus parejas o afectar a su familia los llevó a cuestionar sus propios significados. Neimeyer (2014), refiere que la experiencia de una pérdida importante suele minar las creencias y presuposiciones que hasta ese momento pueden ser inquebrantables. En el caso de los varones, terminar una relación cuando no son ellos quienes tomaron la decisión, puede ser una situación desesperante pues tienen que enfrentarse al hecho de que no pueden hacer nada para cambiar la situación, lo cual atenta contra la idea de control que consideran tener (Seidler, 2006). Por lo que, transitar por eventos dolorosos los coloca ante lo inevitable: experimentar sus sentimientos, obligándolos a asumir la responsabilidad de su trabajo emocional.

Siguiendo a Neimeyer (2014), cuando se sufre una pérdida se interrumpe el desarrollo esperado de la historia de nuestra vida, lo cual nos lleva a cuestionar nuestras propias narrativas. Es un momento de crisis que obliga a reescribir los siguientes capítulos de nuestra historia de manera coherente introduciendo nuevos cambios, tal vez este periodo de confusión e incertidumbre abre la posibilidad de que los varones contemplen una vida sin consumo de sustancias psicoactivas. Por lo que, los periodos de dolor emocional podrían ser momentos importantes para sensibilizar sobre los daños asociados al consumo e incluir la idea de detener su uso.

En este sentido, algunos elementos que podrían incluirse en los programas de tratamiento para los varones, sería favorecer el reconocimiento y aceptación de su vida emocional. Identificar sus sentimientos podría contribuir en la aceptación de las pérdidas que se van acumulando a través de la trayectoria de consumo, como la familia, amigos, empleos, salud, etc., las cuales generalmente son invisibilizadas.

De igual forma, centrar la atención en el dolor que puede ocasionar el consumo, más que en los beneficios asociados – como el placer de los efectos psicoactivos y la evasión de responsabilidades –, podría auxiliar en la aceptación de los daños generados en el cuerpo.

Sin embargo, es importante puntualizar que lo que puede funcionar como punto de transformación para algunos varones, puede no serlo para otros, cada uno de ellos de acuerdo a sus significados, establece una serie de prioridades, que al verse afectadas por el consumo deciden iniciar el proceso de cambio. Por lo que, una propuesta en los

programas de tratamiento sería promover y estimular los espacios de reflexión y negociación consigo mismos.

Espacios de reflexión para varones

Figuroa (2007b), menciona que los varones generalmente no ejercen el derecho del cuidado a su salud, debido a que los discursos dominantes de las masculinidades promueven la evasión de la vulnerabilidad, negación de los sentimientos y la feminización del autocuidado, condiciones que causan que estos acaben siendo unos extraños con respecto a sí mismos en la búsqueda de cumplir una identidad socialmente construida.

Por tanto, desde el ámbito de las instituciones dedicadas a la salud y específicamente las encargadas del tratamiento y prevención del consumo de drogas, es necesario que éstas incorporen en sus programas de atención, espacios para que los varones puedan conversar acerca de su experiencia de ser hombre y la relación con los discursos dominantes de las masculinidades, es importante crear lugares donde estos se escuchen a sí mismos sobre sus propias necesidades, dudas e incertidumbres.

Los programas diseñados para este fin tendrían que tener una estructura flexible sin objetivos particulares y temas específicos, pues en ocasiones estos distan de la experiencia de los varones, convirtiéndose en un lenguaje ajeno a su realidad. Por el contrario, el objetivo sería crear un espacio de conversación y reflexión que les permita reconocer los daños y pérdidas que el consumo representa, así como, la relevancia de nombrar y hablar acerca de la diversidad de emociones que ante esto se puede experimentar.

Habría que validar las emociones de enojo, miedo y confusión respecto a las contradicciones que existen cuando se asumen ciertos discursos de las masculinidades, puesto que, el consumo de sustancias psicoactivas puede adquirir significados contradictorios que pueden confundir a los mismos usuarios. Confirmar sus sentimientos abre la posibilidad de generar mayor adherencia a los programas de tratamiento, pues se convierte en un espacio que les permite reorganizar sus pensamientos y sentimientos.

Otro elemento importante a considerar, es resaltar las ventajas que para los varones representaría tomar distancia de los discursos dominantes de las masculinidades – como relaciones más placenteras, mayor salud y calidad de vida –, pues de acuerdo a los modelos de socialización, los varones suelen considerarse el eje de referencia, por lo que no ven la necesidad de cuestionarse a sí mismos (Figuroa, 2007b).

En otra línea de reflexión, se debería de considerar la relevancia de identificar y resaltar las resistencias que los varones mantienen a lo largo de su trayectoria de vida ante los discursos dominantes de las masculinidades, buscando conservar su propia agencia personal, pues estas resistencias podrían expandirse a otras áreas de su propia vida.

En síntesis, estos espacios de reflexión tendrían la intención de empoderar a los varones respecto a los discursos dominantes de las masculinidades y el consumo de sustancias psicoactivas, logrando rescatar su agencia personal. Figueroa (2007b), menciona que no se trata de establecer lugares que reproduzcan una posición pasiva, sino por el contrario, donde sea posible que los varones asuman la responsabilidad de su salud como efecto del ejercicio de la libertad como individuos, agrega que el derecho humano a la salud es un recurso de empoderamiento de los individuos. Aprender que cuidar su cuerpo y salud no atenta contra sus significados de ser hombres.

Ideas y reflexiones para posteriores investigaciones

Algunas de las limitaciones de la investigación estuvieron relacionadas a que las trayectorias de vida se construyeron de acuerdo a la narración que privilegió el participante, por lo que no se focalizó en ciertos temas que valdría la pena abordar en posteriores investigaciones. Por ejemplo, la violencia que ejercieron hacia su padre, madre, esposa e hijos y cuáles fueron los procesos de negociación con relación a los discursos que promueven el cuidado y protección de la familia.

Otro tema que convendría explorar, es el ejercicio de su sexualidad en la trayectoria de consumo, autores como Núñez (2007a) refieren que el consumo de alcohol juega un papel importante en la desinhibición y por lo tanto en el acercamiento emocional, por lo que no se profundizó si existieron acercamientos homoeróticos con sus compañeros de consumo. Tampoco se indagó si existió intercambio de droga o dinero por sexo con otros varones, o algún evento de abuso sexual en estado de intoxicación, prácticas que suelen suceder entre los usuarios de sustancias psicoactivas y que innegablemente, influyen en la construcción de los significados de ser hombre.

Asimismo, la experiencia de su propio cuerpo fue poco abordado, por lo que, cabría la posibilidad de profundizar en la experiencia de deterioro a través de la trayectoria de consumo, mostrar cómo viven las pérdidas y disminuciones en sus capacidades.

Del mismo modo, habría que considerar que la investigación se realizó en una clínica de atención para las adicciones, donde los participantes asumían el rol de “personas en

recuperación” por tanto su discurso era reflexivo, de reconocimiento y toma de responsabilidades, sin embargo cabe preguntarse, si hubieran surgido otras temáticas, si el contacto y las entrevistas hubiesen sido en otro contexto.

Igualmente, los varones entrevistados contaban con redes sociales como la familia y amigos, que les permitían sostenerse y apoyarse en su proceso de rehabilitación. Generalmente habían tenido un adecuado apego a su tratamiento, por lo que eran varones cooperadores que había hecho un trabajo de reflexión para ingresar a la clínica, lo cual, los coloca como una población minoritaria comparada con el resto de varones usuarios de sustancias psicoactivas.

Por otro lado, se trabajó con una población de cuatro casos que consumía alcohol, cannabis y cocaína, lo cual, no representa a la mayoría de la población que consume sustancias psicoactivas, tal vez, en otras investigaciones se podrían incluir personas usuarias de otras sustancias.

Finalmente, cabe acotar que la teoría del construccionismo social permitió observar el proceso de construcción de los significados de ser hombre en varones usuarios de sustancias psicoactivas, no como algo fijo y acabado, sino como el resultado de un proceso histórico-social. Se logró dar cuenta, que los significados de ser hombre y consumir drogas no surgen del interior la mente del individuo, sino de una diversidad de relaciones y múltiples contextos.

REFERENCIAS

Ablondi, K. (2010). Money management strategy shows promise in cocaine treatment. *Alcoholism & Drug Abuse Weekly*, 22(27), 1-8.

Alcoff, L. (1988). Feminismo cultural vs. posestructuralismo: la crisis de la identidad en la teoría feminista. *Debats* (76), 1-26. Recuperado de http://148.202.18.157/sitios/catedrasnacionales/material/2010a/cristina_palomar/2.pdf

Alfaro, J. y Monsalve, T. (2004). Diversidad de los sistemas locales de significación del objeto social drogas, Modelo Factores de Riesgo y Acción Preventiva. *Persona y Sociedad*, 18(1), 99-110.

Alfonso, J., P., Huedo-Medina, T., B., y Espada, J., P. (2009). Factores de riesgo predictores del patrón de consumo de drogas durante la adolescencia. *Anales de Psicología*, 25(2), 330-338.

Amuchástegui, A. (2001a). "La navaja de dos filos: una reflexión acerca de la investigación y el trabajo sobre hombres y masculinidades en México", *Revista de estudios de género. La ventana*, 14, 102-125.

Amuchástegui, A. (2001b). *Virginidad e iniciación sexual, experiencias y significados*. México: Edamex.

Amuchástegui, A. y Szasz, I. (2007). *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*. El Colegio de México.

Anderson, H. (1997). *Conversación lenguaje y posibilidades. Un enfoque posmoderno en la terapia*. Buenos Aires: Amorrortu.

Andrade, X. (2007). Etnografías sobre Drogas, Masculinidad y Estética. *Ecuador Debate*, (72), 101-134.

Asgeirsdottir, B., B., Sigfusdottir, I., D., Gudjonsson, G., H. & Sigurdsson, J. F. (2011). Associations between sexual abuse and family conflict/violence, self-injurious behavior,

and substance use: The mediating role of depressed mood and anger. *Child Abuse & Neglect*, 35(3), 210-219.

Astorga, L. (2012). *El siglo de las drogas. El narcotráfico, del Porfiriato al nuevo milenio*. México: Grijalbo.

Aureano, G., R. (2003). Uso recreativo de drogas ilícitas. Una visión política. Recuperado de http://www.mamacoca.org/FSMT_sept_2003/es/doc/aureano_uso_recreativo_drogas_es.htm

Badinter, E. (1993). XY. *La identidad masculina*. Madrid: Alianza Editorial.

Barbieri de, T. (1993). Sobre la categoría de Género. Una Introducción teórico-metodológica. *Debates en sociología*, (18), 1-19.

Becker, H. (2009). *Outsiders. Hacia una Sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Bellis, M. y Hughes, K. (2004). Pociones sexuales. Relación entre alcohol, drogas y sexo. *Adicciones*, 16 (4), 249-258.

Bellizzi F. y Moscona G. (2011). *Están hablando de drogas. Aproximaciones sociológicas a las formas de consumo*. Buenos Aires: Gran Aldea Editores.

Berger, P. y Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. (1ª ed. 20ª Reimp.) Buenos Aires: Amorrortu.

Bernard, M. (1994). *El cuerpo*. Barcelona: Paidós.

Berruecos, V. L. (2007). El consumo de drogas en la Ciudad de México. *El cotidiano*. 22(45), 105-113.

Bolaños, C. (2010). (08 de abril de 2010). En prisión mayor uso de drogas. *El Universal.mx* Recuperado de <http://www.eluniversal.com.mx/noticias.html>

- Bolívar, B. A. (2002). ¿De nobis ipsis silemus?: Epistemología de la investigación biográfico-narrativa en educación. *Revista Electrónica de investigación educativa*, 4(1), 40-65. Recuperado de <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=239448>
- Bonino, M. (1995). Develando los micromachismos en la vida conyugal. En J. Corsi, (Ed.) *Violencia masculina en la pareja*. (pp. 191-208). Buenos Aires: Paidós
- Bourdieu, P. (1986). L'illusion biographique. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 62-63, 69-72.
- Brandes, S. (2002). Bebida, abstinencia e identidad masculina en la Ciudad de México. *Alteridades*, 12 (23), 5-18.
- Bruner, E. (1986). Ethnography as Narrative. En V. Turner & Bruner E. (Eds.), *The Anthropology of experience* (pp. 139-155). United States of America: Illine Books edition.
- Burin, M. y Meler, I. (2000). *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (1997). Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault. En M. Lamas (Ed.), *El Género. La construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 303-326), México: Porrúa, Programa Universitario de Estudios de Género.
- Calafat, A., Juan, M., Becoña, E., Fernández, C., Gil, E. y Llopis, J. (2001). Vida Social de la Cocaína. Monografía de cocaína. *Adicciones*, 13 (2), 61- 103.
- Calveiro, P. (2003). *Redes familiares de sumisión y resistencia*. Universidad de la Ciudad de México.
- Calveiro, P. (2005). Familia y poder. Buenos Aires: Libros de la Araucaria.
- Calveiro, P. (2010). El tratamiento penitenciario de los cuerpos. *Cuadernos de Antropología Social*, (32), 57-74.

Campillo, S. y Romero, M. (1994). Efectos del abuso de drogas y alcohol en la sexualidad. En Consejo Nacional de Población (Ed.), *Antología de la Sexualidad Humana* (Vol. 3, pp. 657-677). México: CONAPO, Editorial Porrúa.

Capella, S. (2007). ¿Solo trabajadores / proveedores?. En L., Jiménez y O., Tena (Eds.), *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. (pp. 153 – 180). Universidad Nacional Autónoma de México.

Capraro, R. (2000). Why College Men Drink: Alcohol, Adventure, and the Paradox of Masculinity. *Journal of American College Health*, 48, 307-314.

Carballo, J. L., Fernández-Hermida, J. R., Secades-Villa R., García-Rodríguez, O., Errasti-Pérez, J. M., Alhalabí-Díaz, S. y Espada J. P. (2007). Recuperación natural del abuso de alcohol y drogas ilegales en una muestra española. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 7(3), 661-678.

Careaga, G. y Cruz, S. (2006). *Debates sobre masculinidades*. UNAM: PUEG

Castaneda, R., Franco H., Galanter M., Kim A. & Lifshutz H. (1992). Crack cocaine use and sexual behavior among psychiatric inpatients. *The American Journal of drug and alcohol abuse*. 18(3), 235-246.

Castellanos, G. (2007). La representación social de las drogas en un grupo de varones en reclusión en dos centros penitenciarios mexicanos. *Anales de Psicología*, 23 (1), 85-91.

Castilla, M. V., Olsen, M., C. y Epele, M., E. (2012). Dinámicas familiares, prácticas de cuidado y resolución de problemas asociados al consumo intensivo de pasta base / Paco en Buenos Aires, Argentina. *Antípoda: Revista de Antropología y Arqueología*, (14), 209-229.

Cazés, D. (1994). La dimensión social del género: posibilidades de vida para mujeres y hombres en el patriarcado. En Consejo Nacional de Población (Ed.), *Antología de la Sexualidad Humana* (Vol. 1, pp. 335-388). México: CONAPO, Editorial Porrúa.

Charles, N. & Walters, V. (2008). "Men are leavers alone and women are worriers": Gender differences in discourses of health. *Health, Risk & Society*, 10(2), 117-132.

Cleary, A. (2012). Suicidal action, emotional expression, and the performance of masculinities. *Social Science & Medicine*, 74(4), 498-505.

Cohen, A. (2010). *Por mano propia. Estudio sobre las prácticas suicidas*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Connell, R. (2003). *Masculinidades*. México: UNAM

Connell, R. (2006). Desarrollo, globalización y masculinidades. En G. Careaga y S. Cruz (Eds.), *Debates sobre masculinidades* (pp. 185-210). México: UNAM-PUEG

Contreras, R. (2009). Damn, Yo_Who's That Girl": An Ethnographic Analysis of Masculinity in Drug Robberies. *Journal of Contemporary Ethnography*, 38(4), 465-492.

Corsi, J. (2003). *Maltrato y abuso en el ámbito doméstico. Fundamentos teóricos para el estudio de la violencia en las relaciones familiares*. Buenos Aires: Paidós.

Creswell, J.W. (1998). *Qualitative Inquiry and Research Design. Choosing Among Five Traditions*. Thousand Oaks California, Sage.

Cruz, M. (2007). *Los efectos de las drogas: de sueños y pesadillas*. México: Trillas

Denzin, N. K. y Lincoln, Y. S. (2011). Introducción General. La investigación cualitativa como disciplina y como práctica. En N. K. Denzin y Y. S. Lincoln (Eds.), *Manual de Investigación Cualitativa. El Campo de la investigación cualitativa* (Vol. I, pp. 43 -101). México: Gedisa Editorial.

Elkaïm, M. (1989). *Si me amas, no me ames*. Argentina: Gedisa

Emmerich, G. (2003). México-Estados Unidos: Frontera eficiente, pero no abierta. *Frontera Norte*, 15 (29) 7-33.

Epele, M. (2010) *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*. Buenos Aires: Paidós.

Epston, D., White, M. y Murray, K. (1996). Una propuesta para re-escribir la terapia. Rose: La revisión de su vida y un comentario. En S. McName y K. Gergen. (Eds.), *La terapia como construcción social* (pp. 121-141). España: Paidós.

Escohotado, A. (1995). *Aprendiendo de las drogas. Usos y abusos, prejuicios y desafíos*. Barcelona: Anagrama.

Escohotado, A. (1996). *Historia elemental de las drogas*. Barcelona: Anagrama.

Fachel, L. O. (1997). Suicidio y honor en la Cultura Gaucha. En T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades/es poder y crisis* (pp. 113-124) Santiago, Chile: Isis Internacional, FLACSO.

Fagundes, J. (1995). Performances, reproducao e producao dos corpos masculinos. En O. Leal (Ed.) *Corpo e significado* (pp. 193-205) Universidade Federal do Rio Grande do Sul.

Fatela, J. (2004). Drogas y ambivalencias de la subjetividad. En A. Ehrenberg (Ed.), *Individuos bajo influencia: drogas, alcoholes, medicamentos psicotrópicos* (pp. 47-59). Buenos Aires: Nueva Visión.

Fernández, R., Lorenzo, F. y Leza, C. (2009). Cannabis (I) Farmacología. En P. Lorenzo, J. Laredo, J. Leza y L. Lizasoain (Eds.), *Drogodependencias: farmacología, patología, psicología, legislación* (pp. 303-327, 3ª Ed.). Buenos Aires: Médica Panamericana.

Figueroa, J. G. (1998). Algunos elementos para interpretar la presencia de los varones en los procesos de salud reproductiva. *Cad. Saúde Pública*, 14(1), 87-96.

Figueroa, J. G. (Junio, 2000). "Paternidad afectiva: Construyendo nuevas formas de ser papá". Trabajo presentado en la Mesa Redonda sobre Paternidad Afectiva: Construyendo nuevas formas de ser papá, Cd. de México.

Figuerola, J. G. (2004). Diálogo a tres voces: el término varón en la reflexión con Graciela Hierro. *Revista FEM*, 28(54), 19-23.

Figuerola J. G. (2005). Algunas reflexiones sobre las dimensiones éticas de la investigación social sobre salud. En M. de Souza y C. Coimbra (Eds.), *Críticas e atuantes. Ciências sociais e humanas em saúde na América Latina* (pp. 61-76), Río de Janeiro: Editora Fiocruz.

Figuerola, J. G. (2007a). Avances y retos en la incorporación del enfoque de género en políticas de salud reproductiva. *Salud pública de México*, 49, (Ed. Especial 1), XII Congreso de Investigación en Salud Pública.

Figuerola, J. G. (2007b). El derecho a la salud en la experiencia de los varones: ¿Un concepto ambivalente en los modelos de masculinidad vigentes?, *Revista COEDUCANDO*, 1, 77-97.

Figuerola, J. G., Jiménez, L. Tena, O. (Eds.) (2006). *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*. El Colegio de México.

Fisher, A. (2008). Comentarios críticos a la prohibición de las drogas desde la perspectiva del construccionismo social. Intersticios. *Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, 2(2), 63-70.

Flores, P., E. y Reidl, M., L. (2007). Corporalidad y uso de drogas: estudio de caso de la experiencia subjetiva del cuerpo. *Revista Interamericana de psicología/Interamerican Journal of Psychology*, 41(2), 241-250.

Folgar, L. (2002). Aportes antropológicos sobre la construcción del tema “drogas”. Unesco: Uruguay. Recuperado de http://www.unesco.org.uy/shs/fileadmin/templates/shs/archivos/anuario2002/articulo_02.pdf

Fortes de Leff, J. (2009). Errando por los caminos del terapeuta. En J. Fortes de Leff, F. Aurón, M. E. Gómez y J. Pérez (Eds.), *El terapeuta y sus errores. Reflexiones sobre la terapia*. México: Trillas.

Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas* (32ª reimpresión en español). Madrid: Siglo XXI.

Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber* Vol. 1 (3ª a Edición en español). México: Siglo XXI.

Foucault, M. (1981). *No al sexo Rey. Entrevista por Bernard Henry-levy. Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. (5ª Reimpresión en español, pp. 157-173) Madrid: Alianza Editorial.

Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50 (3), 3-20.

Fruggeri, L. (1996). El proceso terapéutico como construcción social del cambio. En S. McNamee y K. Gergen, (Eds.), *La terapia como construcción social* (pp. 61-74). Barcelona: Paidós.

García, C. (1996). Género y dinero en la vieja ecuación del poder. *La Ventana*, 3, 144-157.

García-Jaime, R. (2013). Psique: abuso sexual en la niñez. *Boletín Científico Sapiens Research*, 3(2), 13-17.

García, G., B. y Oliveira De, O. (2006). *Las familias en el México metropolitano: visiones femeninas y masculinas*. El Colegio de México

Geertz, C. (1994). *Conocimiento Local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. España: Paidós.

Gergen, K. (1985). The social constructionist movement in modern psychology, *American Psychologist*, 40(3), 266-275.

Gergen, K. y Gergen, M. (2011). *Reflexiones sobre la construcción social*. España: Paidós.

Ghiardo, F. (2003). Acercándonos al sentido del uso de drogas y la prevención desde los jóvenes. *Última década*, 11(18), 123-151.

Giorguli, S. (2002). Estructuras Familiares y oportunidades educativas de los niños y niñas en México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 17 (3), 523-546. El Colegio de México. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/40315129>

González, A. M. (2002). Ética y formación Universitaria. *Revista Iberoamericana de educación*, (29), 85-103.

González, L. (1998). La sistematización y el análisis de los datos cualitativos. En R. Mejía y S. Sandoval (Eds.), *Tras las vetas de la investigación cualitativa. Perspectivas y acercamientos desde la práctica*. México: ITESO

Gutmann, M. (1994). Los hijos de Lewis: la sensibilidad antropológica y el caso de los pobres machos. *Alteridades*, 4(7), 9–19.

Gutmann, M. (1996). *The Meanings of Macho: Being a Man in Mexico City*. Berkeley: University of California Press.

Gutmann, M. (1997). Machos que no tienen ni madre: La paternidad y la masculinidad en la Ciudad de México. *La Ventana* (6), 118–163.

Haces, V. (2006). La vivencia de la paternidad en el Valle de Chalco. En J. G. Figueroa, L. Jiménez y O. Tena, (Eds.), *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos* (pp. 121-155). El Colegio de México.

Hernández-Rosete M. D. (2008). La otra migración. Historias de discriminación de personas que vivieron con VIH en México. *Salud Mental*, 31 (4) 253-260.

Horowitz G. y Kaufman, M. (1989). Sexualidad masculina: Hacia una teoría de liberación. En M. Kaufman. *Hombres: placer, poder y cambio*, (pp. 65-99). Centro de investigación para la acción femenina (CIPAF), República Dominicana.

Huacuz, E. (2007). Masculinidades Emergentes: Una mirada polifónica de los ritos y mitos de la migración laboral internacional. En L. Jiménez y O. Tena (Eds.), *Reflexiones sobre*

masculinidades y empleo (pp. 449-471). Cuernavaca: UNAM y Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

Husserl, E. (2000). *Ideas relativas a una filosofía fenomenológica pura y una filosofía fenomenológica*. México: Instituto de Investigaciones filosóficas, UNAM.

Hutton, F. (2005). Risky business: Gender, drug dealing and risk. *Addiction Research and Theory*, 13 (6), 545-554.

INEGI (2010). *Estadísticas de mortalidad*. Recuperado el 24 de octubre de 2012, <http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/registros/vitales/mortalidad/tabulados/ConsultaMortalidad.asp>

Jiann, B.-P. (2009). Sexual dysfunction in men who abuse illicit drugs: a Preliminary report. *The Journal of Sexual Medicine*, 6(4), 1072-1080.

Jiménez, L. (2003). *Dando voz a los varones. Sexualidad, reproducción y paternidad de algunos mexicanos*. Cuernavaca: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

Jiménez, L. y Tena, O. (2007). *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. Cuernavaca: UNAM y Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

Kaufman, M. (1995). Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En L. Arango, M. León y M. Viveros (Eds.), *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino* (pp. 123-146). Bogotá: Tercer Mundo.

Kaufman, M. (1997). Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades/es poder y crisis* (pp. 63-81) Santiago, Chile: Isis Internacional, FLACSO.

Keijzer de, B. (1997). El varón como factor de riesgo. Masculinidad, salud mental y salud reproductiva. En E. Tuñón (Ed.) *Género y salud en el sureste de México*, México: UJAT/ECOSUR

Keijzer de, B., (1998). Paternidad y transición de género. En B. Schmukler (Ed.), *Familias y relaciones de género en transformación* (pp. 301-325). México: Population Council, Edamex.

Keijzer de, B. (2001). Para negociar se necesitan dos. Procesos de interacción en la pareja con énfasis en la crianza, una aproximación crítica desde lo masculino. En J. G. Figueroa (Ed.), *Elementos para un análisis ético de la reproducción* (pp. 259-273). Miguel Ángel Porrúa y Programa Universitario de Estudios de Género de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Keijzer de, B. (2006). Hasta donde el cuerpo aguante: Género, cuerpo y salud masculina. *La Manzana*. 1(1). Recuperado <http://www.estudiosmasculinidades.buap.mx/paginas/reporteBenodekeijzer.htm>

Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor y vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades/es poder y crisis* (pp. 49-62) Santiago, Chile: Isis Internacional, FLACSO.

Kimmel, M. (1998). El desarrollo (de género) del subdesarrollo (de género): la producción simultánea de masculinidades hegemónicas y dependientes en Europa y Estados Unidos. En T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina* (pp. 207-217) Santiago, FLACSO-Chile / UNFPA.

Lagarde, M. (1994). La Regulación Social del Género: El Género como Filtro de Poder. En Consejo Nacional de Población (Ed.), *Antología de la sexualidad Humana*. (Vol. 1, pp. 389-425). México: CONAPO, Editorial Porrúa.

Lamas, M. (1986). La Antropología feminista y la categoría "género". *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, 8(30), 173-198.

Laqueur, T., W. (1992). Los hechos de la paternidad. *Debate Feminista*, 6 (3), 119-141.

Laredo, Q. y Lizasoain, H. (2009). Alcohol (I): Farmacología del alcohol. Intoxicación aguda. En P. Lorenzo, J. Laredo, J. Leza y L. Lizasoain (Eds.), *Drogodependencias: farmacología,*

patología, psicología, legislación (pp. 385-400, 3ª Ed.). Buenos Aires: Médica Panamericana.

Latirgue-Becerra, T. (1999). El investigador (a) en reproducción como sujeto y objeto de estudio. *Perinatol Reprod Hum*, 13(1), 77-90.

Leza, J. y Lorenzo, P. (2000). Efectos Farmacológicos de los cannabinoides. *Monografía Cannabis. Adicciones*, 12 (2), 109-116.

Lisak, D. (1994). The Psychological Impact of Sexual Abuse: content Analysis of Interviews with Male Survivors. *Journal of Traumatic Stress*, 7 (4), 525-548.

Lizasoain, H., Lorenzo, F. y Laredo, Q. (2009). Anfetaminas. En P. Lorenzo, J. Laredo, J. Leza y L. Lizasoain (Eds.), *Drogodependencias: farmacología, patología, psicología, legislación* (pp. 239-250, 3ª Ed.). Buenos Aires: Médica Panamericana.

Lizasoain, H. y Moro S. (2009). Cocaína (I): Farmacología. En P. Lorenzo, J. Laredo, J. Leza y L. Lizasoain (Eds.), *Drogodependencias: farmacología, patología, psicología, legislación* (pp. 189-205, 3ª Ed.). Buenos Aires: Médica Panamericana.

Lizasoain H., Moro S. y Lorenzo, P. (2001). Cocaína: Aspectos farmacológicos. *Monografía de cocaína*, 13(2), 37-45.

Lizasoain, H., Moro S. y Martín M. (2009). Alucinógenos. En P. Lorenzo, J. Laredo, J. Leza y L. Lizasoain (Eds.), *Drogodependencias: farmacología, patología, psicología, legislación* (pp. 189-205, 3ª Ed.). Buenos Aires: Médica Panamericana.

Lo, C. C. & Cheng, T. C. (2007). The impact of childhood maltreatment on Young adults' substance abuse. *The American Journal of Drug and Alcohol Abuse*, 33(1), 139-146.

López, L., S. y Rodríguez-Arias., P. J. (2010). Factores de riesgo y de protección en el consumo de drogas en adolescentes y diferencias según edad y sexo. *Psicothema*, 22(4), 568-573.

Lukas, S. E. & Orozco, S. (2001). Ethanol increases plasma Δ^9 - tetrahydrocannabinol (THC) levels and subjective effects after marihuana smoking in human volunteers. *Drug and Alcohol Dependence*, 64, 143-149.

Mainetti, J. A. (2006). La medicalización de la vida. *Electroneurobiología*, 14(3), 71-89.

Mallimaci, F. y Giménez, V. (2006). Historia de vida y métodos biográficos. En: I. Vasilachis (Ed.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp.175-212). Barcelona: Gedisa.

Marqués, J. (1997). Varón y patriarcado. En T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades/es poder y crisis* (pp. 17-30) Santiago, Chile: Isis Internacional, FLACSO.

Martín, M. y Lorenzo, F. (2009). Conceptos Fundamentales en drogodependencias. En P. Lorenzo, J. Laredo, J. Leza y L. Lizasoain (Eds.), *Drogodependencias: farmacología, patología, psicología, legislación* (pp. 1 - 25, 3ª Ed.). Buenos Aires: Médica Panamericana.

Martínez-Lanz, P., Medina-Mora, M. y Rivera, E. (2005). Adicciones, depresión y estrés en médicos residentes. *Revista de la Facultad de Medicina*, 48(5), 191-197.

McKeganey, N., Neale, J. y Robertson, M. (2005). Physical and sexual abuse among drug users contacting drug treatment services in Scotland. *Drugs: Education, Prevention and Policy*, 12(3), 223-232.

Medina-Mora, M., (2002). La mujer y el abuso de bebidas alcohólicas en México. En M. A. Asunción y V. N. Salgado (Eds.), *Cálmese son sus nervios, tómese un tecito... La salud mental de las mujeres mexicanas* (pp. 71-84). México: Editorial Pax.

Medina-Mora, M. y Rojas, G., E. (2003). Mujer, pobreza y adicciones. *Perinatología y Reproducción Humana*, 17(4), 230-244.

MEN. Ministerio de Educación de la Nación. (2009). *Prevención del consumo problemático de drogas desde el lugar del adulto en la comunidad educativa*. Argentina, Presidencia de la Nación. Recuperado de <http://portal.educacion.gov.ar/files/2010/01/cuadernillo-para-primer-web.pdf>

Menéndez, E. (1990). *Morir de alcohol. Saber y hegemonía médica*. México: Alianza Editorial Mexicana-CONACULTA.

Menéndez, E. y Di Pardo, R. (1998). Violencias y alcohol. Las cotidianidades de las pequeñas muertes, *Revista Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 19 (74), 36-71.

Meneses, C. (2006). Invisibilidad y estigmatización del consumo de drogas en las mujeres. En A. García-Mina y M. Carrasco (Eds.), *Diferencias de género en el uso de las drogas* (pp.13-35). Madrid: Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas Madrid.

Minello, N. (2002). Los Estudios de Masculinidad. *Estudios Sociológicos XX*, 60, 715-732.

Minuchin, S. (1977). *Familias y terapia familiar*. Barcelona: Gedisa

Mondragón-Barrios, L. (2007). Ética de la investigación Psicosocial. *Salud Mental*, 30(6), 25- 31.

Mondragón-Barrios, L. (2009). Consentimiento informado: una *praxis* dialógica para la investigación. *Revista de Investigación Clínica*, 61(1), 73- 82.

Moral del, M. (2009). Alcohol (IV): fundamentos biopsicosociales del alcoholismo. Complicaciones psiquiátricas del abuso del alcohol. En P., Lorenzo, J., Laredo, J., Leza, y L. Lizasoain, (Eds.), *Drogodependencias: farmacología, patología, psicología, legislación* (pp. 437- 465, 3ª ed.). Buenos Aires: Médica Panamericana.

Muellen, K., Watson, J., Swift, J., & Black, D. (2007). Young Men, masculinity and alcohol. *Drugs: education, prevention and policy*, 14 (2), 151-165.

Nasir, S. & Rosenthal, D. (2009). The lorong as a risk environment: Drug use and gangs among young men in the slums of Makassar, Indonesia. *Contemporary Drug Problems*, 36(12), 193-215.

Nateras, A. y Nateras, O. (1994). El uso social de drogas: una mirada deconstruccionista. *Iztapalapa. Revista de Ciencias y Humanidades* (35), 113-130.

Navarro, G., Laredo, Q., Martín, M. y Leza C. (2009). Cannabis (II). Dependencia. Complicaciones orgánicas y psiquiátricas. En P. Lorenzo, J. Laredo, J. Leza y L. Lizasoain (Eds.), *Drogodependencias: farmacología, patología, psicología, legislación* (pp. 329-344, 3ª Ed.). Buenos Aires: Médica Panamericana.

Neimeyer, R. A. (2014). *Aprender de la pérdida. Una guía para afrontar el duelo*. México: Booket.

Núñez, N. G. (1999). *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*. México: Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM, El Colegio de Sonora y Editorial Porrúa.

Núñez, N. G. (2007a). *Masculinidad e Intimidad. Identidad, sexualidad y Sida*. México: Programa Universitario de Estudios de Género, El Colegio de Sonora y Editorial Porrúa.

Núñez, N. G. (2007b). La producción de conocimientos sobre los hombres como sujetos genéricos: Reflexiones epistemológicas. En A. Amuchástegui e I. Szasz, (Eds.), *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México* (pp. 39-71). El Colegio de México.

Olavarría, A. J. (2001). *¿Hombres a la deriva? Poder, trabajo y sexo*. Santiago, Chile: FLACSO

Olavarría, A. J. (2006). Hombres e Identidad de género: algunos elementos sobre los recursos de poder y violencia masculina. En G. Careaga y S. Cruz (Eds.), *Debates sobre masculinidades* (pp. 115-130). México: UNAM- Programa Universitario de Estudios de Género.

Olavarría, A. J. (2008). Globalización, Género y masculinidades. Las corporaciones transnacionales y la producción de productores. *Nueva Sociedad* (218), 72-86.

Olavarría, A., J. y Valdés (1997). Masculinidades. Poder y crisis. *Ediciones de las Mujeres*. (Nº 24, pp. 9-15). Santiago de Chile: Isis internacional y FLACSO.

Oliffe, J., Ogradniczuk, J., Bottorff, J., Johnson, J., & Hoyak, K. (2012). "You feel like you can't live anymore": Suicide from the perspectives of Canadian men who experience depression. *Social Science & Medicine*, 74(4), 506-514.

Olmo del, R., (1989). Drogas: distorsiones y realidades. *Nueva Sociedad*, (102), 81-93.

Ompad, D., C., Ikeda, R., M., Shah, N., Fuller, C., M., Bailey, S., Morse, E.,...Strathdee, S. A. (2005). Childhood sexual abuse and age at initiation of injection drug use. *American Journal of Public Health*, 95(4), 703-709.

Parrini R. R. (2007). *Panópticos y laberintos. Subjetividad, deseo y corporalidad en una cárcel de hombres*. El Colegio de México.

Pastor R., Llopis J. y Baquero A. (2003). Interacciones y consecuencias del consumo combinado de alcohol y cocaína: una actualización sobre el cocaetileno. *Adicciones*, 15(2), 159-164.

Pera La, G., Carderi, A., Marianantoni, Z., Peris, F., Lentini, M. & Taggi, F. (2008). Sexual dysfunction prior to first drug use among former drug addicts and its possible causal meaning on drug addiction: preliminary results. *The Journal of Sexual Medicine*, 5(1), 164-172.

Peralta, R. (2007). College Alcohol Use and the Embodiment of Hegemonic Masculinity among European American Men. *Sex Roles*, 56, 741-756.

Peralta, R. & Cruz, M. (2006). Conferring Meaning onto Alcohol-Related Violence: An Analysis of Alcohol Use and Gender in a Sample of College Youth. *Journal on Men's Studies*, 14 (1), 109-124.

Pérez, J. (2003). Clínica de la adicción a pasta base de cocaína. *Rev. chil. neuro-psiquiatr*, 41 (1), 55-63. Recuperado de http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0717-92272003000100007&script=sci_arttext&tIng=en

Perrone, R. y Nannini M. (2002). *Violencia y abusos sexuales en la familia. Un abordaje sistémico y comunicacional*. Buenos Aires: Paidós.

Pons, D. J. (2008). Modelos interpretativos del consumo de drogas. *POLIS*, 4 (2), 157-187.

Pulido, M. (2002). Los agenciamientos sociales y la prevención integral del uso indebido de drogas: una lectura cultural. En M. Hopenhayn (Ed.), *Prevenir en Drogas: enfoques integrales y contextos culturales para alimentar buenas prácticas* (pp. 15-27). Santiago de Chile: CEPAL. Series Políticas Sociales.

Quintero, G. & Estrada, A. (1998). Cultural models of masculinity and drug use: "machismo", heroin, and street survival on the U.S. México border. *Contemporary Drugs Problems*, 25, 147-167.

Ramírez, J. (2005). *Madejas entreveradas. Violencia, masculinidad y poder*. México: Plaza y Valdés y Universidad de Guadalajara.

Ramírez, J. y Uribe G. (2008). *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres* (pp.15-24). México: Plaza y Valdés.

Ramírez, R. (1997). Nosotros los boricuas. En T. Valdés y J. Olavarría (eds.) *Masculinidades/es poder y crisis* (pp. 102-112). Santiago, Chile: Isis Internacional, FLACSO.

Ramírez, S. M. (2003). *Hombres violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina*. México: Plaza y Valdés Editores.

Ramos, A. y Fernández R. (2009). Cannabis (III). Posible utilidad terapéutica de los derivados del cannabis. En P. Lorenzo, J. Laredo, J. Leza y L. Lizasoain (Eds.), *Drogodependencias: farmacología, patología, psicología, legislación* (pp. 345-358, 3ª Ed.). Buenos Aires: Médica Panamericana.

Ramos, G. (2001). *Narrativas contadas, narraciones vividas*. Barcelona: Paidós.

Rich, J. & Grey, C. (2005). Pathways to Recurrent Trauma Among Young Black Men: Traumatic Stress, Substance Use, and the "Code of the Street". *American Journal of Public Health, 95* (5), 816-824.

Robles, L. (2000). La subjetividad del investigador en sus análisis científicos. La construcción de explicaciones a partir de experiencias personales. En J. Mercado y M. Torres (Eds.), *Análisis cualitativo en salud Teoría, Método y Práctica* (pp. 32-45). México: Plaza y Valdez/Universidad de Guadalajara.

Rodríguez, G. (2006). Entre jaulas de oro: género y migración entre campesinos. En G. Careaga y S. Cruz (Eds.), *Debates sobre masculinidades* (pp. 131-143). México: UNAM-Programa Universitario de Estudios de Género.

Romaní, O. (1993). Criterios de prevención: un debate necesario. En: M. Hopenhayn (Ed.), *Prevenir en Drogas: enfoques integrales y contextos culturales para alimentar buenas prácticas* (pp. 9-14). Santiago de Chile: CEPAL. Series políticas sociales.

Romaní, O. (1997). Etnografía y Drogas: Discursos y Prácticas. *Revista Nueva Antropología, 53*, 39-66.

Romaní, O. (2010). Adicciones, drogodependencias y "problema de la droga" en España: la construcción de un problema social. *Cuicuilco, 17*(49), 83-101.

Romero, M., (1995). Sobre la necesidad de conceptualizar el género en el estudio de las adicciones. *Psicología y Salud, 5*, 135-146.

Romo N. (2004). Género y uso de drogas: la invisibilidad de las mujeres. *Monografías Humanitas, 5*, 69-83.

Rosas, C. (2007). Migrar para proveer. Cardaleños, desde Veracruz a Chicago: Un estudio cualitativo con varones adultos. En L. Jiménez y O. Tena (Eds.), *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. (pp. 473-506). Cuernavaca: UNAM y Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

Royo-Isach J., Magrané M., Fernández-Pola, O. y Tosco M. (2005). Consumidores de cocaína: del uso recreativo al consumo adictivo una propuesta de intervención preventiva y asistencial. *Aten Primaria*, 36(3), 94-98.

Royo-Isach J., Magrané M, Velilla A. y Ruiz L. (2004). Consumidores de "speed" (metanfetamina): un viaje de ida y vuelta entre el "éxtasis" (MDMA) y la cocaína. Algunos aspectos clínicos, preventivos y asistenciales. *Aten Primaria*, 34(10), 553-556.

Rubin G. (1986). El tráfico de Mujeres: notas sobre la "economía política del sexo". *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, 8(30), 95-145.

Rubio A. F. (2001). Proceso de construcción de un estigma: La exclusión social del drogodependiente. *Nómadas. Revista crítica de ciencias sociales y Jurídicas*. (4). Recuperado de <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/nomadas/>

Sabo, D. (2000). *Comprender la salud de los hombres. Un enfoque relacional y sensible al género*. (Informe N° 4). Organización Panamericana de la Salud y Harvard Center for Population and Development Studies.

Salguero, V. A. (2002). *Significado y vivencia de la paternidad en el proyecto de vida de los varones*. (Tesis doctoral inédita). Universidad Nacional Autónoma de México.

Salguero, V. A. (2006). Significado y vivencia de la paternidad en algunos varones de los sectores socioeconómicos medios en la Ciudad de México. En J.G. Figueroa, L. Jiménez y O. Tena (Eds.), *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos* (pp. 57-94). El Colegio de México.

Salguero, V. A. (2007). El significado del trabajo en las identidades masculinas. En L. Jiménez y O. Tena (Eds.), *Reflexiones sobre masculinidades y empleo* (pp. 429-448). Cuernavaca: UNAM y Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

Salguero, V. A. (2008). *Identidad Masculina. Elementos de análisis en el proceso de construcción*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Iztacala.

Sandín, E. (2003). *Investigación cualitativa en educación. Fundamentos y tradiciones*. Madrid: McGraw Hill.

Sanz, F. (1997). *Psicoerotismo femenino y masculino. Para unas relaciones placenteras, autónomas y justas*. Barcelona: Kairós.

Schifter, J. (1998). *Lo que la abuela nunca nos contó sobre las cárceles. Amor de machos*. Costa Rica: Editorial ILPES

Schmukler, B. (2001). La Socialización de los Niños y las Relaciones de Género en la familia. En J. G. Figueroa (Ed.) *Elementos para un análisis ético de la reproducción* (pp. 243-258). Miguel Ángel Porrúa y Programa Universitario de Estudios de Género de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Schwalbe, M. & Michelle W. (2001). The masculine self as problem and resource in interview studies or men. *Men and Masculinities* 4(1), 90-103.

Scot, J. (1996). "El género una categoría útil para el análisis histórico". En M. Lamas (Ed.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265-302). México: PUEG.

Scourfield, J., Fincham, B., Langer, S. & Shiner, M. (2012). Sociological autopsy: An integrated approach to the study of suicide in men. *Social Science & Medicine*, 74(4), 466-473.

Secretaría de Salud, (1998). II Encuesta Nacional de Adicciones 1998. Recuperado de <http://www.salud.gob.mx/unidades/cdi/documentos/CDM1-2.htm>

Secretaría de Salud, (2002). III Encuesta Nacional de Adicciones 2002. Recuperado de <http://www.salud.gob.mx/unidades/cdi/documentos/DOCSAL7326.pdf>

Secretaría de Salud, (2008). V Encuesta Nacional de Adicciones 2008. Recuperado de http://www.conadic.salud.gob.mx/pdfs/ena08/ENA08_NACIONAL.pdf

Secretaría de Salud, (2011). VI Encuesta Nacional de Adicciones 2011. Recuperado de http://portal.salud.gob.mx/sites/salud/descargas/pdf/ENA_2011_DROGAS_ILICITAS_.pdf

Seidler, V. (1995). Los hombres heterosexuales y su vida emocional. *Debate Feminista*, 11 (6), 78-111.

Seidler, V. (1997). "Masculinidad, discurso y vida emocional". En J. Figueroa y R. Nava (Eds.), *Memorias del seminario-taller "Identidad masculina, sexualidad y salud reproductiva"*, Colección de documentos de trabajo (Nº 4, pp. 7-24). Programa de Salud Reproductiva y Sociedad, El Colegio de México.

Seidler, V. (2000). *La Sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. México: PUEG-UNAM y Editorial Paidós Mexicana S. A.

Seidler, V. (2006). *Masculinidades. Culturales globales y vidas íntimas*. España: Montesinos Ensayos.

Shamloul, R. (2010). Natural aphrodisiacs. *The Journal of Sexual Medicine*, 7(1.1), 39-49.

Stanistreet, D. (2005). Constructions of Marginalised Masculinities among Young Men Who Die through Opiate Use. *International Journal of Men's Health*, 4(3), 243-265.

Suárez, S. L. (1994). Masculinidad y violencia. El trabajo con hombres violentos. En J. Corsi (Ed.) *Violencia familiar. Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social* (pp. 133-168). Buenos Aires: Paidós.

Sullivan, E. y Everstine, L. (1997). *El sexo que se calla. Dinámica y tratamiento del abuso y traumas sexuales en niños y adolescentes*. México: Editorial Pax México.

Szasz, T. (2001). *Nuestro derecho a las drogas*. Barcelona: Anagrama.

Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1996). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.

Toquero, H. M. (2007). *Interrogatorios desarrollados por las principales escuelas de terapia familiar sistémica*. (Tesis de maestría inédita). Universidad Nacional Autónoma de México.

Torres, L. (2006). Diferencias paternas en la crianza de hijos e hijas; estudio de casos. En J. G. Figueroa, L. Jiménez y O. Tena (Eds.), *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos* (pp. 321-363). El Colegio de México.

Torres, M. (2001). *La violencia en casa*. México: Paidós.

Touzé, G., Vila, M., Pawlowicz, M. y Rossi, D. (2006). *Saberes y prácticas sobre drogas: el caso de la pasta base de cocaína*. Buenos Aires: Intercambios Asociación Civil, Federación Internacional de Universidades Católicas.

Trautmann M. A. (2008). Maltrato entre pares o "bullying". Una visión actual. *Rev. Chil. Pediatr*, 79 (1), 13-20.

Tremblay, G. & Turcotte, P. (2005). Gender identity construction and sexual orientation in sexually abused males. *International Journal of Men's Health*, 4(2), 131-147.

Trujano, P. y Limón, A. (2005). Reflexiones sobre la violencia, el género y la posibilidad de escuchar nuevas voces en psicoterapia. En G. Limón (Ed.), *Terapias postmodernas, aportaciones construccionistas* (pp. 69-84). México: Pax.

Tsukame, A. (2002). El consumo de drogas en busca de sentido. En M. Hopenhayn (Ed.), *Prevenir en Drogas: enfoques integrales y contextos culturales para alimentar buenas prácticas* (pp. 29-40). Santiago de Chile: CEPAL. Series Políticas Sociales.

Valdés, T. y Olavarría J. (1998). Ser hombre en Santiago de Chile: a pesar de todo, un mismo modelo. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina* (pp. 12-35). Santiago, Chile: FLACSO.

Vasilachis, G. I. (2006). *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa.

Vega, A. (1992). Modelos interpretativos de la problemática de las drogas". *Revista Española de Drogodependencias*, 17 (4), 221-231.

Visser De, R. & Smith, J. (2006). Mister In-Between. A case Study of Masculine Identity and Health-related Behaviour. *Journal of Health Psychology*, 11 (5), 685-695.

Viveros, M. (2008). Teorías feministas y estudios sobre varones y masculinidades. Dilemas y desafíos recientes. En J. Ramírez y G. Uribe (Eds.), *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres* (pp. 25-42). México: Plaza y Valdés.

Wagle, U. (2002). Volver a pensar la pobreza: definición y mediciones. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 171, 18-33. Recuperado de <http://www.oei.es/salactsi/rics171.htm>

Walker, M., D., Hernández, A. M., & Davey, M. (2012). Childhood sexual abuse and adult sexual identity formation: intersection of gender, race, and sexual orientation. *The American Journal of Family Therapy*, 40(5), 385-398.

White, M. y Epston D. (1993). Medios narrativos para fines terapéuticos. Barcelona:Paidós

Zamora, B., Sirvent, R. y Palacios, A. (2005). Diferencias de Género en la adicción implicaciones terapéuticas. *Salud y drogas*, 2, 81-97.

Zamudio, A. (2006). Las dificultades de los consumidores de drogas ilícitas para ser actores sociales en México. *Nueva época. Salud problema*, 11(20), 75-80.

Zapata, B. (22 de noviembre de 2011). 2,000 millones de pesos cuestan al erario presos sin sentencia: expertos. *CNN México*. Recuperado de <http://mexico.cnn.com/>



ANEXO I

CONSENTIMIENTO INFORMADO

Las estadísticas en nuestro país muestran que el uso de sustancias psicoactivas es mayor en la población de hombres. Sin embargo, sabemos muy poco sobre esta situación, es decir, casi no hemos estudiado a los varones en sus condiciones de vida, preocupaciones, alegrías, intereses, deseos, etcétera. Por lo que esta investigación como parte del programa de Estudios de Doctorado en Psicología, de la Universidad Nacional Autónoma de México, pretende conocer la relación entre el “ser” hombre y el uso de dichas sustancias.

Los resultados de la investigación buscan favorecer la elaboración de programas de prevención y tratamiento con mayor apego a las necesidades de los varones.

Asimismo, es importante que conozcas las condiciones bajo las cuales se establecería tu participación:

- a) La participación es voluntaria y con absoluta libertad.
- b) Los datos obtenidos serán confidenciales y sólo serán para uso académico.
- c) Las entrevistas serán audio-grabadas y posteriormente transcritas, para ser analizadas.
- d) Si en algún momento ya no deseas participar en las entrevistas, puedes renunciar a ello, con sólo avisar al entrevistador.
- e) La participación en la investigación no compromete a la Institución a otorgar ningún pago o exención del cobro de sus servicios.
- f) Asimismo, en caso de negarte o interrumpir tu participación, no habrá ninguna consecuencia desfavorable, como la negación algún servicio o la falta de información necesaria para su atención.

- g) Si tuvieras alguna recaída, esta no afectaría tu participación, sólo se acordaría que las entrevistas no podrían realizarse en caso de que te presentaras bajo los efectos de alguna sustancia psicoactiva.
- h) El entrevistador te proporcionará un número telefónico, en el cual podrás localizarlo en caso de que alguna de las entrevistas te haya generado sentimientos o pensamientos de incomodidad.

Gracias por tu participación e interés ante esta investigación

Entrevistador

Marco Antonio Toquero Hernández

Cel. 55 20 79 90 99

Participante